

EL MUNDO EN QUE VIVIMOS

Un análisis marxista

Venancio Andreu Baldó

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2015
Ω

Venancio Andreu Baldó
El mundo en que vivimos: un análisis marxista

Maquetación: Demófilo
Edición digital: Omegalfa, 2015

Barcelona, 2015.

Índice

Primera Parte: Una teoría de teorías sobre la globalización

1, INTRODUCCIÓN	7
2. LA TESIS ORTODOXA DE LA “GLOBALIZACIÓN”: UNA TESIS PROSISTEMA	9
2.1. Las tesis básicas.....	9
2.2, El momento de la verdad.....	12
2.3. Los mitos de la “Globalización”	22
2.4. Conclusión	44
3. LA TESIS DEL “NEOIMPERIALISMO”	46
3.1. Los argumentos fundamentales	46
3.2. Momentos de verdad	48
3.3. Déficits de la tesis del “Neoimperialismo”	62
3.4. Conclusión	82
4. EL “ANTINEOLIBERALISMO”: EL ÚLTIMO INTENTO DE REFORMISMO	
SOCIAL-DEMÓCRATA	85
4.1. Argumentos básicos	86
4.2. Contenidos de verdad	90
4.3. Los puntos débiles	94
<i>A. Los mitos en torno al keynesianismo</i>	<i>95</i>
<i>B. Las soluciones prácticas, al margen del keynesianismo</i> <i>son positivas pero insuficientes.....</i>	<i>112</i>
<i>C. El déficit teórico: no se explica suficientemente</i> <i>el cambio producido</i>	<i>117</i>
4.4. Conclusiones	122
5. LA TESIS DE LA CRISIS: UN PLANTEAMIENTO DESDE EL MARXISMO	
REVOLUCIONARIO	125
5.1. La tesis marxista de la tendencia al descenso de la tasa de beneficio	125
5.2. Ventajas de la tesis marxista	132
6. CONCLUSIÓN	157

Segunda Parte: Las ideologías de la globalización

1. INTRODUCCIÓN: CELEBRANDO EL ENTIERRO	159
2. LA HEGEMONÍA BURGUESA ES COSA DE FAMILIAS	161
3. LO ECONÓMICO COMO ESFERA PRIVILEGIADA: EL LIBERALISMO CLÁSICO	165
3.1. El núcleo y los contenidos ideológicos	165
3.2. La relación con las otras esferas: mito y realidad	169
3.3. El campo de dispersión de la ideología	174
4. LO POLÍTICO COMO ESFERA PRIVILEGIADA: EL LIBERALISMO ILUSTRADO	178
4.1. Los nuevos contenidos axiológicos	178
4.2. La política del liberalismo ilustrado: su realidad y su potencial ideológico	184
4.3. La relación con las otras esferas y la legitimación del capitalismo globalizado	187
4.4. El campo de dispersión de la ideología	189
4.5. Breve historia del liberalismo ilustrado académico	192
5. LO AXIOLÓGICO COMO ESFERA PRIVILEGIADA: EL MORALISMO	198
A. Moralismo individualista	199
A.1. <i>Moralismo de derechas y de izquierdas: contenidos ideológico</i>	199
A.2. <i>Campo de dispersión del moralismo individualista</i>	205
B. El moralismo comunitarista	210
B.1. <i>Los contenidos ideológicos</i>	210
B.2. <i>Campos de dispersión</i>	214
6. LA NEGACIÓN DE LO AXIOLÓGICO: EL IRRACIONALISMO	217
6.1. Contenidos ideológicos y privilegio de la esfera política	217
6.2. Campo de dispersión del irracionalismo	222
7. CONCLUSIÓN: CONVIENE SOBRE TODO SABER DÓNDE ESTAMOS	228

PRIMERA PARTE:

UNA TEORÍA DE TEORÍAS
SOBRE LA “GLOBALIZACIÓN”

“Tanto los acérrimos defensores del poder de la clase dominante como los reformistas tímidos y acobardados de hoy nos cuentan que no hay alternativa al sistema. Pero si eso es verdad, entonces no hay esperanza para la humanidad. La política se convierte en un simple movimiento de las amarras en el Titánic, mientras se asegura que nadie moleste a los ricos y privilegiados que comen en la mesa del capitán”.

Chris Harman, *La economía del manicomio*.

“La situación de crisis impide cada vez más al capitalismo evitar con pequeñas concesiones las presiones del proletariado. Su salvación de la crisis, su solución ‘económica’ de la crisis, no puede conseguirse más que por una exacerbada explotación del proletariado”.

George Lukács, *Historia y conciencia de clase*.

“Dado que el fascismo es un movimiento de desesperación, mientras el socialismo lo es de esperanza, combatir el fascismo es necesario no solo para combatir a los fascistas, sino también las situaciones que los conducen a la desesperación. Hay que combatir las ratas, pero también los sumideros en los cuales éstas se multiplican. Hay que combatir el fascismo, pero también el capitalismo que crea las condiciones que alimentan el fascismo-desempleo, la mala vivienda, las privaciones sociales, etc.”

Tony Cliff, *Marxismo ante el milenio*.

“Es especialmente importante si la nueva generación de anticapitalistas tiene éxito en conectar con los millones de trabajadores y gente pobre que están implicados día a día en actos de resistencia, grande o pequeña, al neoliberalismo y a la globalización capitalista... Necesitan ser capaces de elaborar una dirección coherente, medios para obtener la solidaridad de sus colegas, medios para contrarrestar los ataques perversos del otro lado. En tales casos la claridad de ideas no es un lujo”.

Chris Harman, *Anticapitalismo: teoría y práctica*.

1.

INTRODUCCIÓN

El presente artículo parte de la convicción de que nos hallamos de pleno en una nueva fase histórica, que se remonta a principios de la década de los setenta del siglo XX. Desde hace más de dos siglos vivimos una nueva realidad socioeconómica: el capitalismo -aunque sus inicios en Inglaterra y Países Bajos se pueden remontar incluso a finales del siglo XVI-. Esta sociedad capitalista ha experimentado cambios sustanciales, políticos y económicos, dentro de una continuidad, lo que nos permite establecer cuatro fases, lógicamente con límites temporales siempre un poco arbitrarios: el capitalismo clásico, desde los inicios a 1870, el capitalismo imperialista, desde 1870 hasta la II Guerra mundial, la edad de oro del capitalismo, desde el 45 o final de la II Guerra hasta los inicios de la década de los 70 del siglo pasado, y la actual etapa, que hemos dado en llamar globalización, desde este período hasta la actualidad.

Escogemos el término de “globalización” porque refleja parte de la realidad de esta época, pero sobre todo porque es el más usado y más reconocido por todo el mundo. Tanto en la vida cotidiana, como en el mundo académico, se utiliza el término, aunque con diferentes contenidos, pero implicando siempre el hecho de que estamos ante una realidad histórica nueva.

Hagamos unas breves consideraciones iniciales. En primer lugar nos proponemos un ensayo de tema político, económico y filosófico, lo cual supone decir que es un tema abierto a opiniones confrontadas, dispares, sobre el que todo el mundo puede opinar; como decía el gran filósofo marxista Gramsci, todo ser humano es filósofo, tiene una concepción general de la realidad, y la diferencia entre el hombre corriente y el filósofo profesional no es más que el mayor o menor rigor o coherencia en dicha concepción. En segundo lugar, dada la temática política, económica y filosófica, el posible contenido de verdad de nuestras tesis

no tendrá un carácter ni absoluto ni objetivo, sino parcial y subjetivo, entendiendo por tal el hecho de que partimos de una serie de concepciones previas sobre la realidad. No existe un saber, al menos en las ciencias sociales, ni objetivo ni neutral, lo cual por otro lado no quiere decir que sea arbitrario. La honradez del científico social o del filósofo, profesional o *amateur*, no reside por lo tanto en la neutralidad, sino en dar a conocer de antemano cuáles son sus premisas.

Pues bien, nuestras premisas son marxistas, y ello en un doble sentido. En el plano de la teoría, postulamos que la esencia de todo momento histórico, incluido lo que llamamos “globalización”, viene dada esencialmente por sus formas económicas, aunque lo político y lo ideológico sean realidades importantes y no meramente epifenómenos. Por otra parte, en la posición política práctica, supone en primer lugar adoptar el punto de vista de las clases oprimidas, empezando por el proletariado, y defender su liberación o emancipación. En segundo lugar supone rechazar el capitalismo como sistema no solo explotador de la clase obrera y de las clases humildes en general, así como generador de guerras, lo cual ya en sí es razón suficiente, sino también como sistema anárquico, que desemboca en crisis tales donde la superproducción y la miseria van de la mano. Supone por último que la alternativa a este estado de cosas solo puede ser un socialismo, es decir, una organización de la política y la economía por parte de los obreros, políticamente democrática, y con una economía planificada y centrada no en la acumulación y el beneficio, sino en la satisfacción de las necesidades de la gente. Por último el ensayo trata de ser una teoría de teorías. En primer lugar recogemos aquellas teorías -que son más bien, dado su carácter informal, familias de opiniones- sobre el mundo actual que creemos que aportan algún contenido de verdad significativo, junto a otras deficiencias o falsedades; son todas ellas teorías de esencia económica o política, pues dejamos voluntariamente al margen otras que insisten más en contenidos ideológicos o culturales como núcleo de la globalización, no porque no las creamos im-

portantes, sino por no considerarlas esenciales en el sentido filosófico del término. En segundo lugar concluimos el ensayo con nuestra propia concepción, la cual no solo pretende dar cuenta del momento histórico actual sino también de los contenidos de verdad aportados por las otras teorías.

2.

LA TESIS ORTODOXA DE LA “GLOBALIZACIÓN”: UNA TESIS PROSISTEMA

La visión ortodoxa de la globalización es la de la clase dominante o *establishment* político y económico: los grandes poderes económicos, los poderes políticos -Estados, partidos políticos tanto conservadores como socialdemócratas, e instituciones como el Banco Mundial o el FMI-, y los grandes medios e intelectuales oficiales, especialmente economistas y filósofos; podemos destacar el grupo en torno a *The Economist* y *Financial Times*, y a autores como Martin Wolf, redactor de esta última publicación. No hay que olvidar la aparición en las últimas décadas de grandes grupos de creación intelectual, especialmente en los países anglosajones, los llamados “*think tanks*”.

2.1. Las tesis básicas

Estamos ante una concepción de la realidad optimista, básicamente apologeta o legitimadora del capitalismo, que se sostiene a nuestro juicio sobre las siguientes tesis:

1. Una internacionalización de la economía, productiva, comercial y financiera. La globalización se caracterizaría básicamente por un comercio mundial, un movimiento financiero mundial -inversiones y préstamos bancarios- y una red de empresas multinacionales que operan en todo el mundo. Todo ello se habría dado por lo demás gracias al gran desarrollo de los

medios de transporte y de la tecnología en general, y especialmente a lo que algunos han denominado la “nueva economía”, a saber, la tecnología digital e Internet.

2. La creación de una auténtica economía mundial, *mundus economicus*, que llegaría a todos los rincones del globo, y donde todos los momentos -empresas, capitales, materias primas, mano de obra, tecnología, etc.- y todos los países y poblaciones del mundo estarían interrelacionados, formando una “red de redes”. Veamos por ejemplo la definición que ofrece el FMI: “La globalización es una interdependencia creciente del conjunto de países del mundo, provocada por el aumento del volumen y la variedad de las transacciones de bienes y servicios, así como de los flujos internacionales de capitales, al tiempo que la difusión acelerada y generalizada de tecnología”.

3. Un progreso económico continuo, sin crisis, y justo, porque llegaría a todos. Incluso los países más pobres, al ser más competitivos en mano de obra, serían los más favorecidos por la globalización: “Esta reorganización del espacio de la producción a niveles mundiales está referida al movimiento del capital productivo desde las economías avanzadas a las economías con bajos salarios. Esto conduce a la exportación de procesos de producción con trabajo intensivo a regiones o países donde los salarios son muy bajos. Como resultado de este movimiento, dicen, mientras el centro se des-industrializa en términos de porcentajes de fuerza de trabajo industrial y de manufacturas en el producto bruto, en la periferia global se da una ‘industrialización’ correspondiente”¹. También en el seno de los países ricos las clases más humildes se verían favorecidas, por el efecto del *trickle’s down*, según el cual la riqueza de los ricos alcanza también a los pobres, conformando lo que Reagan y Thatcher denominaban un “capitalismo del pueblo”. Por todo ello se podría concluir, como sostiene J. Ohmae de forma paradigmática, que “la globaliza-

¹ (AKQA, ISMET, *Globalización, Estado y trabajo*, www.rcci.net/globalización/2003/fg350.htm, p.2)

ción es el mejor de los mundos”²

Sin duda, para realizar este mundo mejor y más justo, habría que aplicar las políticas económicas adecuadas a la internacionalización del capital, esto es, la agenda neoliberal consistente en la privatización de las empresas públicas, la desregulación del movimiento del capital, la desregulación fiscal o supresión de impuestos a los más ricos, y la desregulación del mercado laboral. En otros términos, se ha de dejar vía libre al capital, pues éste por sí solo genera bonanza y equidad.

4. La separación del poder político del económico y la pérdida de importancia económica de los Estados. El capital funcionaría al margen de los Estados y no tendría necesidad de los mismos. En un último momento, utópico, pero deseado, esta tendencia podría desembocar en la propia desaparición de los Estados. Dos de los teóricos más representativos de esta tesis son J. Ohmae, en *The end of the Nation State*, y S. Strange, en su obra *The retreat of State*.

5. La paz y la desaparición de las guerras globales, e incluso de las locales. Los beneficios de las grandes empresas vienen por la sola lógica económica. Ésta sería por naturaleza pacífica, basada en el libre intercambio de individuos y pueblos, frente a la lógica política, que sería agresiva y conduciría a las guerras. De esta manera, de la mano de la mera economía, nos encaminaríamos al objetivo de la paz perpetua kantiana. Es una tesis, por lo demás, compartida por parte de la izquierda, radical, como es el caso de M. Hardt y A. Negri en su libro *Imperio*.

6. Un determinismo histórico. No habría posibilidad de una alternativa al sistema, y ello en un doble sentido. Por un lado no existiría un modelo político y económico posible, que generara bienestar, diferente al capitalismo internacionalizado. Por otro lado no habría agentes capaces de presentar esta alternativa, como fueran en otro momento los Estados o la clase obrera. Debe-

² (W. BONEFELD, *Globalisation: Crisis of regulation or crisis of capital* www.thehobgoblin.co.uk/journal/h52003_Bonfeld.htm).

ríamos asumir en definitiva el acrónimo “tina” inspirado en Thatcher, esto es, *there is no alternative*, o la idea de que, según Fukuyama, hemos llegado al final de la Historia, y no hay un más allá.

2.2. El momento de la verdad

Esta teoría presenta unos contenidos de verdad, que captan parte de la realidad de nuestro mundo actual.

1. Capitalismo mundial. El capitalismo es un sistema expansivo, que tiende a buscar beneficio en todas partes, y por ello mismo a convertirse en un sistema mundial, como dijera ya Marx en el *Manifiesto Comunista*, cuando ese sistema estaba en la cuna, y solo era una realidad en Gran Bretaña y Bélgica, y en zonas concretas de EE.UU., Alemania, Escandinavia y Francia. Así afirma también de forma acertada Lukács: “El capitalismo monopolista crea por primera vez en la historia una economía mundial real. En su forma desarrollada la explotación capitalista no solo explota criminalmente a los pueblos coloniales como hizo en sus orígenes; transforma al mismo tiempo su estructura social entera y los arrastra dentro del sistema capitalista”.³ Sin duda todavía existe hoy en día un “extracapitalismo”. Quedan sociedades tradicionales o precapitalistas, tanto campesinas como de cazadores recolectores. Hay asimismo casos de desarrollo combinado, países que presentan un capitalismo muy avanzado junto a formas de producción tradicionales, agrícolas, mercantiles, etc. Pero aún así estas formas económicas están afectadas por el capitalismo que las envuelve y las tiende a eliminar; las sociedades de cazadores recolectores simplemente desaparecen en el Amazonas porque el avance capitalista destruye su hábitat.

2. Internacionalización del capital productivo. El capitalismo,

³ (Lukács, G., “*Imperialism: world war and civil war*,” en Lenin: a study of the unity of his thought, <http://www.marxists.org/archive/lukacs/works/i924/Lenin/cho2.htm>, p. 4).

en la búsqueda también del máximo beneficio, tiene una tendencia, como dice Marx, a la concentración, a la centralización y, en última instancia, a la creación de monopolios, sea por fusión de unas empresas y otras o por absorción de las más pequeñas por las más grandes. En el período de entreguerras subrayan esta tendencia numerosos marxistas, como Lenin, R. Luxemburgo, Bujarin y Hilferding, quien destaca la unión de empresas productivas y bancos. Los períodos de crisis aceleran estos procesos. Las grandes empresas tienen muchas ventajas competitivas dentro del capitalismo: controlar las materias primas e impedir el acceso a las mismas de las otras empresas, bloquear el acceso de las empresas rivales a los transportes, vender los productos incluso con pérdidas para sacar fuera del negocio a las empresas rivales, denegarles el acceso al crédito, etc.⁴ Pueden, además, mantener precios artificiales por encima de su valor real, como ocurrió en la crisis de los 70, que no se vio acompañada, como es habitual, de una bajada de precios. Estas ventajas tienen por un lado un origen económico. Su gran tamaño les permite un cálculo, planificación y en definitiva racionalización de su producción. Por otro lado tiene también una raíz política. Las grandes empresas pueden establecer conexiones y ejercer presiones sobre otras empresas y sobre los propios Estados.

La aparición de grandes empresas conlleva a su vez la internacionalización de la economía. La competición clásica del capitalismo ya no se da entre innumerables empresas pequeñas y medianas dentro de un Estado, sino entre grandes corporaciones transnacionales a nivel internacional, que son quienes realmente compiten hoy en día, con la ayuda de sus respectivos Estados. Como decía Bujarin, la competición se reduce a un mínimo dentro de las fronteras nacionales, y se exacerba en el mercado mundial⁵.

Durante la época dorada del capitalismo, años 50 y 60 del

⁴ (Harman, Ch., *Analysing imperialism*,
<http://www.marxists.org/archive/harman/2003/xx/imperialism.htm>, p. 2).

⁵ (Harman, Ch., *Analysing imperialism*, *ibídem*, p. 2).

siglo pasado, se produce una eclosión de empresas gigantes, - multinacionales-, que tienen actividad económica en más de un país y que dominan la mayor parte de las economías nacionales. Así, en 1968, el 48.8 % de los recursos del USA estaba en manos de las 100 empresas más poderosas, y el 60.04 % en manos de las 200 más poderosas. El número de las multinacionales ha seguido aumentando en las últimas tres décadas. El *World International Report* del 2000 hablaba ya de la existencia de 60.000 multinacionales y 800.000 filiales. Hoy en día se calcula la existencia de unas 85.000 y más de 900.000 filiales. Asimismo 29 de las 1.000 entidades económicas más poderosas del mundo son multinacionales; las otras son los Estados más fuertes. Ello ha conllevado una internacionalización de la inversión productiva. La inversión directa en el extranjero pasó así de un 4% del PIB mundial, en 1950, a un 15.9% en 1999, superando a la inversión del capital directo de la época del imperialismo clásico, o del colonialismo⁶ Asimismo el *World International Report* del 2000 hablaba de que las inversiones directas en el extranjero suponían el 22% del PIB, frente al 6% en el 1913, la anterior época de mayor internacionalización de la economía (Harman, Ch., *Analysing imperialism*, ibídem, p. 26).

3. Internacionalización del capital comercial. El comercio mundial creció desde 315 billones de dólares en 1950 a 3.447 billones de dólares en 1990, y después, como es lógico, ha seguido creciendo en proporción aún mayor. Se han creado regiones económicas que integran la economía de diversas zonas, como de forma clara en la Unión Europea, pero también en el Este Asiático y en América, con el Alca y Mercosur. Además se da una gran interpenetración comercial, y financiera al tiempo, de las economías en la actualidad, hasta el punto de que la salud de muchas de ellas depende de sus importaciones a otras y viceversa. Así es sabido que la gran expansión en las últimas décadas de la economía china se debe en parte gracias a las importaciones americanas de sus productos -China exporta el 10% de toda su

⁶ (Harman, Ch., *Analysing imperialism*, ibídem, p. 17).

producción, el otro 40% a inversión interna y el 50% de reproducción, y la mayoría de lo exportado va a USA-.

Asimismo la economía americana, fuertemente endeudada, se mantiene gracias a la inversión de capital en dólares procedentes de China. A su vez las economías de Brasil, Argentina y Venezuela han experimentado un desarrollo y han logrado salir recientemente de las crisis gracias a la venta a China de sus productos, sobre todo agrícolas, pero también el petróleo venezolano. Las importaciones chinas han tirado igualmente de las economías japonesa, surcoreana, taiwanesa, malasia y australiana ⁷

4. Internacionalización del capital financiero, en sus cuatro formas actuales: deuda, pública y privada, acciones, divisas y derivados. Ya destacaba Hilferding en el período de entreguerras que en el capitalismo había aumentado progresivamente la importancia del capital financiero. Pero hoy en día ha adquirido tal importancia que se ha acuñado un nuevo término: la “financiarización” de la economía. A dicho fenómeno ha contribuido en primer lugar la mayor necesidad de financiación de las empresas. Al aumentar su tamaño y sus operaciones, éstas necesitan muchos más fondos, más allá de sus propios beneficios. Así, en EE.UU., en los 50 y principios de los 60, solo un 25% de los gastos de las empresas estaba financiado, mientras a mitad del año 74 el porcentaje era del 65%. Asimismo, mientras en 1965 el préstamo bancario internacional suponía un 7.8% del mercado mundial, en 1991 ya había subido al 104.6% ⁸. En segundo lugar ha contribuido a la importancia del capital financiero internacional el endeudamiento de los Estados, tanto de los desarrollados como de los más pobres, a partir de la década de los 70. Fijémos en estos últimos. En los 74 países menos desarrollados la deuda pasó de 39 billones de dólares en 1965 a 119 en 1974; en 1976 estos países debían 7 billones de dólares a los bancos pri-

⁷ (Harman, Ch., *China's economy and Europe's crisis*, <http://www.marxists.org/archive/harman/2006/xx/china.htm>, pp. 5 y 6).

⁸ (Rees, J., “*Imperialism: globalisation, the state and war*”, en *International Socialism Journal*, n° 93, 2001, p. 1).

vados de USA, Europa occidental y Japón. Con datos de 2003, el África subsahariana debía a entidades de los países ricos 213 billones de dólares, Latinoamérica y el caribe 729.6 y el Sur en general 2500.⁹ La deuda de la Europa oriental aumentó igualmente de manera considerable. También, desde los años 80, se ha producido un gran endeudamiento, de las familias, a través de las hipotecas, tarjetas de crédito, etc. Pero también los países desarrollados, con EE.UU. a la cabeza, han entrado en un enorme espiral de endeudamiento.

Un tercer factor es la internacionalización del capital de los bancos. En Europa occidental éstos pasaron de tener 25 billones de dólares de fondos en moneda extranjera, en 1968, a unos 200 billones en 1974. El origen estuvo en el déficit de balanza de pagos de USA, lo cual se tradujo en la acumulación de dólares en los bancos europeos, los cuales posteriormente se utilizaban para dar préstamos a EE.UU.¹⁰ También están acumulados en los grandes bancos occidentales muchos fondos procedentes de los multimillonarios de los países pobres.

La especulación financiera es el cuarto factor. Por tal entendemos, en primer lugar, la inversión de capital no en empresas productivas, sino en otros productos financieros: se compran derechos o títulos sobre acciones, préstamos y divisas. Por eso Ch. Harman habla de un mercado de segunda mano. Estos productos financieros de “segunda mano” reciben el nombre de derivados. Su origen está en el deseo de agentes económicos de protegerse de las posibles variaciones en los tipos de interés, tipos de cambio, índices bursátiles y precios.¹¹ Hay una gran variedad y cantidad de dichos productos derivados. Están los

⁹ (Harman, Ch., *The zombie capitalism*, Bookmarks publications, Londres, 2009, p. 278).

¹⁰ (Harman, Ch., *Explaining the crisis*, Bookmarks publications, London, 1999, p. 114).

¹¹ (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan*. Once respuestas para entender la crisis, Icaria editorial, Barcelona, 2011, p. 17).

CDOs, que son obligaciones de deuda colateralizada, que funden un producto más seguro con otros más inseguros, como hipotecas subprime.¹² Hay también *CDS* o *credit default swaps* que funcionan como seguros -el vendedor de protección asegura al comprador ante el riesgo de impago de una entidad de referencia, a cambio del abono de una cantidad anual-. Se da también el *carry trade*, lo cual consiste en comprar una divisa con otra para venderla simultáneamente. También existen las “titulaciones” de acciones por los bancos -*securitization* en inglés- un procedimiento bastante nuevo que permite obtener liquidez sin aumentar las obligaciones. Consiste en vender los derechos de cobro del préstamo (el contrato, el papel) a un tercero, a cambio de lo cual se recibe dinero que sí se puede volver a prestar. Es actualmente la forma preferida por los bancos para disponer de cada vez más dinero para aumentar su negocio de concesión de préstamos.¹³ En términos cuantitativos, hoy día se calcula que se mueven 4 billones de dólares al día solo en los mercados de compra y venta de monedas, y 700 billones de dólares en los mercados de derivados.¹⁴

En segundo lugar entendemos por especulación financiera la compra calculada de productos a corto plazo, con intención de recuperar y ampliar en breve espacio de tiempo las cantidades invertidas.¹⁵ Por eso Alberto Garzón habla de la especulación financiera como de “un gran casino”.¹⁶ En este casino se han multiplicado los jugadores o agentes financieros. Amén de los bancos comerciales y bancos de inversión, hay fondos de inver-

¹² (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 33).

¹³ (Torres López, J., *La crisis financiera. Guía para entenderla y explicarla*, ATTAC España, 2009, p. 45).

¹⁴ (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ATTAC España, 2011, p. 30).

¹⁵ (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, pp. 17 y 18).

¹⁶ (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 35).

sión, propietarios de 17 billones de euros en 2010, fondos de pensiones, compañías de seguros, que gestionaban 15 billones de euros en el mismo año, y *hedge funds*, que “a pesar de manejar muchos menos activos (en torno a 1,5 billones de euros), son agentes con un gran impacto en los mercados, y desarrollan actividades altamente especulativas”.¹⁷ Operan muchos de ellos en paraísos fiscales. Por otro lado muchos agentes económicos esencialmente no financieros participan igualmente de la especulación. Empresas que antes “se financiaban solicitando préstamos a los bancos”, ahora lo hacen “emitiendo acciones o bonos, que eran más baratos y que servían a los inversores para crear a partir de ellos nuevos papeles que de nuevo vendían en los mercados financieros”.¹⁸ Así, por ejemplo, del 95 al 98, un tercio de los beneficios de la multinacional Ford procedía de servicios, no de la producción. Los ciudadanos de a pié, a través de diversos productos como planes de seguros y de pensiones privados, también se sumergen en el mundo financiero. Los bancos, por su parte, han dejado de “dedicarse preferentemente a financiar la actividad productiva de las empresas para desplazar sus negocios hacia la gestión de fondos de inversión y hacia el cobro de comisiones bancarias”.¹⁹ A estos agentes habría que añadir las agencias de calificación, que asumen gran importancia para estas compañías a la hora de decidir sus inversiones, pese a los graves errores cometidos por aquéllas: “Hasta pocos días antes de que Enron entrara en quiebra las agencias mantuvieron su calificación en niveles muy positivos; los productos financieros donde se habían integrado las hipotecas *subprime* estadounidenses contaban con la máxima calificación; Lehman and Brothers era calificado como de máxima seguridad hasta el momento mismo de

¹⁷ (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 21).

¹⁸ (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p.).

¹⁹ (VV. AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 31).

su colapso”.²⁰ Estas entidades no solo cometen errores, sino fraudes- se paga por informes positivos- y chantajes a quienes no acepten sus servicios, porque no trabajan para las empresas inversoras, sino para aquéllas que venden sus títulos: “El caso de la empresa Hannover Rück y la calificadora Moody's es paradigmático: cuando la empresa decidió rescindir su contrato con la agencia, esta comenzó a emitir calificaciones no pedidas en las cuales iba degradando la solvencia”.²¹

La financiarización de la economía en general, y la especulación financiera en concreto, se han visto favorecidas por una desregulación de las operaciones financieras y de las actividades de los bancos. A manera de ejemplo, en los años 70, los bancos tenían que reservar más del 30% de sus depósitos para hacer frente a las posibles retiradas de efectivo de sus clientes. Hoy día, solo están obligados a reservar el 2%, aunque otras imposiciones legales le hacen subir hasta más o menos un 10%.²²

5. Las políticas económicas de los Estados están más limitadas por la internacionalización de la economía, especialmente si las comparamos con las de los años de la época dorada del capitalismo. Ello presenta varios momentos. Por un lado, en el plano de la producción, hoy día resulta muy difícil para los Estados llevar a cabo una política capitalista de desarrollismo industrial, como hicieran muchos Estados emergentes tanto durante los años 30 como tras la II Guerra. Tales fueron los casos de la URSS de Stalin, de la China de Mao Zedong, del Egipto de Nasser -con capital conseguido gracias a las exportaciones de algodón y las ayudas de la URSS-, de Siria, de la India de Nehru, del Brasil de Vargas, de Corea del Sur, etc.. A partir de los 70 estos países entraron en recesión y cambiaron drásticamente de políti-

²⁰ (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 25).

²¹ (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 27).

²² (Torres López, J., *La crisis financiera. Guía para entenderla y explicarla*, ibídem, p. 24).

ca, hacia la apertura al capital extranjero. Hoy en día, con una mayor acumulación de capital, se necesitarían enormes cantidades de capital para impulsar dicho desarrollismo. Asimismo la internacionalización de la economía, el aumento de la competencia internacional, que conlleva innovaciones tecnológicas continuas que aumentan la productividad, impide a un Estado aislado estar a la altura de dichas avances y desarrollar una industria autónoma rentable.

Ch. Harman ya lo explica de forma clara en los años 70: “La clase capitalista nacional -sea en Polonia o Brasil, Argentina o Gran Bretaña, la URSS o Francia- solo puede seguir el ritmo de la competencia internacional si tiene acceso a recursos productivos más amplios que los del Estado nacional y si tiene acceso a avances tecnológicos que tienen lugar a una escala más amplia, generalmente en las empresas más grandes de los países más avanzados. Y no pude tener acceso a ello sin una dependencia creciente sobre el comercio internacional, el mercado capitalista internacional y las empresas multinacionales. Sin embargo, a nivel internacional, no existen instituciones comparables al Estado nacional, capaces de imponer orden. Cada capitalismo estatal nacional está cada vez más y más sumido en un sistema mundial caótico y desorganizado, donde el único orden es el que proveen las crisis y el carácter destructivo del propio mercado mundial”.²³

También resulta difícil para los Estados el dirigismo de la inversión, es decir, influir sobre los bancos para que inviertan en determinadas empresas, aunque sean poco rentables, algo que practicaron en los años dorados EE.UU. y Europa occidental. Por un lado la competencia internacional, y por otro el gran endeudamiento de los Estados y su dependencia de capital internacional, lo impiden. Lógicamente son siempre los Estados más débiles los que tienen menos capacidad de maniobra. Así ciertos Estados poderosos, como Japón, Corea del Sur y sobre todo China,

²³ (Harman, Ch. Poland_ *Crisis of the state capitalism*, Parte II, <http://www.marxists.org/history/etol/writers/harman/1977/01/poland2.htm>, p. 14).

aplican hoy día políticas de dirigismo de las inversiones, gracias a que disponen de un capital financiero nacional importante y a la gran interconexión que existe entre su capital empresarial y financiero, por un lado, y entre éstos y los Estados por otro.

La política económica de los Estados actuales se reduce básicamente a las políticas fiscales y monetarias: subir o bajar impuestos, aumentar o disminuir el gasto público, subir o bajar los tipos de interés y devaluar o revaluar la moneda. Sin embargo también aquí ha disminuido el margen de maniobra de los Estados, incluso comparado con los años 30.²⁴ Por un lado el capital empresarial, y especialmente las empresas multinacionales, presionan a los Estados para que les apliquen facilidades fiscales. Por otro lado el capital financiero internacional, del que dependen los Estados, exige libertad de movimientos, ausencia de impuestos y altos tipos de interés, así como también una economía sana, austera, sin inflación, que evite devaluaciones de la moneda. De lo contrario amenaza con huir de dicho Estado. La dependencia del capital financiero internacional aumenta con el endeudamiento enorme de los Estados actuales. Los agentes inversores, para evitar la experiencia de los años 80, cuando la inflación redujo la deuda real y los bancos perdieron dinero, chantajejan a los Estados, a los más débiles, con las “primas de alto riesgo”, que aumentan los intereses de la deuda de los países no “saneados”, lo cual limita la capacidad de endeudamiento de estos Estados y toda su política monetaria y fiscal. Lógicamente cuanto más débil es un Estado más limitado es su margen de maniobra. Por el contrario, un Estado poderoso, como EE.UU., se puede permitir el lujo de tener un gran déficit comercial, un tipo de interés muy bajo, sin dejar de ser por ello el refugio del capital internacional.

En tercer lugar los Estados están limitados por las presiones que ejercen sobre ellos otros Estados. Son conocidas las presiones de EE.UU. a Japón, en los años 80, y a China, hoy día, para

²⁴ (Harman, Ch., *Explaining the crisis*, ibídem, p. 116).

devaluar sus respectivas monedas. La interpenetración de la economía, de los países ricos, desarrollados, y emergentes, a través de las transnacionales, del comercio y del movimiento de capital líquido, condiciona igualmente las actuaciones económicas, de cualquier tipo, de todo Estado, porque la crisis o recesión en uno de ellos puede tener consecuencias graves sobre los otros. “Cuando EE.UU. tose, Europa se constipa”, sostiene el tópico. Por último algunos Estados se han autolimitado institucionalmente las políticas fiscales y monetarias. Una herramienta clave es la creación de Bancos centrales independientes, que marcan los tipos de interés al margen de los políticos. En la UE, desde el “Tratado de Maastricht”, se ha institucionalizado, con más o menos éxito, una política de límite del déficit, y desde la aparición de la moneda única, se impide el juego de las “devaluaciones competitivas”. Por mencionar un último ejemplo, España ha establecido recientemente el límite del déficit público como un precepto constitucional.

2.3. Los mitos de la “globalización”

Al margen de estos contenidos de verdad, que constituyen parte de la realidad contemporánea, el resto de las tesis de esta teoría son a nuestro juicio falsas, y desempeñan el papel ideológico de encubrir y edulcorar la realidad. Veámoslas detenidamente.

1. La globalización no es un fenómeno ni único ni totalmente novedoso. Es una etapa diferente del capitalismo, pero esencialmente capitalista, y con muchos rasgos que se daban en fases anteriores: las multinacionales ya se dieron en la época imperialista, así como un comercio internacional enorme, y un movimiento financiero internacional. Es el caso inglés, la mitad de la inversión, entre 1880 y 1890, se iba al extranjero. Tampoco es un proceso lineal; durante los años 30, por las políticas proteccionistas, pero también en los años dorados de la guerra fría, el comercio internacional bajó mucho con respecto a la época imperialista

1. La globalización no supone una “red de redes” económica,

donde todos los habitantes y todas las zonas del mundo están por igual implicados, y por ende se benefician mutuamente, como reza el dogma ortodoxo, expresado de forma paradigmática por D. E. Wolowick: “La economía mundial ya no es una sumatoria de economías nacionales, sino una gran red de relaciones con una dinámica autónoma”.²⁵ Ante tal tópico se debe establecer las siguientes precisiones.

A) Las multinacionales realizan la mayoría de sus operaciones, ventas e inversiones, en los países sede -la Unión Europea podría parecer la excepción, pero no lo es tanto, si consideramos a Europa como una sola zona-. Las multinacionales asimismo mantienen la inmensa mayoría de su capital fijo y su capital financiero en dichos países. De las 100 mayores empresas, con datos de los años 90, sólo 18 tenían la mayoría de su capital en el extranjero, las cuales eran transnacionales de países pequeños, que tenían su capital en países vecinos, desarrollados: Suiza, Holanda y Suecia.²⁶ Con datos actuales, las 50 transnacionales más poderosas tienen más de la mitad de su negocio en el país base. Los cargos directivos y principales accionistas de dichas empresas son asimismo de los países sede, esto es, de los países ricos; en 1991 sólo un 2% de los miembros de las direcciones de las grandes compañías norteamericanas eran extranjeros.

La inversión de las multinacionales en países extranjeros se suele producir en uno básicamente, o en unos pocos, de forma privilegiada, y no de forma indiscriminada y arbitraria por todo el globo. La inversión industrial se da, en su inmensa mayoría, en la tríada Comunidad Europea, América del Norte y Japón: “La supuesta masiva fuga de capitales de los países avanzados a las naciones recientemente industrializadas totaliza cerca de 100 mil millones de dólares, lo que representaba solamente el 3% de la inversión en los países de la tríada rica y el 0.2% de su stock

²⁵ (Sánchez Ortiz, A., “Globalización y regionalismo; una perspectiva económico-comercial”, www.eumed.net/ce/2009b/aso.htm, p. 1)

²⁶ (Harman, Ch, *Globalisation: a critique of a new orthodoxy*, <http://www.marxists.org/archive/harman/1996/xx/global.htm>, p. 6).

de capital”, dice Ismet Akga con datos de 1999, tomados de Hirst and Thompson. Se puede hablar así, con Ch. Harman, de una “regionalización” del capitalismo antes que de una globalización.²⁷ De la misma manera sería más acertado denominar a las multinacionales “transnacionales”.

Las transnacionales no funcionan según el esquema “globalizador”, de un sistema de montaje multinacional, donde unos países producirían unos productos, otros los montarían y finalmente se vendería en otros. Lo habitual es que la transnacional instale una filial en un país desarrollado, para intentar, gracias a las ventajas tecnológicas que le ofrece la sede, apoderarse del mercado -es lo que se llama el modelo Toyota, que es el dominante incluso en las transnacionales instaladas en el Tercer Mundo-. Otra posibilidad es la de captar una empresa local ya existente, en un país avanzado, y convertirla en su satélite. Así, más que de globalización, Ch. Harman postula el término de “glocalización”.²⁸

B) El comercio de manufacturas tiene su origen básicamente en los países ricos y en algunos pocos emergentes, quienes están más interrelacionados comercialmente, quedando para los países subdesarrollados, pese a ser numéricamente la inmensa mayoría, y con datos de 1996, un porcentaje de tan sólo el 16%.

C) El capital financiero, pese a las apariencias, tampoco está “globalizado”. Opera fundamentalmente en los grandes centros financieros, Londres y EE.UU., y en lugar de distribuir capital por el mundo, lo que hace es concentrarlo. Por lo que se refiere al movimiento norte-sur, el proceso es el inverso al pretendido por la tesis ortodoxa de la globalización. Se produce la huida de capitales de países pobres, hacia los bancos de los países pobres, buscando seguridad e inversiones rentables. A los países pobres vuelve en forma de préstamo, que se ha de devolver con intere-

²⁷ (Harman, Ch, *Globalisation: a critique of a new orthodoxy*, ibídem, p. 7).

²⁸ (Harman, Ch, *Globalisation: a critique of a new orthodoxy*, ibídem, p. 10).

ses, de modo que al final es más lo que fluye del sur al norte, dicho en términos generales, que viceversa: “Capitalistas locales están transfiriendo sus ahorros a bancos transnacionales que, a su vez, prestan capital a los Estados latinoamericanos. Esto, por su parte, prestan dinero a capitalistas privados. Esta actitud permite a los capitalistas privados proteger sus ahorros, mientras aumentan una deuda externa que es garantizada por el Estado local”.²⁹

3) El supuesto beneficio mutuo de la globalización es otro gran mito. En primer lugar ha aumentado de forma tremenda la desigualdad entre ricos y pobres, o pobreza relativa, en términos tanto de ciudadanos como de países. Así dice un Informe de la ONU sobre el desarrollo humano: “La distancia en materia de ingresos entre el 20% de los más ricos y el 20% de los más pobres ha crecido de un 30.1% en 1960 a un 60.1% en 1990, y a un 74.1% en 1999, y se proyecta alcanzar el 100.1 en el 2015”.³⁰ Asimismo el que fuera secretario de Trabajo con Clinton, Robert Reich, ha señalado que mientras en 1976 el 1 por ciento más rico de la población de Estados Unidos poseía el 9 por ciento de la riqueza, en la actualidad ya acumula el 20 por ciento.³¹ Respecto a los países, “un estudio llevado a cabo por economistas del Banco Mundial muestra que la proporción entre países más ricos y más pobres era de 8 a 1 en torno al 1870, de 38 a 1 en 1960 y de 45 a uno en 1990. El 20% de las naciones más ricas disponen de más del 84% del PIB global, del 84% del comercio mundial, y del 85% del ahorro interior. Utilizan el 85% de la madera el planeta, el 75% de los metales elaborados y el 70% de la energía del mundo”.³² Pongamos un ejemplo español. Aquí los beneficios

²⁹ (Callinicos, A., “El imperialismo de las superpotencias”, en *Imperialismo hoy*, http://www.socialismo-o-barbarie.org/imperialismo_s_xxi/callinicos_imperialismohoy2.htm, p.7).

³⁰ (Li, M., *Después del neoliberalismo: ¿imperio, socialdemocracia o socialismo?*, www.rcci.nret/globalización/2003/fgh392.htm, p. 1).

³¹ (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 34).

³² (Rees, J., *Impérialisme et résistance*, <http://quefaire.lautre.net/ancien/archive/rees-imperialismeetresistance>, p. 65).

de las 35 mayores empresas españolas que cotizan en Bolsa fueron de 51.613 millones de euros en 2010, lo que supone una subida del 24,7 por ciento con respecto al año anterior, mientras que los salarios perdieron 2 puntos porcentuales de poder adquisitivo en ese mismo año, cuando sólo subieron alrededor del 1 por ciento frente al 3 por ciento de la tasa de inflación.³³

En segundo lugar la clase obrera no ha hecho más que ver descender de forma vertiginosa su poder adquisitivo, tanto en los países ricos como en los pobres. A manera de ejemplo, en las tres últimas décadas el peso de los salarios ha caído en la OCDE casi doce puntos porcentuales.³⁴ En los EE.UU. los ingresos semanales de un trabajador industrial han caído de 315 dólares en 1973 a 271 dólares en 1999, lo que supone un salario más bajo que el promedio de 1962. En América Latina, y con respecto a 1973, a mediados de los años noventa los salarios habían caído un 14% en Argentina, un 21% en Uruguay, un 53% en Venezuela, un 68% en Ecuador y un 73% en Bolivia.³⁵ En el mundo, el 50 por ciento de los trabajadores gana menos de 2 dólares y no tiene ningún tipo de contrato ni de protección social.³⁶ Además, según la Organización Internacional del Trabajo (OIT), el número de personas desempleadas en el mundo registró un récord histórico de 205 millones al inicio de 2011.³⁷ En tercer lugar ha aumentado la pobreza absoluta. Hoy en día hay 1.100 millones de hambrientos y casi 2.000 millones en situación de extrema pobreza.³⁸

³³ (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 65)

³⁴ (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 30).

³⁵ (Li, M., *Después del neoliberalismo: ¿imperio, socialdemocracia o socialismo?*, ibídem, p. 1).

³⁶ (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 15).

³⁷ (VV. AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 64).

³⁸ (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar*

4. Otro gran mito es la desaparición del Estado como realidad económica. Estado y capital están unidos en el capitalismo desde el origen. Son realidades diferentes, con autonomía, pero se hallan interrelacionadas mutuamente.

El Estado representa a la clase económica dominante y sus intereses en forma general, no a un capitalista concreto u otro, y tiene por ello como objetivo mantener en su territorio la acumulación general del capital, que beneficia básicamente a la clase dominante. El Estado a su vez necesita de la acumulación capitalista en su zona de dominio, tanto para conseguir o mantener su poderío político y militar como mantener los privilegios económicos de aquéllos que forman parte de la elite estatal. Por todo ello el Estado nunca puede prescindir en su política de los poseedores el capital, sean privados o sea una burocracia política, como en la antigua URSS; podrá emprenderla contra algún capitalista privado, como hicieron los nazis con los Thyssen, cuando éstos no siguieron su política, pero no puede desinteresarse del objetivo de aumentar la producción. Ello es la causa, por ejemplo, del gran interés por parte de los Estados, pese al discurso neoliberal, en que las empresas transnacionales tengan predominantemente capital del país de origen. Asimismo ello explica la presión que ejercen a sus empresas para que hagan operaciones que las fortalezcan, como son las fusiones. Así EE.UU. forzó la reorganización de la industria informática Americana para hacer frente a la japonesa, a principios de los 90, e impulsó la fusión de Boeing y McDonnell Douglas en el 96, para crear un gigante aeroespacial mayor que todo otro competidor europeo.

La confluencia de Estado y capital se ve igualmente en el ámbito personal; miembros del Estado y de las empresas provienen de familias poderosas, reciben la misma educación, tienen misma forma de vida. Asimismo se producen intercambios frecuentes entre el mundo de la empresa y el de la política, algo que en Japón es algo prácticamente institucionalizado. Veamos un ejem-

social en España, ibídem, p. 15).

plo español, recogido por A. Garzón: “El caso más extraordinario es el de David Taguas. Este hombre fue subdirector de estudios del Banco Bilbao Vizcaya Argentaria (BBVA), uno de los grandes bancos españoles, pasó a director de la oficina económica de Zapatero y actualmente es presidente de la Sociedad de Empresas de Obras Públicas de Ámbito Nacional (SEOPAN), el lobby de las empresas constructoras en España. Pocas veces la realidad es tan evidente”.³⁹

Los capitalistas privados, cuando los hay, por muy grandes entidades transnacionales que sean, necesitan de sus Estados. Las funciones básicas de éstos respecto a los capitalistas, desde que existe el capitalismo y hasta la actualidad, serían, siguiendo en gran parte a Ch. Harman, las siguientes: garantizar la oferta de mano de obra preparada, regulación de las relaciones legales entre unos capitalistas y otros y entre éstos y la clase obrera, la existencia de una moneda estable, el gasto público y los impuestos, algún grado de protección de los mercados locales, incluso proteccionismo en momentos de crisis, que garantice el monopolio de mercado y precios altos, negociaciones y presiones a otros Estados que les permitan abrir mercados y centros de inversión de capitales internacionales, garantizar el pago de los otros Estados de los derechos sobre patentes de las empresas nacionales, proteger a las empresas propias cuando surgen peligros graves de quiebra, la existencia de un poder policial, para protegerlas de las posibles rebeliones obreras, y para organizar los flujos de mano de obra inmigrante, y de un poder militar, para proteger sus intereses, como último resorte, tanto en el interior como en el exterior.⁴⁰ En definitiva, como afirma J. Rees, detrás de la mano del mercado siempre está el puño de acero de los Estados.

El papel del Estado ha cambiado lógicamente a lo largo de las diferentes fases del capitalismo, desde la época clásica, donde aquél era menos participativo, a la época imperialista, donde los

³⁹ (Garzón, A., “Qué neoliberalismo II”, Blog Pijus Economicus de Alberto Garzón Espinosa, 20 de Agosto de 2009, www.agarzon.net, p. 2)

⁴⁰ (Harman, Ch., *Analysing imperialism*, ibídem, p. 19).

Estados tuvieron un doble papel: poner límites en casa a los capitales extranjeros, políticas en definitiva proteccionistas, y abrir mercados y lugares de inversión a las transnacionales propias, de forma pacífica, con acuerdos, o con la guerra. A finales de los años 30 por otra parte se produce más intervención, planificación, e incluso, sometimiento de todos los capitales al Estado, con la llamada “economía de guerra”; los casos más paradigmáticos fueron la Alemania nazi y la URSS. Con la guerra fría se mantiene la intervención de los Estados, con algunas empresas públicas y un cierto dirigismo de las inversiones en los países occidentales desarrollados, e incluso, en los países estalinistas, y en algunos emergentes, con un claro capitalismo desarrollista de Estado.

Hoy en día la relación entre Estados y capitalistas privados es más compleja. Por un lado, como hemos dicho arriba, se ha debilitado la intervención económica directa de los Estados, que comenzó en los años 30 y que tuvo su forma extrema en el capitalismo de Estado. Pero por otro lado, paradójicamente, se ha reforzado dicha relación. El fenómeno de las transnacionales y de la internacionalización tiene como consecuencia que la competencia entre las empresas se dé no dentro de una nación, sino a nivel internacional, y que las empresas necesiten aún más de sus Estados, a fin de imponerse en dicha competición internacional. Bujarin ya decía que el capitalismo moderno, a partir de principios del XX, se caracteriza no solo por la concentración de empresas, sino por la fusión de sus intereses con los de los Estados, haciendo de cada uno de los Estados avanzados una especie de gran “trust nacional”. “Es una tontería postular que el capital está intentando romper con las barreras de la nación-Estado y del capital privado para un desarrollo mayor de las fuerzas productivas. Al contrario, su ‘internacionalización’ sirve exclusivamente a los capitales nacionales y a la propiedad privada”, decía ya P. Mattick en los años 70.⁴¹ Más aún, lejos de producirse una des-

⁴¹ (Mattick, P. Ernest *Mandel's state capitalism*, <http://www.marxists.org/archive/mattick-paul/1972/mandel.htm>, p. 23).

vinculación entre empresas y Estados, lo que ocurre a veces es una doble vinculación estatal por parte de una transnacional, como es el caso de Repsol YPF con el Estado español, país de origen, y con el argentino, donde tiene enormes inversiones, respectivamente.

Algunas de las intervenciones más obvias de los Estados, hoy en día, en beneficio de sus empresas, son las siguientes. Les conceden grandes subsidios, recortes de impuestos, y contratos, para ayudarlas a competir así con las rivales extranjeras. “De la lista de las 100 empresas más ricas del mundo, de *Fortune*, todas las de ordenadores, semiconductores y electrónicas tenían contratos con el gobierno americano, con Defensa; 23 estaban directamente implicadas en el negocio del petróleo, lo que supone una dependencia del gobierno para que el garantice los contratos y suministros del exterior; todas las de telecomunicaciones dependían de contratos y licencias de los gobiernos”.⁴² Por otro lado las organizaciones internacionales, como FMI y OMC, son lugares donde los Estados defienden a sus transnacionales frente a otras, y donde las ayudan a ejercer el control económico sobre los países del Tercer Mundo.⁴³ Asimismo en las negociaciones con otros Estados defienden los intereses de sus transnacionales. En 1985 EE.UU. impuso a Japón y Europa el Acuerdo de Plaza, que devaluaba el dólar frente a las otras monedas, para favorecer las exportaciones de sus transnacionales. También el Acuerdo de Alca, o la propia UE, son en parte movimientos políticos de los Estados para beneficiar a sus empresas. Igualmente los Estados, para defender a sus empresas, ponen en marcha medidas proteccionistas, especialmente de la agricultura, para evitar la entrada de productos del Tercer Mundo, al tiempo que piden a los otros Estados la liberalización absoluta. Por último acuden al recurso de la fuerza, como se ve de forma evidente en el caso de los EE.UU., pero también de otras potencias, para beneficiar a sus

⁴² (Harman, *Analysing imperialism*, ibídem, p. 19).

⁴³ (Cox, J, *Imperialism: just a phase we are going through?*, <http://pubs.socialistreviewindex.org-uk/isj102/cox.htm>, p. 3).

transnacionales: “La mano oculta del mercado nunca funcionará sin el puño oculto. McDonald’s no puede florecer sin McDonald Douglas. El puño oculto que mantiene el mundo seguro para que florezcan las tecnologías de Silicon Valley es el ejército americano, su fuerza aérea y naval, y los cuerpos de marines”.⁴⁴ La interrelación entre Estado y capitalistas, y sobre todo entre Estado y transnacionales, se hace especialmente visible en los períodos de crisis. Se puede decir que el papel del Estado, que estaba oculto, entre bastidores, sale claramente a escena, para ayudar a sus empresas y ayudarse con ello a sí mismo. Así, en la crisis de los años 30, los Estados aplicaron políticas proteccionistas para defender los intereses de sus empresas gigantes; asimismo iniciaron una política armamentista y militarista que tenía como objetivo la búsqueda de un espacio económico externo para sus empresas, algo que desembocó en anexionismo, por parte de la Alemania nazi, y en la II Guerra. Pongamos ejemplos más cercanos. Uno de los Estados más liberales nunca existentes, el norteamericano, impidió el colapso de Chrysler y la bancarrota de las cajas de ahorro a mitad de los 80, y la bancarrota del *Long Term Capital Management* en 1998. En la crisis del 97, Corea del Sur rescató Daewoo y Kia. Por último, tras la crisis actual que comienza en 2007, y después de cuatro décadas de continuas prédicas sobre la no injerencia del Estado en la economía, una de las administraciones más antiestatalistas, la republicana de Bush, que tachaba de “socialismo” cualquier mínima intervención estatal, fue al rescate de los bancos. El 7 de septiembre nacionalizó y salvó de la bancarrota al gigante hipotecario Freddie Mac and Fannie Mae, algo que, según Nouriel Roubini, profesor en la New York University y antiguo consejero del gobierno USA, se puede considerar la más grande nacionalización de la historia.⁴⁵ Días después nacionalizó la gigante de seguros AIG, quedándose

⁴⁴ (Friedman, Th., en Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, <http://marxists.org/archive/harman/2000/xx/anticp.htm>, pp. 25 y 26).

⁴⁵ (Harman, Ch., “*Market madness*” *Socialist Review*, octubre de 2008, p. 1).

con el 80% de las acciones de la compañía, por 85 billones de dólares, y adquiriendo por 700 billones de dólares los préstamos basura de esta compañía en el mercado. Nada más que decir sobre la supuesta desaparición del papel económico de los Estados.

Se ha puesto como ejemplo de la desaparición de los Estados la unificación europea. Es un proceso que responde sin duda a la internacionalización del capital, y a la necesidad de buscar nuevos mercados para los productos, sobre todo por parte de Alemania y Francia, aunque también tuviera motivos políticos: Francia buscaba controlar a Alemania, mientras ésta, como decía abiertamente H. Schmitd, necesitaba la coartada europea para que los demás países le perdieran miedo y la dejaran crecer; EE.UU. por su parte, pese a los inconvenientes, no presentó objeciones, pues percibió en ello algo positivo para el crecimiento económico mundial y para frenar la expansión del Este. Pero la UE no supone la desaparición de los Estados, pese a que éstos vean limitados su política fiscal y monetaria. Supone por un lado transferir cierta autoridad a un protoestado europeo que podría desarrollarse más en el futuro -Banco central, Parlamento europeo, etc.,- y sobre todo el refuerzo de dos Estados, Francia y Alemania: como decía De Gaulle, Europa es un carro donde el caballo es Alemania y el cochero Francia.⁴⁶ Este poder francoalemán se ve por cierto claramente en la actual crisis.

5) La desaparición de los conflictos en el capitalismo globalizado es otro mito. Se basa en el argumento del efecto *MacDonald*, esto es, en que la internacionalización de la economía genera lazos tales entre Estados, también los poderosos, que hacen poco probable que se ataquen entre ellos, dado que se dañarían mutuamente. Esta concepción tiene sus antecedentes incluso en teóricos marxistas: Perry Anderson, teórico del *New Left Review*.⁴⁷ o Kautsky y su “ultraimperialismo”. La teoría tradicional

⁴⁶ (Callinicos, A., *Europe: the mounting crisis*, <http://www.marxists.org/history/etol/writers/callinicos/1997/xx/europe.htm>, p. 3).

⁴⁷ (Chingo, J., y Aldo. S., *Imperialismo, Ultraimperialismo y Hegemonía al comienzo del siglo XXI*, www.rcci.net/globalización/2003/fg307.htm)

marxista el imperialismo, por el contrario, postula, junto a la unión de Estado y capital, la concentración e internacionalización de este último, lo cual conlleva necesariamente conflictos entre Estados, por alcanzar mercados, lugares de inversión de capital, materias primas, condiciones mercantiles favorables a sus transnacionales, etc.: “Por un lado (cada burguesía nacional) exporta capital, por otro grita contra la supremacía extranjera; en una palabra, por un lado internacionaliza la economía, por otro aspira con todas sus fuerzas a contenerla dentro de los límites nacionales”.⁴⁸

Si nos atenemos a los datos, es cierto sin duda que los capitalistas internacionales, empresas y Estados, colaboran en muchas ocasiones, a través de organizaciones, como el FMI, por ejemplo, o la OTAN, para alcanzar objetivos comunes, como ha ocurrido recientemente en Libia. Pero no es menos cierto que, junto a estos acuerdos de intereses, se da, cada vez de forma más frecuente, una rivalidad ente los mismos. Ésta se puede traducir en guerras locales, entre una potencia y otra, en una zona del mundo económicamente interesante, o entre una potencia y un país menor, que no acepte las imposiciones de la primera, o incluso entre dos países menores, pero con intereses contrarios. Sería desde luego absurdo decir que este tipo de guerras han desaparecido. Desde los años 80, y sobre todo los 90, una vez acabada la Guerra Fría, han sido continuos los enfrentamientos entre Estados menores, pero también, y sobre todo, los ataques de las potencias a aquéllos: II Guerra de Irak, en el 91, invasión de Somalia, en el 92/93, y que continúa hoy en día, la guerra en Yugoslavia, la guerra de África Central, donde estaban presentes Francia y EE.UU., la invasión de Afganistán, a principios el 2000, la Tercer guerra de Irak, con consecuencias todavía perceptibles, la guerra de Libia, etc..

Esta tensión internacional puede llegar a generar asimismo conflictos mundiales. Ello fue lo que condujo a las dos Guerras

⁴⁸ (Bujarin, N., *Imperialism and world economy*, p. 158).

Mundiales. Por otra parte, durante la Guerra Fría, y pese a la enorme tensión que alcanzó a su punto más álgido con la crisis de los misiles de Cuba, el efecto disuasorio del desastre nuclear fue precisamente lo que impidió que estallara una III Guerra Mundial. Ciertamente hoy en día, los conflictos entre las grandes potencias, pese a existir, quedan reducidos a un enfrentamiento económico y diplomático, y una gran guerra mundial parece poco probable. Tres factores lo explican. En primer lugar hay una sola potencia hegemónica, EE.UU., pues las otras potencias económicas, Europa, y sobre todo Alemania, Japón, Rusia y China, no son comparables en armamentos. En segundo lugar se da el factor disuasorio de la existencia de armamento nuclear, del que disponen no solo superpotencias, como USA, China, Francia e Inglaterra, sino potencias regionales: India, Israel, Sudáfrica, Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Kazajstán, tras la desintegración de la URSS, e incluso Corea del Norte. En tercer lugar influye, sin duda, el efecto *MacDonald* o la interpenetración de las economías de la internacionalización del capital actual. Es más difícil que EE.UU. quiera por ejemplo bombardear Alemania sabiendo que bombardearía transnacionales propias.⁴⁹

Sin embargo tampoco queda excluida dicha posibilidad, pues ninguno de estos tres elementos es decisivo. EE.UU. bombardeó Alemania, pese a haber empresas de Coca Cola y Ford en el país. Además el poder monolítico de los EE.UU. tiene también su contrapartida. Precisamente la desaparición de la URSS hace que vivamos un mundo más inestable, donde EE.UU. tiene más tendencia a intervenir pues se ve más libre, y ello puede acrecentar los conflictos y los ataques a países no sumisos, así como las reacciones de los países atacados. A su vez esta inestabilidad puede aumentar los conflictos ente países menores, lo cual a su vez puede provocar la intervención de las potencias; en otros términos, un conflicto entre superpotencias puede provenir precisamente de conflictos previos de una superpotencia con uno o varios Estados menores: “Pero el conflicto entre Estados impe-

⁴⁹ (Rees, J., *Imperialism: globalisation, state, war*, p. 11).

rialistas y naciones más pequeñas con frecuencia llega a implicar rivalidades entre los propios Estados imperialistas”.⁵⁰ Por lo demás la hegemonía de EE.UU. no es completamente monolítica, y ello por un doble motivo. Por un lado hay otras potencias con un fuerte desarrollo armamentístico, aunque no sea comparable al americano; Japón y Alemania se estrenaron internacionalmente en la guerra de Somalia; Japón hoy en día es la tercera potencia militar del mundo. Hay que tener en cuenta igualmente el rápido desarrollo económico de China, que según algunos expertos, en 50 años, si siguiera la actual progresión, podría igualar a EE.UU.. El desarrollo económico chino sin duda va acompañado de un desarrollo militar, como teme la CIA según sus informes. El mayor temor para EE.UU. sería precisamente un pacto entre otras superpotencias, como Rusia y China, que no es algo inverosímil.⁵¹ Por otro EE.UU. presenta una gran debilidad económica, con un gran déficit de balanza de pagos y con gran dependencia de otras economías, como la China. Dicha debilidad puede dar pie a la resistencia de los Estados menores atacados, así como dar alas a otras potencias imperiales.

Por último hay que tener en cuenta las inestabilidades internas, sociales, de conflicto entre obreros y capital, en el seno de los países tanto desarrollados como pobres, los cuales van en aumento con la crisis económica, y ello pese al poco poder de las organizaciones políticas y sindicales de izquierdas. Una profundización de la actual crisis y una extensión de la misma a China, que hasta ahora se está librando de sus grandes secuelas, salvando con ello a otros países, como Brasil, Australia, etc., y a los propios EE.UU., podría ser causa de guerras civiles, que a su vez desencadenaran conflictos internacionales.

6. La tesis ortodoxa de la globalización implica por último un “fatalismo” completamente falso e interesado, ideológico, a saber, la consideración de que las únicas formas posibles de relaciones socioeconómicas, nacionales o internacionales, son las

⁵⁰ (Rees, J., *Imperialism: globalisation, state, war*, p. 11).

⁵¹ (Rees, J., *Imperialism: globalisation, state, war*, p. 10).

actualmente existentes. Hoy en día, cuando la crisis económica golpea a las clases populares, incluso se permite reconocer que tal vez no estemos en el mundo más justo, pero sí en el único posible: “Transmitir la idea de que, aunque sea injusta, esta es la única forma posible de afrontar la crisis es la tarea fundamental de aquellos grupos sociales que se benefician del orden actual”.⁵² Esta ideología se desglosa a su vez en dos tesis: no hay un modelo alternativo al capitalismo y no hay agentes sociales capaces de llevarla a la práctica, ni los Estados ni la clase obrera. Pero ante ello hemos de postular lo siguiente:

A) Existe un modelo alternativo: el socialismo. Es decir, es posible una planificación económica de la gran producción, de las inversiones, con nacionalización de las grandes empresas y de los bancos, y control por parte de la clase trabajadora, con una finalidad no acumulativa- producir para obtener más y más beneficios- sino atendiendo a las necesidades de la sociedad. De este modo se puede igualmente decir que las enormes injusticias del mundo, incluida la pobreza y la miseria, no son tampoco inevitables. Con solo el gasto en armamentos de EE.UU., unido a los gastos en publicidad, productos de lujo, o las fortunas de los 2000 o 3000 millonarios del mundo, con fortunas que llegan a la mitad de los ingresos de la población mundial, habría más que suficiente para eliminar el hambre y la miseria el Tercer Mundo, y para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores del Primer Mundo.⁵³ Lo imposible es solucionar esta situación en el seno del capitalismo, pero no lo sería si se impusiera el modelo socialista.

B) Los Estados poderosos pueden intervenir en la economía, y ello por doble motivo: las transnacionales dependen de ellos, como hemos visto, y ellos mismos tienen gran poder económico. Los Estados más importantes son todavía mucho más grandes que las transnacionales más grandes. Hay 44 Estados, incluyendo

⁵² (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 9).

⁵³ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, p. 44).

Turquía, Egipto, Tailandia y Argentina, con economías más grandes que las más grandes transnacionales.⁵⁴ Exxon, por ejemplo, tiene solo el 0.75% de la producción de EE.UU., y el 0.3% de la de Alemania. Si estos Estados quisieran romper realmente con el sistema, en un sentido anticapitalista, podrían hacerlo, nacionalizando transnacionales y bancos, impidiendo la fuga de capital. Ello causaría una fuerte oposición del capital, pero no un caos económico. Se seguiría produciendo y obteniendo beneficios, y dado el potencial económico de un Estado grande, éste podría hacer fácilmente frente a las amenazas internacionales de bloqueo o de agresión militar. Sin duda este Estado se vería obligado, como contrapeso a la pérdida de apoyo de la burguesía, a acercarse a la clase obrera, a sus reivindicaciones, y a avanzar hacia el socialismo, tanto nacional como internacionalmente, so pena de retroceder. Por otra parte, los Estados más pobres o pequeños, también disponen de cierto margen de maniobra, para nacionalizar aquellos bienes o materias primas y empresas más importantes y aplicar los beneficios a servicios sociales, aunque ciertamente tienen más dificultades para actuar contra las transnacionales y los Estados imperialistas, pues caerían antes víctimas del bloqueo económico o la agresión político-militar directa.

Sin duda ningún Estado avanza *motu proprio*, desde arriba, si no es por la presión de las clases populares. Especialmente los grandes Estados son los más reacios a ningún movimiento anticapitalista o antisistema, pues son aquellos más entrelazados con el capital y más beneficiados por el mismo. Constituyen una auténtica clase dominante fuerte, nacional e internacionalmente. Pero esta evidencia no le quita importancia a nuestra tesis, por cuanto supone la refutación de todo fatalismo: si los Estados no se enfrentan al capital empresarial y financiero no es por imposibilidad económica, porque realmente no hay otra alternativa, sino por falta de voluntad política, eso es, porque ninguna clase,

⁵⁴ (Harman, Ch, “Snapshots of capitalism today and tomorrow”, International Socialism Journal, n° 113, 2007, p. 2).

en este caso la burguesía, se ataca a sí misma. Dicho en otros términos, el sometimiento de los Estados a las políticas económicas del capital no es una imposición ontológica, metafísica, de la economía *per se*, sino una realidad político-económica, por lo tanto modificable

Las limitaciones del Estado, como hemos visto arriba, surgen cuando éstos pretenden, dentro de la realidad existente, introducir ciertas reformas sin atacar esencialmente el sistema existente. Tal reformismo, que en otras épocas del capitalismo ha sido posible, dentro de la autonomía del poder político, en la época del capitalismo internacionalizado, coincidente con una crisis, se torna tarea imposible, dado que el bloqueo del capital forzará a este supuesto Estado reformista o bien a ceder a las presiones, para evitar el caos económico, y plegarse a los interés del capital, o bien a avanzar hacia adelante, con medidas realmente anticapitalistas. En otros términos, el objetivo del reformismo, que es mejorar la condición de vida de las clases populares, aunque sea mínimamente, sin tocar el *statu quo*, hoy en día, dada la propia dinámica que ha asumido el capitalismo, ya no es factible.

C) Tampoco es imposible la lucha de los obreros, tanto para, sindicalmente, mejorar sus condiciones laborales como para, políticamente, derrocar el capitalismo. Se utilizan tres argumentos al respecto: los obreros han desaparecido pues, con la llegada de la “sociedad post-industrial”, se han transformado en obreros de servicio o de cuello blanco, y por lo tanto, supuestamente, en clase media, como sostienen incluso desde la izquierda M. Hardt y T. Negri -estos autores hablan de un nuevo sujeto revolucionario, difuso, posmoderno, ajeno al mundo del trabajo, al que denominan “multitud”-; ⁵⁵ los obreros están divididos entre privilegiados combativos y desprotegidos pasivos, como sostiene Hobsbawn, Gorz o Edmond; la amenaza de las deslocalizaciones los paraliza a todos en general. Naomi Klein habla en este sentido de “empresas desarraigadas que utilizan a trabajadores des-

⁵⁵ (Harman, Ch, *Los trabajadores del mundo*, Parte I, <http://zequinhabarreto.org.br/?p=3590>, p. 3)

arraigados”.⁵⁶ Ante ello podemos objetar lo siguiente:

1. Los obreros no han desaparecido. En términos cuantitativos, hoy en día hay más obreros que nunca antes en el mundo. Solo los obreros de Corea del Sur son más que los obreros de todo el mundo capitalista en tiempos de Marx. En términos cualitativos, ha habido un cambio en la composición de los obreros, un desplazamiento desde los manufactureros a los obreros manuales de servicios y a los obreros de cuello blanco -administradores, secretarios, maestros, enfermeros, etc., trabajadores no productivos o solo indirectamente productivos, en terminología marxista- pero ello no significa un aburguesamiento o una transformación de la clase obrera en clase media. La mayoría de los obreros de servicios manuales tienen sueldos, y condiciones de trabajo iguales o peores que los manufactureros. Igualmente muchos de trabajadores de cuello blanco no tienen ni condiciones laborales ni estatus como en el pasado; muchas de estas profesiones, antes bien, como las de enseñanza o sanidad, se han proletarizado. Además los vaivenes del sistema hacen que el privilegio de ciertos trabajadores en posición superior, tanto manuales como de cuello blanco, que constituyen la llamada aristocracia del proletariado, sea muy inestable.

Todo ello no es óbice para reconocer ciertas especificidades en algunos trabajadores de cuello blanco, por ejemplo en las ramas de sanidad y educación, que los tornan menos reivindicativos. Nos referimos a lo siguiente: la existencia de la posibilidad de ascenso, o su reclutamiento meritocrático, factores que generan cierta sensación de superioridad entre estos trabajadores; el hecho de que los trabajadores de cuello blanco se reclutan en su mayoría entre los hijos de estos mismos; su trabajo en grupos pequeños, muchas veces jerarquizados y con presencia de los jefes; el dominio en estos trabajos de mujeres que compaginan el trabajo con el cuidado de los hijos y la familia; su mayor habili-

⁵⁶ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, pp. 23 y 24).

dad para participar en actividades políticas y sindicales, etc.⁵⁷ Ello no es óbice tampoco para reconocer la aparición en el capitalismo actual de una nueva clase media, ciertamente minoritaria, de trabajadores privilegiados, de altos administradores o profesiones liberales.⁵⁸ En segundo lugar los obreros no han perdido la capacidad de lucha. No están desarraigados, residen en determinados Estado y trabajan en determinadas empresas, están sindicados y unidos en gran parte, pueden unirse, reivindicar e imponer sus exigencias. Sobre todo, tanto hoy como en los inicios del capitalismo, éste solo puede funcionar con obreros, de manera que es la única clase que puede realmente poner en entredicho el sistema capitalista: “Los obreros tiene el poder de retar al sistema, que no tienen los que se manifiestan en la calle. Están concentrados en lugares de trabajo y conurbaciones, sobre una base permanente. Y es su trabajo el que produce el valor y la plusvalía que permite al sistema mantenerse en marcha”.⁵⁹

Por lo demás la internacionalización del capital es dialéctica. La existencia de transnacionales hace posible que un movimiento obrero en una empresa de un país, incluso un grupo pequeño -el mismo aumento de productividad que elimina obreros manufactureros les otorga más importancia- paralice la producción de la mima en otros países, como hicieron en 1988 los trabajadores de Ford ingleses con todas las plantas de Ford en Europa, o los americanos con General Motors. Por otra parte, en términos generales, sociológicos, dado el lugar que ocupa dentro de modo de producción capitalista, la clase obrera es la única capacitada para encabezar una lucha político-económica para conseguir una alternativa, socialista, al sistema.

Sin duda tiene parte de razón la tesis de Hobsbawn, a saber, la existencia de una dicotomía moderna en la clase obrera, entre

⁵⁷ (Harman, Ch., “The working class after the recession”, International Socialism Journal, octubre del 2006).

⁵⁸ (Callinicos, A., *The ‘new middle class’ and socialists*, <http://www.isj.org.uk/index.php4?id=269>).

⁵⁹ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, p. 51)

obreros del centro, con estabilidad y condiciones de trabajo aceptables, y de periferia, con contratos temporales, inestabilidad, subcontratas, situación ilegal, desprotección, no sindicación y por ende menor capacidad de lucha. Es una tendencia general del capitalismo, el cual, al desplegar los avances tecnológicos, requiere cada vez de menos mano de obra, y convierte en “informales” a trabajadores previamente “formales”; responde asimismo a la tendencia de los capitalistas a reducir gastos. Pero esta realidad es dialéctica. Las empresas del capitalismo globalizado siguen necesitando siempre de mano de obra preparada y permanente, esto es, de “trabajo formal”; es más, cuanto mayor es el desarrollo tecnológico, también es mayor la necesidad de una mano de obra formada y estable. Por ello muchos de los trabajadores temporales, aparentemente “informales”, son en realidad estables, de forma que son obreros con capacidad de lucha.⁶⁰ Por otra parte, los trabajadores estables o “formales” no son necesariamente privilegiados ni pasivos, al contrario, en muchos momentos son aquéllos que pueden ofrecer más capacidad de lucha y resistencia a los empresarios. Asimismo una crisis del capitalismo, como la actual, tiende a igualar estos dos grupos, al erosionar los derechos de todos los trabajadores en general, y puede radicalizar y unir en la lucha a ambos grupos.

3) La deslocalización es un gran tópico, que se ha convertido en una constante en los medios de comunicación oficiales, según el cual las empresas de los países ricos están emigrando a los países pobres en busca de mayores beneficios por la mano de obra barata. Se une al tópico de la invasión de los países ricos por productos de países pobres, muy baratos, todo lo cual llevaría al desempleo y a la debilidad de la clase obrera de los países desarrollados. Organizaciones sindicales, y miembros del movimiento antiglobalización, críticos con la sociedad actual, también lo han asumido, como Viviane Forrester o David Bacon; éste último considera que la mayor parte de la pérdida de puestos de trabajo en USA se debe al movimiento del capital al Tercer

⁶⁰ (Harman, Ch., “The working class after the recession”, *ibídem*).

Mundo. Pongamos un ejemplo español, tomado una entrevista a Cándido Méndez en el diario *El País*. El periodista le pregunta sobre las “deslocalizaciones” “Un asunto que preocupa mucho es la deslocalización. ¿Cómo luchar contra ella cuando en países como China los empresarios producen más barato?”. Y el Secretario General de UGT responde entre otras cosas apelando a la “flexibilidad”, en definitiva, a la desregulación laboral: “Es un proceso muy complicado que exige, en primer lugar, iniciativa sindical. Ante la deslocalización, hay que tomar medidas preventivas en la negociación colectiva, mecanismos de flexibilidad interna”.⁶¹

Sin embargo, en general, no hay un movimiento masivo de capital al Tercer Mundo. Hay un movimiento hacia economías emergentes, sobre todo China e India, de empresas que requieren poca especialización de mano de obra, como textiles baratos, calzados, bienes básicos de cocina, de los que se compran a 1 euro, etc. Muchas veces las afectadas son otras economías emergentes: “Entre 2000 y 2003 las maquiladoras de México (el sector manufacturero de exportaciones) perdió casi 230,000 trabajos cuando un tercio de la producción que dejó México se desplazó a China”.⁶² Pero la producción de textiles y calzado de calidad, de productos blancos -lavadoras, frigoríficos, etc.- de coches o de aviones, no se ha movido en absoluto; incluso en electrónica ha habido un retroceso o relocalización. Aportemos datos. De los movimientos internacionales de capital industrial a principios de los años 90, tres cuartos se producían entre los países desarrollados, un 16.5% se dirigía a los 10 países más poderosos en vías de desarrollo, y solo un 8.5% al Tercer Mundo.⁶³ Tampoco el aumento de las importaciones o ventas de productos de países en desarrollo o subdesarrollados a los de la OCDE, que ha pasado de un 1% a un 2% en esos años, puede explicar una subida de

⁶¹ (El País, 1 de Junio de 2005, p. 70)

⁶² (Hardy, J., y Budd, A., “China’s capitalism and the crisis”, *International Socialism Journal*, n° 133, p. 8).

⁶³ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 22).

desempleo del 6 al 20 % en estos últimos. Solo supone unos cientos de miles de pérdidas de puestos de trabajo, de los más de 10 millones que se han producido de 1982 a 1992.

No hay que olvidar, como sostiene Chris Harman, que las empresas son hoy básicamente “complejos industriales”, para los cuales todo desplazamiento o “deslocalización” supone enormes riesgos y gastos, como los gastos iniciales de partida y los costos de aprendizaje de los obreros entre otros, de modo que no es ésta una decisión ni tan habitual como se quiere, aunque se dé, ni que se tome muy a la ligera.⁶⁴ Requieren, si se desplazan, de un país con garantía de mano de obra especializada, recursos, comunicaciones, seguridad social, etc. Si se produce algún movimiento de una empresa importante, como la de Ford, ello lleva años, y se hace de EE.UU. a Europa, de Dagenham a Alemania, no al Tercer Mundo.⁶⁵

Se da publicidad a pequeños casos y se exageran. Así, como comenta Ch. Harman, se dice que British Airways movió parte de su sistema informático a India, y que ello fue la causa de la pérdida de puestos de trabajo. Ahora bien, no se comenta que dicha empresa, desde su privatización, perdió 17.000 trabajadores, mientras en la India solo creó 130, de modo que los otros más de 16.000 puestos debieron de perderse por otras causas económicas, de la misma empresa y del capitalismo inglés, no por la deslocalización. Unida a esta propaganda, hay chantaje por parte de las empresas con la excusa de la deslocalización, el cual sin embargo pocas veces se materializa. En ocasiones, cuando se produce realmente una deslocalización, no es a la otra punta el globo, sino a unos pocos kilómetros de distancia.

La clase obrera está actualmente debilitada, en comparación a otras épocas. Pero ello no es fruto de la internacionalización, sino, por un lado, de las numerosas derrotas y concesiones hechas, debido a la cobardía de los dirigentes sindicales, para los

⁶⁴ (Harman, Ch., Globalisation: a critique of a new orthodoxy, ibídem, p. 13).

⁶⁵ (Harman, Ch., Anti-capitalism: theory and practice, ibídem, p. 22).

cuales el mito de las deslocalización sirve muchas veces como excusa. La otra causa es la crisis. El aumento del desempleo y la consiguiente bajada de los salarios ciertamente debilitan la capacidad de lucha e incluso de resistencia del proletariado: “En los años 60 y 70 los obreros de EE.UU. y Alemania miraban tres o cuatro décadas hacia atrás y sentían cuánto había mejorado su situación. Hoy los trabajadores miran tres o cuatro décadas hacia atrás y sienten cuánto más sobreexplotados y cuánto más inseguros están”.⁶⁶ Pero esta situación de debilidad tampoco significa que la lucha de los obreros sea imposible. La clase obrera no se queda normalmente sentada viendo cómo se erosiona su condición laboral, y además, en determinados momentos, bajo una buena dirección política, la crisis puede fortalecerla y radicalizarla.

2.4. Conclusión

La tesis de la globalización contiene ciertos aspectos indudables, referidos a la internacionalización del capital, que marcan nuestra época, pero los exagera creando una imagen falsa, e interesada, de la realidad. En primer lugar dicha internacionalización del capital significa que éste atraviesa la frontera de diversos países, especialmente de los más ricos, y de unos cuantos llamados emergentes, pero deja al margen a la mayor parte de los países y poblaciones del mundo. Estos están afectados por los procesos capitalistas, oprimidos por la deuda, por la especulación financiera, y ahora por la especulación de alimentos, y sometidos a la extracción de determinadas materias primas interesantes, que no están en el primer Mundo. En segundo lugar no se puede hablar de globalización, si entendemos por tal el ideal de que el capitalismo llegue a todos los rincones, cree riqueza, antes o después, para todos, y genere un mundo idílico, sin injusticias, sin miseria, sin explotadores ni explotados, y sin guerras. Tam-

⁶⁶ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 50).

bién en tercer lugar es falsa la idea de que la internacionalización sea un proceso natural, que esté en la naturaleza de la economía, de las cosas, y del propio ser humano, como se desprendería del hecho de no ser algo forzado o impuesto por los Estados, ya en vías de extinción. Ciertamente este discurso siempre ha sido falso, apologético de la sociedad existente y de sus enormes injusticias -como ha criticado el movimiento antiglobalización, desde su primera reunión en Seattle-, y al tiempo ha buscado sembrar el miedo y paralizar toda reivindicación política o sindical contra el sistema. Pero hoy en día ello es más evidente que nunca. A manera de ejemplo, no deja de ser patético que a pocos días del estallido de crisis mundial actual, la peor desde la del 29, los dirigentes del G8, reunidos en Davos, cantaran alabanzas a la globalización y al estado de cosas actual de la economía.

Por otro lado la tesis ortodoxa de la globalización nos deja sin respuesta a la pregunta sobre las causas: ¿por qué se producen estas tendencias internacionalistas del capitalismo precisamente hace cuatro décadas, a finales de los años 60? ¿Qué cambio se produce en el sistema para que eso tenga lugar? No hay respuesta, y por eso algunos autores llaman a la tesis de la globalización un pensamiento “teológico”.⁶⁷ Pues, ¿qué valor teórico tiene decir que la “globalización” es simplemente la consecuencia de los avances tecnológicos, sin mirar a otras causas más profundas y concretas, económicas o políticas? Más aún, para algunos apologetas de la globalización ésta se explicaría como la simple realización de una verdad de carácter universal: la bondad del liberalismo económico más allá de todos los tiempos y lugares.

⁶⁷ (Bellon, A., “Dieu créa la mondialisation”, en *Le Monde diplomatique*, Noviembre de 2004).

3.

LA TESIS DEL “NEOIMPERIALISMO”

Hoy en día ha vuelto a resurgir, para explicar la situación actual del mundo, la tesis del imperialismo. Es común en los países del Tercer Mundo, en su clase obrera, pero también en la clase media, y sobre todo entre los intelectuales de una izquierda radical al tiempo que nacionalista, que se da con especial fuerza en Latinoamérica. Hablamos de autores como James Petras, W. Bello o Samir Amín. Utilizaremos también referencias del español Arcadi Oliveras. Muchos miembros del movimiento antiglobalización están además próximos a esta posición. Es lógicamente una teoría crítica con las injusticias del mundo actual: la pobreza, miseria y explotación, de gran parte de la población mundial, especialmente en los países pobres.

3.1. Los argumentos fundamentales

Esta teoría descansa a nuestro juicio sobre las siguientes tesis:

1. Vivimos en una época de dominio económico y político de los países ricos, o centro del sistema, sobre los países pobres, subdesarrollados o incluso emergentes, de Asia, África y Latinoamérica, esto es, la llamada “periferia” del sistema. Este dominio se habría agudizado en las últimas décadas.

2. El dominio económico y político se inicia básicamente con la colonización del siglo XIX, pero en el caso de Latinoamérica se remontaría incluso hasta la colonización española del siglo XVI y sucesivos.

3. En el siglo XIX el dominio se habría dado, directamente, en la época colonial, con la extracción de recursos baratos y el acceso a mercados. Asimismo no habría habido intención alguna por parte de las potencias de promover el desarrollo industrial de las colonias, si no antes bien lo contrario. Las potencias coloniales solo se interesaban por la extracción de materias primas o por

inversiones lucrativas, de servicios, pero no industriales.

4. En la época poscolonial, el dominio económico continuaría a través de presiones y manipulación de la clase dirigente de las antiguas colonias, con el fin de poder seguir extrayendo materias primas, tener un lugar para las exportaciones, y evitar una industrialización de dichos países. La implantación de políticas neoliberales por parte del FMI y la OMC sería la plasmación más clara de este domino económico.⁶⁸ La apertura de fronteras a los capitales extranjeros, y los acuerdos como el ALCA, sería también otro procedimiento.

5. La descolonización, en definitiva, que se dio después de la II Guerra y durante las décadas siguientes, habría sido un proceso más formal que real, o por lo menos no habría sido completo. Los países del Tercer Mundo siguen siendo dependientes de los más ricos, de forma indirecta, de manera que constituyen una especie de “semicolonias”. Se habla igualmente a este respecto de neocolonialismo.

6. En este sentido se habría dado en las últimas décadas un resurgir del imperialismo, económico y político-militar, de modo que podríamos hablar igualmente de un “neoimperialismo”. Éste tendría, sobre todo en el aspecto político-militar, un carácter bastante unipolar, al descansar sobre la hegemonía de una sola potencia, los EE.UU., el cual actuaría especialmente contra los países o clases dirigentes del mundo que no se someten a sus intereses.

7. Las víctimas de este neoimperialismo son las clases obreras y humildes, en general, de los países pobres, si bien también lo serían la pequeña burguesía y en general la nación en su conjunto. Los culpables serían las burguesías y lo Estados de los países ricos, especialmente Europa occidental, EE.UU. y recientemente China, pero también se beneficiarían las respectivas clases obreras de estos países. Se daría entre estas diferentes clases del “centro” una comunidad de intereses, a costa de la “periferia”. Tam-

⁶⁸ (Harman, Ch., *Analysing Imperialism*, ibídem, pp. 15 y 16).

bién serían culpables las oligarquías locales, las clase política y parte de la burguesía local vendida al imperialismo.

8. La solución vendría por una unión de clase obrera y burguesía y pequeña burguesías locales, para oponerse a la burguesía y clase dirigente corruptas, y crear un proceso propio, independiente, de industrialización y desarrollo económico, que permitiera a las semicolonias escapar al dominio del Norte.

3.2. Momentos de verdad

Esta teoría tiene a nuestro juicio postulados reales e importantes, que nos ayudan a entender el mundo actual:

1. Los países ricos tienen que ver, o son en parte causantes, de las injusticias que sufren los pueblos más pobres del mundo, y de las desigualdades entre países ricos y pobres.

2. La política y la economía van de la mano en el imperialismo, también en el actual. Frente a la falacia de la tesis ortodoxa de la globalización, el Estado, lejos de desaparecer, colabora también con el gran capital en la explotación del Tercer Mundo. James Petras lo dice sin ambages: “Lo que sucede es que las transnacionales no son autónomas. El Estado no es autónomo. El Estado es esencial para el imperialismo, para la política de expansión y conquista, y la protección de las grandes transnacionales. Son los matones que imponen y protegen al Fondo Monetario, porque son ellos mismos quienes eligen los representantes que vienen aquí. Debemos entonces rechazar el concepto de ‘globalización’ y reivindicar, como más riguroso y explicativo, el concepto de ‘imperialismo’”.⁶⁹

Es más, la especificidad del capitalismo respecto a otros sistemas imperialistas anteriores es que en él se refuerza la colaboración de política y economía, sometiéndose la primera a la segunda. En otros términos, si en otros sistemas anteriores podía

⁶⁹ (Petras, J., *¿Globalización, imperio o imperialismo? Un debate contemporáneo*, www.reci.net/globalización/2004/fg425.htm, p. 3).

haber estrategias militares solo con un interés consciente de conquista, lo cual, sin duda, aportaba beneficios económicos, hoy las estrategias están centradas exclusivamente en la búsqueda planificada de la obtención de dichos beneficios para las empresas transnacionales, sean a corto plazo o a largo plazo, directos o indirectos, como proyecto geopolítico que tiene en cuenta las posibilidades de beneficio futuro que tienen las conquistas de hoy.⁷⁰ Ello supone rechazar por tanto la tesis de algunos teóricos de izquierdas, como en parte David Harvey, o sobre todo Panitch y Gindin, de que el imperialismo es una cuestión puramente política, esto es, de la conquista por la conquista o extensión de territorio.⁷¹

3. El domino imperialista, con medios político-económicos o medios puramente político-militares, ha aumentado en las últimas décadas. Se ha producido una recolonización económica y política de grandes partes de Asia, África o Latinoamérica, por parte de transnacionales en colaboración con sus Estados correspondientes, aunque en Latinoamérica también ha habido reacciones populares antiimperialistas, por muy contradictorias que sean: Chávez en Venezuela y Morales en Bolivia. Son varias las políticas o actuaciones sobre las que se asienta este neoimperialismo:

A) Un primer aspecto depredador es la política de préstamos por parte de los países ricos, sus Estados y bancos privados, a países pobres y en vías de desarrollo, durante los años 70. Esto sirvió a los primeros para desprenderse, de manera lucrativa, de la gran cantidad de petrodólares acumulados, ociosos, con motivo del alza del petróleo. Asimismo los préstamos, lejos de beneficiar a los países pobres, por lo general les han perjudicado. En primer lugar los préstamos eran usurarios, con tipos de interés más altos que los que se daban entre países ricos; así, entre los años 85 y 89, si el promedio de tipo de interés entre los países

⁷⁰ (Callinicos, A., “Imperialism and global political economy”, en *International Socialism Journal*, n° 108, p. 2).

⁷¹ (Cox, J, *Imperialism: just a phase we are going through?*, ibídem, p. 6).

desarrollados era de 4.35 %, la media de los tipos de los préstamos al Tercer Mundo era de 16. 8%.⁷² A ello se ha de añadir las renegociaciones de la deuda, que suponían nuevos ingresos para los países ricos en términos de aumento de los tipos de interés, comisiones, etc. Muchos de estos préstamos repercutían además directamente en beneficio de los acreedores, pues o bien estaban ligados a la exportación, es decir, a comprar productos a los países que les habían hecho los préstamos, aunque fueran más caros o se tratara de productos básicos, como medicamentos- así hay países que no pueden comprar genéricos mucho más baratos por la obligación sustraída con la deuda-, o bien eran invertidos en proyectos de infraestructuras gestionadas por transnacionales de los países prestamistas, préstamos que eran contabilizados, en ocasiones, como ayudas al desarrollo.⁷³ En algunos casos se trata de construcciones de lujo o completamente inútiles, como la construcción de un planta termonuclear en Filipinas, sobre suelo sísmico, que nunca se ha utilizado, que costó 2500 millones de dólares y que se cuantificó como préstamo.⁷⁴ Igualmente China, que ha incrementado su comercio con África un 30% por año en la última década, llegando a 104 billones de dólares in 2008, ha construido palacios presidenciales en Mali, Togo, Zimbabue, Namibia y Sudán.⁷⁵ Se dan también claros fraudes, como en el caso de préstamos a empresarios del Tercer Mundo, que en lugar de ser invertidos en los países pobres, eran de nuevo enviados a los bancos de países ricos. No hay que olvidar igualmente el hecho de que muchos de estos préstamos se dan a gobiernos corruptos o incluso dictatoriales, sin control de su uso, para beneficio personal de elites- adquisición de bienes de lujo o fuga de

⁷² (Martínez Alier, J., “¿Quién debe a quién?”, en ¿Quién debe a quién?, Diario Público, 2010, p. 85).

⁷³ (Oliveras, A., “Deuda externa, ¿deuda externa?”, en ¿Quién debe a quién?, ibídem, p. 16).

⁷⁴ (Martínez Alier, J., “¿Quién debe a quién”, en ¿Quién debe a quién?, ibídem, p. 89).

⁷⁵ (Westerlund, Per-Áke, “Imperialism in Africa today”, The Socialist Newspaper, enero del 2010, p. 20).

divisas-, o para la adquisición de armamento, y promoción de guerras, lo cual a su vez beneficia a los bancos y a las empresas armamentistas del mundo rico. Por último estos préstamos han generado una deuda enorme, que supone una sangría de dinero de estos países al Primer Mundo. El pago de intereses es muchos mayor así que los préstamos recibidos. África recibe unos 10 billones de dólares al año en préstamos, y devuelve unos 14. Pero también es mayor lo que pagan en intereses que la ayuda recibida al desarrollo. Así en el año 2000 los pagos en servicios respecto a la deuda fue 7.4 veces mayor que el dinero recibido oficialmente en concepto de ayuda al desarrollo por parte de los países del Tercer Mundo.⁷⁶ Ello evidencia que la Ayuda al Desarrollo tiene como verdadera finalidad el garantizar que se mantenga el pago de esta deuda, y así no perjudicar a los bancos, transnacionales y Estados acreedores.

B) La renegociación de la deuda ha llevado a la adopción obligada por parte de los países endeudados de estrictas políticas neoliberales, de los llamados PAE o “Programas estructurales de ajustes”, impuestos por parte del FMI y el Banco Mundial y G7, que se coordinan a través del Club de París, creado en 1956, donde también están representados la mayoría de los países de la OCDE, la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas para la cooperación y el desarrollo) y bancos de dimensión regional, africanos y asiáticos. Los acreedores privados se coordinan por otra parte a través del Club de Londres, pero también ceden sus gestiones para la implantación de los planes de ajuste a los organismos internacionales.

Los planes implican medidas que benefician a los países ricos y sus empresas, o bien directamente o bien indirectamente, al dirigir la economía de los países deudores y sus presupuestos hacia el pago de la deuda. Al tiempo han dañado más todavía las economías y las condiciones de vida de estos países. Han incluido la apertura de mercados a los productos extranjeros, sobre

⁷⁶ (Oliveras, A., “Deuda externa, ¿deuda externa?”, en ¿Quién debe a quién?, ibídem, p. 24).

todo textiles, lo que ha supuesto la destrucción de pequeños talleres y economías (en África dicha apertura se ha institucionalizado con el NEPAD o New Partnership for African Development);⁷⁷ la desregulación financiera y apertura al movimiento de los capitales, que han arruinado y provocado graves crisis en muchos países del Tercer Mundo; la privatización a bajo coste de las empresas rentables, para así pagar las deudas, y la entrega de los servicios públicos rentables -agua, electricidad, telecomunicaciones, educación, sanidad- a empresas transnacionales (la apropiación por parte del Banco Santander y del Banco Bilbao Vizcaya, auspiciados por el Estado español, de gran parte del sistema bancario de Latinoamérica, o la entrega a empresas extranjeras, españolas y francesas como Suez y Vivendi, en Latinoamérica, de los servicios: telecomunicaciones, energías, agua, etc., son claros ejemplos; también lo es una ley de Cárdenas, de los 90, en México, que permitió la venta de las tierras comunales, con lo cual desapareció de un plumazo la capa de pequeños agricultores, debido a la competencia también de EE.UU.); la supresión del gasto social en educación, sanidad, vivienda, subvenciones a los alimentos básicos, etc., para pagar igualmente las deudas contraídas; unas políticas restrictivas y de austeridad, lo que supone aumento de desempleo y disminución de sueldos en los países pobres; políticas de producción dirigidas a la exportación, incluso de un solo producto o monocultivo, con las que poder afrontar la deuda, que ha contribuido a la desaparición de los pequeños campesinos, que han ido a engrosar, en un éxodo rural similar al del siglo XIX en Europa, las grandes balsas de marginación en los arrabales de las grandes urbes del Tercer Mundo (además ello hace depender la economía, e incluso la subsistencia, de las poblaciones de estos países, de las oscilaciones del mercado; así el pueblo de Ruanda sufrió tremendamente a finales de los 80 y principios de los 90, al depender de dos productos, zinc y café, que bajaron en el mercado en el 88, hecho

⁷⁷ (Westerlund, Per-Åke, “Imperialism in Africa today”, *ibídem*, p. 1).

que contribuyó sin duda al genocidio contra los tutsis ⁷⁸; a ello se añade el hecho de que los países ricos aplican políticas proteccionistas de sus agriculturas, lo que hace bajar los precios de los monocultivos del Tercer Mundo y aumenta la amenaza de hambre sobre sus poblaciones). Para la condonación parcial de la deuda, se han hecho unos programas especiales llamados PPAE, Países pobres altamente endeudados, que conllevan planes de tres años de muy fuerte ajuste económico y austeridad.⁷⁹ Otras organizaciones internacionales favorecen estas políticas. Así la Organización Mundial de Comercio, a partir de la famosa Ronda de Uruguay, del año 90, ha acordado la circulación libre de mercancías, finanzas y capitales, exceptuados los productos agrícolas. Al mismo tiempo defiende con uñas y dientes los derechos de propiedad, y amenaza con multas a aquellos países que puedan fabricar por ejemplo medicamentos u ordenadores, sin pagar los elevados derechos de propiedad a las transnacionales. También ha obligado a abrir los servicios públicos de estos países a las transnacionales, como se ha visto claramente en Latinoamérica.

En la imposición de los “Planes de Ajuste” no se ha tenido en cuenta las circunstancias concretas de cada país, que podían agravar las consecuencias de los mismos. Así el FMI impuso en el año 93 un plan duro de ajuste a Burundi, sin tener en cuenta los conflictos interraciales que, originados con la colonización y descolonización belga, y agravados por los problemas económicos, estallaron en las matanzas que se extendieron del 93 al 96.⁸⁰

C) La apropiación por parte de las transnacionales de la extracción de alguna materia prima, útil y lucrativa, o bien a través de la presión y chantaje a las clases dirigentes corruptas, o inclu-

⁷⁸ (Kimber, Ch., “Coming in terms with barbarism in Rwanda and Burundi”, *International Socialism*, n° 73, diciembre de 1996, p. 9).

⁷⁹ (Oliveras, A., “Deuda externa, ¿deuda externa?”, en *¿Quién debe a quién?*, *ibídem*, p. 33).

⁸⁰ (Kimber, Ch., “Coming in terms with barbarism in Rwanda and Burundi”, *ibídem*, p. 8).

so con intervención militar. Destaca el caso del petróleo como materia prima imprescindible para el funcionamiento del capitalismo en su conjunto. Sin el petróleo el sistema simplemente dejaría de funcionar. El dominio de este recurso ha sido un elemento clave de la política imperialista americana desde la II Guerra Mundial, que sustituyó a Gran Bretaña y Francia, los cuales dejaron paso a EE.UU. tras la derrota primero en Irán y después en el Canal de Suez contra Nasser, en el año 57. La presencia de petróleo explica que el Oriente Medio sea la zona más importante dentro de la estrategia imperialista de EE.UU., que se traduce en la presencia de bases americana en las pequeñas repúblicas del Golfo y Arabia Saudí- donde se encuentra el 56% de las reservas petroleras del mundo-, en las tres guerras de Irak, en el apoyo incondicional a Israel y su genocidio palestino, y en el apoyo a Arabia Saudí y su régimen dictatorial como garantía de la estabilidad de la zona. A finales de los 70 la “doctrina Carter” ya sostenía que cualquier ataque a los intereses americanos en el Golfo era un ataque a los EE.UU..

Desde mediados de los 90 también se ha tornado importante, especialmente para la estrategia americana, la zona del mar Caspio y de Asia Central, donde están situadas algunas antiguas repúblicas soviéticas -Kazajstán, Azerbaiyán, Turkmenistán, Uzbekistán, Moldavia, Georgia, Ucrania- y donde se han descubierto grandes reservas de petróleo y gas -se estiman entre 15 y 29 billones de barriles de petróleo en el Mar Caspio-. Veinticuatro compañías de 13 países ya establecieron acuerdos, a mediados y finales de los 90, para la extracción de petróleo de los tres primeros países mencionados. El interés de EE.UU. por esta zona respondió también a la inestabilidad creciente de Oriente Medio- en los años 90, tras la I Guerra del Golfo, tuvo tensiones incluso con el aliado fiel de Arabia Saudí-. Así estableció acuerdos de colaboración económica y militar, que incluye la presencia de bases norteamericanas en la zona, con casi todas las antiguas repúblicas soviéticas del Cáucaso, y favoreció la creación de una alianza, económica y militar, de cinco de estos países -

Azerbaiyán, Georgia, Ucrania, Moldavia y Uzbekistán-, el llamado GUUAM, que supone para estos países un alejamiento de la influencia rusa y una aproximación a Occidente, y sobre todo EE.UU.. El objetivo de la presencia militar norteamericana es dar una estabilidad militar a la región que permita una explotación del petróleo y gas por parte de sus transnacionales; se ha construido incluso un sistema de transporte, que permite conducir el gas y petróleo desde el Caspio hasta la costa de Turquía, el famoso oleoducto de Baku-Ceyphan.⁸¹

El petróleo ha jugado un papel importante incluso en agresiones militares imperiales que en principio le parecen completamente ajenas. Así la guerra de Yugoslavia tuvo entre una de sus causas el deseo de EE.UU. de asegurarse una ruta alternativa para el transvase del gas del Caspio hasta el Mediterráneo occidental. EE.UU. se planteó varias rutas alternativas, pero la más segura, que evitaba el paso por Rusia e Irán, incluía el paso por tierra desde el puerto búlgaro de Burgos, pasando luego por Macedonia, para llegar a los puertos de Albania, para entrar ya en el Mediterráneo ⁸² : “Los comentaristas que veían una relación entre el petróleo del Caspio y la guerra de Kósovo fueron objeto de burla, sobre todo por parte del Secretario de Asuntos Exteriores, el laborista Robin Cook, quien pensaba cerrar el debate declarando: ‘No hay petróleo en Kósovo’. Sin embargo ya había planes para un oleoducto transbalcánico que llevaría el petróleo desde el Caspio al Mediterráneo, a parte del trayecto Baku-Ceyphan, desde los años 90. Durante una reunión de debate sobre el proyecto en Sofía, en el 98, el presidente albanés dio a entender claramente que su consentimiento al proyecto dependía de la autonomía del Kósovo, porque ‘sin la misma ninguna solución en el interior de las fronteras serbias podía llevar a una paz duradera’. El acuerdo sobre la construcción del oleoducto fue firmado finalmente en diciembre del 2004, entre la sociedad americana AMBO y los gobiernos balcánicos, de nuevo en So-

⁸¹ (Rees, J., *Imperialism: globalisation, state, war*, ibídem, pp. 5, 6 y 7).

⁸² (Rees, J., *Imperialism: globalisation, state, war*, ibídem, p. 5):

fia”.⁸³ En EE.UU. surgió incluso en los 90 un concepto estratégico, llamado la “nueva ruta de la seda”, que consistía en un corredor de estados estables, económica y políticamente, para permitir este negocio floreciente.⁸⁴

En África la extracción del petróleo está controlada básicamente por el capital norteamericano, europeo, parcialmente el ruso, y de manera creciente el chino. El petróleo de Nigeria, octavo productor del mundo, está dominado casi en su totalidad por Total y Shell, aunque también participan una compañía rusa y otra china; Shell controla el petróleo de Senegal. El petróleo y el gas constituyen el 80% de las importaciones norteamericanas de África y el 86% de las chinas. Los beneficios no llegan a las poblaciones de los países productores. Los porcentajes de los beneficios que se quedan sus Estados han ido disminuyendo, mientras que las facilidades a las empresas, y el poco control sobre sus métodos de trabajo, destruyen enormemente el medio ambiente. Además el tratamiento del petróleo, en la mayoría de los casos, se hace en los países ricos.

Pongamos por ejemplo el caso de Nigeria. En 1967 el 50% de las ganancias iba al Estado productor. Ya en los 70, se redujo el porcentaje destinado al Estado productor a un 20%. Actualmente, de acuerdo con la Constitución de 1999, el Estado productor obtiene solamente el 13 % de los réditos petroleros. La tendencia es en definitiva a que las empresas cada vez reclamen más petróleo y que el Estado nigeriano dé cada vez más facilidades, permitiéndoles instalarse de manera irregular, con daños para el medio ambiente.

Ello contribuye a que Nigeria sea hoy un país donde apenas un 10% de la población se queda con el 90% de la renta, mientras el restante 90% se reparte la menor porción.⁸⁵ Aportemos otros datos. En los dos grandes países petroleros de África, Nigeria y

⁸³ (Rees, J., *Imperialism and resistance*, ibídem, p. 16).

⁸⁴ (Rees, J., *Imperialism: globalisation, state, war*, ibídem, p 8).

⁸⁵ (Duverne, *Aproximación a la situación económica de Nigeria*, www.cari.org.ar/pdf/nigeria.pdf, p. 4).

Angola, el PIB per cápita hoy es más bajo que en 1973. En Nigeria, con 160 millones de personas, el 70% vive con menos de 1 dólar al día.⁸⁶ Todo ello ha generado enfrentamientos, sabotajes a las explotaciones, y últimamente en Nigeria, el resurgir de enfrentamientos tribales y religiosos.

Al margen del petróleo, también hay otras materias primas que benefician a transnacionales particulares: gas, que ya hemos mencionado, y, especialmente en África, minerales como oro, diamantes, cobre, y cobalto. Muchos de estos minerales salen de forma ilegal: “Según la Unión Africana, 150 billones de dólares desaparecen de África cada año a través de exportaciones mineras ilegales”.⁸⁷ Un mineral muy importante, pues es imprescindible para fabricación de móviles y se obtiene casi solo en El Congo, es el cobalto. En torno al mismo surgió una guerra entre los años 96 y 2003. Estuvieron implicadas tropas de Uganda, Ruanda, Angola, Zimbabue y otros Estados africanos, junto a tropas congoleñas. EE.UU. y Francia tomaron también posiciones, apoyando a unos bandos u otros según las circunstancias. En el 96, con ayuda de Ruanda y Uganda, Kabila derrotó al dictador Mobutu. EE.UU. y otras potencias rápidamente apoyaron al ganador, después de haber apoyado y defendido violentamente al dictador Mobutu, que gobernó desde el 61, cuando americanos y belgas asesinaron al presidente nacionalista Lumumba. Después se rompió el pacto de Kabila con Uganda y Ruanda y comenzó esta guerra de 6 años. Amén de los ejércitos de las potencias vecinas, y de los apoyos americanos y franceses, hay también en la zona ejércitos de mercenarios, cuatro en concreto, de criminales de guerra, entre ellos el infame FDLR, hutu, que hacen tratos con las transnacionales.

Hay presencia militar en África que apoya estos procesos de dominio, por parte especialmente de EE.UU., Francia y Gran Bretaña -éstos últimos en sus antiguas colonias- así como también de la ONU, con 10.000 soldados en Liberia, Costa de Marfil

⁸⁶ (Westerlund, Per-Åke, “Imperialism in Africa today”, *ibidem*, p. 6).

⁸⁷ (Westerlund, Per-Åke, “Imperialism in Africa today”, *ibidem*, p. 9).

y Sudán, y 20.000 en Congo. Hay asimismo tropas mercenarias entrenadas y asesoradas por estas potencias, como por ejemplo los ejércitos etíopes que han atacado últimamente Somalia. Se dan asimismo conflictos regionales e intervención militar de las potencias imperialista, como la guerra de Libia, que tuvo, entre otras causas, la de asegurar el acceso a su petróleo. A veces en las guerras del petróleo se entrecruzan intereses diferentes de las potencias, que generan tensiones entre las mismas; cada una busca controlar el petróleo e impedir el acceso al mismo por parte de las otras potencias. Tal es el caso de Sudán, donde se han enfrentado los intereses de Francia, que firmó un contrato con el gobierno de extracción de petróleo en 1985, pero que no pudo poner en práctica, China, con buenas relaciones con el gobierno dictatorial del norte, y EE.UU., que ha financiado guerrillas católicas y también musulmanas, para desestabilizar la región e impedir el avance francés y chino. Al final EE.UU. ha impuesto el referéndum de independencia del Sur, que ha salido favorable a sus intereses y le garantiza el uso de la mayor parte de los recursos petroleros de Sudán.

D) El *agrobusiness* o alquiler de enormes superficies de tierras para una agricultura intensiva. Es una forma de dominio neoimperialista que ha florecido en las últimas décadas. China es quien más contratos de este tipo ha firmado, en concreto con Congo, Qatar, Sudán y Etiopía, donde ha alquilado 9 millones acres. También Arabia Saudí tiene presencia en Etiopía, Tanzania, Mali, Senegal y Sudán, y la India en Sudán; empresas suecas y noruegas cultivan biodiesel en diversos países de África. Pongamos un ejemplo ilustrativo. El gobierno de Madagascar había alquilado a la transnacional surcoreana Daewoo el 50% de las tierras cultivables por 99 años, a cambio de construir carreteras y otras infraestructuras, pero una rebelión popular echó abajo el proyecto, y la empresa se fue a Tanzania. Estos contratos dejan poca riqueza en los pueblos de los países pobres, quienes antes bien sufren la subida de los precios de los productos básicos, y solo benefician a los dirigentes.

E) La biopiratería o la apropiación por parte de transnacionales de productos naturales de países del Tercer Mundo con valor medicinal, básicamente en la Amazonía, los cuales, tras su elaboración, son patentados por dichas empresas, sin pagar derecho alguno a los países de origen. Productos que han sufrido la piratería con la ayahuasca, la sangre de drago, el jarabandí, la uña de gato, o el milpa mejicano.⁸⁸ Por último otro buen negocio neoimperialista es la venta de armas a los innumerables grupos militares, estatales o paraestatales, del Tercer Mundo.

F) La destrucción ecológica que sufren los países del Tercer Mundo, producida por la explotación de productos minerales, como petróleo, y otros, y también por el *agrobusiness* y las consiguientes deforestaciones. Los daños ecológicos implican daños al medio ambiente, a la salud de las personas e incluso la destrucción de pueblos primitivos, por la eliminación de sus medios de subsistencia. Pongamos ejemplos. Trabajadores en Ecuador, Honduras y Costa Rica sufren esterilidad por el nematicida DBCP utilizado en plantaciones de bananas. La Shell ha causado daños por a los pueblos Ogoni e Ijaw en Nigeria, y a los Naha en Perú. Los daños ecológicos contribuyen igualmente al cambio climático, que está provocando enormes desgracias naturales en África. “El *African Progress Panel* advertía en 2009: ‘El cambio climático amenaza con hacer estallar conflictos en 23 países africanos e inestabilidad política en otros 14’. La escasez de agua, la sequía, las enfermedades, las inundaciones y las migraciones masivas son resultados del cambio climático en África”.⁸⁹ Para compensar demagógicamente estos daños las transnacionales llevan a cabo pequeños programas de cooperación, a través de corporaciones público-privadas, bajo la bandera de la ONU, que las legitima y a través de los cuales pretenden ganarse la aquiescencia de los pueblos nativos.

4. El imperialismo actual tiene una clara hegemonía america-

⁸⁸ (Martínez Alier, J., “¿Quién debe a quién?”, en *¿Quién debe a quién?*, ibídem, pp. 62 y 63).

⁸⁹ (Westerlund, Per- Åke, “Imperialism in Africa today”, ibídem, p. 5).

na, a la que se someten no solo los países más pobres, los emergentes y las potencias regionales, sino también las grandes potencias: Europa occidental, Japón y China. Esta hegemonía se remonta al período de la Guerra Fría, cuando EE.UU. logró aglomerar a todo el Bloque occidental, para defender unos intereses comunes frente al bloque soviético. Después de la caída de éste y el final de la Guerra Fría, EE.UU. ha sabido mantener, con ciertos recesos, dicho predominio, e incluso lo ha aumentado, al quedarse como única superpotencia. Ello ha supuesto lógicamente un aumento de las guerras imperialistas. Así por ejemplo una guerra como la segunda del Golfo, del 91, con la invasión de Irak, difícilmente se habría dado si hubiera seguido existiendo la URSS.

La hegemonía americana ha mantenido una línea de continuidad desde la caída de la URSS, un objetivo común que se desglosa en unas estrategias también comunes: someter a los países menores y evitar una alianza de las otras potencias, en la zona clave de Eurasia, que pudiera hacer sombra a los EE.UU.. El famoso consejero norteamericano Brzezinsky postulaba por su parte tres estrategias, distinguiendo tres tipos de Estados con los que EE.UU. ha de tratar, los vasallos, los tributarios y los bárbaros: “Evitar el enfrentamiento y mantener la seguridad entre los vasallos, mantener controlados y protegidos a los Estados tributarios e impedir que los bárbaros se unan”.⁹⁰ Samir Amin concreta y amplía estas estrategias: “Neutralizar y subyugar a las otras partes de la tríada (Europa y Japón), minimizando su habilidad para actuar fuera de la órbita de EE.UU.; establecer el control militar de la OTAN mientras se ‘latinoamericanizan’ los fragmentos del antiguo mundo soviético; ejercer absoluta influencia sobre el Medio Oriente y el Asia Central, especialmente sobre los recursos petroleros; dismantelar China, asegurando la subordinación de las otras naciones (India y Brasil), y previniendo la constitución de bloques regionales capaces de negociar los términos de la globalización, y marginar las regiones del Sur que

⁹⁰ (Rees, J., *Imperialism: globalisation, state, war*, ibídem, p. 10).

carecen de interés estratégico”.⁹¹

Dentro de esta estrategia común en las últimas décadas ha habido tácticas diferentes en las diferentes administraciones americanas. Podríamos señalar al menos dos desde los años 70, tras la derrota de Vietnam. Por un lado se ha dado una táctica multilateral, inspirada en Kissinger y Brzezinsky, aplicada por Busch Senior, el primer Clinton, y ahora Obama, que busca el apoyo, militar y económico, de la ONU, de la OTAN y de las otras potencias, y cuyo objetivo básico es mantener un pluralismo geopolítico sobre la zona esencial, Eurasia, que impida la unión de otras potencias contra los EE.UU., en concreto de China, Rusia, Irán y Japón. Ha habido una segunda táctica, unilateral, más agresiva, que ha prescindido de la cooperación de las otras potencias y de los organismos internacionales, aplicada por Reagan y sobre todo Busch Junior, con su famoso “Proyecto para un Nuevo Siglo Americano” (PNAC) -un proyecto arriesgado de imposición total de la hegemonía americana, basado en el concepto de “guerra preventiva”, que concluyó en fracaso, que ha demostrado la debilidad de EE.UU. y que ha exigido inevitablemente una actitud más multilateral y diplomática por Obama-. Esta última táctica también está explicitada en informes del gobierno norteamericano, como el *National Security Strategy of the United States* de septiembre 2002: “Los sucesos del 11 de septiembre han cambiado fundamentalmente el contexto de las relaciones entre los EE.UU. y los centros principales del poder mundial, y abren enormes oportunidades nuevas. Los EE.UU. preferirían que esas posibilidades fueran explotadas pacíficamente bajo la tutela de EE.UU. Pero también preven de forma activa que no sea ese el caso: ‘Resistiremos con fuerza a una agresión de parte de otras grandes potencias, incluso si somos favorables a una búsqueda pacífica de la prosperidad, del comercio, del progreso cultural... Estamos atentos a una reactivación de los antiguos esquemas de competencia entre las grandes potencias. Mu-

⁹¹ (Amin, S., *La economía política del siglo XX*,
mc.enlaceacademico.org/uploads/media/Tareas113.pdf, p. 7).

chas grandes potencias potenciales están insertas hoy día en transiciones internas, siendo las más importantes Rusia, India y China”⁹².

3.3. Déficits de la Tesis del “Neoimperialismo”

La tesis del neoimperialismo, a nuestro juicio, presenta sus momentos claros de verdad, pero exagera otros aspectos y sobre todo comporta una visión excesivamente abstracta del imperialismo, lo cual lastra a su vez las soluciones que plantea. Sus principales déficits serían los siguientes:

1. Se exagera la importancia del Tercer Mundo para la economía de los países ricos. Así lo hace por ejemplo el marxista David Harvey, en su *Nuevo Imperialismo*, con su concepto de la “desposesión”, según el cual el capitalismo actual se basa básicamente en el robo o la rapiña por parte de los grandes poderes económicos, tanto en el seno de los países ricos, a través de las privatizaciones, como en el Tercer Mundo.⁹³ Esta tesis se remonta incluso, a pesar de que Harvey no es su seguidor, a la teoría leninista del “parasitismo”, criticada por A. Callinicos, según la cual el capitalismo occidental, que él llama “capital financiero”, es básicamente un capitalismo no productivo, de rentistas, que vive de la producción de los países en vías de desarrollo. La tesis tiene también resonancias en H. Arendt y en R. Luxemburgo, cuando postulan que el capitalismo siempre necesita de un otro, de un extracapitalismo, que le sirva de acumulación primitiva.

Es indudable que el capitalismo tiende a buscar beneficio donde quiera que lo haya: “Los animales pequeños también producen abono”, recuerda P. Mattick.⁹⁴ Pero también lo es que las transnacionales no extraen el máximo beneficio básicamente de

⁹² (Rees, J., *Impérialisme and résistance*, ibídem, p. 21).

⁹³ (Cox, J., *Imperialism: just a phase we are going through?*, ibídem, p. 5).

⁹⁴ (Mattick, P., *Ernest Mandel's late capitalism*, ibídem, p. 16).

los países pobres, sino de los mismos países ricos, es decir, de aquéllos donde tiene lugar la mayor inversión productiva, el mayor comercio y el mayor movimiento de capitales. Ello es así porque el capitalismo extrae el beneficio de la plusvalía relativa, de una composición orgánica del capital elevada y creciente -del aumento de la tecnología en proporción a la mano de obra empleada- y donde ello ocurre es en los países desarrollados, no en los subdesarrollados. En definitiva, podemos decir que el capitalismo se aprovecha del “otro”, pero el “otro” no constituye la parte más grande de su botín.⁹⁵ Pongamos un ejemplo. Aunque para los países africanos el comercio con las superpotencias sea todo, para China el comercio con África representa solo el 4% de su comercio mundial.

En consecuencia, no es la explotación de los obreros de las partes más pobres del mundo lo que reporta los mayores beneficios a los capitalistas, transnacionales y Estados, sino la explotación de sus propios trabajadores, de los países ricos y emergentes. En otros términos, hay que decir que, aunque los obreros del “Tercer Mundo” son los que más sufren el capitalismo, los obreros del “Primer Mundo” son los más explotados por el mismo, pues son aquéllos de los que extraen más plusvalía relativa: “Con frecuencia en el capitalismo los más pobres no son los más explotados, sino aquéllos marginados por el desarrollo el sistema”.⁹⁶ Por ello tampoco se puede aceptar la tesis de que los obreros de los países desarrollados contribuyen a la explotación de los obreros de los países subdesarrollados. Ciertamente el dominio económico y político-militar de los países más pobres ha coadyuvado a la aparición en los países ricos de una aristocracia obrera de un centro en el proletariado, en términos de Hobsbawn, mencionado arriba- como ya Marx constatará en su época dentro del proletariado inglés. Pero este requiere varias matizaciones. En primer lugar la aparición de esta aristocracia se debe, sobre todo después de la II Guerra Mundial, al propio desarrollo in-

⁹⁵ (Harman, Ch., “Snapshots of capitalism today and tomorrow”, *ibidem*).

⁹⁶ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, *ibidem*, p. 50).

terno de los países ricos, al margen de su explotación sobre los países pobres. En segundo lugar esta aristocracia es muy inestable, y ello en un doble sentido: no se hereda esta condición y puede perderse fácilmente con una crisis. En tercer lugar los obreros del Primer Mundo, ni los más desfavorecidos ni su aristocracia, ni la periferia ni el centro del proletariado, participan de ninguna manera en el expolio del Tercer Mundo, que es llevado a cabo por las burguesías y sus gobiernos; serían en todo caso, y solo puntualmente, favorecidos circunstancialmente por dicha explotación.

2. La importancia de los países pobres para el capital internacional ha disminuido históricamente. Durante el colonialismo clásico fueron esenciales como lugares de inversión de capital ocioso y sobre todo como fuente de materias primas. Pero durante los años 30 en los países ricos se desarrolló y se hizo más intensiva la agricultura, gracias al uso de fertilizantes, y se fabricaron productos sintéticos, de modo que el capitalismo occidental dejó de ser en realidad dependiente de las materias primas del Tercer Mundo, si excluimos una: el petróleo. Asimismo el desarrollo de los países ricos después de la II Guerra Mundial, con la creación de mercados internos integrados, restó todavía más importancia económica a los países del Tercer Mundo, lo cual se tradujo en una retirada de capitales de los mismos. También en este contexto hemos de entender el proceso de descolonización, el cual tuvo lugar no solo gracias a la lucha y el sacrificio de muchos pueblos, y a la debilidad de los Estados más coloniales, Francia e Inglaterra, - lo cual se hizo evidente en su derrota en el canal de Suez en el 57-, en contraproposición también a la nueva potencia norteamericana, sino también se debió al hecho de que las colonias ya no eran tan necesarias para las grandes economías. Ello no es sin embargo óbice para que, por razones estratégicas, no económicas directas, algunos países, especialmente Francia, se aferraran hasta el final a algunas de sus colonias, como Indochina y Algeria. La nueva gran potencia de EE.UU., por su parte, no estuvo sin embargo interesada en el control di-

recto, colonial, de los países abandonados por Inglaterra y Francia.

3. La descolonización fue un hecho real, no meramente formal. Las antiguas colonias se independizaron políticamente y asumieron en su mayor parte proyectos económicos y políticos autónomos -ello no significa una independencia absoluta o autarquía, algo prácticamente imposible en una economía internacionalizada-. Es cierto que en los primeros años tras la descolonización se vivieron situaciones semicoloniales, usando un término de Lenin, es decir, la existencia de países independientes que mantenían fuertes lazos económicos y político-formales con la potencia. Así en Irak, durante los años 40, Inglaterra tenía asegurada, por un tratado, la presencia de bases militares y la dirección de la política exterior de dicho país, o mantenía una tutela fuerte sobre las políticas de Egipto, hasta el punto de imponer la figura de su primer ministro.⁹⁷ Hoy en día esta situación se mantiene con ciertos países, especialmente en África, donde la ex-potencia colonial goza de privilegios económicos y político-militares. Es el caso de la relación de Costa de Marfil con Francia; aquel país tiene obligación de ingresar en bancos franceses una parte de su tesoro público, al tiempo que el gobierno francés se reserva su derecho a intervenir militarmente en Costa de Marfil bajo el pretexto de la defensa de sus ciudadanos, excusa de la que se han servido recientemente.

Sin embargo la mayoría de las antiguas ex colonias son hoy días países independientes de hecho. Así no se puede decir que India, Egipto, Marruecos, Indonesia, Corea del Sur, Irán, Bolivia, Colombia, Sudáfrica o Siria, no sean países independientes, económica y políticamente. Algunos incluso llevaron a cabo políticas económicas desarrollistas durante los años 50 y 60, cuando éstas eran posibles, y alcanzaron progreso, mejoraron el nivel de vida de su clase obrera, como Egipto, Irak, Argentina,

⁹⁷ (Callinicos, A., “El Imperialismo posterior a la Guerra Fría”, en *Imperialismo hoy*, http://www.socialismo-o-barbarie.org/imperialismo_s_xxi/callinicos_imperialismohoy2.htm, p.7), p. 6).

Brasil, etc., y crearon una burguesía local que ha dirigido la política económica. Estos países asumieron una trayectoria neoliberal en los 80, cuando el modelo desarrollista no era viable, e incluso en algunos casos han dado lugar a sus propias transnacionales. Hoy en día algunos de estos países, sobre todo en Latinoamérica, como Bolivia y Venezuela, han asumido proyectos políticos y económicos que le lleva a enfrentarse al imperialismo norteamericano. Llevado al terreno del juicio ético-político, ello no significa desde luego negar la explotación ejercida por la burguesía de los países ricos, de sus Estados y transnacionales, sobre muchos de los países pobres, ni negar por lo tanto que la pobreza de los mismos viene en parte causada por dicha explotación. Pero significa asimismo no exculpar, sino también considerar copartícipes de dicha situación, tanto a los dictadores, y sus camarillas burguesas locales, de muchos países subdesarrollados, como a las burguesías y Estados de muchos países emergentes.

4. La pobreza de los países subdesarrollados no es fruto básicamente de la intervención directa o depredación de los países ricos. Ésta era la tesis del “dependentismo”, boyante en los años 60 y 70, en economistas marxistas como Mandel. Se resume bien en este texto de S. Amin: “La ley del valor es escasamente expresión de una “pura” racionalidad económica que puede ser separada de su marco social y político, más bien es la expresión condensada de todas esas circunstancias (el dominio imperial a través del control de la tecnología, de los recursos financieros, de los recursos naturales, de los medios de comunicación y de las armas de destrucción masiva). Son esas circunstancias las que cancelan la extensión de la industrialización de las periferias, devalúan el trabajo productivo incorporado en esos productos o sobrevalúan el supuesto valor agregado unido a las actividades a través de las cuales operan los nuevos monopolios para el beneficio de los centros”⁹⁸.

La causa fundamental de dicha pobreza es la propia naturaleza

⁹⁸ (Amin, S., *La economía política del siglo XX*, ibídem, p.5).

y funcionamiento del sistema capitalista. El capitalismo es un sistema basado en la competición, y la misma no parte de cero, sino de una situación previa de gran desigualdad y desequilibrio entre unas clases y otras, entre unos países y otros: la ley del “desarrollo desigual y combinado del capitalismo”. Los países poderosos, aquéllos que parten con ventaja en producción industrial, tecnología y capital financiero, se imponen fácilmente sobre los otros en el comercio, nacional e internacional; gracias a su enorme superioridad tecnológica- en capital orgánico o plusvalía relativa-, fabrican muchos más productos y más baratos que los países pobres y así ocupan los mercados. Ch. Harman lo resume adecuadamente: “El trabajo en los países avanzados es más productivo que en cualquier otra parte, y además produce más plusvalía por una gran variedad de razones históricas: las acumulaciones de capital en estos países, sus infraestructuras de transporte, energía y agua, las grandes balsas de mano de obra formadas, fruto de cuatro o cinco generaciones de educación obligatoria”.⁹⁹

El llamado comercio desigual no consiste por lo tanto en el robo, en que los países ricos vendan productos por encima de su valor y compren por debajo del mismo -pese a los precios de monopolio, terminan imponiéndose internacionalmente los precios reales y las tasas de beneficio medias-, sino en que, gracias al capital acumulado en los países ricos, el coste en mano de obra es, en términos relativos, mucho menor, los precios pueden ser por ende más baratos, y la masa de productos puesta en circulación mucho mayor. Además esta ventaja de los países desarrollados sobre los subdesarrollados no para de aumentar según aumenta la acumulación capitalista: “Este es el punto de acumulación y de diferencia entre los países desarrollados y subdesarrollados. La plusvalía crece con la acumulación, mientras se estanca sin acumulación, y así torna imposible la reproducción a escala ampliada. Como consecuencia, la diferencia entre unos países con una composición orgánica más elevada y otros con una más baja, en la medida en que los primeros acumulan, debe

⁹⁹ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 50).

crecer continuamente para desventaja de los segundos”.¹⁰⁰

A los países pobres solo les queda para competir el comercio de aquellos productos que no requieren apenas elaboración, materias primas, y especialmente aquéllas que presentan cierto monopolio o no se producen en el primer mundo. Pero incluso en estos productos -cuya introducción en el mercado favorece a los países ricos, al frenar la tenencia al descenso de la tasa de beneficio- no pueden obtener enormes ganancias, esto es, beneficios por encima del valor medio, porque en cuanto entran en el comercio capitalista se someten a la competencia, a la oferta y demanda y a la tasa media de beneficios: “Los precios de los productos del ‘Tercer Mundo’ se forman en un contexto determinado por el movimiento del capital total en una escala global”¹⁰¹ Además los beneficios iniciales para los países pobres de estas materias primas desaparecen en gran parte tan pronto como éstas empiezan a ser producidas, en los países desarrollados, más baratas, con una composición orgánica del capital más alta, o cuando simplemente se agotan.¹⁰²

Por último, cuando estalla una crisis en el capitalismo, la disminución de la demanda afecta a dichas materias primas igual que a los productos de los países desarrollados, salvada la diferencia de que en éstos, al partir de una capital acumulado mayor, la crisis se resuelve en depresión y pobreza de parte de la clase obrera, mientras en aquéllos, dada la condición desigual de que parten, se traduce directamente en el hambre de la mayoría de la población: “La tasa de beneficio descendente de los países con una composición orgánica más alta va de la mano con la caída de beneficios en los países con una composición orgánica más baja. Pero lo que en los países desarrollados conduce a un estancamiento relativo del capital, en los países subdesarrollados supone un proceso rápido de absoluta pauperización”¹⁰³

¹⁰⁰ (Mattick, P, *ErnestMandel's late capitalism*, ibídem, p. 16).

¹⁰¹ (Mattick, P., *Ernest Mandel's late capitalism*, ibídem, p. 17).

¹⁰² (Mattick, P., *Ernest Mandel's late capitalism*, ibídem, p. 15).

¹⁰³ (Mattick, P., *Ernest Mandel's late capitalism*, ibídem, p. 15).

La segunda supuesta ventaja de los países desarrollados, con frecuencia recalcada por los teóricos de la tesis de la globalización, sería su mano de obra mucho más barata, en comparación con la de los países ricos. Pero esa mano de obra más barata es precisamente consecuencia de su escaso desarrollo capitalista, y supone un freno al mismo, más que una ventaja. Es un obstáculo más para el desarrollo industrial de dichos países, y solo sirve para atraer cierta industria de los países desarrollados -textiles o calzados de poca calidad, como hemos dicho arriba, o determinados servicios-, muy inestable y que apenas reporta beneficio al país anfitrión, pues la mayoría de las ganancias se van al país de origen.

Los países con atraso capitalista, tecnológico y de producción, necesitarían un capital enorme del que no disponen para poder competir con los desarrollados en productos industriales, y ello especialmente en una época tan internacionalizada como la actual y plagada de crisis. Solo se podría compensar si los países ricos decidieran invertir fuertemente en la industria de los desarrollados, pero eso solo lo han hecho puntualmente, de forma limitada -porque tampoco el capital acumulado ha permitido históricamente una mayor inversión y porque han visto que era más rentable invertir en los países ricos-, y con la intención de revertir los beneficios a la empresa inversora y al país de origen: “Desde luego, la falta de capital puede de alguna manera mitigarse por inversiones de los países desarrollados. Sin embargo dado que la mayoría de los beneficios de esas inversiones fluye de vuelta a los países exportadores de capital, ello tiene una influencia pequeña en el proceso de acumulación de los países subdesarrollados”.¹⁰⁴ Y ello es así simplemente porque invertir graciosamente en otros países va en contra de la propia ley del capitalismo, que es la búsqueda del máximo beneficio para sí mismo.

Por todo ello, incluso dada la hipótesis, irreal, de un mundo

¹⁰⁴ (Mattick, P., *Ernest Mandel's late capitalism*, ibídem, p. 17).

económico capitalista sin presiones político-militares de Estados y transnacionales, es decir, un mundo de competencia puro, libre y sin obstáculos -según el ideal liberal y de la teoría ortodoxa de la globalización, desarrollado en términos éticos por Rawls, en el capitalismo los países más ricos siempre llevan, económicamente, las de ganar. Por otra parte la superioridad político y militar de los países ricos frente a los subdesarrollados, que sin duda contribuye a la pobreza de estos últimos, es a su vez una consecuencia del desequilibrio económico del que se parte y que es agravado por la competencia capitalista. En definitiva, la perpetuación de la pobreza del Tercer Mundo es más fruto de la propia lógica económica capitalista que de la lógica político-económica y político-militar de los Estados y transnacionales dominantes, y ello por dos motivos: por ser el capitalismo la causa primera de dicha pobreza y por ser la causa del dominio político-económico-militar que la cogenera. Ello se plasma por lo demás en el hecho de que numerosos países pobres del Tercer Mundo no están dominados por los países ricos, sino simplemente dejados de la mano, porque no les reportan ningún interés.¹⁰⁵ En este contexto, desde luego, siempre hay que tener en cuenta la excepción básica del petróleo, que hace interesante cualquier país a los ojos del capitalismo.

Ha habido sin duda algunos países pobres que excepcionalmente han podido alcanzar un desarrollo capitalista: la URSS, Corea del Sur, Brasil, India y sobre todo China. Pero ello requiere matizaciones. En primer lugar son casi todos países que aprovecharon la coyuntura de los años dorados del capitalismo, donde los modelos desarrollistas, dadas determinadas potencialidades, eran posibles; tal desarrollo sería hoy en día, en una economía internacionalizada y en crisis, prácticamente imposible. En segundo lugar, al ser desarrollos tardíos, en relación a los países capitalistas tradicionales, se han producido en la mayoría de los casos a costa de unos sufrimientos tremendos de la clase obrera,

¹⁰⁵ (Callinicos, A., “El Imperialismo de las superpotencias”, en *El Imperialismo hoy*, p. 5).

y de una destrucción enorme del medio ambiente.

La URSS se desarrolló fruto de una auténtica esclavitud del pueblo ruso, en un proceso de acumulación primitiva acelerada, y con un gobierno dictatorial; se hundió en los límites de un modelo autárquico. El desarrollo de Corea del Sur se vio favorecido por el empuje de la Guerra de Corea, así como por una planificación estatal, centrada en ramas muy concretas de la producción, que le permitió entrar en el mercado mundial y desarrollarse económicamente. China ha conseguido, como antes Rusia, pero más aún, un crecimiento espectacular, hasta llegar a ser una gran potencia mundial. Se une, a la gran acumulación primitiva de la época de Mao, una política en las últimas décadas estatistas, de acumulación y planificación económica, orientada a la exportación, con una mano de obra muy barata y una moneda débil. Pero China es un país con enormes contradicciones, masas enormes de pobreza, desequilibrios entre el campo y la ciudad, etc., que suponen además una gran inestabilidad, amén de presentar una de las mayores cotas de contaminación del mundo. Por otro lado en algunos casos, como Brasil y la India, los desarrollos son importantes, pero no tan espectaculares; solo se han industrializado algunas de sus ramas productivas, y además mantienen enormes cotas de pobreza, desigualdades y dependencia de otras economías, especialmente de la china.

5. La hegemonía norteamericana, la unión de todos los capitales internacionales y Estados capitalistas bajo la égida de los EE.UU., es real pero matizable, y su dominio no es tan plácido como pretende la tesis del neoimperialismo, sino que antes bien presenta numerosas contratendencias y limitaciones. En primer lugar existen otras potencias, que militarmente no son comparables a EE.UU., pero que tienen también gran capacidad -Europa occidental, Rusia, Japón, China- y en algunos casos, como China, gran potencialidad de desarrollo económico y militar: “En 2009 China superó a Alemania como el mayor exportador del mundo, y sobrepasó a EE.UU. como el mayor consumidor de

energía del mundo”¹⁰⁶ Ello tiene su reflejo en el surgimiento de tensiones económicas entre las potencias, muchas de las cuales tienen por escenario las organizaciones económicas internacionales. Así las negociaciones del GATT de 1990 terminaron en fracaso, y estuvieron a punto de crear una guerra aduanera mundial ¹⁰⁷ Asimismo ha habido rifirrafes entre China, Japón, USA y Europa, por el tipo de cambio de moneda. USA siempre se ha quejado de la cotización a la baja el yen, y de la cotización alta del euro, que favorece a la industria alemana. En el 2011 ha habido demandas enormes por parte de secciones de la clase dominante norteamericana para una mayor reevaluación y para designar a China como “manipulador monetario”. Como consecuencia de ello, en Octubre del 2011 el senado americano aprobó un decreto por el que se impondrían tarifas a las importaciones de países con moneda infraevaluadas ¹⁰⁸

Surgen igualmente tensiones políticas o geopolíticas. En África éstas se dan básicamente entre EE.UU. y Francia; ya hemos mencionado arriba algunas de ellas: en Sudán, Somalia o El Congo. Pero estas tensiones en África podrían extenderse a China en el futuro, dada la progresiva presencia de este país en dicho continente. En Latinoamérica se dan también conflictos por acceder a los mercados de Sudamérica, entre EE.UU., que apoya el ALCA, y Europa y China, más próximas al Mercosur (Brasil Argentina, Uruguay y Paraguay). En Europa, Alemania llevó a cabo sus negociaciones sobre la unificación de Alemania directamente con Gorbachov, sin contar con EE.UU.. Después reconoció unilateralmente a Croacia en los inicios de la guerra de Yugoslavia. De la misma manera en Alemania tampoco ha agrado la expansión norteamericana en Europa de Este, y de ahí el que, ante las críticas americanas e inglesas a Rusia en su guerra

¹⁰⁶ (Hardy, J y Budd, A., “China’s capitalism and the crisis”, *ibídem*, p.2).

¹⁰⁷ (Callinicos, A., “El Imperialismo posterior a la Guerra Fría”, en *Imperialismo hoy*, *ibídem*, p. 2).

¹⁰⁸ (Hardy, J. y Budd, A., “China’s capitalism and the crisis”, *ibídem*).

con Georgia, en el año 2009, Alemania callara discretamente.

En Asia, en la III Guerra de Irak, Alemania y Francia no apoyaron las acciones de EE.UU., y se negaron a prestar su territorio para el envío de tropas norteamericanas; había motivos económicos directos, en concreto para Francia, que tenía contactos privilegiados con el Irak de Saddam Hussein, y también geopolíticos, evitar al excesivo poder norteamericano en la zona. Asimismo Francia y Alemania se negaron a imponer sanciones a China por los sucesos de la plaza de Tianamen, y no lo hicieron por motivos solo económicos, por explotar su comercio con China, sino también geopolíticos: buscar en China un contrapeso a la hegemonía americana.¹⁰⁹ Rusia, pese a su debilidad actual, no renuncia a su zona de influencia en Asia, como mostró en la guerra de Chechenia- permitida por la debilidad USA, porque estaba en medio del conflicto de Yugoslavia- y recientemente con su respuesta a Georgia tras la invasión de Osetia del Sur por este país.

En general las tensiones se quedan en tales, y la hegemonía americana se suele imponer. Es probable que ésta se mantenga largo tiempo. China y Japón no parecen abrigar la intención de tener enfrentamientos con USA, aunque económicamente los generan, y Europa está débil y desunida. Por otro lado tampoco se excluye que si el crecimiento chino continúa, pese a sus muchas contradicciones, pudiera plantear una rivalidad política a EE.UU.. No olvidemos que está desarrollado una carrera espacial y armamentística. También se ha de tener en cuenta que potencias en más declive, como Francia y Gran Bretaña, tienen armamento nuclear, además de Corea del Norte y otras. Por todo ello la posibilidad de un conflicto mundial, como hemos dicho arriba, es poco probable, por los diversos factores que lo dificultan pero, desgraciadamente, no imposible.

La actual hegemonía norteamericana tiene una segunda limitación: su debilidad económica. La economía de EE.UU., siendo

¹⁰⁹ (Callinicos, A., “Imperialism and global political economy”, *ibidem*, p. 11).

la más poderosa, depende de una enorme deuda exterior, sobre todo con Japón y China, y de una enorme deuda pública. Se puede permitir estos déficits gracias al papel de referencia mundial que mantiene su moneda, el dólar, y en última instancia gracias a su poder político-militar, que hace que todos los capitalistas del mundo consideren todavía hoy los EE.UU. como la inversión más segura. Pero la debilidad económica le impide un dominio similar al que ejerciera, al menos sobre tres cuartas partes del mundo, después de la II Guerra Mundial. Ello se ha evidenciado en tres casos recientes. En el conflicto de Georgia y Rusia no ha apoyado militarmente a un aliado importantísimo, política y económicamente, como es Georgia, y ha permitido a Rusia afianzar su poder en la zona. En Latinoamérica no ha podido actuar ante la serie de gobiernos nacionalistas, apoyados en movimientos populares, que no obedecen totalmente, o incluso se enfrentan al imperio americano -el ejemplo más claro es el de Chávez en Venezuela, quien, tras la toma del poder, impidió la privatizaciones de las empresas petroleras y pactó con Arabia Saudí una disminución de producción de petróleo para aumentar su precio ¹¹⁰-. En Oriente Medio EE.UU. ha mostrado su incapacidad para llevar a cabo su doctrina del “nuevo siglo americano”, y ha huido vergonzosamente de Irak y Afganistán, sin ser capaz ni siquiera de derrotar un guerrilla como la de los Talibanes, dejando detrás solo países económicamente destrozados y en guerra civil, y sin posibilidad de extraer por lo tanto un beneficio ni económico ni geopolítico de los mismos.

En definitiva, hoy en día EE.UU. tiene poder económico y militar para conquistar cualquier país menor, pero, a diferencia del período posterior a la II Guerra Mundial, cuando aplicó su “Plan Marshall” a los países derrotados, no tiene poder económico suficiente para dominar realmente un país menor, para derrotar a las fuerzas rebeldes y establecer regímenes estables, económica y políticamente, que hagan de tal país un aliado norteamericano. En otros términos, EE.UU. todavía hoy en día puede matar, con-

¹¹⁰ (Rees, J., *Impérialisme et résistance*, ibídem, pp. 39 y 40)

quistar y destrozar, y es el país con más recursos para ello, pero ya no es capaz de generar una base económica que permita el sometimiento de las poblaciones conquistadas y un control económico y geopolítico real de esos países ¹¹¹

En tercer lugar, no debemos tampoco olvidar que en el mundo, además de las grandes potencias, surgen potencias regionales, económicas y políticas, que se mueven desde luego a la sombra de las superpotencias, sin escapar a su supremacía, pero que gozan de cierta autonomía para defender sus intereses concretos y establecer dominios regionales. Así Brasil es un subimperio en Latinoamérica, Sudáfrica en África, Australia en Oceanía, Israel en Oriente Próximo- aunque éste último tiene rivales como Siria, Egipto e Irán-, la India en Oriente Medio y Vietnam en la zona de Indochina. Israel es un caso típico de subimperio. Si bien su dominio del Oriente Medio se lleva a cabo bajo la dirección de los EE.UU., a veces la desafía y desarrolla políticas especialmente agresivas, contra la población palestina u otros, que no siempre son vistas con buenos ojos por los gobiernos norteamericanos. Las tres últimas Guerras del Golfo tienen asimismo su origen en la rebelión de una potencia regional anteriormente sumisa; Irán derrocó al Sah y Saddam Hussein invadiendo Kuwait. Los subimperios, en la promoción de sus intereses particulares, generan en ocasiones conflictos entre ellos; tales son los casos de la India y Pakistán, Grecia y Turquía, Irán e Irak. Dichos conflictos no solo suponen daños económicos para el capitalismo local e internacional -aunque también beneficios para otra parte del mismo- sino que conllevan el riesgo de su extensión y generalización en un conflicto más grave, en el que se vean implicadas grandes potencias.

6. El imperialismo actual no es un hecho transhistórico, común a toda civilización. Tal es la tesis, si bien con cierta confusión, de Samir Amin: “El imperialismo no es una etapa, ni siquiera la etapa más alta del capitalismo: desde el comienzo es

¹¹¹ (Harman, Ch., *Imperialism's new facade*, html, pp. 7 y 8).
<http://marxists.org/archive/harman/2005/xx/facade>.

inherente a la expansión del capitalismo. La conquista imperialista del planeta por los europeos y sus hijos norteamericanos, se realizó en dos fases, y quizás esté entrando en la tercera”¹¹² El imperialismo actual es un fruto peculiar del capitalismo. Ha habido otros imperialismos anteriores, pero han sido esencialmente diferentes al actual. El capitalismo es un sistema que, al estar basado en la acumulación, tiende a buscar beneficios en todos lados, recurriendo a la expansión, al dominio político y económico de otras zonas, y al uso de la violencia, tanto para dominar las zonas interesantes como para alejar de ellas a otros capitales y Estados rivales. Así lo entiende la tradición marxista, sobre todo de Lenin y Bujarin. “La anexión imperialista es solo un caso de la aplicación general de la tendencia capitalista general hacia la centralización del capital”, decía Bujarin ¹¹³ Por consiguiente el imperialismo capitalista no responde a las maquinaciones de una camarilla o al complot de una parte de la elite política, o bien de una parte de la elite económica, como podría ser el capital financiero, sino que surge del núcleo de las sociedades capitalistas: la necesidad de expansión continua del capital.

La esencia económica del imperialismo capitalista no significa un economicismo vulgar, según el cual todas las actuaciones imperialistas tendrían únicamente objetivos económicos directos, en contraposición a los imperialismos anteriores, cuyos intereses habrían sido, desde una visión idealista, exclusivamente políticos. Oros imperios, como el romano, tenían intereses económicos directos junto a los geopolíticos, y lo mismo ocurre con el imperialismo actual, donde muchas intervenciones militares tienen por objeto conquistar una zona que es beneficiosa solo indirectamente, por ser lugar de paso, o para alejar de una zona concreta a potencias rivales del agresor o incluso simplemente para mostrar su poder y superioridad a las mismas. Pongamos ejem-

¹¹² (Amin, S., *Imperialismo y globalización*, <http://www.archivo-chile.com>, p. 1).

¹¹³ (Cox, J, *Imperialism: just a phase we are going through?*, ibídem, p. 4).

plos. En África, Sudán, Somalia y El Congo no solo son importantes por sus recursos, sino por su disposición geográfica. En concreto por Somalia pasa un 13% del tráfico marítimo mundial, que incluye el petróleo de Oriente Medio. El general Schwarzkopf, Jefe del Estado Mayor para el sudeste asiático de EE.UU., en 1991 ya decía que “el embudo estratégico del Mar Rojo es el centro de los intereses de Estados Unidos, ahí donde convergen África y Asia”¹¹⁴ Por eso EE.UU. se ha esforzado por evitar las influencias “peligrosas” (soviéticas en su época, francesas y chinas en la actualidad), aunque para ello haya que destrozarse un país y condenar a la muerte por hambre a gran parte de su población.¹¹⁵ También la invasión de Libia se debe explicar no solo por los recursos petrolíferos de este país, sino por su importancia geopolítica general, al estar situada en el norte de África, y particular de este momento histórico, pues su invasión ha servido para frenar el posible efecto contagio de las revoluciones de Egipto y Túnez; esta importancia ha contribuido por lo demás a la confluencia de intereses de Francia, Inglaterra y EE.UU. en este conflicto.

En Europa, EE.UU. entró en guerra en Yugoslavia, al margen de su importancia para el proyecto de oleoducto arriba mencionado, por intereses básicamente geopolíticos: frenar una posible expansión de Rusia y mostrar su poder a sus aliados de Europa occidental, consiguiendo que se sometieran a sus dictados. También para ello mismo, y sobre todo para evitar la expansión de Alemania y Rusia, la OTAN se extendió rápidamente, con bases militares americanas, a los antiguos países del Este, y se incorporó a la OTAN, pocos meses antes del ataque a Serbia del 99, a Polonia, Hungría y Checoslovaquia. La OTAN pasó de ser, dicho sea de paso, una organización con finalidad defensiva frente al bloque soviético, a una organización claramente agresiva, con

¹¹⁴ (Giribets, M., *Somalia, no es la sequía, es el Imperialismo*, rebellion.org/noticia.php?id=134149 - 52k, p. 10).

¹¹⁵ (Giribets, M., *Somalia, no es la sequía, es el Imperialismo*, ibídem, p. 10).

aspiración de ampliación territorial. En Asia, Irak y Afganistán no solo son importantes para EE.UU. por sus recursos, sino por el lugar estratégico que ocupan, porque su dominio supondría un freno a las posibles expansiones imperialistas de Rusia y China. La presencia del ejército americano en algunas repúblicas ex soviéticas del Caspio y Asia Central, que hemos mencionado arriba, tiene también una gran importancia geopolítica en este mismo sentido.

En definitiva, la diferencia entre un imperialismo precapitalista y el capitalista, en el terreno de la estrategia político-militar, supone que, mientras en otros imperialismos anteriores podía haber objetivos puramente geopolíticos en el plano subjetivo de la intencionalidad, esto es, objetivos que no incluían una planificación consciente y concreta de los beneficios económicos, en el imperialismo capitalista, incluido el neoimperialismo actual, la estrategias imperialistas siempre están guiadas por intereses económicos planificados, sean directos o puramente económicos, sean indirectos o geopolíticos. Dicho en otros términos, el componente geopolítico nunca es independiente de lo económico en el imperialismo capitalista, ni en el plano objetivo, ni en el subjetivo, mientras en otros imperialismos anteriores no lo era tampoco en el plano objetivo, pero podía serlo en el plano subjetivo. Esto supone asimismo negar la posibilidad de que determinadas estrategias imperialistas estén motivadas por intereses o incluso ideologías particulares de unas camarillas concretas o de determinados lobbies. Es una tesis apologeta el capitalismo, porque hace recaer la culpa de la agresión imperial sobre determinados individuos, no sobre el sistema, y que se remonta al período de entreguerras, cuando el reformista Kautsky y liberal Hobson consideraron dañino el colonialismo para el capitalismo, y lo explicaron como el fruto de la presión de una rama única y muy concreta del mismo, la del capital financiero.

Hablando de la actualidad, ello supone postular que incluso unas agresiones aparentemente tan irracionales, como las de la época de Busch Junior, no responden a motivos puramente ideo-

lógicos, o a intereses económicos pero concretos, de determinados lobbies, como sostiene incluso Petras ¹¹⁶, sino a una planificación consciente basada en objetivos económicos directos e indirectos, pero generales, en beneficio del capitalismo norteamericano en su conjunto, y ello al margen de que dicha planificación pueda haber resultado fallida. Claudio Katz afirma correctamente: “El componente irracional de la guerra (de Irak) que tantos críticos subrayaron no debe ocultar la lógica infernal de la masacre. Los halcones se han lanzado a una locura histórica porque la expansión de los mercados exige depredaciones sanguinarias. La irracionalidad del genocidio se sustenta en la racionalidad de la acumulación. Y si Bush encabeza el clan de funcionarios más reaccionarios y arrogantes de las últimas administraciones es porque este personal resulta apto para inaugurar un nuevo período de imperialismo”.¹¹⁷ El mismo criterio podríamos utilizar para otro conflicto más lejano, la guerra de Vietnam, que fue tachado igualmente de irracional por liberales bienintencionados, a raíz de la pregunta que Harry Magdoff lanzó al aire, con su libro *The age of imperialism*, sobre si dicha guerra respondía a un acto de locura de ciertos dirigentes, o a una estrategia sostenida sobre los intereses del capitalismo americano. Igual que la III Guerra de Irak, la guerra de Vietnam respondió a una planificación sobre intereses económicos, directos o indirectos, no al capricho de algunos dirigentes políticos o a las presiones de algunos lobbies económicos, aunque estos actores pudieran, accidentalmente, jugar su papel. La tesis marxista no suprime por lo demás la autonomía de la política, las diferencias entre unas propuestas y otras, entre unos grupos políticos, y entre unos lobbies y otros, pero sitúa dicha autonomía dentro del marco de los intereses del capital nacional de cada Estado.

7. La solución propuesta por la teoría del neoimperialismo no

¹¹⁶ (Petras, J., *¿Globalización, imperio o imperialismo? Un debate contemporáneo*, www.rebellion.org/hemeroteca/petras.htm, p. 6)

¹¹⁷ (Katz, C., *El debut del nuevo imperialismo*, www.reci.net/globalización/2003.htm, p. 1).

es válida. Se propone -por ejemplo por parte de Walden Bello o Samir Amin- un desarrollismo industrial nacional, sobre la base de la unión de clase obrera y de la burguesía local más nacionalista y antiimperialista: “Las autoridades políticas en las periferias activas -y detrás de ellas toda la sociedad (incluyendo las contradicciones en la misma sociedad)- tienen un proyecto y una estrategia para su realización. Este es el caso de China, Corea,... Estos proyectos nacionales se enfrentan con el imperialismo globalmente dominante” ¹¹⁸

Se propone en definitiva un capitalismo nacionalista aclasista. Ello les lleva a defender, en el terreno de la política, la colaboración de la izquierda revolucionaria con las burguesías nacionales, no solo en la lucha por la liberación de la potencia extranjera, lo cual es correcto, sino también en la construcción de un capitalismo nacional, sea desarrollista o liberal. En otros términos, asumen el proyecto de esa burguesía, con todas las injusticias y desigualdades que conlleva, y renuncian a un proyecto autónomo de la clase obrera, que es el de arrastrar a las masas populares en la lucha contra el imperialismo, contra el capitalismo y por el socialismo: “En el Tercer Mundo, comunistas, socialdemócratas, políticos populistas e intelectuales de clase media por igual vieron tales intervenciones como la posibilidad de que las clases locales explotadoras, los trabajadores y los campesinos, se aliaran para romper el dominio económico de los poderes imperialistas y alcanzar un desarrollo económico. Solo cuando se hubiera conseguido esto los obreros podrían luchar por su propio poder”. ¹¹⁹

En primer lugar este modelo de capitalismo nacional, que se dio, como hemos dicho, en determinados países durante la guerra fría, con la internacionalización de la economía y la crisis se tornó imposible y fue rechazado por las propias burguesías locales.

¹¹⁸ (Amín, S., *La economía política del siglo XX*, ibídem, p. 5).

¹¹⁹ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem p. 34)

En segundo lugar las burguesías locales no están interesadas en ningún desarrollo nacional, más allá de las clases, sino en su propio beneficio, venga a través de un desarrollismo interno, como se dio en algunos casos en los años 50 y 60, o a través de una apertura al capital internacional, como ahora es el caso dominante.

En tercer lugar los países que en las últimas décadas han desarrollado su economía nacional de una forma importante, sobre una base capitalista, lo han hecho a costa de sus clases populares, generando enorme pobreza y desigualdad, no un desarrollo y progreso homogéneos e interclasistas, y ello porque su base es capitalista, y en el marco concreto de la actual internacionalización del capital. Tales son los casos de India, Brasil y China.

En cuarto lugar, cuando las clases populares, y la clase obrera en concreto, han colaborado con la burguesía local entorno al proyecto burgués nacional, no se han producido avances hacia una sociedad más igualitaria, sino que se ha impuesto el modelo desigual capitalista, incluso a veces haciendo clara violencia a la clase obrera. Pongamos ejemplos. La izquierda revolucionaria argentina jugó un papel muy importante en su oposición al imperialismo, tras las crisis del 2001, forzando con su lucha al Estado a no pagar la deuda internacional, y llevando a cabo la toma de las empresas abandonadas, y otras acciones sociales, con el movimiento de los piqueteros, y lo hizo coincidiendo con la pequeña y mediana burguesía. Pero tras una breve recuperación económica de Argentina, dicha izquierda no prosiguió su lucha contra el capitalismo y por una sociedad igualitaria, sino que se plegó a la burguesía progresista encarnada en Kirchner, y con ello ha apoyado una reestructuración del capitalismo argentino y el poder de su gran burguesía, sin que los problemas sociales se hayan solucionado. Otro ejemplo peor. El partido comunista iraní luchó, mano a mano con los islamistas, contra el imperialismo americano del Sah, pero se plegó después a los islamistas, los cuales encarnaban un proyecto de desarrollo capitalista nacional, hasta el punto de que les sorprendió la matanza que los

islamistas perpetraron contra ellos, propiciando así llegada al poder de la burguesía nacionalista iraní, que además aplicó un sistema autoritario que continúa hoy día.

Por último los países que han alcanzado en las últimas décadas un desarrollo capitalista nacional se han convertido en potencias imperialistas, regionales o internacionales, como China, que en todo caso ejercen un dominio político y económico sobre otros pueblos, dominio que, si alguno de esos países se convierte en superpotencia, será tan agresivo como el norteamericano. No tiene ningún sentido postular, como hace S. Amin, que hay unos imperialismos más humanos o sociales que otros, como el francés frente al norteamericano, o el chino frente a éste último, o viceversa, etc., salvo de forma accidental: “Y si la izquierda europea se libera de la sumisión a los dobles dictados del capital y de Washington, sería posible imaginar que una nueva estrategia europea pudiera enlazarse con la de Rusia, China, India y el tercer mundo en general, en un esfuerzo necesario por una construcción multipolar”.¹²⁰

La solución por ende al imperialismo capitalista no puede venir por la multiplicación de los capitalismo desarrollados, con pretensiones en consecuencia imperialistas, sino por un modelo basado en la planificación y cooperación económica nacional e internacional: el socialismo.

3.4. Conclusión

La tesis del neomperialismo tiene el valor de enfatizar la realidad actual del imperialismo, de la desigualdad norte/sur y del dominio de los países más ricos, sus Estados y transnacionales, sobre los países más pobres, la amplia mayoría del mundo, y ello frente a la imagen falsa de un mundo igualitario y justo postulada por la tesis de la globalización. En segundo lugar, políticamente, no duda en desenmascarar todas las falsas legitimacio-

¹²⁰ (Amin, S., *La economía política del siglo XX*, ibídem, p. 8).

nes con las que se envuelve el nuevo imperialismo: la lucha contra el terrorismo, la extensión de la paz, la democracia y los derechos humanos por el mundo, en un nuevo “orden mundial”, que no son más que ideologías tan falsas como las que justificaban la conquista de América para la evangelización, o la esclavitud porque los negros eran mitad hombres y mitad monos, o el colonialismo moderno, porque estos pueblos en Asia y África eran medio salvajes o medio niños, y necesitaban por lo tanto ser educados por los occidentales antes de alcanzar la libertad. En tercer lugar tiene el mérito de atacar siempre toda actuación imperialista en el mundo, aunque vaya dirigida contra Estados que en sí mismos no son progresivos o maltratan a sus pueblos. Un ataque imperialista siempre es negativo, también sobre un régimen tiránico, porque la situación posterior a la agresión, triunfo o fracase, siempre será peor que la precedente para el pueblo agredido. Amén de generar destrucción y muertes, o bien reforzará a su tirano o bien impondrá una nueva forma de explotación, y en ningún caso generará un régimen popular; la intención de la potencia imperialista no es nunca la de beneficiar a los pueblos agredidos, sino la de su propio lucro, lo cual pasa además por impedir cualquier cambio realmente revolucionario, que mejorara a las clases oprimidas, tras el derrocamiento de dictador. En términos concretos, el que Saddam Hussein fuera un dictador no justifica las guerras americanas contra Irak, no solo porque éstas no tiene como finalidad ayudar al pueblo iraquí, sino el beneficio de las transnacionales, sino sobre todo porque las consecuencias han sido más desgracias para el pueblo iraquí: muertes, violaciones de los derechos humanos, destrucción económica, odios y venganzas, un gobierno títere del imperialismo, etc.

Hay sin embargo a este respecto otro factor, que los teóricos del neoimperialismo no suelen tener tan claro. Desde la posición de las clases populares, se debe apoyar siempre- no es admisible la neutralidad-, a todo movimiento que luche contra una agresión imperialista, aunque no se esté de acuerdo con sus ideas; se debe buscar el rechazo común al imperialismo, no la coincidencia

política en todo, y se debe desear siempre, en una agresión imperialista, la derrota de la potencia imperialista. Eso es así no solo porque es lo mejor para el pueblo agredido, sino también porque es lo mejor para todos los oprimidos el mundo; una victoria imperialista da alas a mayores agresiones contra los países pobres, y da pie a más políticas injustas, desiguales, en los propios países desarrollados. Por ello, a manera de ejemplo, se debe apoyar a Hamás o Hezbollah frente la agresión de Israel y EE.UU. de Palestina y Líbano, aunque no se esté de acuerdo con estas organizaciones en otros aspectos. Alex Callinicos lo ejemplifica de forma muy clara: “Por eso, cuando los EE.UU. luchan contra algún Estado del Tercer Mundo corrupto y represivo, deberíamos preguntarnos: ¿la victoria de qué bando será menos perjudicial para los intereses de la clase obrera mundial? Dado el papel de los EE.UU. como la principal fuerza imperialista, que sostiene las relaciones globales de dominación y explotación capitalistas, la cuestión se responde por sí misma: la derrota de los EE.UU. en estos casos es la mejor salida”.¹²¹

Por otra parte la teoría del neoimperialismo tiene su principal déficit teórico en su carácter abstracto, genérico, que no percibe la diferencia específica del imperialismo moderno, del período capitalista, frente a otros imperialismos anteriores. Ello les lleva a ver el problema del imperialismo solo en una agresión política o militar, que a su vez respondería a cuestiones psicológicas: la avaricia humana. Algunos teóricos añaden el hecho importante desaparición de la URSS, pero con ello tampoco llegan a la esencia del fenómeno. No asumen el hecho básico de que la dinámica de la sociedad que vivimos, el capitalismo, lleva al imperialismo, y por eso tampoco pueden entender en realidad por qué el imperialismo resurge con fuerza en las últimas décadas, en la llamada globalización -tampoco explican los cambios de estrategia dentro del imperialismo americano en dicho período-. Ello supondría saber cuáles son las especificidades económicas de

¹²¹ (“Interview with Alex Callinicos: the imperial assault on the Middle East”, <http://www.isj.org.uk/index.php4?id=241>, p. 10).

dicha “globalización”. El déficit teórico tiene a su vez una consecuencia práctica: desde esta tesis se percibe la salida a las injusticias del mundo de manera simple, con un movimiento de liberación nacional, político y económico, que aúne varias clases contra las potencias imperialistas y que permita a cada país el desarrollo de su propio capitalismo. Ya hemos visto que tal pretensión es un camino sin salida. En definitiva, el déficit de la teoría del neoimperialismo es, en contraste con su radicalidad en la crítica a las agresiones imperiales y la desigualdad norte/sur, su tímido reformismo cuando aborda el fenómeno del capitalismo, tanto es su análisis teórico, como en sus alternativas prácticas.

4.

EL “ANTINEOLIBERALISMO”:

EL ÚLTIMO INTENTO DE REFORMISMO SOCIAL-DEMÓCRATA.

Esta teoría coincide con la del neoimperialismo, y se separa de la de la globalización ortodoxa, en que, lejos de presentar el mundo actual como el mejor de los posibles, se le critica duramente como un mundo injusto al tiempo que sobre todo insostenible, plegado de crisis -tal es el parecer del *Memorandum 2002* compuesto por numerosos economistas de más de 15 países, en torno al grupo ATTAC, donde se plantean claras dudas sobre la sostenibilidad del capitalismo como tal en caso de proseguirse con las políticas neoliberales¹²² -. Por otra parte se enfatiza, como núcleo del período actual que llamamos “globalización”, no la internacionalización de la economía, ni el recrudescimiento del dominio del Norte sobre el Sur, sino el hecho de que nuestra época viene marcada por unas políticas económicas concretas, adoptadas de forma generalizada en el mundo. En otros términos, la esencia de la globalización sería más política que econó-

¹²² (Le grain de sable, n° 395, ATTAC, 10 de Enero de 2003)

mica o estructural. Cronológicamente, el inicio de estos fenómenos estaría en las políticas de austeridad y desregulación inspiradas en las teorías monetaristas de Hayeck y Friedman, las cuales se remontarían hasta el liberalismo clásico de Adam Smith, y que fueron aplicadas políticamente a principios de los 80, sobre todo por Thatcher y Reagan, aunque también anteriormente por Pinochet en Chile.

Podríamos distinguir tres familias políticas dentro de esta gran teoría. Hay una izquierda, en torno al movimiento antiglobalización, e intelectuales como Susan Sontag, Naomi Klein, Noam Chomsky o los propios M. Hardt y T. Negri, que plantea medidas radicales, se presenta como anticapitalista, aunque en última instancia no plantea una alternativa al sistema. Hay un centro, formado por la antigua izquierda socialdemócrata y comunista, luego eurocomunista, y en torno a grupos activistas e intelectuales como ATTAC o *Le Monde Diplomatique*, e intelectuales como Ignacio Ramonet, Bernard Cassen o el economista John Galbraith, etc., que proponen una reforma profunda del capitalismo, pero no se presentan como anticapitalistas. Habría incluso una derecha, formada por pensadores liberales, también críticos con el actual modelo, pero sin ninguna radicalidad, pues proceden del mismo centro del sistema, y que aspiran simplemente a aplicar ciertas recetas al capitalismo para que mejore su rumbo; nos referimos a economistas e intelectuales como Stiglitz, Krugman, E. Morin, S. Hessel, etc.

4.1. Argumentos básicos

La teoría del antineoliberalismo postula, como políticas neoliberales básicas, aquéllas recogidas en el famoso “Consenso de Washington”, de los años 90, y que sería básicamente las siguientes:

1. La desregulación política de los movimientos financieros. Ello habría generado el gran fenómeno, perverso, de la especulación mundial, con el consiguiente mercado de productos deriva-

dos, los nuevos agentes financieros, los paraísos fiscales, etc. Para estos autores ésta sería la fuente principal de las crisis que han asolado y asolan el capitalismo mundial. Se parte de una distinción tajante entre capital productivo y capital financiero y se sostiene que mientras el primero es positivo, pues es generador de riqueza, el segundo tendría como único interés el beneficio rápido, no la generación riqueza social, siendo por ello básicamente perverso.

2. Unas políticas económicas de austeridad, a base de una moneda fuerte, tipos de interés altos, reducción del gasto público, reducción de impuestos a los más ricos, etc., que frenan en realidad la economía real, productiva, y paralizan el crecimiento.

3. La privatización de los servicios y empresas públicos rentables, en beneficio de los capitales privados.

4. Una mayor explotación de la clase obrera, con un deterioro continuo de sus condiciones de vida y de trabajo, y una creciente desigualdad. Ello se da o bien de forma directa, a través de políticas que bajan los sueldos, desregulan el mercado laboral- despido fácil, contratos temporales, etc. - y erosionan las prestaciones y los servicios sociales, o bien de forma indirecta, con el enfriamiento de la economía, que aumenta el desempleo y debilita la capacidad reivindicativa de los obreros y sus sindicatos, lo cual a su vez, de forma dialéctica, ralentiza más la economía. El reverso de esta moneda sería un aumento enorme de las grandes fortunas- el hecho de que los ricos cada vez sean más ricos- y por ende de las desigualdades, algo favorecido igualmente por políticas fiscales de exención de impuestos a los más ricos.

5. Todas estas políticas se podrían resumir, a juicio de los “antineoliberales”, en una básica y primera: la retirada económica del Estado. Éste, que durante los años 50, 60 y 70, habría ejercido un papel regulador de la economía, suavizando y dulcificando el sistema capitalista, evitando sus crisis y sus crasas desigualdades, generando por el contrario estabilidad al tiempo que distribución de la riqueza, ahora, a partir de los 80, habría dejado las manos libres al capital, y sobre todo al capital financiero, que,

viéndose libre, se habría desbocado cual caballo sin jinete. Es una tesis cuando menos paradójica, digamos de paso, porque se postula una desaparición de los Estados que habría sido generada básicamente por políticas estatales. Con ello además los teóricos antineoliberales adoptan la misma tesis, solo que valorándola negativamente, que los teóricos de la globalización ortodoxa: el debilitamiento contemporáneo del Estado.

6. La solución al actual estado de cosas vendría dado básicamente, en buen lógica, por la ruptura con las actuales las políticas neoliberales y su sustitución por aquéllas que se habrían aplicado con éxito después de la II Guerra, y ya antes en los años 30, a partir del crack del 29, con el *New Deal* de Roosevelt. Se trataría, dicho *grosso modo*, del modelo keynesiano, inspirado en las teorías del economista inglés de entreguerras Keynes. Éste habría postulado unas políticas económicas productivas, estimuladoras de la producción y de la demanda por parte de los Estados, que habrían generado todo lo contrario al modelo actual: un sistema sostenible, sin crisis, con crecimiento continuo, y un alto grado de justicia social, dados los logros sociales y laborales obtenidos por los trabajadores. En definitiva, tales políticas habrían generado el llamado “Estado de bienestar”. Al modelo keynesiano, los teóricos antineoliberales añaden, como otra medida igualmente básica, la necesidad de la regulación del capital financiero, que elimine o ponga límites a la economía especulativa. Nos referimos a la propuesta del establecimiento de una tasa para las transacciones financieras, llamada “tasa Tobin”, que regularía este tráfico, daría más capacidad a los Estados nacionales para organizar su economía y resistir a los chantajes del mundo financiero; la tasa Tobin se ha convertido por ejemplo en el auténtico emblema del grupo ATTAC.

Por otro lado, de la misma manera que el neoliberalismo se resume en el debilitamiento del Estado, el keynesianismo se puede igualmente reducir, para estos autores, a una “vuelta al Estado”. Entre los teóricos antineoliberales -en su rama derecha sobre todo, pero también en su rama de centro- ha habido quienes in-

cluso han asociado -hasta hace poco, pues ahora se torna empíricamente insostenible tal pretensión- los dos modelos contrarios con dos potencias económicas y políticas diferentes: el neoliberalismo con EE.UU. y el keynesianismo con Europa: “En la medida en que la Unión Europea es, al día de hoy, la única entidad global que dispone de un peso económico y político equivalente al de los EE.UU, ella, al menos en principio, tiene los medios de desafiar las pretensiones americanas de dominio hegemónico. No se trata de americanizarse más, sino de, por una parte, ofrecer un modelo diferente, fundado sobre la justicia social, y, de otra parte, en la escena internacional, de dejar de seguir el carro de las políticas guerreras de G. Bush”.¹²³ Han confiado asimismo en que Europa profundizaría dicho modelo, irguiéndose en una defensora del keynesianismo y del Estado de bienestar. Es la tesis que defendía incluso Jacques Delors, 'presidente de la Comisión Europea, en 1988, ante los sindicatos ingleses, cuando contraponía la Europa social de la Comisión al neoliberalismo de Thatcher ¹²⁴ La rama derecha del antineoliberalismo ha postulado igualmente la necesidad de crear una mano de obra altamente calificada en Europa como una condición para el éxito del modelo keynesiano que ésta encarnaría.

Dentro de los teóricos antineoliberales hay, como hemos dicho, versiones más radicales, como las de gran parte de los intelectuales del movimiento antiglobalización, que ya desde Seattle proponen otras medidas, más concretas, que suponen una cierta ruptura con la lógica del sistema: la cancelación total de la deuda a los países del Tercer Mundo, la defensa del comercio justo y la persecución del trabajo infantil en el Tercer Mundo, una jornada de 35 horas de trabajo en los países desarrollados, etc. Dentro de esta izquierda hay también diferencias importantes, entre los más moderados, que defienden una estrategia pactista, que intente persuadir a la OMC o al FMI de las bondades de estas medidas,

¹²³ (Blackburn, R., “Un espoir persistant mais degu”, en *Le monde diplomatique*, Enero de 2004, p. 8).

¹²⁴ (Callinicos, A., *Europe, the mounting crisis*, p. 1).

y los más “radicales”, que postulan una estrategia más combativa, al margen de estas instituciones, y con campañas de movilización y sensibilización dirigidas a las poblaciones, para así poder presionar a su vez a los respectivos gobiernos.¹²⁵

4.2. Contenidos de verdad

La teoría del antineoliberalismo tiene a nuestro juicio dos momentos de verdad indiscutibles: la aplicación asidua de políticas neoliberales durante los últimos 30 años -por tal entendemos, básicamente, políticas económicas de austeridad, la privatización del sector público, y la desregulación laboral- y el carácter perverso, para la clase obrera básicamente, de dichas políticas, tanto de forma directa, como de forma indirecta, por las crisis provocadas en algunos casos.

1. Desde finales de los 70 el modelo neoliberal se defendió teóricamente, por parte de los expertos económicos capitalistas, y se aplicó por primera vez en EE.UU. al final el mandato de Carter, con el consejero Volcker, y en Gran Bretaña, con el gobierno laborista de James Callaghan. El modelo fue radicalizado posteriormente por parte de Reagan y Thatcher en los años 80- Thatcher sobre todo a partir de la victoria sobre los mineros, en el 84-. Se había ensayado previamente en el Chile de Pinochet, quien fue el primero en introducir, por ejemplo, los planes de pensiones privados, bajo los auspicios de Friedman y los *Chicago's boys*. Clinton, en los años 90, prosiguió estas políticas restrictivas y de recortes sociales, con la finalidad añadida de frenar la deuda que se había acumulado anteriormente. En Gran Bretaña continuaron igualmente en los 90 tanto con gobiernos conservadores como con laboristas, siendo Tony Blair, el padre político de la “tercera vía”. Así se dirigía al Parlamento Europeo a mitad de los 90: “Necesitamos una Europa social, pero que funcione. Díganme qué tipo de modelo social es ése que tiene 20 millones

¹²⁵ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 11).

de desempleados, una tasa de competitividad que sigue perdiendo terreno frente a EE.UU., que genera menos científicos que la India... Invertir en conocimiento, en perfeccionamiento, en políticas laborales activas, en modernizar las ciudades, en ayudar a las pequeñas y medianas empresas. Eso es una política social moderna, no tanta regulación y protección al empleo que salve algunos puestos de trabajo a corto plazo a costa de perder muchos en el futuro”.

Al margen de Gran Bretaña, en el resto de Europa occidental las políticas neoliberales comenzaron en los años 80. La política de Kohl en Alemania, de tipos altos y moneda fuerte, fue seguida por Francia, a partir de 1983, tras el fracaso de la primera política de Mitterrand y el triunfo de Delors. Los demás países se apuntaron a este mismo carro. Pero la ola neoliberal propiamente dicha se dio en Europa occidental sobre todo en los 90. Para compensar los enormes gastos públicos que le había supuesto la unificación, Alemania impuso una política monetaria y fiscal austera. En diciembre del 91, días antes de firmarse el “Tratado de Maastricht”, subió los tipos de interés a niveles que no se habían dado desde el año 31.¹²⁶

Francia siguió estrechamente la política alemana, con un franco fuerte, sometido al marco, aunque ello le supusiera una recesión. Los restantes países europeos aplicaron medidas de desregulación laboral y recortes sociales. En España fue el gobierno de Felipe González quien apostó abiertamente por un déficit público muy limitado y flexibilizó enormemente el mercado laboral. Alemania volvió de nuevo a la austeridad con la famosa “Agenda 2010”, del gobierno roji-verde de Schroder, aprobado con el apoyo de casi todo el espectro político alemán, que suponía un desregulación enorme del mercado de trabajo, y la erosión de servicios y prestaciones sociales.

La Unión Europea, como institución, ha contribuido igual-

¹²⁶ (Callinicos, A., “Crisis and class struggle in Europe today”, en *International Socialism Journal*, n° 63, 1994, p. 8).

mente a imponer este modelo neoliberal. Ya en el Marco Europeo del Tipo de Cambio, en el 82, se impuso a las monedas europeas un máximo de desviación del 2.25, que favoreciera monedas fuertes en toda la Comunidad. Pero sobre todo el “Tratado de Maastricht” del 92, incluye la creación del Banco Central Europeo, independiente de los políticos, con el objetivo de mantener una moneda fuerte e impone los cinco criterios, muy estrictos y austeros, para poder ingresar en la Unión Europea, entre los que destacan los requisitos a los países miembros de no sobrepasar el 3 % de déficit público y el 60% de deuda pública. Para conseguir dichos objetivos los Estados miembros recurrieron a la privatización de todas las empresas públicas rentables. Por último, la introducción de la moneda única del euro, en 1999, está basada en estos mismos principios neoliberales de austeridad económica y desregulación laboral, y ello fue la causa de que su aprobación encontrara cierta resistencia entre las clases populares de varios países, en concreto Francia y Dinamarca, país este donde se llegaron a convocar hasta tres referéndums.

El modelo se extendió a Europa oriental, cuando cayó el muro de Berlín. Los nuevos gobernantes, ex miembros de la antigua nomenclatura, e incluso dirigentes del sindicato *Solidaridad* polaco, se convirtieron en los mayores adalides del neoliberalismo, y recibieron incluso clases en EE.UU. sobre cómo aplicarlo.

Muchos de los países emergentes- Corea del Sur, India, Egipto, Argentina, Brasil, México, Venezuela, Sudáfrica tras la desaparición del apartheid, etc.- abandonaron en los años 80 las políticas anteriores desarrollistas y asumieron las políticas neoliberales del “Consenso de Washington”. No lo hicieron por presiones de las potencias y sus transnacionales, aunque las mismas existieran, como podría postular la tesis del “dependentismo”, sino por iniciativa de su clase dirigente política y económica, que se percató de que era imposible mantener un nivel tecnológico y productivo, en un capitalismo en crisis e internacionalizado, sin capital extranjero. Para conseguir atraer dicho capital adoptaron las medidas neoliberales de privatización, desregulación laboral,

y también de austeridad; muchos de estos países, como México, Argentina, Brasil, o los Tigres Asiáticos, sometieron incluso su moneda al dólar.

Los países más pobres -unos 80 del Tercer Mundo- también adoptaron las políticas neoliberales en los años 80, pero en este caso fue una imposición de las instituciones económicas internacionales, FMI y Banco Mundial, y de los Estados ricos y sus transnacionales. Ya lo hemos dicho arriba. Para poder renegociar la enorme deuda contraída, los países pobres se tuvieron que someter a unos draconianos “Planes de Ajuste”, que implicaban estrictas políticas neoliberales.¹²⁷ Solo había una diferencia respecto a las aplicadas en los países emergentes o ricos: se imponía no una moneda fuerte, sino una débil, con la intención de que estos países aumentaran las exportaciones de productos primarios y así pudieran hacer frente a los intereses de la deuda.

Hoy en día, tras la crisis de 2007, y después de algunas vacilaciones, se vuelven a aplicar en la UE y en los EE.UU. las políticas neoliberales. En Europa son Alemania y Francia los adalides de las mismas, que han impuesto asimismo, de forma más o menos coactiva- el caso más coactivo es sin duda el de Grecia- al resto de los países de la Eurozona. Estas políticas se institucionalizaron con la ratificación en junio de 2011 del “Pacto del Euro”, que implican una reducción de salarios directa e indirecta, vía aumento de la edad de jubilación, erosión de la negociación colectiva, reducción de prestaciones sociales, etc., y en España con la inclusión del límite del déficit como precepto constitucional: “En el caso europeo, la ratificación en junio de 2011 del Pacto del Euro supuso la institucionalización de todas estas medidas. Este Pacto establece que el pago de su deuda (es decir, los ingresos de los acreedores) debe ser la máxima prioridad de los Estados, por encima de cualquier otro objetivo de carácter económico o social. Para garantizar que esa prioridad se antepone a cualquier otra, se insiste en su blindaje mediante textos legales vincu-

¹²⁷ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, pp. 6 y 7).

lantes. Ese, y no otro, es el objetivo que se persigue con la inclusión de un tope máximo para el déficit en la Constitución española»¹²⁸

2. Las políticas neoliberales han tenido consecuencias bastante negativas. Por un lado, y salvo excepciones puntuales, han contribuido, tanto en los países ricos como en los pobres, al aumento de la pobreza absoluta, del hambre y la muerte por miseria y enfermedades relacionadas con ella, al aumento del desempleo y la degradación del nivel de vida de los obreros, y al aumento de la pobreza relativa o de las grandes desigualdades entre ricos y pobres, tanto entre países como entre personas; a manera de ejemplo, ya hace años no causaba escándalo que en la página 84 de *El País* del 10 de Junio del 2004, se hablara tranquilamente de la necesidad de flexibilizar el mercado laboral europeo, siguiendo recomendaciones del FMI, mientras que tres páginas más allá, en la 87, se decía sin el más mínimo rubor, y sin que la noticia mereciera más comentario: “El número de ricos en España creció un 8,7 % en 2004, hasta 141.000... España fue el segundo país europeo en el que más creció la cifra de ricos, tras el Reino Unido, que a finales de 2004 contaba con 418.000, un 8,9 % más que un año antes”. Por otro lado estas políticas han generado burbujas económicas y crisis, especialmente en los países emergentes- México, los Tigres asiáticos, Argentina, Irlanda- lo cual ha redundado igualmente en los males sociales arriba señalados.

4.3. Los puntos débiles

La teoría del antineoliberalismo tiene a nuestro juicio varios déficits, que podemos resumir en tres: una mitificación del keynesianismo como panacea a los males e injusticias del actual capitalismo, que hemos llamado globalización, una falta de un proyecto general alternativo y una explicación insuficiente de las

¹²⁸ (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan*. Once respuestas para entender la crisis, ibídem, p. 61).

causas de la actual período del capitalismo, de la llamada globalización. En definitiva, son tres déficits que responden a una misma naturaleza de esta teoría: su reformismo.

A. Los mitos en torno al keynesianismo

Los antineoliberales están obsesionados con la crítica a un tipo de política económica, el deflacionismo y la desregularización, y con la defensa de otro tipo diferente, el keynesianismo, en el que ven la panacea a los males actuales. Establecen así una asociación simplista, no corroborada en la práctica: políticas keynesianas, inflacionistas, con crecimiento y Estado de bienestar e igualdad, y políticas de austeridad, con recesión y regresión social. Ante este tópico es preciso hacer tres observaciones.

A) Hay dos Keynes. Hay uno más radical, en su *Teoría General*, donde defiende que la depresión económica mundial no podía ser afrontada con medidas fiscales o monetarias, y que la única solución efectiva solo podría venir de una socialización de la inversión, es decir, de una economía de alguna manera planificada. Es el mismo que niega la ley de Say, de equilibrio entre la demanda y la oferta, que era el punto fuerte de la economía marginalista, de la que viene Keynes -su maestro es Marshall, en Cambridge-, así como la idea de que la culpa de la crisis proceda de subida de los salarios, algo sin embargo consustancial al discurso neoliberal. El segundo Keynes, el de los consejos prácticos, en sus artículos aparecidos en el *Times* en 1937, nunca asumió esta posición radical, sino propuestas gradualistas, que no pusieran en entredicho el sistema, y que consisten en estimular la economía por medio del estímulo de la demanda, lo cual se hace de dos maneras: o bien con estímulos fiscales y monetarios, bajando los tipos de interés, devaluando la moneda y bajando los impuestos, a consumidor y capitalistas, o con inversión directa pública, por medio de obras públicas o incluso de empresas estatales. Por otra parte hay que decir que Keynes, en los momentos

decisivos, cuando los políticos le pedían consejos, se mostraba muy dubitativo y no siempre apostaba por estas medias, sino por las contrarias de austeridad.¹²⁹

Hay que tener en cuenta que medidas tan retrógradas e injustas, que son asociadas al neoliberalismo por los teóricos antineoliberales, y que han sido muy aplicadas durante los últimos 30 años, son sin embargo políticas de naturaleza puramente keynesiana, que podemos denominar “neokeynesianas”, ya que tienen como objetivo el estímulo de la demanda como condición para el crecimiento económico. Nos referimos en concreto a tres de ellas: las políticas de fomento de la demanda a través de la disminución de los impuestos a los más ricos, que podemos denominar un “keynesianismo de ricos”; las políticas de desregulaciones financieras y de endeudamiento de los Estados, a través de la emisión de bonos y obligaciones, que supone igualmente un estímulo a la inversión económica, y que podemos denominar, siguiendo a R. Brenner, “keynesianismo financiero o *stock-market keynesianism*”¹³⁰; el fomento del gasto de las familias, con tipos de interés muy bajos al consumo, y el consiguiente endeudamiento de aquéllas, lo que ha supuesto igualmente un impulso económico, y que, siguiendo a Ricardo Bellofione, podemos denominar “keynesianismo privado”.

B) Las políticas neoliberales no son las únicas que se han aplicado durante los últimos 30 años; también se han aplicado, y con mucha frecuencia, políticas keynesianas, tanto las tradicionales, de inversión directa de Estado, créditos baratos y bajada de impuestos, como las nuevas que hemos mencionado arriba: keynesianismo de ricos, financiero y privado. En realidad, ante prácticamente todas las crisis que ha vivido el capitalismo durante los últimos 30 años, y son muchas, se han buscado soluciones keynesianas.

¹²⁹ (Harman, Ch., *The slump of the 1930s and the crisis today*, <http://www.marxists.org/archive/harman/2009/xx/slump.htm>, p. 6).

¹³⁰ (Brenner, R., “New boom or new bubble?”, en *New LeftReview*, Enero/ Febrero de 2004, p. 60)

A partir del 83, Reagan aflojó el principio de déficit cero, dada la recesión, y además aplicó medidas keynesianas, tradicionales y nuevas: la reducción de los impuestos a los más ricos, la desregulación financiera y una nueva política armamentista, ya iniciada, es cierto, por Carter en 1979, conocida como la “guerra de las galaxias”. Para financiarla EE.UU. entra en una espiral de endeudamiento público, con emisión de bonos. EE.UU. gozaba de otro gran estímulo: una moneda baja, en relación al marco y sobre todo el yen. Todo ello generó un boom económico, de base especulativa, bursátil, que estalló en el 87, y que fue descrito por Tom Wolf en su famosa *Hoguera de las vanidades*. En Europa Kohl y Thatcher también aplicaron la desregulación financiera y el recorte de impuestos a los ricos desde el 85,

A la crisis del 87 y a la mexicana del 95 se les buscaron salidas keynesianas: “Después del ‘Lunes Negro’, el crac de la bolsa de octubre de 1987, Greenspan condujo a los otros bancos centrales occidentales a una operación destinada a estabilizar la economía mundial por la vía de achicar las tasas de interés e inyectar dinero en el sistema financiero. Cuando México experimentó otro crac financiero en 1994-1995, Clinton coordinó un programa de rescate masivo por el G7 y el FMI”.¹³¹ La salida a la crisis del 98 en EE.UU. y Europa, que siguió a la de los Tigres Asiáticos del 97, tuvo también una salida keynesiana: la desregulación financiera de Clinton, seguida por Europa, que permitió la fusión de bancos comerciales con bancos de inversión y compañías de seguros; la desregularización de las telecomunicaciones por parte también de Clinton, y que se aplicó igualmente en Europa; una reducción de los tipos de interés, auspiciada por Greenspan, quien ha sido presidente del Fondo de Reserva Norteamericano, equivalente al Banco Central Europeo, desde el 87 hasta el 2007, y que provocó una gran oleada de inversiones; el rescate público de empresas en bancarota, como el *hedge fund* llamado *Long Term Capital Managment*.

¹³¹ (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, en *Razón y Revolución*, n° 5, 1999, p. 35).

A la recesión de 2001-2002 se le buscó igualmente una salida keynesiana, basada en tres pilares: estímulos monetarios, con la bajada de interés hasta cero, aplicados por Greenspan y seguidos en Europa, lo cual aumentó el consumo y el endeudamiento privado, y la consiguiente burbuja inmobiliaria; una política de endeudamiento y déficit público, que no existía en EE.UU. y en Europa desde mucho tiempo atrás- durante los 90 el déficit cero y el presupuesto equilibrado fue algo sagrado-; una política armamentística de gasto público en EE.UU., para estimular igualmente la economía.

Tras la crisis del 2007, ha habido voces de gobernantes e intelectuales oficialistas, como M. Wolf, del *Financial Times*, antes puramente neoliberales, que han clamado por la vuelta al keynesianismo, y éste se ha aplicado inicialmente. El Secretario de Finanzas norteamericano, Vince Cable, pidió un programa “keynesiano radical” de inversiones públicas en infraestructura, según el modelo del *New Deal*¹³² Sarkozy hablaba de refundación del capitalismo. Ha habido un rescate enorme, sin precedentes, de empresas y bancos públicos. En EE.UU., con gobierno Bush Junior, se recortaron los tipos de interés de los impuestos incluso para las clases medias, para aumentar el consumo. Se aprobaron, por parte del G20, medidas de inyección de dinero público en la economía: “Los dirigentes de los países más poderosos se reunieron en Washington y en unas pocas horas aprobaron un documento vago y de generalizaciones en el que se daban algunos golpes de pecho y en el que fundamentalmente acordaron dos cosas: que iban a tomar medidas en los mercados financieros y que los gobiernos tenían barra libre para gastar lo que fuese necesario porque la crisis de la economía real se hacía ya muy grave”.¹³³ Zapatero en España intentó un keynesianismo débil, con fomento de obras públicas, llamado el “Programa E”. Antes ha-

¹³² (Callinicos, A., “About the crisis of our time”, en *International Socialism Journal*, n° 132, octubre de 2011, p. 13).

¹³³ (Torres López, J., *La crisis financiera. Guía para entenderla y explicarla*, ibídem, p. 77).

bía rebajado tipos en el “Impuesto de la Renta para Personas Físicas” (IRPF) e en el “Impuesto de Sociedades” (IS), así como suprimido el “Impuesto del Patrimonio” (IP), medidas todas ellas regresivas pero de espíritu keynesiano.

Las políticas keynesianas se han dado también fuera de EE.UU. y Europa. En Latinoamérica, Chile, el laboratorio del neoliberalismo, llevó a cabo políticas de estímulo económico, con intervención del Estado en determinadas ramas de la economía, supresión de impuestos a industrias como la del cobre, etc., durante y después de la dictadura de Pinochet, como sostiene Cypher. Posteriormente, tras la crisis del 97, y la enorme huida de capitales, el impuesto chileno a los flujos de capital de corto plazo es frecuentemente citado como modelo de política antineoliberal, por ejemplo, por el sociólogo Anthony Giddens, teórico de la “tercera vía” de Blair.¹³⁴ Argentina, tras la crisis de 2001, aplicó ha aplicado medias consistentes en una moneda débil, el peso, ya desligada del dólar, de interés bajo y de subsidios a empresas e inversiones públicas. Brasil, tras el estancamiento económico en el 97 y 98, compagina una intervención estatal, con subsidios y reducción de impuestos a empresas, gastos en infraestructuras, e incluso ciertos gastos sociales, con políticas neoliberales: moneda fuerte, el real, y tipo de interés alto, para favorecer su economía orientada a la exportación industrial, de manera similar a Alemania.

En Asia, Japón, tras la recesión de 89, aplicó durante varios años medidas expansivas, con políticas monetarias de tipo de interés prácticamente cero, y con inyecciones de dinero público en las empresas y bancos. Ello venía facilitado por la estructura de los “keiretsu”, que son grandes grupos que unen a las corporaciones industriales con los 13 grupos bancarios más importantes. En el 98 el primer ministro Keizo Obuchi aprobó un plan de 400.000 millones de euros destinados a recapitalizar los bancos y

¹³⁴ (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, *ibídem*, p. 38).

comprarles créditos dudosos, sin éxito alguno.¹³⁵ Estas medidas no han sido por cierto especialmente exitosas, no han logrado despertar la economía y el consumo interno, y Japón se mantiene, hasta hoy día, en una situación de casi recesión continua.

Los Tigres Asiáticos, tras la graves crisis financiera del 97, y pese a las presiones del FMI para radicalizar las políticas neoliberales, han adoptado políticas keynesianas, con inversiones estatales, sobre todos en infraestructuras, y con estímulos fiscales y tipos de interés bajos. Se produjeron voces críticas contra el neoliberalismo: “Es así como varios economistas libremercaderistas, notablemente Jeffrey Sachs, arquitecto del desastroso programa de ‘terapia de shock’ en Rusia y Europa Oriental a comienzos de los 90, atacó al FMI por las duras medidas deflacionarias que demandó a Corea del Sur y otros Tigres a cambio de prestarles suficiente dinero para mantenerse a flote”.¹³⁶ Después, uno tras otro, los Tigres Asiáticos dieron la espalda a dicho modelo: “En octubre de 1997 el gobierno de Corea del Sur nacionalizó la automotriz Kia en bancarrota. Más serios todavía han sido los desafíos al movimiento libre del capital, uno de los más amados dogmas del FMI. Durante el vendaval financiero causado por la crisis de agosto de 1998, el primer ministro malayo Mahathir Mohamad impuso estrictos controles de intercambio y despidió a su diputado, Anwar Ibrahim. Como ministro de finanzas, Anwar había impuesto una severa contracción en la economía malaya. Mahathir ahora le dice a los bancos que presten libremente a las compañías industriales a fin de mantenerlas a flote. ‘El sistema de libre mercado ha fallado y lo hizo desastrosamente’, dijo. ‘La única forma en que podemos manejar la economía es aislarnos de los especuladores’. Aún más notable, en esa isla de capitalismo de libre mercado que es Hong Kong, la Autoridad Monetaria intervino vigorosamente en el mercado bursátil comprando 14 mil millones de dólares en acciones a fin de elevar los precios y

¹³⁵ (Ramonet, I., *La catástrofe perfecta*, Diario Público, 2010, p. 20).

¹³⁶ (Callinicos, A., “*El mundo capitalista ante el abismo*. Dossier: Crisis”, *ibídem*, pp. 32 y 33).

proteger su divisa de ser forzada a abandonar su paridad con el dólar americano”¹³⁷.

Veamos otros ejemplos. El desarrollo económico actual de Turquía descansa sobre políticas keynesianas de endeudamiento público y privado.¹³⁸ India, tras la crisis de finales de los 90, aplicó un keynesianismo privado, similar al americano y europeo, con tipos de interés muy bajos, reducción de impuestos a empresas, todo lo cual, unido a la desregulación financiera, generó un boom inmobiliario y financiero. China sobre todo es el ejemplo de una economía keynesiana, con una moneda débil, tipos de interés muy bajos, por imposición del Estado a los bancos, que son estatales, y que prestan a las empresas incluso con rentabilidad muy baja, unido a una desregulación financiera que permitió entradas de enorme capital extranjero. Además, a la crisis del 2007, China respondió también, como Europa y USA, keynesianamente, con una inyección monetaria por parte del Estado, al margen de los préstamos bancarios, de 570 billones de dólares. Al mismo tiempo los gobiernos locales, que son fuertes en China, se han endeudado todavía más, a instancias del gobierno central, llegando a una tasa de endeudamiento del 27% del PIB. Con ello se ha generado además una burbuja inmobiliaria.¹³⁹ Es cierto que en el 2011 China ha iniciado una política de recorte del crédito, pero ha surgido en contraposición una enorme masa de crédito negro o irregular.¹⁴⁰

No se puede decir en definitiva que durante estos 30 años solo se hayan dado políticas neoliberales. El neoliberalismo puro en realidad solo se ha aplicado en países emergentes medianos, como Argentina, Brasil, México, hasta la crisis de finales de los 90, Europa del Este, los Tigres e Irlanda, etc., y ello solo durante algún tiempo, y no de forma absoluta. Estos países, fruto de las

¹³⁷ (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, *ibídem*, p. 33).

¹³⁸ (Callinicos, A., “About the crisis of our time”, *ibídem*, p. 13).

¹³⁹ (Hardy, J., y Budd, A., “China’s capitalism and the crisis”, *ibídem*).

¹⁴⁰ (Hardy, J., y Budd, A., “China’s capitalism and the crisis”, *ibídem*).

crisis, se han distanciado de este neoliberalismo económico, al menos de sus formas puras. De forma duradera y sistemática el neoliberalismo solo se ha aplicado en los países pobres, en el Tercer Mundo, y ha sido por imposición del FMI a países muy endeudados o con muchos problemas económicos. Incluso Alemania, la abanderada de la austeridad, ha tenido momentos profundamente keynesianos, con enormes gastos públicos, para afrontar su unificación, como hemos mencionado.

Las políticas de estos últimos 30 años, tanto neoliberales como keynesianas, sí han tenido sin embargo, en términos generales, un rasgo en común: un ataque a las condiciones de vida de la clase obrera, a través del aumento del desempleo, el debilitamiento sindical, congelaciones salariales, el deterioro de la negociación colectiva, la inestabilidad laboral, facilidades para el despido, el aumento de los contratos temporales y el trabajo negro, la reducción, privatización y supresión en algunos casos de los servicios sociales -sanitarios, educativos- básicos, privatizaciones de otros servicios como comunicaciones, agua, electricidad, etc.- las privatizaciones han servido además a los gobiernos para quitarse de encima presión y exigencias populares-, reducción de las prestaciones de desempleo y pensiones, aumento de la edad de jubilación, etc., que en los países desarrollados han erosionado el Estado de bienestar y en los más pobres ha aumentado la miseria y la pobreza, incluso las muertes por enfermedades y malnutrición.

A este respecto conviene sin embargo evitar las exageraciones, que fácilmente son utilizadas de forma ideológica. Las condiciones laborales han empeorado sobremanera en los países desarrollados, pero el trabajo no es completamente precario, y el Estado de bienestar se ha deteriorado considerablemente, pero no ha desaparecido, entre otras cosas por la presión obrera y el mecanismo electoral. Lo ideológico juega aquí un papel importante, al que se ha de hacer frente: hacer creer que es imposible hacer nada, que la situación es desastrosa, que la clase obrera tan solo

puede encajar los golpes que recibe.¹⁴¹

C) La historia refuta la tesis metafísica, y maniquea, de que el keynesianismo ha aportado siempre crecimiento económico y más justicia o distribución de la riqueza, mientras el neoliberalismo habría generado solo crisis y desigualdades.

En la gran depresión de los 30 no hubo una puesta en marcha de la propuesta radical de Keynes, la cual, por lo demás, habría supuesto, por ejemplo en Gran Bretaña, la necesidad de un aumento del gasto público de un 56%, lo que habría tenido, además de una oposición frontal de los capitalistas, una huida de capitales, una enorme subida de impuestos y un enorme déficit. Se aplicaron medidas keynesianas débiles, gradualistas, de intervención estatal, especialmente en EE.UU., con el llamado *New Deal* de F. Roosevelt: una garantía de la Reserva Federal que impidiera nuevos colapsos bancarios, la compra de grano y su destrucción para subir su precio, la creación de un cuerpo de construcción civil que dio trabajo 2.300.000 jóvenes, la ley de recuperación nacional, que animaba a la creación de cárteles, que pudieran controlar más los precios y los niveles de producción, un experimento limitado de producción estatal, a través de la *Tennessee River Authority*, y la retirada de los EE.UU. del patrón internacional del oro, que le permitía al Estado más libertad para favorecer las exportaciones americanas. Pero estas medias tímidas, que supusieron una mejoría o “miniboom” desde marzo hasta el verano de 1932, no sirvieron para mucho, y en todo caso no acabaron con la depresión. Al año siguiente 12 millones de personas perdieron el trabajo, y hasta 1937 la producción no alcanzó los datos de 1929, con todavía un 14.5% de paro. Éste subió otra vez hasta el 19%, y todavía era de un 14% en la víspera de la entrada de EE.UU. en la guerra. De esta manera, como dice Galbraith, “la Gran Depresión de los treinta nunca conoció un final. Simplemente desapareció en la gran movilización de los

¹⁴¹ (Harman, Ch., “Theorising neoliberalism”, en *International Socialism Journal*, n° 117, diciembre de 2007).

cuarenta”.¹⁴²

La salida de la depresión vino por otro lado, por un keynesianismo radical o más bien un capitalismo de Estados militar. Como sostiene Ch. Harman, la clave fue en un primer momento el giro armamentista, que supuso una inversión estatal enorme en la economía, iniciado por Hitler, que empleó un 5 % del producto en dicha industria, lo que generó un millón y medio de puestos de trabajo en 1938. Esta política fue seguida por las otras potencias, y especialmente por los Estados Unidos, en el inicio de la guerra. De esta manera podemos aceptar con el economista Eichengreen que el inicio del crecimiento y de la disminución del desempleo se debió más “a Mr. Hitler que a Mr. Keynes”.¹⁴³ En un segundo momento, como sostiene P. Mattick, solo fue la gran destrucción, la ruina de grandes masas de capital, que trajo consigo la guerra, lo que permitió un resurgir de la economía y permitió a su vez el posterior Estado social: “La combinación de un continuo aniquilamiento de capital durante el largo período de la depresión con la destrucción de valores de capital durante la guerra hizo que el capital superviviente se encontrase en un mundo distinto al anterior en el que la masa de beneficio dada venía a favorecer un capital considerablemente reducido aumentándolo al mismo tiempo y de la misma manera su rentabilidad”.¹⁴⁴ De hecho los dos países más destruidos, la RFA y Japón, gracias al impulso del capital americano, fueron los que lograron desarrollarse más rápidamente. A su vez los EE.UU., cuya economía fue la que menos sufrió a causa de la guerra, tenían en estos y otros países una amplia y prolongada vía de escape a su capital acumulado.

El papel del “keynesianismo” en el boom y el estado de bienestar de la posguerra es un invento. En Europa oriental, con el estalinismo, y también en parte en países del Tercer Mundo que

¹⁴² (Harman, Ch., *The slump of the 1930s and the crisis today*, ibídem, p. 2).

¹⁴³ (Harman, Ch., *The slump of the 1930s and the crisis today*, ibídem, p. 6).

¹⁴⁴ (Mattick, P., *Crisis y teoría de la crisis*, Ediciones Península, Barcelona, 1977, p. 194).

aplicaron su modelo, hubo sin duda una dirección y planificación total de la economía, un keynesianismo radical, con un capitalismo de Estado. Pero lejos de crear riqueza social, fue a costa de mantener muy bajos los niveles de vida de la clase obrera.

En USA, Japón y Europa Occidental, en el centro de la economía mundial, donde se dio el Estado de Bienestar, hubo intervención del Estado en la economía: empresas de propiedad estatal, como el acero, carbón, etc., cierto dirigismo de las inversiones, a través de las presiones a los bancos, presiones a las empresas para su fusión, y sobre todo con la gran inversión pública en la producción de armamentos. Sin embargo esta intervención estatal no significó la aplicación de una política económica keynesiana, ni la radical, porque la propiedad seguía siendo básicamente privada y movida por la competencia privada, ni débil, porque no hubo en ningún momento estímulo de la economía con los procedimientos clásicos -salvo la inversión en armamentos-: rebajando impuestos, promoviendo inversiones públicas, bajando los tipos de interés o devaluando la moneda. Ello fue así ya que estas medidas nunca fueron necesarias, dadas las altas tasas de beneficio de las empresas y por consiguiente de los Estados. En otros términos, no hacía falta, porque la economía funcionaba bien: “No fueron los gastos públicos los que mantuvieron en marcha a la economía; fueron los elevados beneficios los que permitieron el lujo de una producción para el despilfarro y a partir de ella la transformación aparente del capitalismo en una “sociedad de la abundancia” o en una “sociedad de consumo”¹⁴⁵. En consecuencia, la aparición del Estado de Bienestar en Europa Occidental, Japón y EE.UU. no se puede explicar por las políticas keynesianas, porque simplemente éstas no se aplicaron. Fue el auge económico, no el keynesianismo, lo que lo hizo posible.

Cuando de nuevo llegó la crisis económica, a principios de los 70, la primera reacción de los gobiernos, de sus ministros de economía, de los intelectuales del *establishment*, fue la de recu-

¹⁴⁵ (Mattick, P., Crisis y teoría de la crisis, ibídem, p. 193).

rrir precisamente a medidas keynesianas para tratar de reactivar la economía. Así, a manera de ejemplo, amén de aumentar el déficit público, el presidente norteamericano Nixon rompió el pacto *Bretton Woods* que asociaba el dólar al valor oro, con la finalidad de aumentar la circulación de moneda para tratar de reactivar la demanda y la producción. Inglaterra también se salió del *Bretton Woods*. Estas y otras medidas en principio evitaron una recesión más fuerte, pero fueron poco exitosas a medio plazo. La demanda no aumentaba, la producción seguía estancada y sin embargo se produjo una inflación enorme que agravó aún más la situación económica, en lo que fue bautizado como “estanflación”. A manera de ejemplo, en USA se llegó a un 13.3% de inflación entre los años 74 y 76.¹⁴⁶ En consecuencia, a finales de los 70 se abandonó, en la práctica y en la teoría, todo keynesianismo y los gobiernos pasaron a adoptar medidas neoliberales. Se resucitó a Hayeck, se santificó a ese colaborador de Pinochet que fue Friedman y vio la luz el matrimonio político Thatcher-Reagan. Todavía Mitterrand en Francia ensayó, a principios de los 80, un keynesianismo más atrevido, sin ser radical, que consistió en la nacionalización de algunas empresas y bancos. La consecuencia fue una huida del capital y una subida enorme de la inflación, que a los pocos meses le obligaron a dar dio un giro de 180° hacia el neoliberalismo.

La dicotomía maniquea de neoliberalismo y keynesianismo tampoco es válida para las tres últimas décadas de la llamada globalización. Ninguno de los dos modelos ha sido realmente exitoso, en el sentido de que ninguno de ellos ha propiciado un desarrollo económico elevado, con altas cotas de crecimiento, y estable, para una gran parte del mundo. Ambos modelos han obtenido resultados positivos pero muy parciales. Es decir, han producido en algunos países desarrollo económico e incluso mejora de vida de las clases populares, pero se ha tratado de casos muy limitados, con crecimientos muy moderados, no comparables a los posteriores a la II Guerra Mundial, y que se han visto

¹⁴⁶ (Harman, Ch, *The zombie capitalism*, ibídem).

seguidos en muchas ocasiones de graves recesiones, especialmente gravosas para las clases populares.

El neoliberalismo solo ha producido buenos resultados, con acumulación de capital y mejora de las condiciones de la clase obrera, por un lado, en los Tigres Asiáticos, parcialmente en Chile, también en un principio en México y Argentina, en Sudáfrica, en algunos países del ex bloque del Este, como la República Checa y Polonia, y en Irlanda. Una mejora generalizada de las condiciones de vida de la clase obrera solo se ha dado en los Tigres Asiáticos, especialmente en Corea del Sur, e Irlanda, y ello a costa de una gran desigualdad. La clave de este mini éxito estuvo en una desregulación financiera, fiscal y laboral- con la supresión de las trabas arancelarias, de los impuestos al capital y la facilitación del despido-, unida a su condición de países políticamente seguros, autoritarios en algunos casos, y con una economía ya desarrollada, todo lo cual permitió la atracción de grandes capitales extranjeros, con inversiones directas o préstamos a los capitales locales, que lograron una gran industrialización de estos países. Sin embargo casi todos estos auges se han transformado en burbujas que han estallado generando posteriormente una gran recesión, caracterizada por la superproducción, huida de capitales extranjeros, gran endeudamiento público y privado, bancarrotas y desempleo, a todo lo cual se le añade la desprotección social fruto de la eliminación de toda estructura de protección social previa: servicios sociales, pensiones públicas, etc. México, Brasil, Chile, Argentina, los Tigres Asiático e Irlanda han pasado por estas situaciones.¹⁴⁷

El neoliberalismo ha cosechado también mini éxitos en algunos países avanzados, como Australia, los países nórdicos, y sobre todo EE.UU. y Alemania. En EE.UU. las políticas de austeridad del primer Reagan y de Clinton contribuyeron a la única recuperación económica real que ha vivido dicho país en los últimos 40 años, la de la primera mitad de los años 90; a Alema-

¹⁴⁷ (Callinicos, A., (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, *ibidem*, p. 5).

nia la política de austeridad iniciada por Kohl, y continuada por Schroder, le ha permitido aguantar mejor que el resto de los países del entorno europeo la crisis actual que se inicia en el 2007. La clave está en que se trata de Estados muy avanzados industrialmente, centrados en la exportación, a los cuales beneficia la reestructuración industrial; asimismo en todos ellos se ha rebajado de forma enorme las condiciones de vida, el poder adquisitivo y las condiciones laborales, de los trabajadores. Sin embargo la recuperación tampoco es profunda, y en ningún momento ha llegado a las cotas de desarrollo económico del período de entre-guerras: “Brenner resume el precio que la clase obrera pagó para que las ganancias pudieran recuperarse de las profundidades en las que habían caído a comienzos de los 80: ‘Entre 1979 y 1990, la compensación real horaria en el sector privado de la economía creció a una tasa promedio anual de 0,1%. La tendencia en estos años fue mucho peor para los salarios reales horarios y los salarios netos (excluyendo beneficios), cayendo a un promedio de cerca del 1%. En ningún momento previo del siglo XX el crecimiento de los salarios reales había sido tan lento en cualquier parte durante tanto tiempo^ Pero a pesar de este incremento en la tasa de explotación del trabajo, la clase dominante norteamericana no ha sido todavía capaz de elevar la tasa de ganancia por encima de los niveles a los cuales había caído en las vísperas del primer gran derrumbe de la posguerra, en mitad de los 70. Y es posible que vuelvan a caer desde aquí” ¹⁴⁸

Las políticas keynesianas han tenido también cierto éxito en unos pocos contextos determinados. En primer lugar ha funcionado en Brasil y en los Tigres Asiáticos, después de la crisis del 97, en Nueva Zelanda, y sobre todo en India y China. En otros términos, ha funcionado en países emergentes, es decir, aquéllos que tienen por un lado, en términos de Trotsky, “el privilegio del atraso histórico”, lo cual implica una mano de obra muy barata, muchas posibilidades de acumulación, pero que por otra parte no

¹⁴⁸ (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, *ibídem*, p. 30).

parten de cero, sino de un cierto desarrollo, fruto de anteriores políticas desarrollistas. Algunos de ellos además, especialmente China, han tenido regímenes autoritarios y cierta planificación estatal, fenómenos que han favorecido dicho éxito. Estos países emergentes están aguantando mejor la crisis actual que la Eurozona, EE.UU. y el reto de los países pobres.

Con todo hay que introducir dos matices. En primer lugar el crecimiento de estos países ha sido débil, si lo comparamos con los Estados emergentes, Rusia, Brasil, Argentina, y la misma China, en los años del boom, o sobre todo con Alemania y Japón de la posguerra. En segundo lugar, casi todos ellos empiezan a dar síntomas de debilidad ante la crisis mundial. El caso más preocupante es el de China. Es un gigante que está empezando a mostrar sus contradicciones, entre ellas la burbuja inmobiliaria, la superproducción, el endeudamiento, la dependencia del comercio exterior, y sobre todo de EE.UU., y las enormes desigualdades sociales que tiene al interior. No en vano en China, en el 2009, por primera vez en 10 años, la producción había descendido por debajo del 10%, y en una sola región como Cantón cerraron 9000 de las 45000 fábricas.¹⁴⁹ El destino de los demás países es similar. India y Nueva Zelanda han vivido el estallido de una burbuja inmobiliaria y financiera, como Europa y USA. Argentina y Brasil están viendo disminuidas sus exportaciones, y en definitiva sus crecimientos, fruto de la crisis actual; Brasil está bajando del 3% de crecimiento. Además todos estos países y otros- Argentina, Brasil, Los Tigres Asiáticos, Japón, Australia, Nueva Zelanda- dependen mucho de la economía china, de sus importaciones, y un declive chino podría arrastrarlas a la recesión profunda.

En los países desarrollados, como Nueva Zelanda, y sobre todo Europa occidental y EE.UU., el keynesianismo, de corte privado y financiero, ha generado diversos booms económicos y repentinas salidas de la crisis. Pero se ha tratado de desarrollos

¹⁴⁹ (Ramonet, I., La catástrofe perfecta, ibídem, p. 26).

débiles, artificiales, poco duraderos, burbujas económicas que al estallar han dejado una recesión económica, parón de la producción, deudas enormes que agravan la recuperación, paro y miseria de parte de sus poblaciones. Hoy día estamos viviendo claramente una de estas situaciones.

Si en los últimos treinta años no ha funcionado ni un modelo ni otro, ni neoliberalismo ni keynesianismo, en realidad ello se debe a que ambos se han basado, pese a las diferencias, en un mismo principio: reactivar la economía por procedimientos *ad hoc* o artificiales. El neoliberalismo lo hace o bien con la atracción de capitales extranjeros ociosos, en el caso de los países emergentes, o beneficiando a las empresas más fuertes, forzando la desaparición de algunas empresa débiles y sobre todo exprimiendo más a los obreros. El keynesianismo lo hace con inyecciones estatales, en el caso de los países emergentes, o con inyecciones privadas, de capital ocioso especulativo, para los países desarrollados. Ambos son en definitiva procedimientos de producción inducida estatalmente, o bien con inversión directa de los Estados, en el modelo keynesiano tradicional, o bien con políticas monetarias, fiscales y laborales que favorecen la especulación bursátil, el endeudamiento, en el modelo neokeynesiano, o bien con políticas fiscales, monetarias y laborales que atraen capital extranjero y posibilitan el aumento de la plusvalía absoluta, en el modelo neoliberal. Y dichos procedimientos pueden ser válidos en épocas de auge económico, de crecimiento real, como lo fuera tras la II Guerra Mundial, pero no lo son en época de recesión, pues ninguno de estos modelos sirve para poner en marcha una economía, para realmente generar crecimiento.

P. Mattick, ya en los años 70, exponía tres argumentos claros por los que la producción inducida estatalmente, sea directamente a través de empresas estatales, sea a través del fomento de la inversión y del consumo, con políticas monetarias y fiscales, no sirve para superar la crisis, porque no genera beneficio general al sistema. Mattick se refiere exclusivamente al keynesianismo,

pero sus reflexiones podrían hoy extenderse igualmente al neoliberalismo. En primer lugar, la inversión directa de los Estados detrae capital privado para destruirlo y limita las posibilidades de beneficio del mismo. En segundo lugar el fomento artificial de la deuda, de las inversiones bursátiles, de la producción y del consumo, supone un simple trasvase de capital de unas manos a otras, de unos agentes a otros, o de unos países a otros, pero no para el sistema en general. Por último, toda producción inducida, no basada en una tasa de beneficio suficiente del sistema, genera un aumento de los precios o inflación general. Es decir, se aumenta la producción, se producen nuevos bienes, pero se da una disminución del valor de éstos; hay más valores de uso, pero igual valor de cambio.

En definitiva, en época de recesión la producción estatalmente inducida puede generar auges breves e inestables, o breves repuntes, pequeños alivios económicos, pero no un crecimiento sostenido: “La producción estatalmente inducida adicional no puede por sí misma aumentar la plusvalía social y en el caso de que se desarrolle considerablemente, necesariamente la disminuye. Sin embargo la expansión de la producción ligada a ella, igual que toda ampliación de crédito, puede hacer ceder la situación de la crisis ya que sus efectos sobre el beneficio total sólo se hacen perceptibles en un momento posterior”.¹⁵⁰ Tony Cliff lo expresa de forma más coloquial pero tremendamente plástica: toda política de producción inducida es como un paraguas de papel, protege cuando no llueve, pero de nada sirve cuando llega la tormenta.¹⁵¹ Y en el fondo ello es así porque la producción inducida, sea de forma estatal, privada o vía sobreexplotación, no genera beneficios para el sistema en su conjunto, sino solo distribuye los previamente existentes. Y ya el propio Marx advertía de que un capitalista puede ganar a costa de otro, pero no del capita-

¹⁵⁰ (Mattick, P., Crisis y teoría de la crisis, ibídem, p. 204).

¹⁵¹ (Cliff, T. Marxism at the millennium, Capítulo 4, <http://www.marxists.org/archive/cliff/works/2000/millennium/index.htm>, p. 5).

lismo en general, el cual no se puede defraudar a sí mismo: “La clase de los capitalistas tomada como un todo no puede enriquecerse a sí misma como clase, no puede aumentar su capital total, o producir plusvalía, por medio de que un capitalista gane lo que pierda el otro. La clase como un todo no puede defraudarse a sí misma”.¹⁵²

B. Las soluciones prácticas, al margen del keynesianismo, son positivas pero insuficientes.

Los teóricos antineoliberales, especialmente en su ala de centro y de izquierdas, presentan otras propuestas progresivas, que se han de apoyar siempre desde una posición marxista, porque mejoran la situación de la clase obrera y los más desfavorecidos en general: el combate del trabajo infantil y por un comercio justo, la condonación de la deuda al Tercer Mundo, el aumento de impuestos a los ricos, un salario social general o una renta básica ciudadana, en términos de A. Doménech, mantener las políticas del Estado de bienestar, establecer una tasa *Tobin*, para las transacciones, y prohibir las inversiones a corto plazo. A ello se habría de añadir la exigencia de una reducción de la jornada laboral a 35 horas y la prohibición del despido de obreros en empresas rentables, la lucha contra el desalojo de las personas hipotecadas, o la cancelación total de las hipotecas, incluso la desaparición de los ejércitos, etc. Más allá, hemos de postular que los países actualmente endeudados se nieguen a pagar la deuda, y se retiren, en el caso de Europa, de la zona euro. Esto permitirá a dichos Estados al menos poder jugar con la devaluación de su moneda, al tiempo que se verían libres de las draconianas medidas de ajuste. En la defensa de estas medidas no debería haber nunca vacilación ni deslizamiento hacia las posiciones reaccionarias de algunos teóricos el movimiento antiglobalización, como David Bacon, quien considera que la lucha contra

¹⁵² (Harman, Ch., “Theorising neoliberalism”, *ibidem*, p. 7).

el trabajo infantil perjudica a los propios países pobres, y que por eso ha de abandonarse.¹⁵³

Junto a estas medidas económicas y políticas hay otras que podemos englobar bajo el concepto de “identidad”, igualmente progresivas y que han de ser defendidas desde una posición marxista, y que consisten en la defensa de derechos de colectivos concretos, claramente marginados en el capitalismo: los derechos de las culturas minoritarias, de los pueblos indígenas, la lucha contra el racismo y la xenofobia, la defensa de la igualdad de la mujer, la lucha contra la discriminación de los homosexuales y de las diferentes opciones sexuales, la protección del medio ambiente y la lucha contra las centrales nucleares, etc. No podemos olvidar tampoco, y no es lo menos importante, la lucha contra la destrucción del medio ambiente, fruto de las políticas económicas capitalistas, tanto en el mundo desarrollado como en los países el Tercer Mundo. Por último un elemento de lucha ha de ser siempre la oposición a las guerras, especialmente a aquéllas en las que están en juego intereses imperialistas.

El carácter positivo de estas luchas y reivindicaciones no debe ocultar sin embargo sus limitaciones. En primer lugar algunas de ellas pueden tener consecuencias no deseadas, que se han de tener en cuenta, lo cual no significa que hayan de ser desechadas. La salida del euro por ejemplo puede provocar una gran inflación en los países que adopten esta decisión, con el consiguiente aumento de pobreza de la clase trabajadora. Asimismo la cancelación de la deuda, dentro del sistema capitalista, puede provocar que muchos Estados pobres, en adelante, se queden sin financiación, aunque en principio ello les dé un respiro. Por su parte la tasa *Tobin*, amén de no ser aplicable si no están de acuerdo todos los países ricos, y de la gran oposición que tendría por parte de los capitalistas, puede conllevar un descenso de las transacciones internacionales, y por ende de los ingresos estatales.¹⁵⁴ No hay que olvidar en ningún momento que los Estados, que serían los

¹⁵³ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, p. 12)

¹⁵⁴ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, p. 42).

supuestos agentes de este tipo de medidas, son cómplices de los poderes económicos, y que muchos países del Tercer Mundo se rigen por dirigentes especialmente corruptos y tiranos: “Ver tales gobiernos como los agentes transformadores del mundo en una dirección positiva es desplegar una enorme inocencia”.¹⁵⁵

Algunas medidas son muy importantes, pues pueden aliviar el sufrimiento- si se consigue, por presión- de muchas personas, de gente humilde y al mismo tiempo generar conciencia crítica contra el capitalismo. C. Harman lo expresa adecuadamente: “Las batallas particulares contra efectos particulares del sistema son de inmensa importancia. Pueden retardar el avance de la opresión capitalista, o incluso frenarla. Pueden hacer la vida una poco más soportable para los que sufren dentro del sistema. Pero su mayor importancia estriba en dar un impulso la movimiento más amplio contra el sistema, animando a la gente que en todas partes está bajo su dominio a luchar contra él”.¹⁵⁶

Pongamos ejemplos. La lucha por la eliminación del trabajo infantil, de las largas jornadas laborales en empresas textiles instaladas en el Tercer Mundo, con campanas sobre el boicot de productos de empresas que actúan de esta manera, como Nike, es una tarea muy positiva, por los niños y adultos a los que se puede ayudar y por la sensibilidad sobre las injusticias generales del sistema que puede despertar. No conviene sin embargo centrarse solo en una empresa, en la más evidente, también se ha de localizar y denunciar otras empresas que tienen actuaciones similares, si bien de forma camuflada. Otra causa muy importante hoy en día, en los países desarrollados, es la lucha contra los desalojos que llevan a cabo algunas organizaciones, por ejemplo en España. Tiene ese mismo doble valor: ayudar a determinadas personas humildes y generar conciencia crítica social. También son muy importantes todas las luchas de “identidad”: contra el racismo, la discriminación de la mujer y de los homosexuales, la opresión de comunidades indígenas, las guerras imperialistas o la

¹⁵⁵ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 45)

¹⁵⁶ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 44).

destrucción del medio ambiente.

Ahora bien, estas actuaciones, siendo muy importantes, tienen una limitación, a saber, su carácter parcial, que les impide erigirse en soluciones eficaces para los problemas generales que estamos viviendo. Así, aunque se pueden conseguir avances parciales, es mera ilusión pensar que se puede acabar con el racismo y la desigualdad de género, o poner freno a la destrucción del medio, o más allá, a la explotación que supone el trabajo asalariado, al caos económico y a la desigualdad y miseria galopantes de gran parte de la actual sociedad mundial, sin acabar con el sistema capitalista que los genera: “La organización del comercio, de los flujos financieros, de la carga de la deuda, son aspectos particulares de un sistema mucho más amplio. Los intentos de tratar con cada uno de ellos de forma aislada pueden ser fácilmente esquivados por aquéllos que dirigen el sistema- o simplemente pueden desviar sus horrores de un grupo de víctimas a otro”.¹⁵⁷ Y acabar con el sistema capitalista supone no solo acabar con su organización económica de propiedad, con las multinacionales de forma paradigmática, sino también con las instituciones políticas dialécticamente enlazadas con las mismas: “Los que combaten el neoliberalismo no deberían caer en esta trampa. El FMI, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio, el Pentágono y la OTAN son solo aspectos diferentes del mismo sistema. No puedes luchar contra uno y apoyar los otros”.¹⁵⁸

Hay propuestas de determinados grupos antineoliberales de izquierda, especialmente ecologistas, que son claramente contraproducentes. Nos referimos a la idea del “localismo”, de la vuelta a la producción para mercados locales, como alternativa al “desarrollismo”, sin tener en cuenta que en la actual sociedad una producción y un comercio locales condenarían al hambre a gran parte de la población mundial. Relacionado con ello estaría la idea de la vuelta a formas primitivas de trabajo, no mecanizadas. Estamos ante una crítica romántica al capitalismo, que ya

¹⁵⁷ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, p. 40).

¹⁵⁸ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, *ibídem*, p. 26).

existiera en tiempos de Marx. Esta posición romántica no comprende que el problema de la sociedad actual no es que se produzca mucho, sino que se produzca para obtener beneficios, no para satisfacer necesidades humanas, lo cual conlleva la distribución desigual, la miseria de gran parte de la población mundial, y la destrucción del entorno: “Un modelo de desarrollo sostenible tiene, al menos, que igualar la producción de comida alcanzada en las décadas recientes, así como asegurar una distribución justa- en realidad, más que igualarla, si la mayoría de la población debe sobrepasar el mínimo de 2000 calorías por día que obtiene hoy en día. Y eso no se puede conseguir acudiendo a ‘métodos tradicionales’. Requiere de la aplicación de la investigación científica y de la inversión de capital- aunque de una manera diferente a la actual”.¹⁵⁹

A veces las propuestas son puramente buenas intenciones, es decir, la pretensión de cambiar moralmente la manera de ser de la gente, algo que suena extraño viniendo de activistas de origen marxista y materialista. Sirva de ejemplo la última solución al capitalismo de la globalización propuesta por Alberto Garzón Espinosa, miembro de ATTAC en España y de Izquierda Unida, en la obra, por otro lado interesante, prologada por Chomsky, *Hay Alternativas*: “La última (solución) tiene que ver con un aspecto que igualmente tiene un papel fundamental como desencadenante de los problemas económicos que sufrimos en nuestra época: el necesario cambio de nuestra posición en el mundo de la economía, de nuestra cultura, de nuestros valores y de nuestros comportamientos personales (VV. AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 66)

Una solución real al actual estado de cosas solo puede venir de una actuación global sobre la realidad, sobre la organización económica y política de nuestra sociedad. Ello podría venir de la mano, en un primer momento, de un keynesianismo fuerte o

¹⁵⁹ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 17).

capitalismo de Estado social y democrático por parte de los países desarrollados, es decir, por la nacionalización de las grandes empresas, de los bancos, del mercado financiero, que posibilite una regulación de la producción, y un reparto de la riqueza social. Eso tendría muchos obstáculos, por parte de la clase dominante, y en el fondo solo sería posible por una toma del poder por la clase obrera, previa una movilización y una insurrección de la misma. Es decir, no por una vuelta simplemente al Estado, sino por otro tipo de Estado, no burgués y dependiente del gran capital, sino realmente de las clases populares.

Tampoco bastaría con esto, aunque sería un paso fundamental. En el contexto de una economía internacional todavía dominada por el capitalismo, con una producción dirigida a la acumulación y basada en la competencia, y en un momento de gran internacionalización e interconexión económica, un capitalismo de Estado obrero, social y democrático, tendría pocas posibilidades de perdurar. Solo podemos entender por lo tanto un capitalismo de Estado, pero obrero, social y democrático, como transición a un socialismo internacional: una economía mundial, dirigida democráticamente por las clases populares y básicamente por la clase obrera, con el objetivo de satisfacer las necesidades humanas, no de acumular beneficios para unos pocos. Y ello solo se puede entender a su vez como el fruto de una extensión de la revolución obrera por el mundo, empezando por los países más poderosos. Esta a su vez es la única que podría dar solución a los diferentes problemas parciales que hemos englobado bajo el concepto de “identidad”, o al problema de la destrucción ecológica del planeta.

C) El déficit teórico: No se explica suficientemente el cambio producido

La tesis del antineoliberalismo no aborda las causas profundas, esenciales, de la emergencia de este período peculiar del capitalismo que hemos llamado globalización. Sus explicaciones son

ideológicas y culturales, políticas, o incluso meramente morales, y no se adentran nunca en el núcleo económico de la realidad. En ello podemos decir, utilizando terminología marxista, que son víctimas del fetichismo generado por el sistema capitalista, y que puebla los discursos ortodoxos prosistema: “Marx apuntó ya hace tiempo que la manera en que funciona el capitalismo oculta muy fácilmente a la gente lo que está ocurriendo... Las teorías del neoliberalismo y la globalización llevan a su extremo esta visión invertida de las cosas... ven las cosas desde el punto de vista de los capitalistas financieros o comerciales. Es un punto de partida que ignora simplemente lo que está ocurriendo en el mundo real de la producción y la explotación”.¹⁶⁰

La explicación más habitual es la que podemos llamar tesis de la “conspiración”, según la cual en las últimas décadas los dirigentes políticos, económicos e ideológicos, se habrían unido para subvertir la anterior situación de capitalismo más social.¹⁶¹ El cambio hacia políticas desreguladoras y el ataque a la clase obrera, rasgos básicos de la globalización, serían el fruto de decisiones políticas que los dirigentes de los principales países del mundo, y en concreto Reagan y Thatcher, habrían tomado en un determinado momento, en connivencia con los grandes poderes económicos, y con el apoyo de los grandes grupos de opinión o “*Think Tanks*”, influidos por las tesis de determinados economistas clásicos, como Hayeck y Friedman, la escuela neoclásica o monetarista, y de filósofos modernos.

Así lo dice Ignacio Ramonet: “La mundialización no es solamente la irrupción en la historia de nuevas técnicas y nuevos mercados. Es también la consecuencia de un trabajo intelectual, largo y paciente, del cual ya se manifiestan ciertos efectos en los años 70, antes de la llegada al poder de M. Thatcher y R. Reagan”¹⁶² En términos parecidos se expresa P. Bordieu: “El

¹⁶⁰ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 21).

¹⁶¹ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 26).

¹⁶² (Ramonet, I “Introducción” a *Le nouveau capitalisme*, *Maniere de voir* 72, Diciembre 2003/Enero 2004).

tema principal es el neoliberalismo y la retirada del Estado. En Francia la filosofía neoliberal se ha insertado en todas las prácticas sociales y en todas las políticas del Estado”.¹⁶³

Una variante de la tesis de la conspiración es la que enfatiza, como causa del giro neoliberal, la desaparición de la URSS o la ola de neoliberalismo, que se había extendido como una mancha una vez esfumado el peligro rojo. Veamos, de forma paradigmática, la explicación del ex Secretario General del PCE, Paco Frutos en *Mundo Obrero*: “Cuando se hunde la Unión Soviética, en 1991, se interpreta desde las economías capitalistas que el mercado tal y como éstas lo tenían planificado no tenía alternativa. Es más, se identifica mercado capitalista con democracia y libertad... En ese momento, irrumpen ya sin cortapisa alguna los teóricos y prácticos del neoliberalismo con sus axiomas: es necesario finiquitar los derechos sociales y laborales: el mercado debe estar totalmente desregularizado. La derecha aprovecha su hora porque, entre otras razones, la izquierda política se encuentra desarmada. Y surge la figura el consumidor y sus derechos en sustitución del trabajador y los derechos laborales”. Esta hipótesis, amén de su falta de profundidad, no tiene en cuenta el simple dato cronológico de que el rumbo neoliberal comienza a finales de los 70, una década antes de que el gigante de barro soviético estallara.

Otros autores consideran que el neoliberalismo es el fruto de la simple expansión del capital, del fenómeno de la globalización, de la financiarización de la economía y el aumento desorbitado de la especulación, de la desaparición de los Estados, incluso de las deslocalizaciones, y con ello asumen una posición, amén de básicamente falsa, fatalista, similar a los teóricos reaccionarios de la teoría ortodoxa de la globalización.¹⁶⁴ Por último, hay quienes explican el giro neoliberal por el paso de la lucha de clase *al mero egoísmo*. Se habría dado un giro “egoísta” por parte de la clase capitalista, que habría tomado cuerpo político a

¹⁶³ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 19).

¹⁶⁴ (Harman, Ch., *Anticapitalism: theory and practice*, ibídem, p. 24).

finales de los setenta y principios de los ochenta, siendo sus pioneros Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Los capitalistas habrían estado sufriendo pérdidas frente a los obreros, durante los años dorados, y ahora, con circunstancias más favorables, la crisis de los 70, o después la caída del Este, se desquitarían. El argumento no se sostiene, amén de su ingenuidad, porque el capital no vivió ningún infierno a manos de la clase obrera durante estas décadas, sino todo lo contrario, gran expansión y riqueza.

No negamos que estos factores tengan su influencia. Las conspiraciones político-económico-ideológicas son hechos reales en el capitalismo- lo han sido siempre- la financiarización de la economía, la caída de la URSS, el retroceso del papel directamente económico de los Estados, e incluso la ola de individualismo, son rasgos que han coadyuvado a la eclosión neoliberal. Pero son argumentos insuficientes para explicar las peculiaridades que suponen la actual globalización y el actual estado de cosas, en el seno del capitalismo. No responden por ello a las cuestiones claves: ¿por qué es precisamente en esos momentos históricos, a finales de los 70, cuando los dirigentes económicos y políticos deciden ensayar las nuevas políticas económicas? ¿Por qué es además éste un camino tan tortuoso políticamente, con alternancias de medidas keynesianas y neoliberales? ¿Por qué es precisamente en estos momentos cuando se produce un ataque en toda regla a las condiciones de vida y laborales de la clase obrera? ¿Qué está sucediendo en la economía, en el capitalismo mundial, para que ello ocurra?

Falta una respuesta, y ello es así porque les falta una concepción global de la realidad, como es el marxismo, que les permita dar un sentido a todos estos fenómenos aislados que critican, que les permita una comprensión real del mundo que estamos viviendo. Sin un análisis del sistema productivo capitalista, del fenómeno de la plusvalía, de las tendencias internas del capitalismo, sin una comprensión de que “el capitalismo mundial es más que solo la conspiración de la corporación de unos pocos

jefes,¹⁶⁵ no es posible diseñar un cuadro real del mundo que estamos viviendo, sino tan solo aportar pinceladas, reales en el mejor de los casos, equivocadas en el peor, pero siempre superficiales, y algunas veces, como hemos dicho, coincidentes con las aportadas por los teóricos reaccionarios de la teoría ortodoxa de la globalización.¹⁶⁶ Un cuadro completo, por el contrario, solo lo puede ofrecer a nuestro juicio, un análisis marxista.

Por lo demás, y ello es también importante, la carencia de un análisis global va unida dialécticamente no solo a sus propuestas prácticas limitadas, insuficientes, sino también a sus estrategias de lucha insuficientes o ineficaces: “Con frecuencia la gente no hace la conexión entre su protesta local y la gran imagen de sistema mundial. Ven sus problemas como el simple fruto de políticos corruptos, un empleado especialmente sucio, un concejal local inepto, un régimen autoritario. Esta estrechez de visión puede hacer difícil que sus diferentes protestas generalicen en un ataque general sobre la fuente real de sus problemas”.¹⁶⁷ Ello explica el hecho de que los neoliberales de izquierda se agrupen en torno a objetivos parciales, encarnados en grupos dispares, como las diferentes ONGs, o en torno a luchas globales pero en un contexto de pluralidad y anarquía organizativa, que ha reinado en el movimiento antiglobalización, y que ha sido incluso motivo de orgullo, de distinción, para muchos de sus miembros; por último explica ese alejamiento, por parte del movimiento antiglobalización, de los obreros y de sus métodos de lucha, que, como hemos dicho arriba, son el agente clave para un cambio real de la sociedad, para una ruptura con el capitalismo.¹⁶⁸ Todo ello ha llevado en última instancia a que muchos teóricos anti-neoliberales de izquierda, terminen, políticamente, o bien en posiciones marginales, antisistema, puramente románticas, o bien se desplacen hacia la derecha, se acoplen al sistema, acepten el

¹⁶⁵ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 49)”.

¹⁶⁶ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 21).

¹⁶⁷ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 51).

¹⁶⁸ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 56).

capitalismo, se tornen reformistas, “parlamentarizándose”, como ocurriera en los años 90 con los llamados “verdes”, o con muchas ONGs que se han puesto al servicio del sistema: “Debe añadirse que la implicación de las ONGs con problemas específicos significa que algunas veces pueden ser co-optados por los partidarios del sistema existente. Durante la Guerra del Golfo del 91 o la de los Balcanes del 99 se vio a muchas apoyando las alianzas dirigidas por EE.UU., en razón del terrible récord en derechos humanos por parte de sus oponentes. De hecho los gobiernos americanos han usado desde hace mucho tiempo el discurso de los derechos humanos como una cobertura de su objetivo de una hegemonía norteamericana global”.¹⁶⁹

4.4. Conclusiones

Los antineoliberales constituyen un ejemplo de la tendencia reformista que se ha dado, frente a la revolucionaria, desde finales del XIX, en la clase obrera y en intelectuales de izquierda y marxistas. Como todo reformismo, tiene un componente positivo: muestra el capitalismo como un sistema caótico, plagado de crisis, e injusto; respecto a su fase actual, desvela las convulsiones económicas y las desigualdades e injusticias crecientes de la globalización; denuncia asimismo los casos más concretos y flagrantes de las injusticias sociales actuales; muestra la falsedad de la tesis ortodoxa de la globalización; denuncia las políticas neoliberales como una agresión, directa e indirecta, a la clase obrera y a las clases humildes en general; hace algunas propuestas parciales que se han de defender, por cuanto pueden aliviar el sufrimiento de determinadas personas.

Sin embargo es una teoría con muy claras limitaciones, las propias del reformismo: no permite un conocimiento real de las causas del actual estado de cosas del capitalismo; insiste en creer que la culpa de la inestabilidad y la injusticia de una etapa histó-

¹⁶⁹ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 48).

rica como la actual- como ya en el período de entreguerras- no es fruto del capitalismo, en general, sino de un determinado tipo de capitalismo, en este caso el neoliberal, desregulador, privatizador, y sobre todo financiero, el cual a su vez sería el fruto de determinadas artimañas político-ideológicas; sus propuestas prácticas son o bien ineficaces o bien parciales, como hemos visto; sus propuesta parciales son siempre en consecuencia, incluso cuando son radicales, posibilistas, esto es, asumibles por el sistema, al que solo pretende curar, no erradicar; se contenta con reformar el capitalismo, no considerando en absoluto necesario su abolición; no se atreve en definitiva a plantear una posición revolucionaria que aborde la maldad del sistema en su conjunto y proponga una solución global y real para los millones de personas que sufren bajo el capitalismo.

Este reformismo se hace por lo demás muy evidente en algunas contraposiciones abstractas, en el espíritu de Proudhon, que los antineoliberales establecen en su análisis de la globalización. Son en concreto cuatro distinciones entre el lado bueno y el lado malo del capitalismo. En primer lugar establecen una distinción, esencial, tajante, entre el capitalismo, como algo prácticamente neutro, y neoliberalismo, como algo malo, diferente al capitalismo. Así lo entienden intelectuales como Eric Toussaint, Alberto Garzón, Pierre Bordieu, Ignacio Ramonet, Bernard Cassen o Susan George- aunque ésta ataca directamente al capitalismo, luego busca el mal profundo en la globalización, como si fuera algo diferente-, quienes no suelen mencionar en sus críticas el término “capitalismo”, sino los de “globalización” o “neoliberalismo”.¹⁷⁰ Sin embargo, el neoliberalismo, al margen de sus diferencias como fase distinta, es sin embargo una forma de capitalismo, tan capitalista como las anteriores, que descansa sobre la separación entre poseedores de los medios de producción y los obreros, que se rige por la tensión por la acumulación y la competencia por obtener más beneficios, y que genera una clara dife-

¹⁷⁰ (Harman, Ch., Anti- capitalism: theory and practice, ibídem, pp. 18 y 19).

rencia de clases: la diferencia final flagrantes entre ricos y pobres. Tampoco entienden que la actual globalización, como momento especialmente cruel, es la consecuencia lógica de la dinámica progresivamente perversa y destructiva del capitalismo, como trataremos de mostrar a continuación.

En segundo lugar distinguen un modelo de política capitalista bueno, el keynesiano, y otro malo, el monetarista y de austeridad. Sin duda la austeridad es más dañina para la clase obrera, pero ninguna de las dos estrategias logra enderezar el capitalismo y suprimir sus crisis. Ambas, como hemos visto en los últimos años, han ido acompañadas del aumento de la explotación de la clase obrera, y ambas comparten una misma estrategia de reactivación económica fallida: la producción inducida. Sin duda la clase obrera se ha de defender contra un ataque directo como son las políticas neoliberales restrictivas y las desregulaciones laborales, pero no debe perder de vista que, dentro del capitalismo, en la fase actual de crisis, las recetas keynesianas son una estrategia más del capital, tan ineficaz como la neoliberal.

En tercer lugar diferencian entre un sector capitalista bueno, el productivo, y otro malo, el financiero- una diferencia ya presente en clásicos reformistas como Keynes, o incluso en el economista liberal Hobson, y también en quienes sostienen la tasa Tobin como panacea, y que de hecho hasta el mismo Sarkozy defendió de alguna manera en la cumbre del G8, en enero de 2008: Lehman and Brothers serían unos canallas, pero los dueños de General Motors serían respetables, porque crean bienes sociales-. Así lo expresa A. Garzón: “La crisis que estamos viviendo es, por tanto, una consecuencia inevitable de este proceso de conversión de la economía capitalista en un gran casino financiero que convierten la inversión en papel y en capital puramente ficticio (si es que a eso se le puede considerar inversión) en el uso más rentable del capital. Los bancos y los grandes fondos de inversión se han convertido en una maquinaria de creación constante de deuda a través de la titulización y de los sofisticados procedimientos de la ingeniería financiera que llevan a cabo para

encontrar continuamente nuevas fuentes de beneficio. Pero todo ello lo llevan a cabo al margen de la actividad productiva, de modo que ésta no puede sino debilitarse de forma continuada y terminar exhausta ante la falta de capital o de demanda real suficiente”.¹⁷¹ Sin embargo, como hemos visto, capital productivo y financiero están hoy en día perfectamente entrelazados, hasta el punto de que muchas empresas productivas obtienen gran parte de sus beneficios a través de la especulación.

Distinguen por último entre un capital privado malo y un Estado capitalista bueno -idea tradicional de la socialdemócrata, reforzada por la creencia de que la intervención estatal permitió los años buenos del capitalismo, o de que la URSS, pese a sus cosas negativas, tenía un aspecto positivo gracias a la participación estatal-. Sin embargo el Estado, como hemos dicho arriba, y como muestra la simple experiencia, está hoy en día más unido que nunca al capital privado, a cuyo rescate sale con uñas y dientes.

5.

LA TESIS DE LA CRISIS: UN PLANTEAMIENTO DESDE EL MARXISMO REVOLUCIONARIO.

5.1. La tesis marxista de la tendencia al descenso de la tasa de beneficio

En los inicios de los años 70 se produce un cambio en el sistema capitalista, un “*downturn*” o declive económico, enormemente duradero, que llega hasta nuestros días, como postula el economista marxista americano Robert Brenner, en su obra *The economics of the global turbulence*. Tal declive consiste básicamente en un descenso de la tasa de beneficio de las empresas

¹⁷¹ (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, p. 35).

capitalistas, en cada país y a nivel mundial, la consiguiente disminución de la inversión, la disminución de la productividad, una parálisis de la producción, y un aumento del desempleo.¹⁷²

Esta tesis hemos de enmarcarla en la teoría marxista de la crisis, presente en autores contemporáneos como Paul Mattick y sobre todo en la escuela marxista-trotskista británica del *International Socialism* y sus teóricos más importantes al respecto: Chris Harman, Alex Callinicos y John Rees. Para Marx el capitalismo tiene una tendencia intrínseca, su gran contradicción, a la caída de la tasa de beneficio. Esta no significa una disminución creciente de los beneficios en términos absolutos, sino de la proporción entre el capital empleado y el beneficio obtenido. Para Marx cada vez el capitalista obtiene menos beneficio por la cantidad de dinero que invierte, y ello se debe a su vez a otra característica básica de la dinámica de acumulación del capitalismo: el aumento constante de la composición orgánica del capital. Es decir, dada la competencia, que obliga a un capitalista, para sobrevivir, a producir más barato, es decir, a aplicar más avances tecnológicos que los demás, cada capitalista, cada empresario, y el capitalismo en general, utiliza progresivamente cada vez más capital constante- maquinarias, edificios, etc.,- en proporción al capital variable o trabajadores empleados. Tal circunstancia, aparentemente insignificante, resulta sin embargo especialmente nociva para el capitalismo. Dado que el valor nuevo generado, y por ende el beneficio que obtiene un empresario- la plusvalía-, no surge del capital constante empleado- éste simplemente se reproduce- sino del trabajo de los obreros, que no se paga entero, sino solo parcialmente, entonces, al disminuir el número de obreros empleado, disminuye igualmente la proporción de beneficio. Se trata de una disminución, reiteramos, en términos relativos, no absolutos: un empresario puede seguir ganando mucho dinero, pero necesita invertir mucho más para seguir obteniendo el mismo beneficio de antes. Esta desproporción provoca con todo,

¹⁷² (Brenner, R., “Reply to critics”, *Comparative studies of South Asia, Africa and the Middel East*, Vol. XIX, n° 2, p. 1).

para Marx, que en un momento dado la inversión deje de ser rentable para determinados capitalistas, los cuales en consecuencia dejan de invertir. Ello genera desempleo, disminución de la demanda de bienes, superproducción, de nuevo parálisis de inversión y decrecimiento, y en consecuencia de nuevo desempleo, en un círculo vicioso de recesión que se retroalimenta. De ahí surgen esas dos características típicas de las crisis modernas, profundamente contradictorias, pero perfectamente compatibles en el capitalismo: superproducción o bienes que no se venden, y miseria y pobreza.

Para Marx esta tendencia capitalista tiene sus contratendencias. Se puede contrarrestar aumentando la explotación de los obreros, haciéndolos trabajar más horas o de forma más intensa, o aumentando los mercados para vender más y así seguir ganando lo mismo aunque sea con mucha más producción, o finalmente a través de una producción inducida por crédito barato, estatal o privado. Pero la solución más eficaz, lo que hace salir realmente de la crisis al capitalismo, lo que le permite de nuevo empezar a ser rentable, lo que aumenta la tasa de beneficio, es, paradójicamente, la crisis, en su forma profunda de bancarrota de gran parte del tejido industrial de un Estado. Cuando tal ocurre, se cierran las empresas menos productivas, las más productivas se apoderan de los medios de producción de las otras a bajo precio, se desvaloriza todo el capital existente y bajan los salarios de forma brusca, de modo que con relativamente poco capital se puede empezar de nuevo a producir, y la tasa de beneficios vuelve a ser alta. Sin embargo ninguna de estas contratendencias, ni siquiera la más efectiva, la bancarrota industrial, es definitiva. Es decir, son capaces de frenar o ralentizar la caída de la tasa de beneficio, en los tres primeros casos, o de revertirla incluso, en el caso de la bancarrota, pero la tendencia esencial al capitalismo termina de nuevo por imponerse.

La tesis de Marx se corrobora por la historia del capitalismo. En su fase inicial o clásica, cuando solo existía en unos pocos países, desde 1820 a 1870, el capitalismo funcionaba con crisis

regulares, intensas pero poco duraderas, que producción una restructuración de la producción, una racionalización, y por tanto un nuevo auge económico; podemos poner de ejemplo la crisis del 48. A partir de 1870 se produce una segunda fase, que se ha llamado en la literatura marxista “imperialista”. Se inicia con una gran crisis, más duradera, hasta los años 80. Su resolución fue en parte diferente. En EE.UU. y Alemania se siguió el modelo clásico: recesión fuerte, cierre de empresas no productivas y nuevo boom. En Gran Bretaña sin embargo no se siguió este modelo, porque este país encontró una solución sin necesidad de depresión: el colonialismo. Al conquistar gran parte del globo, Gran Bretaña permitió a su exceso de producción, de capital, de dinero, encontrar lugares, como la India, donde invertirlo y así obtener rentabilidad y aumentar la tasa de beneficio. Ello prueba una vez más que el colonialismo no fue una cuestión básicamente política, sino esencialmente económica y capitalista; no solo ofreció materias primas baratas a las empresas inglesas, sino sobre todo una válvula de escape al exceso de capital y una recuperación pacífica de la caída de la tasa de beneficios.

El colonialismo y la rivalidad entre potencias que generó el colonialismo desembocaron en la I Guerra Mundial. Ésta, con la gran destrucción que supuso, funcionó como una gran crisis a lo grande, pues permitió de nuevo una recuperación de la tasa del beneficios, y un aumento de la producción, el empleo, etc.; son los felices años 20. Sin embargo pronto se acabaron estos años alegres, con el crack del 29. Se trató de una crisis bursátil, financiera, cuyo origen estaba sin embargo una vez más en la superproducción generada por la disminución de la tasa de beneficios, en el estancamiento de la producción. Fue una crisis más internacional- afectó a todos los países capitalistas- y también mucho más profunda y duradera que las anteriores. Y no duró más porque, como hemos dicho arriba, encontró la salida en la carrera de armamentos que condujo a la II Guerra, y en la propia II Guerra, otra gran bancarrota o destrucción de capital. A finales del 39, en plena carrera armamentística, el paro desapareció completamente

en EE.UU. y en plena guerra este país alcanzó la mayor acumulación económica. Es resumen, la solución del período de crisis que afectó Europa desde el año 1870 solo se pudo resolver por el reparto imperial del mundo y por dos guerras entre las potencias, que algunos han considerado, dada la continuidad, y la continuidad de las causas, la guerra de los “30 años” del siglo XX, que asolaron Europa desde el Canal de la Mancha hasta el Volga, y que dejaron unos 50 millones de muertos.¹⁷³

La gran bancarrota que supuso la II Guerra permitió una recuperación tremenda de la tasa de beneficio, lo que generó un boom económico enorme: los llamados años dorados del capitalismo. El más beneficiado fue lógicamente EE.UU., el país que no había sufrido una destrucción directa de capital, que así tenía la posibilidad de rentabilizarlo en las zonas asoladas, fruto de lo cual fue el “Plan Marshall”, que a su vez permitió el desarrollo galopante de las dos potencias derrotadas: Japón y Alemania. El auge facilitó a su vez el desarrollo de políticas sociales, el llamado Estado de bienestar, el cual tiene cuatro orígenes; el interés y la necesidad del capitalismo, de su nivel productivo, de una mano de obra preparada, mínimamente sana, y con cierta garantía de tener cubiertas o protegidas las situaciones de riesgo de la vida: la vejez, las enfermedades, el paro, lo cual aumenta la productividad; la lucha de clases y las conquistas político-sindicales; el contraejemplo del bloque del Este; por último, el auge económico, sin lo cual todo lo anterior no habría servido de nada. La URSS por su parte conoce un gran desarrollo, pasando por una fase típica de acumulación capitalista. Partiendo de un sistema casi feudal, de un gran subdesarrollo, experimenta un desarrollo enorme gracias precisamente a su gran potencialidad que le ofrece su situación inicial, a la planificación, y sobre todo a la explotación de la clase obrera, que lleva a cabo través de la violencia directa -expropiación de todos los pequeños campesinos a finales de los 20- y el terror. A ello se ha de añadir la posibilidad de expansión y de inversión que le permitió la anexión de la Europa

¹⁷³ (Harman, Ch., *Analysing imperialism*, ibídem, p. 3).

del Este tras la II Guerra. Todo ello junto le permitió alcanzar en tan solo veinte años una acumulación capitalista similar a aquella para la que Inglaterra había necesitado dos siglos.

El boom es lógico. Lo que plantea problemas teóricos es por qué el mismo duró tanto, desde el 45 hasta el 73. ¿Cómo se explica desde la economía marxista este período de auge económico y estabilidad, cuando poco antes se estaba anunciando el fin del capitalismo? Sólo se puede explicar, desde el marxismo, desde la postulación de uno o varios factores que hayan podido contrarrestar la tendencia al descenso de la tasa de rentabilidad. Eso a su vez fue posible, y en ello seguimos tanto a Paul Mattick como a C. Harman, gracias a que las grandes empresas decidieran frenar el proceso de desarrollo tecnológico que estaba en el origen de la crisis. Lo hicieron porque la alta tasa de rentabilidad durante estas décadas así se lo permitía, al no ser tan alta la competitividad, pues pocos eran los países entonces realmente desarrollados, y al sustraer los Estados parte de la plusvalía, que de otra manera habría buscado inversión directa y habría hecho descender más rápidamente la tasa de beneficios, hacia otros fines no productivos, los cuales por otra parte no suponían una modificación sustancial de la composición orgánica del capital. Los capitalistas a su vez toleraban esta transferencia de plusvalía de los Estados, pues veían que la tasa de plusvalía seguía siendo aceptable y que a su vez era mayor la estabilidad social.

Dentro de esta tesis general el grupo de *International Socialism*, a partir de M. Kidron, ha destacado en solitario el papel “positivo” y de estabilidad jugado por una rama de la producción concreta, el armamento, hasta el punto de que estos autores hablan de una “economía permanente de armas” durante estos años. En efecto la producción armamentística no presenta en principio ningún efecto negativo sobre la economía capitalista; no se trata ni de productos que compitan con las empresas privadas, algo que podría generar una bajada de precios y por ende de beneficios, ni tampoco consiste en medios de producción que pudieran aumentar la proporción de capital constante frente al

capital variable en la composición orgánica del capital, bajando así la tasa de beneficio. Son por el contrario productos destinados a la autodestrucción, por tanto completamente “inofensivos”. Una vez más estamos ante la paradoja más cruel del capitalismo, que construye sobre la destrucción, sea la guerra directa sea la fabricación de armamentos.

La política de armamentismo tuvo otra consecuencia. Los dos grandes perdedores de la guerra, al no poder invertir en armamento por imposición de los vencedores, pudieron dedicar toda su producción y crecimiento a la economía productiva, lo que les llevó a desarrollar una industria moderna con los mayores avances tecnológicos, reestructurada, y mucho más competitiva que la americana. Este crecimiento se vio a su vez favorecido por el sistema monetario internacional, el *Bretton Woods*, que tenía como moneda de referencia el dólar, lo cual aumentaba la competitividad comercial de Alemania y Japón frente a EE.UU.. El armamentismo norteamericano les supuso una segunda ventaja: les beneficiaba al favorecer el descenso de la tasa de beneficio a nivel internacional. El más desfavorecido a la larga de toda esta situación, en el bando occidental, fue precisamente los EE.UU. pues este país desarrolló una economía menos productiva, al desviar parte de su capital hacia el armamentismo no productivo. Por ello estaba destinado a ser afectado más por la inevitable crisis siguiente.

El armamentismo pudo limitar la tendencia de la caída de la tasa de beneficio, pero no eliminarla, y a principios de los 70 la crisis volvió a estallar. Ahora bien, esta crisis ha tenido una diferencia peculiar frente las anteriores, que explicaría su larga duración, ese gran declive, en el que se ha arrastrado la economía durante casi 40 años hasta nuestros días. El capitalismo no ha vivido la gran contratendencia, el mecanismo básico que le ayuda a recuperarse, pese a lo absurdo y cruel de su naturaleza: la quiebra de gran parte de su sistema productivo: “Ha sido históricamente, por medio de la crisis, como el capitalismo ha restaurado la tasa de beneficio y ha establecido las condiciones necesas-

rias para una acumulación de capital más dinámica. Durante el período de la posguerra, las crisis han sido evitadas, pero el coste ha sido la incapacidad de revitalizar el rendimiento, lo que ha conducido a empeorar el estancamiento. La crisis actual se debe a un efecto de choque que nunca ocurrió”.¹⁷⁴ Ello ha sido a su vez porque los gobiernos han intervenido salvando a las empresas, sobre todo a los bancos, e incluso a Estados enteros. No lo hacen por caridad -a los Estados les interesa el capital en su conjunto, no una empresa o un Estado en concreto- sino porque el tamaño del capitalismo es tal hoy en día, así como su internacionalización e interconexión, que la bancarrota de una transnacional puede provocar la ruina del sistema. De hecho, tras dejar hundirse a Lehmans and Brothers, rompiendo una política de más de 30 años, hubo tal pánico entre los multimillonarios inversores, que el gobierno americano ya no se atrevió a volver hacerlo.

5.2. Ventajas de la tesis marxista

Nuestra tesis en definitiva es que la llamada globalización es sobre todo el fruto de un largo declive económico- que se inicia a principios de los setenta y que tiene su origen en la tendencia a la caída de la tasa de beneficios-, y que el mismo nunca ha vivido una gran reactivación fruto de una bancarrota, puramente económica o provocada por una guerra mundial. Esta tesis tiene a nuestro juicio las siguientes ventajas:

1. Se corresponde con los hechos. Una gran parte de estudios empíricos reconocen que los datos económicos sobre tasa de beneficio, producción, productividad, empleo, etc., han tenido una tendencia al descenso desde los años 70, en los grandes países desarrollados. Han conocido repuntes, pero nunca por encima de los datos de los años 70, y siempre por debajo de los años 50

¹⁷⁴ (Brenner, R. “A marxist explanation of the current economic crisis”, *International Journal of socialist renewal*, <http://links.org.au/node/957>, p. 4).

y 60. Así Robert Brenner muestra que las tasas de beneficios de la industria norteamericana cayeron desde un 24,8% en los años 1949-1969 hasta el 13% durante los años 1980-1990. Algunas de las pérdidas se recuperaron en la década 1991-2000, momento en que dicha tasa se elevó hasta un 17,7%, antes de volver a caer hasta un 14,4% en el período 2000-2005. Fuera de los EE.UU., las tasas de beneficio de la industria japonesa se han reducido a menos de la mitad entre los años sesenta y los noventa, mientras en Alemania han caído un 75%. La caída de las tasas de beneficios se ha visto acompañada de la reducción en el crecimiento de las inversiones fijas: en Estados Unidos cayeron de un 4% al año en los sesenta y setenta a un 3,1% en los años noventa y a un 2,1% en el período 2000-2006. En Japón, en el mismo período, cayeron de un 10% a un 2,8%, y en Alemania de alrededor de un 7% a un 1,6%. (Harman, Ch., “La nueva crisis del capitalismo. Qué decimos los socialistas”, en *En lucha. Anticapitalismo y revolución*, abril del 2009, p. 25).

Es interesante por otro lado comparar las tasas de inversión en producción con las de las dedicadas a las finanzas. En los Estados Unidos, la proporción de inversiones que se destina a las finanzas, en oposición a las que se dedican a la producción, creció de un 12% a mitad de los años setenta a un 25% en los noventa. En Gran Bretaña, el sector financiero creció de aproximadamente un 7% del PIB en 1975 a más o menos un 25% en el año 2000. Por aquel entonces significaba el 18% del empleo total. Las inversiones en el sector financiero y en los servicios empresariales eran en este país menos de la mitad que las de la industria en 1975; a partir de 1990, eran cuatro veces más elevadas (Harman, Ch., “La nueva crisis del capitalismo. Qué decimos los socialistas”, *ibídem*, p. 25). Pues bien, tales datos son los que en definitiva permitieron a los autores que sostienen esta tesis- Robert Brenner, Ch. Harman, y Alex Callinicos- el predecir con antelación tanto el estallido de la burbuja financiera del 2001, como el de la inmobiliaria y crediticia en 2007.

2. Explica la profundidad de la crisis que estamos viviendo

hoy en día. Estamos ante una recesión solo comparable a la de los años 30, lo cual indica que la misma solo puede responder a causas económicas profundas, y no a un simple problema de desajustes o excesos financieros, burbujas o fraudes. Frente a la tesis de los antineoliberales, los excesos financieros no serían la causa, sino la consecuencia de la crisis, aunque luego la retroalimenten dialécticamente. La causa profunda no es otra que es la falta de rendimiento de las empresas o la caída de la tasa de beneficio.

3. Da cuenta de todos los rasgos que hemos analizado como constitutivos de nuestra época, aportados por las diversas teorías que hemos analizado: globalización ortodoxa, neoimperialismo y antineoliberalismo. El aumento imparable de la concentración, monopolios, transnacionales, en suma, en los países ricos y emergentes, responde a la necesidad de racionalizar lo máximo posible la producción, mejorando las aplicaciones tecnológicas y la consiguiente productividad, al tiempo que tratando de frenar el aumento de la composición orgánica del capital. La enorme internacionalización e integración del capitalismo comercial, en los países ricos y emergentes, es la consecuencia de la búsqueda de nuevos mercados, de exportación e inversión, donde colocar el capital acumulado y poco rentable, tratando de compensar así la pérdida de beneficios productivos. La financiarización de la economía, facilitada por las políticas de desregularización, es la búsqueda de nuevos negocios, no directamente productivos, pero muy lucrativos, de atajos económicos, en definitiva, cuando la economía productiva no reporta demasiados beneficios. La poca rentabilidad de ésta lleva además a asumir grandes riesgos, con la especulación financiera, inmobiliaria y crediticia, a lo que se añade el aumento de la corrupción y el fraude, y el trasvase entre cargos políticos y puestos empresariales; no se trata en estos casos de la perversa naturaleza humana, sino de comportamientos perversos generados por una economía perversa, que genera tales tipos de individuos. Hayden y Callinicos, entre otros, tienen por ello razón cuando afirman que la financiarización del

capitalismo, la preponderancia del capital financiero sobre el productivo, es una prueba clara de que el capitalismo está en crisis.

La tesis da sentido asimismo la oleada de neoimperialismo en las últimas décadas, y sus secuelas -el incremento de las guerras locales, la creciente explotación económica y político-militar del Tercer Mundo -como mecanismos para obtener ganancias complementarias que compensen la reducción de beneficios de los negocios habituales, al tiempo que aseguren -algo mucho más necesario en tiempos de crisis- el acceso a ciertos recursos básicos como el petróleo. Explica asimismo las limitaciones de la actual hegemonía americana y el aumento de rifirrafes y tensiones entre las potencias actuales, pues la competencia internacional se acrecienta lógicamente cuando los beneficios productivos de cada trust nacional ya no son tan evidentes. Da cuenta incluso de esa estrategia de agresividad unilateral que ha adoptado los EE.UU. en determinados momentos, que revela, en su radicalidad, más la debilidad que la fortaleza de dicho país. I. Wallenstein lo dice claramente: “El imperialismo contemporáneo es más fruto de la debilidad de EE.UU. que de su fuerza”.¹⁷⁵

Da cuenta por último del contenido de verdad de la tesis del antineoliberalismo, es decir, de esa avalancha de medidas político-económicas de austeridad que han condenado al hambre y la miseria a grandes partes de las poblaciones más pobres del globo, y han erosionado, y en muchos casos destruido, las conquistas sociales del llamado Estado de bienestar: desregulación laboral, la sobreexplotación del trabajo emigrante y los subcontratados a través de las ETTs -pagando sueldos por debajo de su valor como mercancía-, aumento de edad de jubilación, privatizaciones de empresas y servicios públicos, reducción de salarios, aumento de la jornada laboral, erosión de servicios sociales gratuitos, amenazas a las pensiones públicas, reducción de subsidios a parados y necesitados, ataques a las organizaciones sindicales, au-

¹⁷⁵ (Cox, J, *Imperialism: just a phase we are going through?*, ibídem, p. 3).

mento del autoritarismo empresarial, privatizaciones de bienes estatales, y un largo etcétera, amén de políticas monetaristas, de austeridad fiscal y monetaria, que ralentizan la economía y con ello la capacidad de reivindicación de los obreros. Son mecanismos para compensar la caída de la rentabilidad, aumentando los beneficios de los capitalistas a costa de los obreros, de forma tanto indirecta como directa.

Recogemos aquí literalmente un texto de Chris Harman muy ilustrativo a este respecto: “Cada recorte salarial, cada incremento en la productividad, cada desplazamiento en las operaciones desde zonas de alto salario a zonas de bajo salario, cada debilitamiento de la organización sindical, sirve para incrementar la tasa de explotación y para poner más plusvalía a disposición de los capitales individuales. De ahí la tendencia hacia una intensificación de la batalla del capital contra el trabajador. De ahí también la tendencia hacia la emigración de industrias que requieren una mano de obra abundante a partes del tercer mundo, y la tendencia paralela a un cierto resurgir del trabajo mal pagado en todas las partes del mundo: en período de crisis, el capital ha intentado siempre resolver sus problemas pagando la fuerza de trabajo por menos de su valor”.¹⁷⁶

Recogemos otro texto del mismo autor que sostiene esta misma tesis de forma más detallada: “Estos cambios no se debieron, como Bourdieu parece implicar, simplemente por las intrigas propagandísticas de los apóstoles del neoliberalismo. Más bien reflejaron los intentos desesperados de varios grupos (dirigentes de las grandes multinacionales, políticos tanto del Primer como del Tercer Mundo, e intelectuales) que presidían y se benefician de la marcha de la economía en el período previo, para imponer sus intereses al resto de la sociedad, en un momento de crisis sucesivas. Por lo general ello supuso un énfasis en el incremento de la penetración de los mercados extranjeros y, a un ritmo más lento, el comienzo de una organización de la producción en fron-

¹⁷⁶ (Harman, Ch., *Explaining the crisis*, ibídem, p. 119).

teras internacionales, aunque no siempre. Nuevos beneficios solo podían ser obtenidos acudiendo a fuentes de beneficios que hasta entonces no habían sido ensayadas. Una de estas fuentes consiste en las industrias y servicios construidos por el Estado en el pasado, porque el capital privado no había podido extraerle rendimiento. Otra fuente consiste en arrebatar los recursos de las economías de los países más débiles del mundo, apoyándose en el poder de los Estados más poderosos, especialmente de EE.UU., para conseguirlo en el transcurso del comercio y de la negociación de la deuda. Finalmente, beneficios posteriores a los impuestos podían ser obtenidos desplazando la carga de la imposición, desde los beneficios, a los salarios y bienes de consumo”.¹⁷⁷

4. La tesis marxista explica sobre todo la dinámica de este declive de 40 años que todavía estamos viviendo. En principio, para una mirada superficial, este largo de período podría considerarse similar a aquel otro del capitalismo clásico, de 1820 a 1870; ambos se habrían caracterizado por un ciclo continuo, sucesivo, de booms económicos, seguidos de recesiones, de forma ininterrumpida. Sin embargo el período actual presenta una diferencia básica: en él los booms han sido progresivamente más endebles y menos duraderos, y las recesiones más largas y profundas. Eso a su vez responde a una diferencia esencial ya reseñada. Mientras en los ciclos del XIX las recesiones suponían una bancarrota industrial que generaba un auge real, con recuperación de la tasa de beneficio y crecimiento estable, las recesiones del período de la globalización se han solucionado artificialmente, a través de una producción inducida. Ésta ha consistido por un lado en el aumento de la explotación de los trabajadores y en el aumento de la agresión imperial, con la presión monetaria, arancelaria o político-militar, sobre otros Estados, tanto débiles como fuertes -lo cual explica también la alternancia geográfica de la crisis, el hecho de que nunca se haya dado durante estos años un crecimiento general estable, sino que el auge puntual de algunos

¹⁷⁷ (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 36).

países se hayan dado a expensas de otros-. Pero sobre todo el gran mecanismo de producción inducida han sido las inyecciones de capital a las empresas, las cuales han sido de tres tipos: inversiones directas del capital financiero ocioso, inversiones indirectas del mismo a través del endeudamiento de los Estados y de las familias e inversiones indirectas de dicho capital a través de la espiral especulativa. Por eso las recesiones, sobre todo las más recientes, han retornado más rápidamente, y han sido más profundas, pues unían a la anterior todavía no resuelta, las consecuencias del boom artificial: endeudamiento público y privado, y empresas poco rentables con enorme superproducción. Ch. Harman ha denominado este círculo vicioso de crisis ascendente de los últimos 40 años como “capitalismo zombi”, y lo ha descrito de forma muy gráfica con la metáfora de la droga: “Actúa -el boom artificial- como una droga, dando energía, creando euforia, con una resaca posterior que solo se supera con más dosis, hasta que el metabolismo está envenenado”.¹⁷⁸

Hagamos un resumen de los ciclos de boom y recesión que han marcado el período que hemos llamado de globalización, y que a nuestro juicio confirma esta tesis; nos basamos para ello en los datos aportados básicamente por Ch. Harman y Robert Brenner. Los años 70 conocen dos crisis, la del 73 y la del 77/78. El keynesianismo, como hemos dicho, solo genera estanflación. Carter, con su consejero Volcker, aplica en el 79 medidas de austeridad, que generan un pequeño boom, que se desploma sin embargo en la recesión del 82, año en que EE.UU. pierde medio millón de puestos de trabajo; algo similar le ocurre a Gran Bretaña. Se produce además la crisis de la deuda de los países latinoamericanos y de otros del Tercer Mundo, como Nigeria. En el 83 comienza una recuperación norteamericana, pero ya no basada en la austeridad, sino gracias al gasto estatal en armamentismo- la guerra de las galaxias- y la desregulación fiscal- la aplicación de un keynesianismo de ricos-, y una inyección de capital

¹⁷⁸ (Harman, Ch., *The zombie capitalism*, ibídem, p. 280).

financiero en la economía productiva, estimulada con políticas públicas. El gobierno norteamericano financia sus gastos con emisión de bonos y obligaciones, lo cual empuja a los bancos y empresas también a financiarse con acciones. Los préstamos los paga el Estado con nuevas emisiones. Se forma en definitiva una burbuja financiera en EE.UU. que favorece a su vez a las economías europea y japonesa. Para superar una leve recesión en el 85 empieza, se aplican de nuevo medidas de estímulo, en este caso imponiendo “El Acuerdo de Plaza” para devaluar el dólar y reactivar la economía americana. Los países latinoamericanos se llenan de dólares y viven una inflación terrible.

Todo ello desemboca en el 87 en el primer gran crack bursátil de la “globalización”, que supone además la quiebra de empresas importantes y la primera gran operación de rescate estatal, la de las cajas de ahorro norteamericanas en el 88. La crisis afecta también a Europa, salvo Alemania y Japón, que se mantienen fuertes. La recesión se prolonga hasta el 89, año en que además se produce la crisis financiera e inmobiliaria de Japón. Hacia finales de dicha década cae asimismo el Bloque del Este, derumbe propiciado por la crisis general del capitalismo -desde mediados de los 50 el bloque del Este no pudo estar al nivel de las innovaciones tecnológicas de occidente, y por eso su productividad era escasa- agravada a su vez por la ineficacia tradicional de su sistema burocrático. Al mismo tiempo, algunos de esos Estados, como Polonia, o Hungría, se habían endeudado con países occidentales y la recesión de éstos les dificultó el pago de la deuda y les agravó su situación económica.

Hacia el 1993 se produce un boom en EE.UU., el primero con cierta recuperación de la tasa de beneficio desde los 70. Tiene tres causas básicas: la reestructuración industrial que se había dado sobre todo en los inicio de los 80, una moneda barata, como consecuencia de “El Acuerdo de Plaza” -el dólar cayó entre un 40 y un 60% en relación al yen y al marco-, que favorece la exportación, y sobre todo un aumento tremendo de la explotación de la clase obrera norteamericana, que sufrió, entre otras cosas,

un incremento considerable de la jornada laboral.¹⁷⁹ Asimismo EE.UU. elimina casi por completo su deuda externa, gracias a la aplicación de nuevo de medidas restrictivas por parte de Clinton.

Este auge americano tiene como reverso el estancamiento europeo, incluida Alemania, y de Japón, durante toda la primera mitad de los 90. En Europa Occidental, a los efectos del enfriamiento de la economía provocada por la política monetaria de los EE.UU., se añadieron las consecuencias de una política también restrictiva, deficitaria, con tipos de interés altos y un marco fuerte, que Alemania siguió para evitar la inflación y el aumento de los salarios, y para forzar una reestructuración de las empresas, tras el enorme endeudamiento público que le supuso la reunificación. Ello afectó a los países del entorno más débiles, especialmente Italia e Inglaterra, que se vieron obligados, sometidos a una fuerte especulación, a retirar sus monedas del sistema monetario europeo, para así poder devaluarlas y evitar una recesión peor; es la crisis monetaria del 91/92, a la que se sumó Francia en el 93. El 92 conoce igualmente la crisis financiera de Suecia.

El auge norteamericano tiene también su contraste en la recesión de otras economías. El 95 trae consigo la crisis financiera de México y el 97, el derrumbe del llamado milagro de los “Tigres Asiáticos”- Taiwán, Honkong, Singapur, Corea del Sur, Tailandia, Filipinas, Indonesia y Malasia,- el cual culmina con una crisis generalizada no sólo de los países asiáticos del entorno, sino también de otras economías “emergentes”. Japón fue el país más afectado, ya que unía a su crisis interna la pérdida de muchas inversiones en los Tigres Asiáticos. Rusia, que se mantenía gracias a los altos precios del petróleo y a las inversiones de capital financiero externo a corto plazo, cayó por la bajada de los precios de los bienes el petróleo y por la huida de capitales; el FMI no intervino al rescate. Lo peor fue para Latinoamérica, y sobre todo Brasil, que vivió una huida de dólares hacia lugar

¹⁷⁹ (Harman, Ch., “Beyond the boom”, *International Socialist Journal*, n° 91, 2001, pubs.socialistreviewindex.org.uk/.../harman.htm).

seguro, EE.UU. y Europa, pese a la subida de los tipos de interés que adoptó el gobierno y que abocó a su economía a la recesión.¹⁸⁰

Pero la economía norteamericana, pese a su recuperación entre 90 y 95, no era tan fuerte como parecía, y de hecho nunca llegó a obtener los niveles de producción, productividad, salarios, etc., de los años 45 a 73. Por ello, contra las expectativas de muchos economistas ortodoxos, quienes veían incluso en el colapso asiático una prueba de la superioridad del capitalismo puro americano frente a un capitalismo demasiado estatalizado- el asiático, que poco antes habían elogiado como modelo a seguirla crisis de los Tigres alcanzó también a los EE.UU.¹⁸¹ En septiembre de 1998, el *hedge fund Long Term Capital Management* (los directores del cual incluían a dos ganadores del Premio Nobel de Economía) colapsó. Se acudió de nuevo a rescate y al estímulo fiscal. El Estado norteamericano, personalizado en Alan Greenspan, ignorando la ideología ortodoxa neoliberal, se confabuló con a los banqueros más poderosos del país, en una reunión a medianoche, y redujo las tasas de interés, para prevenir el colapso de más entidades. Entre las corporaciones que aprovecharon para comprar acciones de LTCM por valor de 100 millones de dólares estaba Lehman and Brothers.¹⁸²

La economía norteamericana se salvó de la hecatombe del 98 a través de un boom artificial, de una burbuja básicamente financiera: en el 97 se puso seis veces más dinero en acciones y préstamos que en los años del 90 al 95. La burbuja se gestó sobre tres pilares: en primer lugar, una enorme avalancha de capital, japonés y chino, en dólares, fruto del déficit comercial americano, el cual se agudizó con la inversión de “El Acuerdo de Plaza”, en el

¹⁸⁰ (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, *ibídem*, p. 10).

¹⁸¹ (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, *ibídem*, p. 9).

¹⁸² (Harman, Ch., “La nueva crisis del capitalismo. Qué decimos los socialistas”, *ibídem*).

95, por el que se revalorizó el dólar -el yen se cotizó a 79 por dólar, cuando en el 85 estaba a 245-; en segundo lugar las desregulaciones de Clinton, la de las telecomunicaciones en el 96, y la financiera, en el 98, que permitió la fusión de entidades financieras de diverso tipo; en tercer lugar, las políticas de estímulo introducidas por Greenspan, con unos tipos de interés a corto plazo muy bajos y una desregulación de la política de fondos de los bancos: “(Greenspan) no sólo recortó de forma tremenda los tipos de interés a corto plazo, permitiendo a los bancos proseguir con su modelo harto rentable de tomar prestado a corto plazo y barato y de prestar a largo plazo y caro. Permitted asimismo a los bancos, contraviniendo con ello las normas gubernamentales, retener enormes cantidades de bonos a largo plazo- los cuales se apreciaron enormemente al bajar los tipos de interés a largo plazo- sin la necesidad de guardar fondos para cubrir los riesgos”.¹⁸³

Las inversiones del capital financiero ocioso se dirigieron básicamente a las nuevas empresas de telecomunicaciones, las *e-business* o empresas de internet, y otras asociadas, como las empresas de fibra óptica, etc., que vinieron así a desempeñar el mismo papel que habían jugado las empresas de ferrocarriles en el XIX. Las empresas de telecomunicaciones, en la primavera del 2000, en el momento de más auge, tenían un 15% de todas las inversiones bursátiles. Entre el 96 y el 2000 pidieron prestados a los bancos 800 billones de dólares y 450 en bonos. Esto hace subir su precio, y genera un círculo vicioso, por el que las empresas piden más dinero prestado y más financiación y aumentan sus inversiones. Se habla de un “nuevo paradigma”. De esta manera estas empresas, que ya no eran demasiado rentables, se ven abocadas a una superproducción tremenda. Así, la tasa de utilización de las líneas de telecomunicaciones era a principios de 2000 de un 2.5 o 3%, y el de cable submarino de un 13%. En consecuencia la tasa de beneficio de estas empresas se redujo,

¹⁸³ (Brenner, R., “New boom or new bubble?”, *ibidem*, p. 75).

entre el 97 y el 2000, en un 5%, partiendo de una tasa ya previamente baja. Todo ello genera en última instancia una mayor disminución de la tasa de beneficio para el conjunto de la economía: “Aumentó la productividad, pero ello no pudo conducir a un aumento de los beneficios porque era fruto de la misma sobreinversión, que al mismo tiempo estaba creando sobrecapacidad y sobreproducción. Entre 1997 y el 2000, cuando el boom alcanzó su pico, la tasa de beneficio del sector no financiero había descendido, en términos generales, un quinto”.¹⁸⁴

La burbuja financiera se vio asimismo acompañada por el fenómeno galopante de la especulación. Proliferaron los productos derivados, muchos de alto riesgo, y los agentes financieros, algunos también de muy alto riesgo, como los *hedge funds*. Todo ello aumentó a su vez, dialécticamente, la burbuja financiera, haciendo subir el precio de las acciones muy por encima del valor real. Se producen asimismo enormes fortunas con el cálculo especulativo. Muchos capitalistas y ejecutivos vendieron, a mitad del año 2.000, 18 billones de dólares en acciones, justo cuando su precio estaba en el momento álgido, obteniendo con ello beneficios multimillonarios. Se recrudece en tercer lugar el fenómeno de la corrupción, legal e ilegal. La desregulación financiera del 98, por ejemplo, estuvo facilitada por las grandes contribuciones de muchas empresas a la campaña electoral de Clinton. Los expertos intermediarios, por ejemplo el grupo inversor Salomon, del Citygroup, amasan grandes fortunas gracias a las bonificaciones recibidas por parte de empresas agradecidas que han visto subir el precio de sus acciones gracias a las gestiones de aquéllos. Los ejecutivos de las grandes empresas se cubren las espaldas, con productos de protección, o con *stock options* y compensaciones; del 95 al 97 éstos cuadruplican sus *stock options*, pasando de 26.5 billones a 110 billones de dólares.

Se produce en cuarto lugar el fraude y la manipulación del

¹⁸⁴ (Brenner, R. “Towards the precipice: Robert Brenner on the crisis of the US economy”, *International Socialism Journal*, noviembre de 2004, p. 9).

mercado. Muchas empresas hacen subir artificialmente sus acciones, comprándolas ellas mismas, para ocultar el estado real de las empresas y mantener artificialmente su alta cotización. Muchos managers de fondos, pese a saber de la debilidad de las acciones, las siguen comprando a precio elevado, por el efecto contagio que reza: no debemos quedarnos fuera de juego, en caso de que las acciones sigan subiendo, y en caso de que bajen, no habremos sido los únicos en equivocarnos. Otras empresas falsifican sus estados de cuentas, según el principio de la contabilidad creativa. Por ejemplo contabilizan como gastos en capital lo que son gastos corrientes, para producción e inversión. Mencionemos un caso concreto: dos compañías de telecomunicaciones, *Global Crossing* y *Qwest*, inflaron sus libros de cuentas en el año 2001 en un billón, al menos, de dólares. Wall Street por su parte participó en estos fraudes, anotando como beneficios reales productivos de las empresas lo que eran beneficios por las acciones.

La economía real reaparece pronto. El boom o burbuja solo dura dos años y estalla en el 2001, poco antes del atentado de las Torres Gemelas. Se produce las revelaciones de las pérdidas de las empresas y la bancarrota de muchas, como la energética Enron o Worldcom. Se descubre que una empresa puntera como ésta última no había obtenido ningún beneficio en 2000 y 2001, y probablemente tampoco en el 98 y 99. Ello genera la crisis financiera: bajada generalizada del valor de las acciones, su venta masiva- lo cual a su vez hacer disminuir su precio-, y la búsqueda del refugio “dinero”, como hace el capital siempre en épocas de crisis y como ya ocurriera en el 29: “Mucho antes de Keynes, Marx había subrayado la lógica irracional de este proceso, en el cual la moneda es preferida a las mercancías cuyo valor corporizan: ‘En épocas de crisis, y en que el crédito se reduce o desaparece en absoluto, el dinero se enfrenta de pronto de un modo absoluto a las mercancías como medio único de pago y como la verdadera existencia del valor. De aquí la depreciación general de las mercancías, la dificultad, más aún, la imposibili-

dad de convertirlas en dinero, es decir, en su propia forma puramente fantástica. Y, en segundo lugar, el dinero-crédito mismo sólo es dinero en la medida en que representa absolutamente al dinero real por el importe de su valor nominal. De aquí las medidas coactivas, el alza del tipo de interés, etc., para asegurar, las condiciones de esta convertibilidad. Una desvalorización del dinero-crédito haría estremecerse todas las relaciones existentes. Se sacrifica, por tanto, el valor de las mercancías para asegurar la existencia fantástica y sustantiva de este valor en dinero. Como valor-dinero sólo se asegura de un modo general mientras se asegura el dinero. Para asegurar un par de millones de dinero, hay que sacrificar, por tanto, muchos millones de mercancías. Esto es inevitable en la producción capitalista y constituye una de sus bellezas.”¹⁸⁵

La crisis financiera agudiza a su vez la crisis productiva. Se produce en EE.UU., entre la primera mitad del 2000 y la primera del 2001, una reducción de la inversión y de la producción empresarial, nunca antes vista después de la II Guerra Mundial. La tasa de beneficio de la industria norteamericana cae un 42% en relación al pico o momento más alto del 97; el PBI baja del 5% al menos 0.1%, y el déficit fiscal bate a su vez todos los récords. Ello va unido al hecho de que EE.UU. ya se había convertido antes en un país deficitario, cuya deuda estaba sostenida precisamente por las inversiones procedentes de otros países, y cada vez más de China, algo que se mantiene hasta hoy. El estallido de la burbuja aumenta todavía más dicho déficit, y pone en riesgo el sostenimiento de la economía americana por el capital chino. Por último el estallido de la burbuja financiera de EE.UU. afecta a toda Europa, pues ésta depende de las importaciones norteamericanas y de su mercado financiero como lugar de inversión.

¹⁸⁵ (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, *ibídem*, pp. 20 y 21).

En el 2003 la economía norteamericana vive otro boom, tan artificial como el precedente, de producción inducida, la mayor nunca puesta en marcha antes, al menos en los EE.UU.. Se origina sobre tres pilares: una gran inyección de dinero público, de gasto en armamentos, por parte de EE.UU. tras el 11S, la existencia de mucho dinero líquido en los bancos e inversores que había huido de la bolsa, y de otro mucho que entraba de Europa y China gracias al dólar alto- EE.UU., al tener el dólar muy alto, sigue tirando de la economía mundial-; un nuevo estímulo keynesiano, a través de reducciones de impuestos y de unos tipos de interés bajos, inauditos, al 1.25%, los más bajos desde la II Guerra.

Este boom presenta dos peculiaridades. La primera es el gran endeudamiento de muchos Estados, quienes se ven obligados a recurrir a préstamos, con emisión de bonos, letras u obligaciones, dados los pocos recursos que obtienen vía impuestos, dadas la poca rentabilidad del capital y las bajada de impuestos al mismo, y atraídos también por el bajo tipo de interés. La segunda es que el crédito barato no se ofrece solo a las empresas, sino también y de manera especial a las familias. En EE.UU., y en algunos países europeos, entre ellos España, Irlanda, Gran Bretaña, los bancos prestaron a las familias enormes cantidades de dinero, para la inversión en diferentes bienes y sobre todo en vivienda, lo que genera el gran boom inmobiliario/crediticio, y aumenta el consumo privado, en general, de forma desorbitada. Ello genera fenómenos especulativos, como la refinanciación de las hipotecas, etc., o fraudulentos como los préstamos a familias sin recursos, lo que implicaba para los prestamistas grandes beneficios y grandes riesgos; nos referimos a las sub-prime. Las hipotecas *subprime* “son un tipo de hipotecas que se venían concediendo desde hacía muchos años, pero mientras que en las décadas anteriores no superaban el 9% del total de hipotecas suscritas, en el año 2006 alcanzaron el 20% del mercado.”¹⁸⁶

¹⁸⁶ (Torres López, J., *La crisis financiera. Guía para entenderla y explicarla*, ibídem, p. 42).

El boom inmobiliario/crediticio alimenta a su vez la inversión financiera, con características similares a la de finales de los 90. Vuelve la especulación bursátil, con productos financieros complejos e imaginativos, al tiempo que muy arriesgados: “Pues bien, como las hipotecas que iban concediendo los bancos estadounidenses eran cada vez más arriesgadas y peligrosas trataron de disimular el peligro que realmente conllevaban. Para ello inventaron unos ‘paquetes’ en donde incluían hipotecas buenas (*prime*) y otras malas (*subprime*) y en donde además empezaron a mezclar activos de diferente tipo: préstamos hipotecarios, préstamos para el consumo de coches, préstamos para estudiantes, etcétera. E incluso inventaron paquetes que contenían otros paquetes en su interior, de modo que al final nadie sabía el producto financiero que en realidad estaba comprando. Y los directores de sucursales bancarias de todo el mundo se los ‘colocaban’ a sus clientes sin que ni siquiera ellos mismos supieran lo que les vendían”.¹⁸⁷ Vuelve el fraude, la “contabilidad creativa”, incluso con implicación de Estados. El vicepresidente de Goldman Sachs, actual presidente del Banco Central Europeo, ofreció un préstamo al Estado griego que, sin embargo, contabilizó como una operación con instrumentos derivados, concretamente con un *swap*. También proliferan de nuevo los agentes financieros, y entre ellos las “Agencias de *rating*”, que avivan la especulación bursátil falsificando al alza el valor de las acciones y camuflando los riesgos de las inversiones.

Recogemos aquí un texto íntegro de A. Garzón que resume perfectamente el proceso dialéctico de boom inmobiliario/ crediticio, boom financiero y boom especulativo: “El afán de ganar cada vez más dinero ofreciendo créditos por doquier llevó a los bancos a ofertar las llamadas hipotecas *subprime*, que eran las que destinaban a gente poco más riesgo de impago. En Estados Unidos se popularizaron los llamados préstamos NINJA, que corresponden a las iniciales de ‘*No Income, No Job, No Asset*’

¹⁸⁷ (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, pp. 22 y 23).

(sin ingresos, sin trabajo y sin patrimonio), que eran mucho más arriesgados, pero también más rentables para los bancos por los tipos más altos que había que pagar por ellas. Pero los bancos ofrecían tantos créditos que empezaban a encontrarse sin liquidez para seguir dándolos y entonces recurrieron a un procedimiento que ya se había utilizado antes aunque no en tan gran medida como se iba a utilizar entonces: la titulización de los activos. Mediante este proceso el banco vende el derecho que lleva consigo el contrato de préstamo, el papel, a una entidad (normalmente un fondo de inversión) denominada ‘vehículo’ (en general creada por los mismos bancos). De esa forma sale papel de su balance y entra liquidez (dinero contante y sonante que ya puede utilizar para seguir dando más créditos) y, además, transfiere el riesgo desde dentro hacia fuera de su balance. Enseguida la entidad vehículo hace lo mismo: emite unos nuevos títulos (los mismos papeles que había comprado a los bancos con otros nombres) que vende a nuevos inversores. En el año 2001 se titulizaban el 46% de dichas hipotecas, mientras que en el año 2006 esta cifra alcanzaba ya un 75%. Los préstamos Alt-A, siguientes en la escala de riesgo y también fuertemente implicados en la crisis, eran titulizados en un 91% de los casos. En total, a lo largo del año 2006 se titulizaron hipotecas subprime Alt-A por valor de 814.300 millones de dólares, y en total (sumando también hipotecas jumbo y prime) se titulizaron hipotecas por valor de 1,938 billones de dólares.¹⁸⁸

Sin embargo, pese a la mayor política keynesiana nunca puesta en marcha en los EE.UU.- el “mayor estímulo económico keynesiano en tiempo de paz”, en términos de R. Brenner (Brenner, R., “A marxist explanation for the current capitalist economic crisis”, *ibídem*, p. 3)-, éste fue el boom más débil y menos duradero. La gran debilidad de la economía real, productiva, no permitía otra cosa. En cuanto las familias, con la falta de producción, de trabajo, de demanda, por tanto, se vieron incapaces de

¹⁸⁸ (Torres López, J., *La crisis financiera. Guía para entenderla y explicarla*, *ibídem*, p. 46).

pagar sus préstamos, toda la burbuja se viene abajo, los precios de las viviendas se desploman, generando una situación de crisis donde a la recesión productiva se le añade el endeudamiento enorme. Las familias no pagan, los bancos no cobran, las entidades vehículo o instrumentos financieros tienen enormes deudas a las que han de hacer frente los bancos. Viene la bancarrota financiera y el cierre de empresas inversoras. En agosto del 2007 estalla la crisis de los *hedge funds*, y en 2008 la quiebra de la empresa de inversiones Lehmans and Brothers, y de otras múltiples empresas. Esta crisis se extiende, en un contexto de internacionalización, a Europa, cuya economía, especialmente la alemana, depende de la importación a EE.UU.. Al mismo tiempo varios países europeos viven una situación similar de burbuja inmobiliaria y crediticia: Irlanda, Gran Bretaña y España. También tienen grandes deudas públicas, las cuales se incrementan sobremanera con la carrera de rescate de bancos que emprenden estos Estados, o de Estados enteros, como el griego. Pero también empiezan a notar la crisis los países más resistentes en principio: India, con estallido de la burbuja inmobiliaria, China, con un enorme endeudamiento, superproducción y burbuja inmobiliaria, a lo que se añade la disminución de las exportaciones por la crisis americana y europea, y Brasil, Corea del Sur, Australia, Nueva Zelanda, etc., pues sus economía dependen mucho de China y sus importaciones.

Quiebran y son rescatadas por los Estados las siguientes entidades financieras americanas y europeas: AIG en USA, HBOS en G. Bretaña, Fortis en Bélgica y Holanda, Hyper Real Estate en Alemania, tres de los grandes bancos irlandeses y los bancos islandeses. El rescate se hace de forma directa, por inyección de liquidez, o incluso nacionalización, para luego reprivatizar más barato, o de forma indirecta, comprando activos de los bancos tóxicos, no a su precio real, sino a su precio de compra. El rescate de los banco aumenta de forma desorbitada el endeudamiento previo de los Estados. El problema se agrava porque el capital financiero, para evitar las pérdidas de los años 70, a causa de la

inflación, habían condicionado sus préstamos a una prima de riesgo, que encarece los tipos de interés de aquéllos que según las empresas de valoración sean de dudoso retorno.

En Europa además el BCE tiene prohibido dar préstamos directos a los Estados. Esta misma entidad, sin embargo, bajo los auspicios de Francia y Alemania, permite la especulación de los bancos privados, que toman prestado a 1%, para luego prestar más caro a los Estados, al 4%. Los bancos rescatados por su parte juegan a transmitir una sensación de riesgo de bancarrota de los Estados, al acaparar los seguros o CDS, lo que hace que suban las primas de riesgo.¹⁸⁹ Este super endeudamiento se compensa entonces con los recortes a los trabajadores, en salarios y servicios sociales, de forma que son éstos en última instancia quienes pagan las deudas de los bancos. El caso extremo, pero no único, es el griego.

La crisis productiva, que es una constante desde los 70, se agrava con el estallido de la burbuja: Chrysler pierde 4 millones de dólares en un día, G. Motors evita la bancarrota por el rescate de 4 billones del gobierno norteamericano. Dicha situación se agrava por el “*credit crunch*” o miedo de unos bancos a prestar a otros, lo cual estanca más la producción. Después del rescate de muchos bancos, sigue habiendo dudas sobre su situación financiera, y ello hace que reciban pocos préstamos de entidades de otros países -habiendo aumentado la inyección de dinero por parte de los bancos centrales, incluso del norteamericano-, y que a su vez ellos concedan pocos préstamos a las empresas, sobre todo a las pequeñas y medianas. La economía se paraliza, y ello significa paro, pobreza, y en definitiva más castigo para los obreros y la clase humilde en general, tal como lo que estamos viendo hoy en día.

5. La tesis marxista explica igualmente el comportamiento de la clase política dominante, durante estas 4 décadas, que pode-

¹⁸⁹ (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 67).

mos calificar como insegura, carente de un claro hilo conductor, perpleja ante los altibajos continuos de la economía. Cada recesión nueva, cada vez más profunda, ha sorprendido una y otra vez a la clase política, y también a sus intelectuales. Se han alternado así, sin solución de continuidad, políticas neoliberales y políticas keynesianas, dentro de un mismo país, de un mismo partido político e incluso de un mismo gobierno. Tal fue el caso de Reagan y de Clinton, o de Mitterrand, quien aplicó el primer año un keynesianismo tradicional, público, para virar en unos pocos meses hacia el monetarismo más estricto.

Estas vacilaciones se han recrudecido, en consonancia con el empeoramiento de la economía, hasta llegar al actual galimatías, en EE.UU. y Europa, donde los políticos, y sus consejeros economistas e industriales, parecen haber alcanzado el paroxismo de la perplejidad. “Hay esos financieros, industriales, economistas que creen que sin intervención es inevitable una nueva recesión. Se les oponen los que sostienen que esa intervención solo animará a las instituciones financieras para arriesgar préstamos todavía peores, dada la creencia de que los bancos centrales siempre los rescatará y esto conducirá a una crisis todavía peor en un par de años”.¹⁹⁰ Los políticos se presentan así ante la opinión pública como meros principiantes que no saben muy bien qué hacer.

Pongamos un ejemplo. En los inicios de la recesión actual, en cuestión de días, se dudó entre permitir la bancarrota de empresas fallidas, como Lehmans and Brothers, o rescatarlas, en los casos del gigante hipotecario Freddie Mac and Fannie Mae o, días después, del gigante de seguros AIG. Asimismo, ante la situación crítica del Estado de Grecia, se ha dudado entre dejarlo caer, para evitar un debilitamiento del euro y del eje franco-alemán, o rescatarlo, para garantizar la recuperación de los préstamos por parte de los bancos franceses y alemanes, y mantener a Grecia como mercado de las empresas principalmente alema-

¹⁹⁰ (Harman, Ch., “Market Turmoil: the shape of the chaos to come?”, *International Socialism Journal*, n° 116, 2007, www.marxists.org/archive/harman/index.htm, p. 5).

nas; pues, como dice Callinicos, es dudoso que Alemania se pudiera mantener sin el sur de Europa.¹⁹¹

Pero sobre todo la perplejidad se ha reflejado en los cambios radicales de políticas y discursos económicos que han tenido lugar en muy breve espacio de tiempo. En los inicios de la actual recesión Sarkozy anunciaba la refundación del capitalismo, por ende la vuelta al keynesianismo clásico. Lo mismo hizo en España Zapatero, cuando puso en práctica el famoso proyecto keynesiano de obras públicas, llamado “Proyecto E”. Asimismo, en la cumbre del G20 en Londres, a principios del 2009, los gobiernos de los 20 países más ricos acordaron un paquete de estímulo fiscal, que ascendía, según se anunciaba, a 5.000 billones de dólares. Obama habló a la sazón de un “*turning point*” de la economía, mientras Gordon Brown lo saludó como la salida a la crisis. Bien es verdad que la misma prensa oficial, el *Financial Times*, recordaba que el paquete no era tal, dado que incluía partidas ya previstas con antelación.¹⁹²

En EE.UU. James Baker, colaborador de derechas de Clinton y Busch, decía también en 2009: “Aborrezco la idea de propiedad del gobierno, sea parcial o total, incluso si es temporal. Desgraciadamente no tenemos otra opción”. Y el propio Bush Junior, ya en 2008, bajó los impuestos, por primera vez no solo a los ricos.¹⁹³

“Durante este periodo, el gobierno americano ha ido extraordinariamente lejos en el aumento del gasto. Amén de los gastos estándar anticíclicos, como lo sellos de comida, se extendieron los beneficios del desempleo, el recorte de impuestos, proyectos de estímulo, la extensión de la sanidad. El déficit fiscal está creciendo a niveles nunca vistos fuera de tiempos de guerra”.¹⁹⁴

¹⁹¹ (Callinicos, A., “About the crisis of our time”, ibídem, p. 10).

¹⁹² (Harman, Ch., “The leap of faith: The ruling class ‘solution’ to the economic crisis”, *SocialistReview*, mayo 2009, p. 1).

¹⁹³ (Harman, Ch., “From the credit crunch to the spectre of global crisis”, *International Socialist Journal*, n° 118, www.isj.org.uk/?id=421, p. 6).

¹⁹⁴ (Callinicos, A., “About the crisis of our time”, ibídem, p. 6).

Hoy en día sin embargo, dos años después, en plena crisis todavía, los gobiernos, tanto de USA como de la Eurozona, y por tanto gran parte de los grandes capitalistas del mundo, han dado un giro de 180 grados, y han apostado, como solución, por una austeridad radical, que supone en la práctica hacer recaer sobre la clase obrera todo el peso de la crisis, de forma directa o indirecta, eliminando todo lo que se ha llamado Estado de bienestar. Así, en USA “su -de Obama- plan de trabajo de 447 billones ‘desvelado a primeros de septiembre se va a pagar en gran parte por recortes en asistencia sanitaria y otros programas de gastos’”.¹⁹⁵ Alemania y Francia por su parte acuerdan una eurozona dura, donde no se permitirá exceder el 3% de déficit, y donde se sancionará inmediatamente a los infractores. Creen con ello, a la manera reaganiana, poder salir de la crisis reestructurando su economía, recuperando la tasa de beneficios, a base de destruir empresas no rentables, y estrangulando económicamente a la clase obrera. Sin embargo, dada la profundidad de la crisis, ninguna de las salidas funciona. Por el contrario, ambas la agravan, de modo que el sistema se encuentra en una situación que podemos denominar de Escila y Caribdis, como decía Tony Cliff.¹⁹⁶ Las políticas keynesianas conllevan la amenaza de un calentamiento de la economía, de una vuelta a la burbuja y de un recrudescimiento de la crisis tras un espacio cada vez más breve de recuperación artificial. Las políticas de austeridad frenan la actividad económica, generan desempleo, disminuyen la demanda y ralentizan todavía más el crecimiento; como dice Tony Cliff, el recurso a la austeridad es como pretender apagar un fuego, el de la recesión, echando gasolina.

6. La tesis da cuenta igualmente de otros fenómenos, no económicos pero especialmente graves, que caracterizan a nuestra época: debilitamiento de la democracia, con la imposición de gobiernos por parte de capitales y grandes Estados en Grecia e

¹⁹⁵ (Callinicos, A., “About the crisis of our time”, *ibídem* p. 7).

¹⁹⁶ (Harman, Ch., “Market turmoil: the shape of the chaos to come?”, *ibídem*, p. 4).

Italia, y el desprestigio del parlamentarismo; criminalización de la reivindicación obrera, con limitaciones al derecho de manifestación o huelga; restricciones a las libertades políticas, a través de la aplicación de diversas legislaciones antiterroristas en los países democráticos, y el aumento del control de la vida de los ciudadanos- en España es posible espiar las conversaciones privadas sin autorización judicial por parte de la policía-; la criminalización de las víctimas de la sociedad, mendigos, parados, prostitutas, sin techo, que son expulsados de las calles; la degeneración de los medios de comunicación, como fuentes de propaganda crasa y de entretenimiento alienante; el exacerbamiento del individualismo del “sálvese quien pueda” o la ideología de ganadores frente a perdedores; el aumento de la violencia social, incluso de la más absurda y sin sentido; el consumismo; el retorno a las religiones y el aumento vertiginoso del puritanismo y la moralina en nuestras sociedades; el relativismo moral y gnosológico, el “todo vale” y la estética huera, que ha tenido su expresión “noble” en el llamado posmodernismo; la despreocupación oficial, más allá de la retórica, por la continua degradación del medio.

Por último se ha tornado tremendamente preocupante el retorno a dos discursos reaccionarios, que sirven para exculpar a los culpables reales de los males sociales, al tiempo que sitúan al culpable de los mismos entre los más desprotegidos: los nacionalismos excluyentes y los discursos xenófobos y racistas. Podemos destacar la presencia de eslóganes claramente racistas en las campañas electorales en España, el auge de partidos de extrema derecha en Europa, además ya aceptados por el *establishment*, como el Frente Nacional Francés, la presencia de políticos de extrema derecha en varios gobiernos europeos, la islamofobia galopante en partidos y movimientos sociales- fomentada incluso por determinadas medidas gubernamentales contra la construcción de mezquitas, el uso del velo, etc., que ha hecho de los musulmanes el nuevo chivo expiatorio del siglo XXI-, o la satanización de los rumanos, perseguidos por grupos neonazis en Hun-

gría amparados en el gobierno, y expulsados en masa de Francia e Italia. Ch. Harman lo expresa de manera muy ilustrativa: “Con las mentiras nos dirán que no es el capitalismo el responsable de la pérdida de los puestos de trabajo o de los problemas de vivienda, sino el camarero marroquí, el trabajador pakistaní que reparte el gas butano o los refugiados que han escapado de una guerra provocada por EE.UU. en la otra punta del mundo”.¹⁹⁷

La clase dominante ha encontrado por último un discurso ideológico desviacionista, que está triunfando, gracias a los medios de comunicación. Se trata de culpar a la propia clase obrera, y a las clases humildes en general, de haber desencadenado la crisis actual, fruto de unas ínfulas de grandeza, de una *hybris*, en terminología clásica, que le habría hecho consumir muy por encima de sus posibilidades. Es un discurso tremendamente falso, especialmente cínico, pero muy extendido y eficaz, que es fácil oír no solo en conversaciones populares, sino en tertulias radiofónicas y televisivas. En todo caso se acepta, de forma más generosa, que todos, incluidos obreros, patronos y especuladores, habríamos provocado la actual situación, de modo que todos al unísono deberíamos también sacrificarnos y apretarnos por igual el cinturón. Es una variante del discurso de los años 70, cuando desde la clase dominante se achacaba la crisis del 73 al excesivo nivel salarial de los obreros durante los años dorados del capitalismo.

7. La tesis explica por último un hecho positivo: el resurgir de movimientos sociales antisistema, que muestran su hastío con el mismo, que aspiran y luchan, aunque a veces con cierta ambigüedad ideológica, contra las injusticias y por un mundo mejor. Nos referimos al “movimiento antiglobalización”, que se inició en Seattle en noviembre del 99, y a los diversos movimientos que han surgido en la última crisis, como los grupos contra los “desalojos”, los “indignados” o el movimiento “Ocupa Wall Street”, etc. Nos referimos igualmente a los movimientos anti-

¹⁹⁷ (Harman, Ch., “La nueva crisis del capitalismo. Qué decimos los socialistas”, *ibidem*, pp. 29 y 30).

imperialistas contra la guerra, que adquirieron una dimensión enorme en la III Guerra de Irak. Todos estos grupos constituyen en realidad una continuidad ideológica del movimiento antiglobalización, si bien con un discurso más radical, más claramente anticapitalista. La ausencia, como también en el movimiento antiglobalización, de un claro armazón teórico anticapitalista, les supone debilidad pero no les resta en absoluto ni importancia ni capacidad de concienciación y movilización social. Como dice A. Callinicos, “El slogan del ‘99 por ciento frente al 1 por ciento’ ha trasladado al lenguaje popular la concepción marxista del antagonismo de clase consustancial a la sociedad capitalista”.¹⁹⁸

También revisten importancia los cambios políticos en Latinoamérica, con movimientos populares, indigenistas y obreros, desde Argentina y Brasil hasta Venezuela y Bolivia, que han llevado al poder a gobiernos sin duda capitalistas pero más progresistas, forzados a atender a algunas reivindicaciones populares, y sin la vergonzosa sumisión al imperialismo de otras épocas. Sobre todo no podemos olvidar las revoluciones del norte de África, que todavía no han acabado, y que son una refutación de todas las tesis globalizadoras del fin de la historia y de la “muerte” de la revolución. *Tahir*, como dice A. Callinicos, es un símbolo, amén de una realidad que ha servido de empuje a los movimientos sociales en Europa y EE.UU.¹⁹⁹ Otro elemento positivo, y sobre todo esperanzador, es ese ligero despertar de la clase obrera, agente principal de las revoluciones árabes, y que se está movilizándose en Grecia, Portugal, y otros países europeos. Es un despertar todavía tímido, lastrado por el peso de la crisis, por largos años de inactividad y por la losa que suponen las burocracias sindicales. Pero la esperanza de una alternativa real al capitalismo, del socialismo, solo puede venir de un despertar revolucionario de esta clase, en confluencia con los movimientos juveniles y espontáneos antisistema.

¹⁹⁸ (Callinicos, A., “The crisis wears on”, en *International Socialism Journal*, n° 133, Enero de 2012, p. 4).

¹⁹⁹ (Callinicos, A., “The crisis wears on”, *ibidem*, p. 5).

6.

CONCLUSIÓN

Nuestra tesis no postula ningún determinismo, a saber, la idea de que el capitalismo, dada la profundidad de la crisis y sus secuelas, vaya a caer inevitablemente. Lenin decía, y con razón, que, aun en la época de mayor crisis, el capitalismo siempre encuentra una salida económica a la misma. Ciertamente postulamos que, según avanza el capitalismo, sus crisis se tornan más profundas, y sus soluciones más difíciles, y por ende más agresivas y destructoras. Recordemos que las dos primeras gran crisis del capitalismo desembocaron en sendas guerras: la I y II Guerra Mundiales respectivamente. De la gran tercera crisis, la actual, desconocemos todavía sus consecuencias. Ello no implica sin embargo fatalismo, ni que vayamos necesariamente al caos. Significa solamente que hay dos alternativas, o bien una transformación radical de la sociedad, la planificación económica democrática, no basada en la competencia y la acumulación por la acumulación, sino en una acumulación para las necesidades de la gente, y el gobierno real de los ciudadanos, en definitiva el socialismo, o bien nos encaminamos a una solución dolorosa, injusta, y probablemente criminal, basada en un aumento de la represión de la clase obrera, incluso con medias totalitarias, si ello fuera preciso, y en un mayor conflicto internacional. Rosa Luxemburgo lo dijo muy claramente, y ello es hoy día más válido que nunca: la alternativa es socialismo o barbarie.

SEGUNDA PARTE:

LAS IDEOLOGÍA DE LA GLOBALIZACIÓN

1. introducción: Celebrando un entierro

Un nuevo fantasma recorre Europa y el mundo civilizado, el marxismo, pero esta vez llevado en andas, en forma de cadáver. No es ninguna novedad. Ya desde su origen fue blanco de todas las críticas del poder burgués, a través de su prensa política, y de su ciencia, economía, sociología y, por ende, filosofía. Las estrategias tampoco han variado: la descalificación burda, por parte de los economistas vulgares, o de liberales al acecho de toda forma de totalitarismo, a la manera de Popper o Hayeck, el uso inconfesado y despolitizado, por parte de la sociología seria del XIX, como en el caso de Durkheim, o incluso el referente inconfeso de toda una obra y vida, como el caso de M. Weber, quien pretendió, y sin duda consiguió, erguirse en el Marx del pensamiento burgués, pero eso sí, sin ese reconocimiento expreso que, entre otras cosas, se habría contradicho con la “neutralidad” científica.

Ser marxista *hic et nunc* supone estar expuesto a calificaciones o descalificaciones, según se quiera, tanto las tradicionales, esto es, la de “intolerante totalitario”, como las más novedosas, tales como “nostálgico, anacrónico, pasado de moda”, o bien “resentido”. Y ello es así en la vida cotidiana, en el trabajo, en el ambiente de ocio, y entre colegas del mundo académico, más o menos filosófico. La cosa empeora si conectamos la radio, la televisión u hojearmos un periódico de la “prensa libre”. El mundo universitario, como no podía ser menos, también está a la altura de los tiempos, y es que se rechaza al marxismo, aun cuando se lo use subrepticamente, no ya como teoría y praxis políticas, sino también como herramienta de análisis sociológico, económico e histórico, pues, como bien sabe el liberal, de oficio o beneficio, y por muchas esferas en que pretendamos repartir la realidad, al final todo está relacionado en el saber humano. ¿Y qué decir, más expresamente, de la filosofía académica? Aquí el marxismo está más enterrado, finiquitado y dado por muerto que el mismo tomismo, quedando en todo

caso, al igual que este último, como objeto de culto, o bien de especialistas o bien de nostálgicos en extinción. A cambio la filosofía política académica se ha entregado a disquisiciones escolásticas tales como las diferencias entre liberalismo y comunitarismo, o los distintos postmodernismos, etc. Y todo esto ocurre cuando, como hemos dicho arriba, el capitalismo ha vivido un “downturn” económico, de casi 40 años, que ha culminado en la profunda crisis actual, dando con ello la razón a Marx sobre el fenómeno de la crisis como algo consustancial al capitalismo.

En el plano personal, y de forma sorprendente, se ha visto a marxistas comunistas transustanciados en liberales, bien a través de la mediación socialdemócrata, bien, de forma más sorprendente, sin mediación alguna. Y ello en las cuatro esferas arriba reseñadas, el mundo de la vida, o la calle, el mundo público intelectual, prensa y partidos políticos, el mundo intelectual de alto estándar, el universitario y, dentro de este último, la filosofía. Así, y por mencionar ejemplos conspicuos, ya nada extraña ver a políticos ex-comunistas, como R. Tamames, de la mano de extremos liberales como el presentador Federico Jiménez los Santos, participando en jornadas organizadas por empresarios y miembros del PP, donde pregonar el librecambismo y las bondades de lo privado. Asimismo tampoco sorprende que filósofos ex-marxistas, a la manera de G. Bueno, quien incluso “bajara a la mina” para cantar las bondades del socialismo a los mineros de las cuencas asturianas, se yerga en apologeta del “mecenas” ovetense, su alcalde Gabino de Lorenzo, o del propio J. M. Aznar, presentado poco menos que como paradigma del buen político renacentista o ilustrado. No dudamos que muchas de las conversiones, todas ellas objetivas, acaecidas en consonancia con los tiempos, son, en lo subjetivo, sinceras, realmente vividas, pero de la misma manera tampoco hay que olvidar que, como Gustavo Bueno gusta de repetir, no sólo de pan vive el hombre, sino también de todo lo cultural que lo acompaña, los manteles, los cubiertos, el buen vino e incluso, de eso de cuya

progresiva desaparición tanto se doliera nuestro Ortega y Gasset, del buen servicio.

2.

La hegemonía burguesa es cosa de familias

Dejémonos de victimismos *et paulo maiora canamus*. El objeto de estas páginas no es otro que el de rescatar la idea marxista de “ideología”, intentando mostrar su validez, teórica y práctica, para el análisis del capitalismo en general y más concretamente del periodo actual, que se ha dado en llamar “globalización”, y cuya esencia económica y política hemos intentado desentrañar en el capítulo anterior. A través de la idea de ideología pretendemos organizar varias de las cosmovisiones que dominan nuestro mundo, el aquí y ahora de España y por ende de Occidente, sosteniendo que la esencia de las mismas es precisamente su contenido ideológico. Por ideología entendemos a su vez la efectiva consagración de la sociedad actual, esto es, del capitalismo globalizado y de su clase dominante, o bien sea en forma directa, como propaganda, o bien sea como falsa conciencia, aunque estos dos momentos ideológicos las más de las veces aparecen confundidos todo ello asimismo al margen de que cada una de estas ideologías pueda tener su pequeño momento de verdad; en realidad no hay ideología que pueda cumplir su papel persuasivo sin dicho contenido real, sin duda deformado por la propia finalidad ideológica-. No consideramos por lo tanto la ideología como un componente superficial, epifenoménico de la realidad, sino, de acuerdo con la tradición marxista o el materialismo dialéctico, como algo esencial a la propia realidad, pese a no constituir el núcleo de la misma. En un segundo momento asumimos en consecuencia el concepto gramsciano de “hegemonía”, según el cual la clase dominante no sólo domina, valga la redundancia, materialmente, sino que también dirige “espiritualmente” al conjunto del todo social; en

otros términos, y utilizando de forma expresa la terminología de Gramsci, su poder no sólo se sostiene sobre la coerción, sino sobre la persuasión y el consentimiento.

La hegemonía supone por otra parte que estamos tratando tanto con ideologías de alto alcance, intelectuales o académicas en el sentido estricto, como con ideologías populares o mundanas, propias de una intelectualidad de segundo rasgo, que llegan más fácilmente a la gente y que en son en realidad reformulaciones de las ideologías superiores. En este ensayo nos vamos a referir por igual a unas y a otras, y por ello vamos a introducir tanto citas de filósofos como otras de los medios de comunicación, o incluso de la misma calle. Pues la influencia ideológica de la prensa, a través de esa sencillez y brevedad, y sobre todo por esa persuasión más que imposición, tal como la recoge muy certeramente el liberal Benjamin Constant ya en los inicios del mundo contemporáneo, sigue siendo a nuestro juicio igual de actual, si allí donde Constant dice “periódicos” entendiéramos, de forma más general, medios de comunicación de masas: “No hay que ocultarlo, los periódicos influyen hoy de forma exclusiva sobre la opinión de Francia...Nuestra vida se reparte entre el egoísmo activo y el egoísmo perezoso. Los periódicos que llegan por sí mismos, sin que haya necesidad de buscarlos; que atraen por un instante al hombre ocupado, porque son cortos; al hombre frívolo, porque no exigen atención; que atraen al lector sin presionarle, que le cautivan precisamente porque no tienen la pretensión de dominarle; que captan, en fin, a todos, antes de que los afanes cotidianos les absorban o fatiguen, constituyen la única lectura (Constant, B., “De la libertad de folletos, panfletos y periódicos considerada en relación con el interés del gobierno”, en *Escritos políticos*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1989, p. 220)”. A este respecto es conveniente mencionar que los periódicos más populares, esto es, más ideológicos en el sentido mundano, son distribuidos con frecuencia por debajo de su costo y en muchos casos de manera completamente gratuita.

Vamos a distinguir por lo demás dos niveles en el análisis de cada ideología. Por una parte, *a positivo*, las diferentes filosofías, académicas o mundanas, sostendrán que nuestra sociedad se rige, en mayor o menor grado, pero en todo caso de manera esencial, por valores éticos. De esta manera el núcleo positivo, formal, de cada una de las ideologías será de orden axiológico, discrepando cada una de ellas en el contenido que otorgan a dicha forma. Que lo axiológico sea el núcleo ideológico tiene a nuestro juicio una doble explicación. Por una parte es el resultado lógico de la secularización vivida por Occidente, que hace que las religiones ya no sean la fuente de legitimación esencial. Asimismo el período de crisis aguda capitalista que estamos viviendo, con el consiguiente agravamiento de las contradicciones que ello supone, exige de manera necesaria una inflación de lo axiológico para fortalecer un consenso que puede verse amenazado. Todo ello trae consigo el que hasta las mayores aberraciones se cometan hoy en día en nombre del bien, de la democracia, de la libertad, etc., es decir, de lo puramente ético; por decirlo algo más gráficamente, también es globalización, en el plano la superestructura, el que se bombardee Irak, Afganistán, Serbia o Libia, en nombre del imperativo categórico.

En segundo lugar, *a negativo*, lo ideológico se traduce en el intento de ocultar, por parte de las ideologías, la realidad social, política y económica en que vivimos. En consecuencia su núcleo negativo radicará, en todos los casos, en la negación o infravaloración de las contradicciones que atraviesan el todo social y en la consiguiente negación de realidades tales como lucha y dominación de clase. Ello se traduce a su vez, de manera privilegiada, en una escasa atención prestada por la filosofía mundana y académica a lo económico real: la pobreza, el desempleo, la destrucción del “Estado del bienestar”, los desahucios, las galopantes desigualdades económicas, la emigración económica y sus consiguientes “tragedias”, en otros casos el necesario pluriempleo para sobrevivir, el secuestro de los mayores para el cuidado de la mano de obra del futuro, y un largo

etcétera de realidades excesivamente mezquinas para poder hallar sitio en medio de las altas disquisiciones metafísicas.

Amén de la esencia ideológica, y de sus respectivos núcleos, cada ideología dispone de un cuerpo de contenidos teóricos que le conceden la imprescindible diferencia en nuestro mundo, también el filosófico, complejo y plural. El cuerpo doctrinal se desplegará asimismo a través de diversas esferas, que serán esencialmente tres: lo político, lo económico y lo ético. Nos limitamos a estas esferas, no de manera arbitraria, sino porque todas ellas constituyen, *grosso modo*, esferas éticas- podría achacársenos que dejamos de lado otras esferas también significativas, pero ante ello podemos decir no sólo que, subjetivamente, no puede abarcarse todo, sino que, objetivamente, las restantes esferas sólo están relacionadas con lo axiológico tangencialmente-. Vamos a sostener por lo tanto la existencia, en un principio, de tres grandes grupos ideológicos, los cuales, y esto lo presentamos también como punto fuerte de nuestra tesis, no sólo se diferenciarán de las restantes materialmente, esto es, a través de los diferentes contenidos, sino de manera más esencial, esto es, formal, atendiendo a la esfera que cada una de ellas privilegia: lo económico, lo político o lo axiológico o ético-moral-, como lugar de despliegue de su núcleo ideológico. Pues si bien todas las ideologías modernas sostienen que el ser último de nuestra sociedad, no sólo el deber ser, es algún tipo de bien, no todas coinciden sin embargo ni en el tipo de bien ni sobre todo en si el mismo es fruto de una acción económica, política o puramente ético-moral. Ahora bien, en un último momento, esos tres grandes grupos, el económico, el político y el axiológico, se verán complementados por un cuarto, una ideología que surge precisamente como negación de las anteriores y, por consiguiente, como negación de todo principio axiológico en nuestras sociedades; será, en otros términos, una ideología *a negativo*.

3.

LO ECONÓMICO COMO ESFERA PRIVILEGIADA: EL LIBERALISMO CLÁSICO

3.1. El núcleo y los contenidos ideológicos

La libertad es el núcleo axiológico en torno al cual gira el liberalismo clásico, entendida aquélla en su forma puramente negativa, es decir, como ausencia de trabas o impedimentos para el sujeto por parte de las otras dos esferas, tanto lo axiológico-moral o ética, costumbres sociales o normas éticas universales-, como la política. Tal libertad tiene un solo límite, un mínimo ético, donde el otro también sea tenido en cuenta, pues de lo contrario aquélla dejaría de ser ética y perdería, según nuestra tesis, sus potencialidades ideológicas. Nos referimos al famoso *harm principle* de Stuart Mill, es decir, el no dañar a terceros, más allá de lo cual, sin embargo, todo está permitido. Podemos decir en otros términos que el principio de libertad liberal, al rechazar, *a positivo*, todo contenido social de consideración positiva del otro, al reducir las relaciones sociales a lo meramente negativo, al principio de “no agresión”, raya, aunque no los sobrepasa, los límites de lo ético, lo que llamamos “bien común”. Lo dice de forma concisa y clara Constant: “Interés público no es otra cosa que intereses individuales, pero sin la posibilidad de perjudicarse mutuamente.”²⁰⁰

En un segundo momento, todo el liberalismo clásico coincide en que dicha libertad solo puede desarrollarse plenamente en la acción económica, entendiendo por ello las formas propias del capitalismo, y de forma más concreta la propiedad privada, así en Locke, y el sistema del librecambismo o libre contrato entre individuos, que incluye el fenómeno de la competencia, como

²⁰⁰ (Constant, B., “De la libertad de folletos, panfletos y periódicos considerada en relación con el interés del gobierno”, en *Escritos políticos*, ibidem, p. 53)”.

defiende el conjunto de los economistas liberales, marginalistas, monetaristas, etc. También *hic et nunc*, en el capitalismo siglo XXI, propiedad privada y librecambismo siguen siendo los pilares del liberalismo, que por ende denominamos clásico. Así, tanto para la pequeña y media burguesía como para muchos obreros que aspiran a dicha condición, que sacrifican, o hasta hace poco lo hacían, toda su vida en aras a poder comprar la vivienda propia, la propiedad privada es tanto símbolo como auténtico bastión de su libertad -en los países anglosajones la palabra *property* presenta unas connotaciones ontológicas, de verdadera esencia humana, que van más allá de su mera denotación de propiedad-.

Por otro lado la asimilación entre libertad y libre contrato es un argumento preferido, sin ser exclusivo, de economistas y de los individuos económicamente más favorecidos por el sistema: los grandes capitalistas. Asimismo el liberalismo ha construido a partir de la competitividad una auténtica metáfora, sociológica y antropológica, que le permite presentar el conjunto de las relaciones sociales como una especie de competición donde impera el *fair play* y donde, pese a ganar solo los mejores, todos resultan sin embargo, en mayor o menor medida, beneficiados. En otros términos, el mundo es visto, metafóricamente, como una noble carrera de hombres libres, en la que todos obtiene un premio, mayor o menor, y que transcurre sin incidencias; es lo que se ha llamado de otra manera *american way of life*.

El liberalismo niega la existencia de cualquier contradicción en la realidad social. En su versión puramente económica, presente en Adam Schmitt y su “mano oculta del mercado”, propiedad privada y librecambismo son considerados como la fuente de estabilidad y de beneficio económico para el conjunto de la sociedad. Incluso hasta hace poco, antes de la crisis, se nos ha vendido, como hemos visto arriba, un “capitalismo popular”, donde prácticamente todos los ciudadanos, a través de la compra de acciones de las empresas, serían copartícipes del

sistema económico, generando riqueza al tiempo que disfrutando de la misma- un “capitalismo popular” que por otra parte aumenta los riesgos de sufrimiento en caso de una crisis generalizada, como estamos viendo-. Estamos con todo ello no solo ante una legitimación general del capitalismo y de su actual fase de la globalización, sino más concretamente ante la justificación de las grandes desigualdades económicas de nuestras sociedades, por lo demás *in crescendo*, que, lejos de llamar al escándalo, suscitan los mayores de los elogios por parte de nuestros medios de comunicación, los cuales no dudan en vender como excelentes noticias los grandes dividendos obtenidos por las empresas; el beneficio de Botín sería el beneficio de todos. En segundo lugar propiedad privada y librecambismo son presentados como la garantía de bonanza económica y de relaciones amistosas entre los diferentes Estados. En otros términos, como ya hemos visto arriba, en el plano internacional el liberalismo sostiene el viejo mito, ya presente en Kant, de que las libres relaciones económicas acercan, más que alejan, a los Estados, contribuyendo así a la “paz perpetua”.

Sin duda el liberalismo reconoce la existencia en la sociedad de desigualdades, de ricos y pobres. La carrera competitiva es una lucha de individualidades, donde cada uno se preocupa por sí mismo y por obtener su máximo éxito. No hay tampoco lugar a la compasión por el que se queda atrás. Es la máxima antropológica hobbesiana, *homo homini lupus*, que es intrínseca al liberalismo clásico.

De esta manera la diferencia entre unos y otros, al final de la carrera competitiva de hombres libres, es inevitable. Pero esta diferencia es positiva y se da por buena. Ello es así porque el mayor o menor éxito de un individuo no depende de circunstancias externas, objetivas, económicas o sociales, sino única y exclusivamente de él mismo, del uso más o menos responsable que haya hecho de su propia libertad, siempre sin dañar a terceros. Así unos, tanto individuos como naciones, no saben hacer un buen uso de la misma y se convierten en *losers* o perdedo-

res; otros, naciones y clases dominantes, desplegando todo un elenco de virtudes -habilidad, destreza, inteligencia, e incluso espíritu de sacrificio- acceden al éxito y por ende a la más pura forma de libertad; son los *winner*s.

Con ello entramos en el núcleo doctrinal del liberalismo clásico, que, como hemos dicho, es axiológico, aunque se desarrolle básicamente en la esfera de lo económico. Este núcleo se despliega en dos tesis. En primer lugar la competencia sería más que un hecho económico, basado en el lucro; sería antes bien el lugar donde se desarrolla la esencia humana que es la libertad. La ganancia resultante de aquélla no sería lo esencial, tan sólo una consecuencia accidental, un beneficio colateral, que más bien simbolizaría el auténtico éxito personal, axiológico, a la manera de como, para el calvinista, la riqueza no suponía el fin real de su acción económica, sino la prueba de la gracia divina. En definitiva, el *homo economicus* oculta un *homo ethicus*, y detrás de la lucha económica se amaga la auténtica lucha espiritual. En segundo lugar el mejor o peor puesto que cada uno alcance no depende de factores “económicos”, sino de los morales o espirituales, de la mayor o menor fortaleza espiritual de cada individuo. Los perdedores lo son fruto de su debilidad; de este modo se rechaza igualmente como contraproducente todo gesto de compasión o piedad, pues el mismo debilitaría todavía más al perdedor. Por otra parte los ganadores son auténticos *fighters* o luchadores, “emprendedores” en la terminología actualmente más extendida, que no dudan en asumir riesgos- económicos pero sobre todo morales-, para dar libre juego a su ser. En definitiva, los grandes capitalistas serían en el fondo grandes personalidades libres y espirituales.

El capitalista triunfador ha recibido por lo demás otras idealizaciones en la historia del pensamiento burgués. Así a finales del XIX y principios del XX el empresario no sólo era un hombre libre, sino que asumía rasgos de una gran personalidad romántica: aparecía así como un individuo solitario, arriesgado, en definitiva un héroe. Esta sublimación romántica del capita-

lista, por otra parte, ayuda a nuestro juicio a aclarar la complejidad histórica entre liberalismo y fascismo, que se sustentaría así no sólo sobre la estructura socioeconómica, de manera primordial, sino también sobre la superestructura ideológica. M. Weber por su parte- y por ello no es completamente casual la analogía con el calvinismo arriba reseñada- investía al capitalista de rasgos puritanos, al considerarlo como un individuo que, frente al hedonista proletariado, era capaz de contener ascéticamente sus placeres.

3.2. La relación con las otras esferas: Mito y Realidad

Las dos esferas sociales restantes, la ética-moral y la política, son percibidas como fuente de peligros que amenazan con enturbiar la pura libertad del sujeto. Por una parte, respecto a la primera, el liberalismo clásico rechaza tanto las opresivas *mores* o costumbres sociales- así en S. Mill, esto es, en el capitalismo ascendente, para el cual todavía era preciso denunciar las agobiantes tradiciones aristocráticas- como también cualquier norma ética que pueda comportar una traba para el beneficio económico. Por otra parte el liberalismo muestra un rechazo especial hacia la política. Todo el movimiento liberal, especialmente en sus inicios, desde Locke, Mill, Constant, Tocqueville, W. von Humboldt, es una advertencia contra los riesgos de las intromisiones políticas, de las formas democráticas incipientes en esos momentos, que supuestamente amenazaban con convertirse en una dictadura de la masa que pretendían ahogar al sujeto libre. No solo es una cuestión de historia; el recelo antipolítico no se ha extirpado del corazón liberal, ni de entre sus sabios ni de entre sus publicistas, quienes siguen exaltando lo puramente económico como fuente de bondades éticas, mientras, en el mejor de los casos, aceptan lo axiológico, y sobre todo lo político, como males necesarios, pero en todo caso como males.

Más allá de su discurso, el liberalismo no rechaza en realidad

ni lo axiológico ni la política *per se*, en abstracto, consciente como es de la necesidad de dichas esferas para el funcionamiento del capitalismo y su beneficio económico, sino tan sólo aquellas formas que pretendan poner límites a aquéllos, es decir, o bien una ética social, de izquierdas, verdadera, o bien una política social, por mínima que ésta sea. Dicho rechazo, como no podía ser menos, también está fundamentado ideológicamente, bajo el supuesto de que cualquier ayuda a los desfavorecidos, lejos de beneficiarles, paradójicamente, les perjudica, en cuanto los debilita para la noble pero áspera carrera de la libertad, en cuanto, en definitiva, los hace menos libres. De esta manera el liberal clásico no duda en rechazar y despreciar a todas las víctimas sociales- parados, mendigos, sin techo, prostitutas, inmigrantes pobres- a los que considera débiles, carentes de espíritu, y culpables de su propia situación. Detrás de la “limpieza” de calles de mendigos en muchas de nuestras ciudades, o de la expulsión de rumanos por Sarkozy, se esconden no solo motivos económicos, sino también la frialdad ética y falta incluso de compasión del liberal frente a las víctimas que su propio sistema genera.

En el plano axiológico, los liberales asumen aquellos valores más tradicionales y conservadores- los del “moralismo de derechas”, que veremos más adelante- que les resultan útiles para el control ideológico de las masas populares y en definitiva para la conservación del *statu quo*. Así los liberales europeos, y de manera especial los españoles, se muestran amigos de la Iglesia cristiana, defienden sus valores y se manifiestan con ella, codo a codo incluso con organizaciones como el *Opus dei*. Por su parte los liberales americanos- en el sentido europeo del término- sostienen las formas más reaccionarias de lo religioso, aquéllas incluso que limitan gravemente determinadas libertades individuales básicas. A manera de ejemplo podemos mencionar el apoyo incondicional, ideológico y financiero, que daba la Administración Bush Junior a asociaciones tipo *The ring* que predicaban la virginidad entre los jóvenes y que utilizan

métodos peculiares como hacer firmar a padres e hijos, en el transcurso de grandes y costosos espectáculos, un *commitment* de virginidad absoluta hasta el matrimonio. El éxito de dichos movimientos es tal que en muchos Estados americanos la virginidad constituye el núcleo de la educación sexual en los colegios públicos. En realidad no están haciendo otra cosa que seguir las directrices de ilustres reaccionarios como B. Croce, sostenidas públicamente por intelectuales liberales actuales, como M. Vargas Llosa, quienes afirman que la religión, aunque falsa, es muy útil y conveniente para mantener el orden entre unas masas, propensas por su propia naturaleza a generar problemas.

En ocasiones surgen sin duda contradicciones entre los valores axiológicos reaccionarios y la esfera económica, es decir, entre un beneficio mediato y otro más urgente o inmediato. En este caso se suele imponer, no siempre, este último, como se evidencia, a manera de ejemplo, en el fracaso de esas campañas antipornografía llevadas a cabo frecuentemente por los gobiernos norteamericanos, especialmente por el partido republicano. En otros casos la contradicción se mantiene en el plano de los hechos sin el menor rubor, como ocurre en la mayoría de los países capitalistas occidentales, verbigracia España, donde una cada vez mayor represión de las prostitutas, que son desalojadas de las calles e incluso multadas, para no herir la sensibilidad “moral” de la sociedad biempensante, viene acompañada de una permisividad absoluta hacia la prostitución en su forma de explotación laboral o negocio empresarial. En la prostituta se conjugan además para el liberal una doble inmoralidad, que la hacen especialmente rechazable, y justifica su explotación: es pecadora al tiempo que *loser*.

El liberal tampoco rechaza la política en la realidad, sino que, consciente de la necesidad que tiene de dicha esfera, tanto en el plano jurídico como burocrático, policial y militar, como incluso en el puramente económico, como salvaguarda de sus intereses, ha hecho suyas unas formas políticas determinadas,

las del parlamentarismo o democracia formal representativa. Éstas le resultan las más propicias, dada tanto su economicidad- según Marx la democracia formal, frente a las anteriores formas políticas aristocráticas, supone la supresión de prejuicios políticos y axiológicos que ponían trabas a lo puramente económico-, como su racionalidad favorecedora de lo económico, que sostiene acertadamente M. Weber. Así uno de los liberales clásicos más importante, el ya mencionado B. Constant, dedica el núcleo de su obra a esbozar unas formas políticas -la democracia parlamentaria, inspirada en el modelo inglés, como ya fuera el caso de Montesquieu- que favorezcan la mayor estabilidad posible del domino burgués o que, utilizando sus términos, garanticen la libertad y el orden de los propietarios; en el apartado siguiente, que denominamos “liberalismo ilustrado”, desarrollaremos más detalladamente estas formas políticas, que vienen a coincidir con las del liberalismo clásico.

Por otra parte, cuando la coacción de las formas democráticas ha resultado insuficiente, el liberal tampoco duda en hacer suyas otras formas autoritarias que salven “la economía”. De todos es conocida la entrega a los fascismos por parte de la alta burguesía en el periodo de entreguerras, así como la fuerte colaboración de gobernantes y pensadores norteamericanos liberales con sangrientas dictaduras hispanoamericanas. Pero tampoco podemos dejar a un lado la extrema violencia policial, y judicial, aplicada por los Estados democráticos, y aplaudida por los liberales, cuando surgen conflictos sociales reales; a nadie se le puede olvidar, a manera de ejemplo, las salvajes agresiones de la policía de una política tan liberal como Thatcher contra los mineros en la huelga del 84, o la actual furia de la policía europea contra indignados, estudiantes, etc. Hemos de mencionar por último la imposición de gobiernos en Grecia e Italia por los poderes político-económicos dominantes, como hemos mencionado arriba, al margen de cualquier formalismo democrático, imposición apoyada igualmente por liberales clásicos. Por último, como hemos vivido especialmente en la actual cri-

sis, y como hemos reseñado arriba, el liberal da igualmente la bienvenida al intervencionismo económico del Estado, en favor del capital, al rescate de bancos y empresas, etc. aunque lo haga a regañadientes, considerándolo un mal menor. En definitiva un liberal desea un Estado pequeño en lo social, pero en absoluto un Estado débil, especialmente cuando éste se hace necesario.

El contenido ideológico del liberalismo clásico, la defensa de los intereses de la clase industrial y financiera dominante, es transparente, pues apenas presenta medicaciones. Por una parte su principio axiológico básico, la libertad, solo esconde una única realidad: el benéfico económico, simbolizado y realizado a través del dinero, auténtica piedra filosofal. En segundo lugar dicho beneficio económico no responde a la especial habilidad o inteligencia de individuos superiores, sino que por una parte descansa-aunque sea evidente debe ser repetido- sobre una economía social, es decir, sin obreros no habría beneficio ni riqueza alguna de los empresarios. En tercer lugar el beneficio generado, lejos de llegar a todos, constituye el disfrute exclusivo de unos pocos, aquéllos en posición de explotar y extraer la plusvalía del trabajo de los asalariados. Por el contrario una mayoría social- y eso en los países favorecidos- está sometida tanto a los dictados de los empresarios como al albur de los vaivenes o crisis económicas. Por otra parte la supuesta paz generada por las libres relaciones económicas tampoco se sostiene. Las tensiones de clase, pese a darse en un contexto de debilidad organizativa e ideológica del proletariado, necesariamente reaparecen o se recrudecen en las situaciones de crisis como la actual; y tampoco podemos hablar de paz en el plano de los Estados, como ya hemos mostrado largamente en el aparatado anterior.

En el mundo liberal en que vivimos, ni siquiera podemos hablar de libertad en el plano axiológico. Prueba de ello es el grave retroceso en libertades individuales y políticas que estamos sufriendo ya desde la década de los noventa, desde el atentado de las torres gemelas y la subsiguiente campaña antiterrorista, y por último con la actual crisis. Este retroceso se ha conformado

sobe varios pilares: una legislación crecientemente represora, que endurece el código penal, que convierte en papel mojado, en muchos casos, el *habeas corpus*, que permite el control creciente de la vida de los ciudadanos, “pichando” sus teléfonos móviles o registrando sus movimientos a través de las incontables cámaras de vigilancia apostadas en las vías y lugares públicos, incluidos colegios; un aumento de la violencia policial y de su impunidad; la manipulación creciente por parte de los medios de comunicación y entretenimiento, cada vez más alienantes, más escorados a la derecha, más demagogos- utilizando el dolor ajeno para reclamar más control y represión estatales e instilar el miedo a la libertad en las clases populares- y más combativos y agresivos; todo ello desemboca por último en la autocensura a la que los sujetos se someten en una simple tertulia de bar o trabajo.

3.3. El campo de dispersión de la ideología

A pesar de su transparencia ideológica, el liberalismo constituye la ideología dominante entre las masas populares de los países occidentales. Ha sido así tradicionalmente en los EEUU, donde, como afirma Michael Moore, pervive con fuerza el mito del XIX de Horatio Alger, aquel pobre que sólo gracias a su esfuerzo y su habilidad llegó a ser rico. Ahora bien, tal mito, y por ende la ideología liberal clásica, se ha extendido también entre las clases populares de la Europa occidental en las últimas décadas. Ello a nuestro juicio confirma la tesis de Lukács en *Historia y Conciencia de Clase*, según la cual el aburguesamiento ideológico del proletariado no es el mero fruto de la aparición de una aristocracia obrera, como sostuviera Kautsky, o, en otros términos, de una mejora de su nivel de vida de los “Estados de bienestar”, aunque esto último también contribuya. Tenemos que hablar más bien de la alineación de la sociedad de masas que afecta de pleno a la clase obrera. Dicha alineación, directa e indirecta, de manipulación pero también de seducción

a través del hedonismo consumista, conlleva una despolitización en toda regla de las clases populares y la consecuente asunción por las mismas de la ideología liberal clásica. En otros términos, podemos hablar del pleno esplendor de la “hegemonía” burguesa, entendiendo con Gramsci no sólo el dominio, sino también la dirección ideológica del todo social por parte de la burguesía triunfante.

A este estado de cosas habría contribuido igualmente sobremanera la política pactista y claudicante de las organizaciones obreras reformistas, políticas y sindicales, ya durante el período de entreguerras, y después, durante los años dorados del capitalismo. El desarme ideológico y organizativo que ello ha generado, aparentemente insignificante en épocas de vacas gordas, se deja percibir en toda su gravedad cuando lo social se desmorona, o bien por crisis económicas o bien por ataques políticos o bien por ambos factores conjugados, como es el caso hoy en día. A falta de una alternativa clara, las clases populares se asenan a lo más evidente socialmente, a aquello que dicta el sentido común pero que a la vez constituye la más crasa falsa conciencia, a saber, la realidad de que la vida es una auténtica carrera por la supervivencia, y la no menor realidad de que la única libertad real dentro de dicha carrera viene dada por el dinero sin duda las clases populares, pese a la manipulación ideológica en este sentido, tienen más dificultades en aceptar la ideología espiritualista, de los ganadores como luchadores, que constituye el núcleo de este discurso, aunque en ocasiones también la asumen-. La falsa conciencia de la que cae víctima la clase obrera estriba por lo demás en considerar como suprahistórico lo que solamente son rasgos del capitalismo.

El liberalismo económico resulta con todo el pensamiento propio de la alta burguesía, así como de sus intelectuales: comentaristas políticos y económicos y economistas, para los cuales en el discurso les va literalmente la vida. Aquí podemos hablar también de un resurgir liberal que viene acompañado, dialécticamente, de las políticas “neoliberales” de las últimas

décadas y que se acentúan hoy en día: privatizaciones, reducción de servicios sociales, “flexibilización” del mercado laboral, bajada de salarios, etc. El liberalismo económico resulta así la ideología básica de la “globalización”. Hay que decir por el contrario que el liberalismo clásico no es especialmente del agrado de los intelectuales “puros”, literatos y filósofos, por cuanto éstos no gustan, nunca gustaron, de manchar sus manos con las vilezas económicas. Seguiría siendo válido lo que decía Gramsci en sus *Cuadernos de notas desde la cárcel*: “En la forma más extendida de superstición económica la filosofía de la praxis pierde una gran parte de su capacidad de expansión cultural entre la capa alta de los intelectuales, sin embargo puede ganar mucho más terreno entre las masas populares y los intelectuales de segunda fila, que no pretenden sobrepasarse en sus esfuerzos mentales, pero no por ello desean menos saberlo todo.”²⁰¹ De ahí que el puro discurso liberal económico esté ausente en gran parte del mundo de la filosofía académica, si exceptuamos casos, más o menos académicos, como el de Robert Nozick, o, más cercano a nosotros, como el de Vargas Llosa.

Grandes intelectuales de derechas de las últimas décadas se han dedicado a defender el liberalismo clásico pero lo han hecho de forma indirecta, *a negativo*, generando ese discurso tan ampuloso y vacío que se ha llamado “posmodernismo”. Uno de los mayores tópicos de dicho movimiento, el de la “muerte de los grandes relatos”, que encontramos en numerosos autores, tales como G. Vatimo o D. Bell, y que supone desterrar del pensamiento la mejor tradición filosófica, la que busca la verdad, la que critica la realidad y la que postula una concepción universalista de lo ético, solo nos deja como única realidad indiscutible y por ende buena al individuo solo con su libertad absoluta, es decir, en términos reales, al individuo egoísta en

²⁰¹ (Gramsci, A., “The modern Prince”, en *Selection from the Prison Notebooks*, Lawrence and Wishart, Londres, 1976, *ibidem*, p. 164).

competición económica con los demás.

Algunos liberales clásicos ceden a veces en la dureza de sus principios y dejan un hueco al “corazón” en su riguroso discurso de la libertad y de las sacrosantas leyes del mercado. Así Charles Fried sostiene la necesidad de conceder un “mínimo social” que permita una vida “decente” a los más desfavorecidos, pero eso sí, sin sobrepasar nunca el mínimo vital, pues ello supondría una violación de la libertad ajena, la de los poseedores. N. Nissani, en su página web *Sitio israelí del liberalismo clásico*, sostiene que se debe prestar ayuda económica solo a niños muy desfavorecidos económicamente, dado que éstos todavía no son capaces de servirse libremente de su libertad de llegar a ser libres; se trataría de ponerlos así en disposición de participar en la libre competición económica. Ahora bien, matiza, ha de ser una ayuda procedente de la esfera axiológica, de la libre voluntad de los buenos corazones, de las ONGs o *Charities*, como, de forma más transparente, se llaman en inglés, pero nunca o casi nunca del Estado. Parece ridículo, amén de cínico, pero no es menos cierto que éste es el discurso que se halla en el sustrato del proteccionismo a la infancia -más retórico que real, sin duda- que llama profundamente la atención en un Estado paradigma del liberalismo, como es el Reino Unido, y que hace que los niños pobres sean los únicos en escapar al desprecio y rechazo que sufren las otras víctimas de la barbarie capitalista, tales como mendigos, emigrantes, parados y pobres en general. Sin embargo, cuando la crisis muestra, como en la actualidad, todo su esplendor, incluso esa *minima moralia* se esfuma y vemos a honestos políticos liberales como Sarkozy ordenar la deportación de suelo francés de los ciudadanos rumanos, incluidos los niños.

4.

LO POLÍTICO COMO ESFERA PRIVILEGIADA: EL LIBERALISMO ILUSTRADO

4.1. Los nuevos contenidos axiológicos

Un nuevo pensamiento liberal, con resonancias ilustradas, que no suplanta sino complementa al anterior, circula en nuestra sociedad y en nuestras cátedras. Es un liberalismo que asume el principio ilustrado del sujeto autónomo, intentando conciliar así libertad positiva con libertad negativa; ahora bien, esta última sigue siendo el núcleo básico, que puede ser alimentado de contenidos positivos, pero sin por ello perder nunca su prioridad ontológica y axiológica- por eso hablamos de liberalismo ilustrado, no de pensamiento ilustrado o de ilustración a secas-. Este nuevo ideal- similar por otra parte al intento hegeliano de hacer compatible lo individual con lo universal, si bien invertido el valor ontológico de los términos- se plasma en el tópico del “proyecto vital”, término que incluye tanto la positividad de unos contenidos- no hay “proyecto” si no se “proyecta” algo- con, sobre todo, su condición de ser una “proyección” puramente individual, puramente libre. Esta nueva axiológica se rastrea fácilmente en autores como A. Heller, J. Rawls o Amartya K. Sen. A manera de ejemplo, este último autor elabora una escala de valores en cuyo último vértice coloca la capacidad de realización personal, la cual se traduce en una vida “rica y plenamente humana”.

El concepto de proyecto vital se complementa a su vez con la tesis sociológica de la pluralidad de las esferas sociales- lo económico, político, intelectual, amoroso, familiar, religioso, etc.-, pluralidad que precisamente facilita que cada proyecto vital se diferencie sustancialmente de los restantes y que en última instancia mantenga intacto el principio de la libertad negativa. Esta tesis de M. Weber, inicialmente sociológica y política,

adopta, en los liberales actuales, un significado antropológico: no sólo cada sociedad está compuesta de múltiples sociedades sino cada individuo de múltiples individuos. Un ejemplo paradigmático de esta posición sería el liberal, con rasgos comunitaristas, M. Walzer.

El liberalismo ilustrado ha conformado con ello unos de los mitos claves de la postmodernidad, el cual conjuga la negatividad del liberalismo clásico, todavía el núcleo axiológico, con la materialidad aportada por las diversas esferas; nos referimos al “pluralismo”. Es un mito- sólo superficialmente real- tremendamente efectivo, por cuanto, *a positivo*, conlleva unas connotaciones, estéticas, en torno a la libertad y la diferencia, que subliman nuestra sociedad, mientras que, *a negativo*, oculta las diferencias básicas socioeconómicas o diferencias de clase, o bien apartando la mirada de las mismas o bien, en el caso más extremo, presentando dichas diferencias como un constituyente más de la pluralidad, y por ende como una realidad positiva. En definitiva, el concepto de “pluralismo” niega la existencia de clases sociales en el sentido marxista.

Veamos un ejemplo de lo ampliamente extendida que está la ideología del pluralismo a través de este comentario del antiguo líder del Partido demócrata liberal británico, Malcolm Bruce, aparecido en el diario *The Guardian* un 1 de mayo, fecha por lo demás que en la prensa inglesa pasa casi inadvertida: “¿Qué es lo que define la clase? ¿Es el nacimiento, la dirección, el acento, la educación o el dinero? Si un propietario acomodado se arruina y se tiene que mudar a una casa del ayuntamiento, viviendo de prestaciones sociales, ¿se convierte él o ella en clase obrera? Si un conductor de autobús gana la lotería y se compra una gran propiedad, ¿se convierte en un noble? Pero es que el pueblo se compone de individuos que se relacionan con diferentes grupos en aspectos diferentes de sus vidas²⁰²

La nueva ideología, en consonancia con su veta ilustrada,

²⁰² (*The Guardian*, 1 de mayo de 2004, p. 24)”.

pretende en segundo lugar superar el atomismo de su predecesor, aspirando a una axiología social, es decir, interesándose porque la libertad sea una realidad factible para todos los miembros de una comunidad, de manera que cada individuo pueda llevar a cabo su propio proyecto vital. Se presenta de esta manera como un proyecto grupal, ya no *a negativo*, como el liberalismo clásico, sino *a positivo*, como es el caso de toda Ilustración, y por ende, desde nuestra concepción, como un proyecto, al menos teóricamente, más ético por cuanto más social. En otros términos, este liberalismo, al que denominamos no en vano ilustrado recupera la idea del bien común, aun cuando éste siga descansando sobre el principio inviolable de la libertad negativa. Así se puede percibir en la distinción que establece un famoso liberal-ilustrado, N. Bobbio, entre el ideal antropológico del liberalismo del nuevo liberalismo ilustrado, que él denomina “democrático”: “Las relaciones del individuo con la sociedad son vistas por el liberalismo y por la democracia de diferentes maneras: el primero separa al individuo del cuerpo orgánico de la comunidad y lo hace vivir...fuera del seno materno y lo introduce en el mundo desconocido y lleno de peligros de la lucha por la supervivencia; la segunda lo integra a otros hombres semejantes a él para que *de su unión artificial-* subrayado nuestro- la sociedad sea recompuesta ya no como un todo orgánico, sino como una asociación de individuos libres”.²⁰³

Otro liberal-ilustrado por antonomasia es John Rawls. Su proyecto ético-político aspira precisamente a garantizar la libertad de todos y cada uno de los sujetos -cada uno de manera diferente- partiendo para ello de una situación de equilibrio que permita a todos los ciudadanos acceder a dicha libertad, que posibilite en definitiva que todos lleven a cabo su propio proyecto vital; tal es, al menos, una de las implicaciones del famoso “velo de la ignorancia” o “situación de origen”. De esta ma-

²⁰³ (Bobbio, N., *El Futuro de la democracia*, Fondo de Cultura, México, 1996, p. 20).

nera el nuevo liberalismo va a incluir también entre sus doctrinas básicas otro mito bien extendido *hic et nunc*, el de la “igualdad de oportunidades”, que viene a complementar a la “igualdad jurídica” o “igualdad ante a la ley”. No se trata, como en el liberalismo tradicional, de una compasión, algo accesorio al modelo y prescindible, sino de un componente estructural del nuevo liberalismo; en otros términos, la igualdad de oportunidades se convierte en pieza clave de su entramado ideológico. Éste estriba precisamente en hacer creer que en nuestras sociedades capitalistas, que son profundamente desiguales, es posible obviar las diferencias socioeconómicas de las que parten los individuos, es decir, la existencia de clases, y plantear un punto de partida igual para todas las personas en medio de sociedades capitalistas.

La preocupación por cierto tipo de bien común, e incluso la defensa de la “igualdad de oportunidades”, implica, en buena lógica, un desplazamiento en la prioridad otorgada a las esferas por parte del liberalismo ilustrado. La economía capitalista, dominada por el principio del egoísmo, no puede, contra las pretensiones de Adam Smith, satisfacer las necesidades de una ideología que pretende ir más allá del mero individuo. Es el momento por el contrario de la política, como esfera que, por su propia configuración interna, tiene que ver necesariamente, si bien no con el bien común, sí al menos con el todo social. Pues la política, *ex essentia*, incluye entre sus acciones al conjunto de la población gobernada, para bien o mal de la misma. Asimismo el liberalismo ilustrado concibe la política de una doble manera. Por una parte, en la tradición ilustrada, se sitúa como origen o fundamento del poder al propio pueblo o conjunto de la población. Por otra parte, desde la posición liberal, defiende, tanto en lo descriptivo como prescriptivo, una política que no agote todo lo humano o que, en otros términos, no abarque todas las esferas de la realidad, sino que antes bien sirva de acicate al desarrollo de estas diferentes esferas.

En definitiva para el liberalismo ilustrado, que ahora también

podemos llamar político, la libertad del individuo gira en su totalidad en torno a lo político. Es la acción política la que puede y debe garantizar a cada individuo tanto su libertad negativa, su derecho a su individualidad salvado el *harm principal*, como su libertad positiva, es decir, el hecho de que todos y cada uno de los individuos puedan poner en marcha su propia libertad positiva o proyecto vital. A manera de ejemplo, para Sen el escalón previo, y por lo tanto la garantía, del fin humano último, la realización personal, no es otro que las “capacidades sociales II” es decir, “los derechos civiles y políticos”, en definitiva, la política.

Reproducimos precisamente a continuación un párrafo de Emma Rué Cabré, sobre la teoría política de Sen, que recoge perfectamente la concepción política del liberalismo ilustrado:

*“La perspectiva de las capacidades concibe el progreso político como la promoción de un contexto institucional favorable, que permita a las personas desarrollar su potencial, de acuerdo con sus propias necesidades, intereses y motivaciones, eliminando aquellos factores que provocan situaciones de falta de libertad. De esta forma, y mediante la ampliación de las oportunidades y libertades de que disponen las personas, se garantiza que éstas puedan decidir y ejercer sus propias opciones de vida en base a valores y preferencias”.*²⁰⁴

Ciertamente la mayor parte del liberalismo ilustrado actual, bajo la influencia de Tocqueville, coloca como núcleo de la sociedad civil y por ende como núcleo político núcleo, ya no al sujeto individual, sino al colectivo. Así lo hace M. Walzer, quien analiza la democracia como un mecanismo de participación de los diferentes lobbies sociales- procedentes de diferentes

²⁰⁴ (Rué Cabré, E., “Desarrollo y Capacidades: aplicación al microcrédito desde una perspectiva de género”, en *Revista CIDOB de Affers internacionales*, n° 64, Diciembre 2002/Enero 2003, p. 165).

esferas de intereses-, los cuales, a través de dicha acción política, consiguen ampliar su plano de acción social. Así lo hace también N. Bobbio, quien considera que vivimos no solo en una sociedad pluralista, sino también poliárquica.²⁰⁵

En el marco de prioridad de lo político, el liberalismo ilustrado va a hacer uso especialmente de dos conceptos: soberanía popular y sociedad civil. El primero garantiza al discurso liberal ilustrado la participación de todos los ciudadanos en la toma de decisiones, si bien conlleva el riesgo, en última instancia, de traducirse en la indistinción entre gobernantes y gobernados y la reducción de todo lo existente a la política- algo que se contradice sin embargo con el pluralismo vociferado por el liberalismo ilustrado-. Por lo demás la soberanía popular ha sido reformulada en los últimos tiempos, en un eterno retorno de lo idéntico, en las nuevas teorías contractualistas, a la manera de J. Rawls.

El segundo concepto es el preferido por parte de los liberales ilustrados. Por una parte la apelación a la “sociedad civil”, al tiempo que garantiza igualmente la misma participación de todos los individuos en lo público, superando con ello el atomismo del liberalismo clásico, contribuye también a evitar la consecuencia indeseada del politicismo, término sinónimo de autoritarismo para todo liberal- la sociedad civil se presenta incluso en muchos casos como auténtico antídoto del autoritarismo, en cuanto resulta capaz de vigilar e impedir, gracias sobre todo a esa parte de la sociedad civil que se llama prensa, la degeneración, corrupción y despotismo de los gobernantes-. Pero sobre todo, en segundo lugar, el concepto “sociedad civil” conlleva para el liberal ilustrado la existencia de sujetos que desarrollan su propia libertad, garantizando, en la teoría, el ideal de una sociedad de múltiples proyectos vitales libremente desarrollados.

Estamos ante dos categorías, pese a su contenido parcial de

²⁰⁵ (Bobbio, N., *El Futuro de la democracia*, ibídem, pp. 29 y 30).

verdad, fuertemente ideológicas. El concepto de soberanía popular, ideal de origen ilustrado y básico para una axiología marxista, se yergue sin embargo en ideológico tan pronto como se considera realizado, *hic et nunc*, en las democracias burguesas plutocráticas realmente existentes, donde no son los pueblos, sino los capitales los que realmente mandan, algo por lo demás cada vez más visible. El concepto de sociedad civil por su parte presenta mayores virtualidades ideológicas, pues no sólo sublima la sociedad burguesa, ocultando las relaciones socioeconómicas de explotación, que ya destacara el propio Hegel, sino también idealiza la propia política burguesa, al presentar al Estado clasista como un poder neutral, al margen de los intereses contrapuestos de clases. En otros términos, la “sociedad civil” se yergue en un mito clave para aquellos que sostienen como dogma teórico y práctico indiscutible la independencia y pureza de las diferentes esferas sociales.

4.2. La política del liberalismo ilustrado: su realidad y su potencial ideológico

Para el liberal-ilustrado los contenidos propios de la esfera política son los realmente existentes en los países capitalistas dominantes, esto es, los democráticos burgueses, únicos que se compadecen con el mito de la soberanía popular. Al mismo tiempo esta ideología apuesta siempre por formas democráticas moderadas y “estables”, es decir, aquellas que limiten al máximo la posibilidad de conflicto, y ello tanto entre la clase dominante y la dominada como en el seno de la misma clase dominante, siendo el fin último no otro que el de abortar cualquier riesgo serio que amenace los intereses económicos de la clase dominante. En otros términos, el liberal ilustrado aspira a formas políticas fuertemente hegemónicas, si utilizamos la terminología de Gramsci.

Por ello se entiende la insistencia, ya entre los liberales clásicos que se ocuparon de la política, como Montesquieu o Cons-

tant, en la democracia como un conjunto de formas que han de ser respetadas escrupulosamente, al margen de los contenidos políticos asumidos. Así afirma N. Bobbio: “*Ya he tenido ocasión de decir y no me canso de decir que quien no se ha dado cuenta de que por sistema democrático se entiende hoy, inicialmente, un conjunto de reglas procesales de las que la principal, pero no la única, es la regla de la mayoría, no ha entendido nada y continúa sin entender nada de la democracia*” (Bobbio, N., *El futuro de la democracia*, ibídem, p. 74.)

Algo similar era también el parecer, a manera de ejemplo, de Juan Luis Cebrián, en su libro *Fundamentalismo democrático*. Parafraseando dicho libro en un artículo de *El País*, José Álvarez Junco sostenía que “en democracia la verdad no es de nadie. Un poder democrático no tiene verdades oficiales, no admite contenidos dogmáticos, es sólo un juego de normas”.²⁰⁶

Este juego de normas se concreta por otra parte, tradicionalmente, en una serie de doctrinas básicas para el liberalismo: el gobierno de la ley frente a la arbitrariedad del gobernante, la publicidad como garantía frente al autoritarismo y la corrupción, la división de poderes, a la manera de Montesquieu, o el gobierno mixto, según *El Federalista*, la democracia representativa y el gobierno de la mayoría, los valores del diálogo, el compromiso y el respeto a las minorías. Por último debemos decir que el formalismo democrático no sólo contribuye a una mayor estabilidad del sistema, como ya quieren los liberales clásicos, sino que a un tiempo presenta, en el seno de la ideología liberal-ilustrada, la virtualidad ideológica de sugerir una política limitada, sometida por unas formas que le impiden desbordarse hacia otras esferas.

En aras a la brevedad, vamos a detenernos sólo en el análisis de dos de las formas democráticas arriba mencionadas, tal vez al mismo tiempo las más recurrentes: división de poderes y

²⁰⁶ (Junco, J. A., “Patriotismo y cultura democrática”, en *El País*, 5 de abril del 2004).

democracia representativa. La primera justifica una pluralidad de instituciones las cuales, al tiempo que responden básicamente a la complejidad y amplitud de la esfera política, como esfera totalizante, sirven asimismo, como sostuviera Gramsci, para lograr un equilibrio y estabilidad dentro de la propia clase dominante, dando cabida a las numerosas y diversas ambiciones de personas, y sobre todo de castas, dentro de la misma: capital industrial, terratenientes, nobleza hereditaria, casta militar, casta sacerdotal, etc. En el modelo inglés este equilibrio todavía conserva incluso una estructura estamental, con una Casa de los Comunes o Parlamento que facilita el ascenso a los intelectuales de la burguesía media y alta, junto a una Casa de los Lores todavía, prerrogativa exclusiva de la aristocracia terrateniente. Ahora bien, más que de división de poderes habría que hablar, en el plano de la realidad y ya no del mito, de una diferenciación de tareas en el seno de un mismo poder, dado que las diversas instituciones así como intereses que éstas encarnan confluyen necesariamente en un interés y soberanía indivisa, en un poder único- sin que ello suponga en ningún momento negar la existencia de conflictos internos-; ello es así tanto por necesidades internas a la esfera política como por las exigencias de una sociedad capitalista, especialmente en su fase actual globalizada, urgida de una fuerte burocratización pero también de una fuerte concentración de poder, de un poder que sea flexible y eficaz.

El principio de la democracia representativa, por su parte, amén de mantener la ilusión del gobierno popular, resulta oportuno pues sitúa entre el pueblo, supuestamente el auténtico gobernante, y el poder real, una capa amplia de medicaciones- los creadores de opinión, los burócratas y hombres de partido, y sobre todo los representantes del pueblo, que desgraciadamente, pese a los buenos deseos de El Federalista, distan de ser “los mejores”-, portadoras de los intereses de la clase gobernante, que dirigen, moderan y desvían los intereses populares. Hay que decir por último en este sentido que la obsesión entre los

liberales-ilustrados por la estabilidad, o, en otros términos, su miedo a cualquier movimiento político que ponga en entredicho los intereses políticos y económicos de la clase dominante, llega hasta tal punto de no hacerles dudar en defender, cuando el caso lo requiere, instituciones tan anacrónicas y perversas, pero eso sí, profundamente eutáxicas, como la monarquía; dicha defensa además se produce paradójicamente por boca de liberales que no dudan en denominarse republicanos.

4.3. La relación con las otras esferas y la legitimación del capitalismo avanzado

La relación de la política con las otras dos esferas no resulta polémica para el liberal-ilustrado, como lo fueran por el contrario para el clásico. Dada la sagrada división de aquéllas, tanto lo axiológico como lo económico tienen carta blanca para regirse por sus propias normas internas, las del bien y las del beneficio económico respectivamente, teniendo estrictamente prohibido, por el contrario, inmiscuirse en asuntos ajenos. Sin duda la política, como esfera totalizante, enmarca y cubre el campo de dichas esferas, pero lo hace no de forma coactiva, imponiendo, o ni siquiera de forma seductiva, sino tan sólo despejando y desbrozando el terreno, suprimiendo los posibles obstáculos internos o externos, a fin de que lo axiológico y lo económico, y los diferentes individuos que las encarnan, desarrollen plenamente su potencialidad. En otros términos, la política consistiría en favorecer un libre funcionamiento, autónomo, de las restantes esferas.

Por otro lado la autonomía espacial-formal de las otras esferas se obtiene al precio de reducir severamente el contenido de las mismas. El liberal ilustrado considera una única economía posible, una única economía buena, una única economía sana, en definitiva la economía *per se*: el capitalismo. La desaparición de diferencias sustanciales en la política económica de los actuales partidos liberales o conservadores y de los viejos so-

cialdemócratas, ahora social-liberales, se entendería como el resultado natural de esta evidencia que debe ser asumida por todos, a saber, que en economía no hay lugar a la heterodoxia.

Por su parte el campo de lo axiológico queda limitado, para el liberalismo ilustrado o político, a la moral en el sentido de lo privado, lo interior, de las relaciones familiares o amicales, en el mejor de los casos, cuando no al profundo sentido de lo religioso, del que un buen liberal nunca se quiere desprender del todo. Por el contrario se desaloja de dicho campo todo contenido puramente ético-político, toda ética o idea de justicia en sentido público, pues ello supondría, como es lógico, una violación de las reglas de la autonomía; así, de manera paradigmática, M. Walzer define la justicia como el respeto absoluto de la autonomía de cada esfera, mientras injusticia sería ¡la intromisión de una esfera en el terreno de otra!

El liberalismo ilustrado podría tener una interpretación izquierdista, si la “igualdad de oportunidades” se asumiera seriamente, como la necesidad de transformar de forma radical la sociedad, de manera que todos los individuos tengan la posibilidad, económica y cultural, de desarrollar su vida. Sin embargo dicha tendencia, contraria por otro lado a ese prurito antipolítico que está en el fondo de todo liberalismo, se queda limitada, en el mejor de los casos, a la idea de una educación para todos los niños de las clases populares, de baja calidad, que genera la mano obra necesaria para el capitalismo, pero que en absoluto coloca a los sujetos en plataformas vitales similares al margen de su clase de origen.

El liberalismo ilustrado sirve en definitiva para legitimar el capitalismo y la democracia burguesas desde una perspectiva axiológica general, al aportarles una áurea de justicia, igualdad, libertad y bien común. Al tiempo legitima también, y ello frente al liberalismo clásico, las claras intervenciones del Estado capitalista, económicas, en defensa de las empresas capitalistas, incluso los rescates como los que estamos viviendo, pues se explican, desde la tesis de la autonomía de las esferas, como

una acción restauradora que permita a la economía volver a funcionar según su lógica interna. Asimismo legitima la violencia estatal, cada vez más frecuente en el capitalismo globalizado, como la acción política necesaria para suprimir los obstáculos que impiden ser libres a los individuos y pueblos; en definitiva, Irak se invadió para permitir a los ciudadanos afganos, una vez liberados de sus verdugos, construir libremente su futuro. De esta manera, si el liberalismo clásico se yergue en la ideología general de la economía de mercado en su versión clásica, como hemos visto, el liberalismo ilustrado por su parte resulta ser la ideología concreta y adecuada para la actual globalización, esto es, para justificar el vínculo cada vez más estrecho entre capital privado y Estado, tanto en política económica como social, nacional e internacional.

4.4. El campo de dispersión de la ideología

El liberalismo ilustrado es una ideología ciertamente extendida en nuestras sociedades. En el plano nacional, la democracia es el término obligado para todo político o ciudadano- una democracia mejorable, pero que se supone realizada al menos en los países occidentales- hasta el punto de distinguir lo permitido de lo prohibido políticamente. Ello provoca el que en algunos casos se rebase la esfera política y se reclame democratización para otras esferas sociales: la familia, la enseñanza, instituciones tan jerárquicas como la propia iglesia, etc. En política internacional se suele adoptar la visión optimista que nos presenta una comunidad internacional cada vez más democrática, especialmente tras el final de la guerra fría- si exceptuamos casos “aberrantes”, como el cubano, norcoreano, el venezolano, etc.- que conduciría en última instancia, a través de instituciones internacionales democráticas, como la ONU, a la ansiada paz perpetua. De esta manera podemos decir, sin miedo a la exageración, que vivimos en una situación de hipóstasis o sublimación metafísica de la democracia que presenta dicho ré-

gimen, desde un punto de vista sincrónico, como la panacea a todos los males y, desde la diacronía, como la culminación histórica de un proceso ascendente, teleológico, de la humanidad, según el modelo de Fukuyama.

No es nada extraño por lo tanto el uso puramente propagandístico del término “democracia”, también en la política nacional, pero especialmente en la internacional. Así el imperialismo americano distingue a sus amigos de sus enemigos calificando de demócratas a los Estados sumisos y de autoritarios a los rebeldes- mientras Marruecos es un país ya altamente democratizado, la Venezuela de Chávez, aunque éste fuera elegido por las urnas, es en realidad una dictadura, por mencionar sólo un ejemplo- al tiempo que legitima con ello las agresiones a los Estados enemigos, agresiones emprendidas a golpe de democracia: a manera de ejemplo, en Faluya se mataba a empecinados antidemócratas que se resistían a aceptar el regalo democrático occidental.

Por otra parte no es menos cierto que la democracia no encuentra tanta acogida, como el mito puramente liberal, entre las clases populares. Podríamos hablar incluso, a este respecto, de retroceso, en los últimos años, del “espíritu democrático”. Así lo demuestran la apatía política reinante hoy en día, que se percibe de manera extraordinaria- cualquier pedagogo sincero ha de reconocerlo- en las nuevas generaciones de estudiantes, y se traduce en última instancia en un abstencionismo electoral ascendente, según el modelo americano tan querido por los liberales clásicos y tan detestado, sin embargo, por los ilustrados. Ello se debe por una parte a que el discurso de lo político, con sus largas disquisiciones institucionales y retóricas siempre resulta más difícil de digerir. Por otra parte los cantos a la democracia tienen que vencer las desconfianzas populares ante la política, generadas por la propia ideología liberal en su versión clásica. Ahora bien, a nuestro juicio, la clave de la apatía democrática reside en que, mientras el núcleo del liberalismo clásico, la ecuación economía de mercado-libertad, o, en términos

más claros, dinero-libertad, responde a un hecho socioeconómico real, indudable, al hecho dictado por el sentido común de que sólo el dinero es garantía de libertad en la sociedad capitalista, sin embargo el mito del liberalismo ilustrado, ciudadanía-libertad, no descansa sobre ninguna evidencia social de este tipo. Digamos, en otros términos, que el liberal clásico, en su inmediatez cínica, engaña menos que el nuevo liberal, y por lo tanto llega más a las masas populares.

La mayor aceptación del discurso liberal-ilustrado se da básicamente en la burguesía, y no preferentemente en la alta, pese a que ésta le reconozca su necesidad, sino en la pequeña y media, las cuales a menudo perciben en la política una posibilidad de ascenso personal. Más concretamente, y como no podía ser menos, se trata del mito favorito de los políticos de oficio, a los que en el discurso les va el beneficio. Recogemos aquí, a manera de ejemplo, unas manifestaciones de un dirigente del partido Tory en el Reino Unido, que de manera azarosa hemos encontrado en la prensa, y que muestran a nuestro juicio, de manera concisa pero clara, el alcance del mito liberal-ilustrado, con muchos de sus matices, en el seno de la “clase” política occidental: “Michael Howard expuso ayer su visión del ‘sueño británico’, en el que a la gente se le concede mayor capacidad de control sobre sus vidas. El líder Tory dijo que un gobierno conservador daría al pueblo más control sobre policía, escuelas y el Servicio Nacional de Salud. Expuso el “principio moral” para reducir los impuestos, sosteniendo que la gente altamente tasada sentía que las obligaciones morales se satisfacían simplemente aportando dinero. El señor Howard dijo que la gente de entornos pobres podría tener éxito en el país, añadiendo: ‘Quiero que todo el mundo viva el sueño británico’” (*El Metro*, Londres, 10 de febrero del 2004), p. 8. Es interesante señalar a este respecto que una medida liberal como la reducción de impuestos a los más ricos no se justifica aquí con el discurso liberal clásico de que las prestaciones sociales hacen más débiles y menos libres a sus beneficiarios, sino por el nuevo liberalismo

que sostiene la separación de las esferas, postulando que por un lado debe ir la economía, las cuestiones monetarias, y por otro el corazón, la moral.

Por último conviene destacar, como portavoces máximos del mito liberal-ilustrado, a gran parte de los filósofos políticos actuales, los cuales con ello no aspiran exclusivamente a la defensa de su *modus vivendi*, sino a algo más complejo y “profundo”- no sólo de pan vive el hombre-: la idealización de su existencia en calidad de intelectuales, esa dignidad que les distingue del común de los mortales. Nos referimos tanto a los arriba mencionados Rawls, Sen, Heller, etc., como también a otros más desconocidos, académicos o no, pero no por ello menos eficaces, a la manera del ya citado Cebrián. Pues, como hemos dicho arriba, el filósofo, especialmente el académico, dada su tendencia a la sublimación, difícilmente encuentra solaz en los estrechos y ruines límites del dinero, sino que por el contrario necesita de la política para desplegar vuelos metafísicos.

4.5. Breve historia del liberalismo ilustrado académico

El liberalismo ilustrado académico empieza a hacer su aparición en el período de entreguerras, y de manera especial con el comienzo de la guerra fría. Las graves crisis económicas y la agudización de la lucha de clases, que desembocan en los fascismos, hacen visible al burgués la necesidad de reforzar la dirección política de lo económico y lo axiológico. Asimismo el peligro real, la revolución comunista, exige una respuesta también ideológica, amén de política, económica y militar. Para ello el ideal liberal-ilustrado de la democracia se torna imprescindible. Hay que tener en cuenta que hasta entonces la apología de la democracia por parte de la intelectualidad burguesa había asumido otros contenidos, tomados en muchos de los casos de la esfera económica del capitalismo. Así Montesquieu, el padre de la democracia representativa, entiende el sistema de

separación de poderes *et caetera* como un simple mecanismo beneficioso para el equilibrio y estabilidad en el seno de las clases dominantes. M. Weber, por su parte, consideraba la democracia como el sistema más racional, apropiado por ende para la economía capitalista, al tiempo que capaz de generar individualidades renovadoras, carismáticas. Schumpeter por otra parte entendía la democracia como un simple sistema de elección de gobernantes, donde impera, de manera paralela a la economía, el principio de la competitividad. Sabemos por último que el propio I. Berlin no consideraba términos necesariamente asociados los de libertad y democracia.

En un principio el ideal liberal-ilustrado, todavía no ampliamente desarrollado, aparece, como no podía ser de otra manera, contaminado de elementos socioeconómicos, como garantía precisamente de la estabilidad política; va a ser, en otros términos, un liberalismo de rostro más humano. Así, en la inmediata posguerra, K. Popper reclama la dignidad aristotélica de la praxis política, frente al utopismo totalitario platónico, postulando un reformismo que dirija, suavemente, la realidad social, y que ponga solución a los posibles inconvenientes generados por, entre otras cosas, la acción económica. Este democratismo ilustrado reformista es también el propio de la tradición pragmática americana; no otro es el trasfondo filosófico de R. Rorty quien, partiendo del *desideratum* de la democracia, supuestamente realizado en la mayoría de los países, se muestra preocupado sin embargo por la amenaza que supone para la pureza democrática la existencia de una cierta plutocracia. También es la posición de Walzer quien, apoyándose en el principio de la compasión, considera que la democracia, amén de a su objetivo esencial, la libertad, ha de atender también a los más desvalidos. El propio ideal de igualdad de oportunidades de Rawls, arriba señalado, exige cierta intervención política, sin duda limitada, en lo económico. Por último debemos mencionar aquí una vez más a N. Bobbio, quizá uno de los pensadores más paradigmáticos del liberalismo-ilustrado reformista, como se

puede apreciar por el siguiente texto: “*En pocas palabras, se trata de ver si, partiendo de la misma concepción individualista de la sociedad, que es irrenunciable, y utilizando los mismos instrumentos -capitalismo y democracia burguesa- seamos capaces de contraponer al neocontractualismo de los liberales un proyecto de contrato social diferente, que incluya entre sus cláusulas un principio de justicia distributiva, y por lo tanto sea compatible con la tradición teórica y práctica del socialismo. En el seno del Partido Socialista Italiano se empieza a hablar de socialismo liberal*” ²⁰⁷

Se trata, como vemos, de un reformismo reparador y puntual, y sobre todo impreciso, sin programa claro- algunos hablaban, con gran retoricismo vacío, de una “economía de mercado socialmente responsable”.²⁰⁸, que sirva sin embargo para evitar casos sangrantes y, sobre todo, para no poner en riesgo la estabilidad y el equilibrio queridos por la clase dominante. Hay quienes, buscando una confusión, nada inocente, de términos, no dudan en denominar dicho liberalismo como la “nueva izquierda”, frente a la antigua autoritaria, o simplemente la “izquierda” -esto no lo hace sólo N. Bobbio; también el propio Walzer se considera un componente de la izquierda norteamericana-, reservando la posición de la “derecha” o bien para los liberales clásicos o bien para los liberales-ilustrados puros. Ahora bien, dicha confusión retórica va más allá de los intelectuales. Así hoy se habla de “izquierda” política para referirse al PSOE y a la mayoría de los partidos socialistas europeos, así como al *Democratic Party* americano, los cuales encarnan de forma paradigmática la ideología liberal-ilustrada reformista, que se ha venido en llamar “socialismo liberal” o “tercera vía”, señalando con ello un espacio político situado supuestamente equidistante entre el liberalismo-ilustrado puro y la socialde-

²⁰⁷ (Bobbio. N., *El futuro de la democracia*, ibídem, p. 142).

²⁰⁸ (Rafael R., “Cuba y la izquierda iberoamericana”, en *El País*, 12 de abril del 2004)

mocracia. A este respecto no conviene confundir el reformismo o humanismo liberal-ilustrado con el reformismo tradicional socialdemócrata, pues mientras el primero defiende leves reformas para mantener el sistema, este último aspira -de manera pacífica y ciertamente utópica, como nos muestra el capitalismo neoliberal de las últimas décadas y la actual crisis- a la consecución de formas sociales igualitarias, socialistas. Este ideal socialdemócrata, hoy en claro declive, ha encontrado por otra parte cobijo en los antiguos partidos comunistas europeos.

El liberalismo político intelectual, en su forma paradigmática, aparece ya con Hannah Arendt. Esta autora depura el liberalismo ilustrado, desalojando de la esfera política cualquier miasma axiológico o socioeconómico, cualquier sombra de distribución económica, tanto planteada sobre términos de compasión, su peor forma, como sobre términos de justicia. A partir de ahora la política va a ser por el contrario única y exclusivamente política y nada más que política, es decir, lugar de realización de los ciudadanos en cuanto sujetos autónomos, dignos y puros. En otros términos, con Arendt se alcanza la teoría del “republicanismo” contemporáneo en su versión clásica, que para nosotros constituye la versión más depurada de la que hemos denominado liberalismo- ilustrado. Utilizando una vez más referentes partidistas, estamos claramente ante la ideología pública del PP y de los partidos afines occidentales, incluido el *Republican Party* americano.

Sin duda el “republicanismo” à la Arendt presenta una diferencia doctrinal con respecto al pensamiento político de Rawls, el liberal-ilustrado *par excellence*, a saber, su alta valoración de la política, no solo oblicuamente, como esfera necesaria para la génesis de la libertad, sino en sí misma, como lugar donde dicha libertad encuentra de manera privilegiada su desarrollo. Se podría colegir de ello, y tal es el temor expresado por el propio Rawls, el peligro de un politicismo que, como hemos visto arriba, no es nada del gusto del liberalismo ilustrado *per excellence*, o, dicho en términos habermasianos, de una colonización

del mundo de la vida por parte de la política republicana. Ahora bien, por una parte el republicanismo, así en Arendt, compensa los “riesgos” de dicho politicismo con la advertencia de que la política es una más de todas las esferas que componen lo social y lo humano. Por otro lado, y ya en el terreno de los hechos, el republicanismo clásico de Arendt y de sus discípulos actuales, españoles, europeos y americanos, lejos de apostar por la democracia “radical” a la manera ateniense, la “libertad de los antiguos” en términos de Constant, con participación popular directa y real, lo que podría asemejarse a algo de socialismo, defienden lo previsto: formas representativas, división de poderes, *et caetera*, de manera que el lobo de la “política pura” no resulta al final tan fiero.

Desde nuestra concepción del liberalismo ilustrado, y del “republicanismo” como su forma más pura, consideramos superficial la distinción habitualmente establecida entre el denominado liberalismo deontológico y el republicanismo, pues no estaríamos ante dos pensamientos diferentes, sino ante dos momentos teóricos complementarios de un mismo discurso. Así, *grosso modo*, podemos decir que mientras el liberalismo deontológico se ocupa más de lo axiológico, el republicanismo se interesa principalmente de lo político, insistiendo, de manera demagógica, en la dignidad del ciudadano libre, sólo regido por la ley que él mismo se ha impuesto. Por ello también es posible destacar, como otro matiz diferencial, el hecho de que el republicanismo añade al liberalismo deontológico un tono retórico, falso, ampuloso -percibido, por ejemplo, en la definición de libertad como “no dominación” en Pettit- que nos pretende hacer pasar las plutocracias actuales y el imperialismo reinante por un armónico y libre gobierno de sujetos libres, orgullosos y conscientes de sus derechos, y a los hombres de Estado unidos estrechamente a los capitalistas, como dignos gobernantes, escogidos por sus méritos republicanos, a la manera de auténticos togados romanos. Los “republicanos” no parecen haber oído nunca de ricos y pobres, marginados, sociedad de masas, explo-

tadores y explotados, policía y ejércitos represivos, etc. Esta sublimación retórica de la democracia no es por lo demás solo propia de altos intelectuales, sino que aparece también en las cotidianas tertulias políticas de los medios; así, especialmente cuando se aproximan las elecciones, no es raro que se nos venda el hecho de votar como una experiencia auténticamente mística.

No quisiéramos a este respecto terminar este apartado sin hacer referencia a los planteamientos políticos de izquierdas, de inspiración marxista o rousseauniana, que podemos incluir bajo el término de republicanismo radical. Nos referimos a socialdemócratas como J. Habermas o a republicanos radicales como Antonio Negri, quienes, pese a sus grandes diferencias, coinciden en tratar de recuperar un discurso de izquierdas a través de la radicalización democrática, inspirada en el joven Marx y en el Marx de *Las Luchas de Clases en Francia*. “Por lo tanto, recuperar el lugar de la política es fundamental para pensar formas alternativas de sociabilidad que no pasen por el mercado, que pasen por la política”, se dice, en un artículo paradigmático de dicho republicanismo radical, por parte de J. Amadeo y S. Morresi. Este discurso tiene parte de verdad, siendo indudable que una filosofía emancipadora, el marxismo, ha de tener en cuenta la liberación política, esto es, la participación real del conjunto social en lo público. Ahora bien, a nuestro juicio, creemos que tampoco se debe caer el error, profundamente utópico, denunciado por el propio Marx ya en *La cuestión judía*, a saber, de aspirar a una emancipación política real que no vaya acompañada de la consiguiente emancipación económica. Pues lo que sin duda ha quedado completamente refutado por la historia reciente es la complaciente creencia socialdemócrata, paradigmática en Habermas, de que lo “social” ya está resuelto, el capitalismo conduce necesariamente, según el pronóstico del último gran frankfurtiano, hacia un bienestar social generalizado, y ahora tan sólo habría que preocuparse por lo puramente político: el despertar democrático del pueblo.

5.

LO AXIOLÓGICO COMO ESFERA PRIVILEGIADA: EL MORALISMO

Lo axiológico se ha convertido, como hemos avanzado arriba, en el elemento ideológico básico, que no único, del capitalismo globalizado. Ello hace que el moralismo sea la corriente ideológica más hinchada, no sólo de forma extensiva, por su gran aceptación social y académica, sino intensiva, es decir, por el amplio número de posiciones que podemos considerar como “moralistas”, y que intentaremos exponer a continuación. Ahora bien, todas ellas comparten un mismo punto de partida: considerar que nuestra sociedad presenta una cierta crisis ética o moral- con lo cual el moralismo concede al menos, frente a las ideologías anteriores, la existencia de contradicciones sociales- la cual a su vez solo puede ser solventada a través de un “rearme” o resurgir ético-moral.

Precisamente una gran parte del contenido ideológico del moralismo, encubridor al tiempo que sublimador de la misma sociedad que aparentemente censura, reside en el hecho de que su crítica, así como sus alternativas, son única y exclusivamente de orden axiológico, ético o moral, y no tienen en cuenta los condicionantes económicos y político-económicos. Asimismo todo moralismo, y este es un segundo componente claramente ideológico, siempre ofrece, frente a las contradicciones del sistema, la posibilidad de una vuelta a lo personal e individual; nos viene a decir en definitiva, a la manera epicúrea o ascética, que la verdadera vida no está en lo político-social, sino en lo más privado e íntimo, y que la verdadera felicidad depende única y exclusivamente de nosotros mismos. Mencionemos un ejemplo de la vida cotidiana. En el periódico británico *Metro*, que se repartía gratuitamente entre los viajeros, se leía hace unos años una noticia-encuesta, titulada “*as happy as a hairdresser*”, esto es, “tan feliz como un peluquero”, según la cual

las profesiones peor pagadas resultan ser aquéllas que agrupan a más número de gente feliz, mientras que otras mucho mejor remuneradas, como ejecutivos, periodistas de alto estándar, economistas, etc., hacen a la gente más desdichada (*El Metro*, ibídem, 26 de marzo de 2004). La conclusión de la noticia, dicha expresamente, era por una parte que el trabajo genera felicidad en los individuos, los realiza personalmente, y por otra que la felicidad no tiene nada que ver con el dinero, sino con dicha satisfacción individual.

Los diferentes moralismos se distinguen por los diferentes contenidos axiológicos que asumen, la esfera a la que más culpabilizan de la situación de crisis social, y el mayor o menor esperanza que abrigan sobre la superación de esta última. Según ello vamos a distinguir en principio dos moralismos, el individualista o ilustrado y el comunitarista.

A. Moralismo individualista

A.1. Moralismo de Derechas y de Izquierdas: contenidos ideológicos

Esta ideología gira, de manera semejante al último liberalismo, en torno al valor ilustrado del sujeto. El respeto a la dignidad de cada uno de los individuos, la consideración de los mismos siempre como fines y nunca medios, según el *noumenon* kantiano, es su valor primero y último, en contraposición por lo demás con el segundo moralismo, el comunitarista. Ahora bien, frente al liberalismo ilustrado, el ideal del moralismo presenta un mayor componente de universalidad, amén que de utopismo, al defender la dignidad del sujeto de forma directa y absoluta, sin mediaciones políticas, la cual ve encarnada en un nuevo texto sagrado: la *Declaración universal de los derechos del hombre*. El moralismo se lamenta precisamente de que la

sociedad actual, como sociedad de masas, haya sacrificado el individuo en aras a otros fines, económicos, políticos o axiológicos, y viole con ello los derechos humanos. Por lo demás podemos distinguir dos tipos de moralismos individualistas, atendiendo básicamente a los contenidos doctrinales de cada uno de ellos, tanto teóricos como prácticos. Vamos a denominarlos, por las claras connotaciones políticas de cada uno de ellos, moralismo tradicionalista o de “derechas” y moralismo de “izquierdas” respectivamente.

El de “derechas” es un moralismo “puro”, que nunca desborda la esfera axiológica, dirigiendo sus quejas a fenómenos no generados, al menos directamente, por lo económico o lo político, tales como la desintegración de la familia, el divorcio, la eutanasia y el aborto, la pornografía, la delincuencia común -tratando de ocultar la situación de marginalidad de la mayoría de los delincuentes-, la drogadicción- se percibe en ella el vicio, pero no la consecuencia de graves problemas sociales-, la prostitución- de ésta no critica por ejemplo el hecho la explotación de las mujeres por mafias empresariales, sino la “degradación sexual”-, la desigualdad entre hombre y mujer- se insiste, por ejemplo, en el reparto de las tareas domésticas, pero se pasa por alto el hecho de que la lógica del beneficio empresarial contribuye a que se contraten menos mujeres que hombres, y en peores condiciones-, la destrucción del medio ambiente- se conmina al ciudadano corriente a ser respetuoso con el ambiente, pero no se menciona la gran causa de la destrucción ecológica, la lógica competitiva del capitalismo-, etc. Incluso cuando menciona algunos males donde el sustrato económico es innegable, como la pobreza o las desigualdades extremas, lo hace de forma oblicua y abstracta, como si fueran males surgidos por la maldad de determinadas personas concretas, obviando todo componente social, y buscando soluciones en la mera caridad.

Pongamos como botón de muestra un artículo de prensa del Doctor de la Universidad Complutense de Madrid, Luis Sánchez de Movellán de la Riva: “Vamos a intentar describir so-

meramente algunos de los resortes morales básicos que impregnan la vida cotidiana de las sociedades occidentales contemporáneas y, en particular, de la sociedad española hodierna. Será un intento de descubrir el hilo conductor que engarza fenómenos tan variados como la proliferación de programas televisivos del corazón, la presión de potentes ‘lobbys’ a favor de la legalización del aborto libre, de la eutanasia o de las drogas ‘blandas’, la discriminación positiva en ciertas minorías, la fragmentación progresiva de España o la corrupción política derivada del maná urbanístico (*El Diario Montañés*, Santander, Jueves 19 de Febrero de 2004, p. 32)”. Nótese que la crítica de índole ligeramente socioeconómica tan sólo aparece al final, rezagada, tras los contenidos puramente moralistas.

En resumen, el contenido del moralismo de derechas es o bien una ética abstracta, que olvida todo componente social, económico o político, o bien una mera “moralina” reaccionaria, coincidente, como hemos dicho antes, con los contenidos axiológicos del liberalismo clásico. En todo caso es un discurso que pese a aparentemente criticar el *statu quo* existente, lo refuerza. La ética abstracta no pasa el plano de las buenas intenciones, mientras la moralina reaccionaria es útil al sistema en el contexto actual de capitalismo globalizado, dado que fomenta formas de vida sana, familiar y ordenada, al tiempo que rentables, entre las clases populares trabajadoras- hay que decir, sin embargo, que esta tendencia puritana del capitalismo se contradice con la otra que dicta hacer negocio de cualquier manera; de ahí el que este reaccionarismo encuentre sus propias contradicciones en el seno de la clase dominante-. Su traducción política es por lo demás perversa. Nos referimos por un lado a las medias que adoptan los gobiernos, bajo el nombre de la defensa de la salud pública, para castigar los placeres de la clase obrera, vía prohibición o aumento de impuestos indirectos, medidas que sin embargo en absoluto afectan a los placeres mundanos de la clase dominante. Otra traducción política es la prohibición de libertades individuales básicas como el divorcio, el aborto, lo

derechos de los homosexuales, la libertad sexual, la eutanasia, etc., prohibiciones que de nuevo afectan especialmente a las clases populares.

El moralismo de “izquierdas” por su parte desborda el terreno personal y denuncia aquellos males sociales que tienen un origen claramente económico y político: la desigualdad galopante entre unos países y otros y en el seno de cada uno de ellos, la pobreza cada vez más extendida, la marginación y delincuencia asociada a la pobreza, la desigualdad de hombre y mujer y sus orígenes socioeconómicos, la destrucción del medio ambiente asociada a la producción capitalista, las plagas sanitarias, guerras y militarismo, etc. En otros términos, podemos decir que este segundo moralismo pone el dedo en la llaga y menciona problemas éticos reales e incluso señala el capitalismo como sistema injusto. Sin embargo, y por eso es un moralismo, no analiza profundamente estas causas socioeconómicas, como constituyentes intrínsecos y esenciales del capitalismo actual, sino que sitúa en última instancia el origen de tales desgracias de nuevo en vicios morales, individuales- la avaricia, el egoísmo, incluso la ignorancia, etc.-; de esta manera las causas estructurales, sociales y económicas, serían reales pero secundarias.

Veamos un ejemplo claro de lo que entendemos por moralismo de “izquierdas” en este texto tomado de un artículo de prensa británica, de *The Guardian*, firmado por el Ministro Ortodoxo británico, David Haslam, quien ataca fuertemente, pero también moralistamente, al capitalismo:

“La idea de un bien común necesita coger raíces más profundas en nuestra sociedad. La creencia de que la propiedad privada individual es capaz de protegernos a nosotros y nuestras vidas para siempre necesita ser aclarado. La ‘educación ética y la prohibición política’ de Aristóteles pueden no resultar suficiente; un elemento de fe, que inspire el compromiso y el sacrificio, podría ser también necesario. Los mejores años de la humanidad podrían haber acabado de no poder contener

nuestra avaricia individual en contra da esa apelación más elevada que supone el bien común.²⁰⁹

Aquí hay crítica sin duda al sistema capitalista, a su raíz económica que no es otra que la propiedad privada, pero enseguida se recae en el análisis moralista simplista- en definitiva el capitalismo y sus injusticias son un problema de avaricia- y en las todavía más simplistas recetas moralistas: hay que aplicar la ética cívica, o sea Aristóteles, e incluso, cuando esta falte, la fe religiosa.

En definitiva, las diferencias entre uno y otro moralismo individualista no deben hacernos obviar el claro contenido ideológico que comparten ambos. Este estriba precisamente en la reducción de su crítica, tanto destructiva como constructiva, a lo puramente axiológico. Ni uno ni otro hacen análisis económicos y políticos reales, y por lo tanto tampoco presentan respuestas en este sentido. En términos más académicos, el moralismo individualista en su conjunto peca del mismo defecto que ya señalara Marx con respecto a la Ilustración: la abstracción. A la misma habría que contraponerle lo que dice muy certeramente Gramsci: “La reforma intelectual y moral debe estar conectada con un programa de reforma económica; precisamente el programa de reforma económico es la forma concreta en la cual toda reforma intelectual y política se presenta.”²¹⁰

Podemos aquí traer a colación como ejemplo de este reduccionismo moralista un programa de televisión, titulado *Status anxiety*, o Estado de ansiedad, escrito y dirigido por el “filósofo” Alain de Botton, emitido hace unos años en el *Channel 4* británico; el programa estaba a su vez basado en una obra del mismo autor y título. Tras analizar el problema de la ansiedad que domina nuestras sociedades en términos básicamente psicológicos- el consumismo y el deseo de riquezas serían en el fon-

²⁰⁹ (*The Guardian*, 1 de mayo de 2004, p. 27)”.

²¹⁰ (Gramsci, A., “The modern Prince”, en *Selection from the Prison Notebooks*, ibidem, p. 133)”.

do maneras de hacernos querer- el autor-director proponía soluciones al mismo de tipo cultural: la lectura filosófica, especialmente los Estoicos, o literaria, especialmente la tragedia griega, y la visita a los museos, pues también determinada pintura podía ser catártica (De Botton, A., *Status anxiety*, Hamish Hamilton). Ahora bien, los productores del programa, dando la espalda a sus principios, también ofrecían una salida política; pero por tal entendían, paradójicamente, el asumir un estilo de vida hippie o bohemio y el abandonar el mundanal ruido por una cabaña en medio de los prados ingleses.

Su naturaleza abstracta tiene a su vez como consecuencias el que ambos moralismos perciban las contradicciones existentes en el capitalismo como perfectamente solubles dentro del mismo sistema que las genera, así como el que ambos postulen, como auténtica panacea para abordar tales contradicciones, recetas también de índole esencialmente axiológica. De esta manera la educación constituye el primer caballo de batalla de los moralismos individualistas, y mientras el moralismo tradicional pide un refuerzo de las instituciones socializadoras tradicionales- la familia, la iglesia, la clase de religión-, el moralismo de “izquierdas” pone todas sus esperanzas en sus campañas de la “enseñanza en valores”, a través de la escuela y de los medios de comunicación. Junto a la educación, la segunda estrategia es la caridad- llamada hoy, con gran manipulación conceptual, “solidaridad”-, la cual ocupa un lugar esencial en su discurso y praxis, pues en ella se hace descansar precisamente la gran solución a las contradicciones del sistema, en su escala internacional sobre todo; en esta defensa de la caridad coincide por lo demás el moralismo, como hemos visto, con la rama más “humana” o reformista del liberalismo-ilustrado, a la manera de Rawls o Walzer. También en este terreno pululan, dentro y fuera de nuestras fronteras, ONGs moralistas de “izquierdas”, como *Movimiento por la Paz, la Libertad y el Desarme*, junto a otras, cada vez más, puramente reaccionarias, nacidas del seno del *Opus Dei* o de otras peligrosas sectas reaccionarias. En de-

finitiva el moralismo individualista, tanto el de derechas como el de izquierdas, pese a su apariencia crítica, deja intacta la legitimación del actual capitalismo globalizado e incluso la refuerza, pues lo presenta como un sistema tan libre y moral que, para sus posibles males, genera a sus propios sanadores: los moralistas y sus discursos.

A.2. Campo de dispersión del moralismo individualista

El moralismo individualista tiene una fuerte presencia en nuestra sociedad. Es un discurso reconfortante, propio de las clases medias, quienes, entre la desvergüenza de los dominantes, y la miseria e infortunio de los desgraciados, buscan solaz y refugio en una ideología que les permita guardarse las espaldas -el por si acaso me toca a mí- al tiempo que les sirve de válvula de escape ético-moral. El pequeño burgués, como ya bien analizara Marx, busca su punto de distinción a través de las diatribas morales y se presenta, ayer como hoy, como auténtico bastión de la decencia y honradez. El moralismo, dicho en otros términos, es la *areté*, el componente heroico a través del cual se mitifica el pequeño burgués, o la nueva espiritualidad, una vez desaparecida la de origen religioso, aquello que nos eleva sobre la mera corporalidad o animalidad. Por eso el discurso moralista suele ir unido a la defensa de la inteligencia o cultura, que quedan unidos de forma socrática a la ética: la cultura nos hace buenos. El discurso moralista no ha prendido sin embargo tan fácilmente entre las clases populares, las cuales han olido rápidamente la falsa moralina, y están sintiendo cada vez más lo que ya se llama en los países anglosajones la “*compassion fatigue*”. No en vano sufren el reiterado acoso televisivo de famosos pidiéndoles que se rasquen todavía más sus bolsillos.

La fortaleza del discurso moralista entre las clases medias hace que las clases dominantes recurran también al mismo como herramienta ideológica, afianzando así su hegemonía en términos generales. Es grande su utilidad. Por una parte, en el

plano de las políticas concretas, el moralismo, a través de las numerosas ONGs, tanto las “izquierdas” como las de “derechas”, sirve de perfecta excusa para ir suprimiendo muchos de los servicios sociales del “Estado de bienestar”, que quedan encomendados a la bondad de la gente, a su buen corazón. Asimismo, y ello todavía resulta más indignante, estas mismas ONGs, religiosas o laicas, sirven para amortiguar en los países pobres los malestares sociales, impidiendo con ello posibles “desvíos” revolucionarios.

Se da asimismo un uso puramente propagandístico del moralismo por la clase dominante, especialmente vergonzoso. Así los Estados y capitalistas occidentales anuncian a bombo y platillo su ayuda al Tercer Mundo, cuando sabemos que es una parte del engranaje de la estrangulación económica e estos países. Igualmente empresas multinacionales, que no dudan en explotar a países del Tercer Mundo y en utilizar mano de obra infantil, fomentan al mismo tiempo campañas de ayuda al Tercer Mundo, las cuales por su parte, de manera directa e indirecta, son igualmente lucrativas. Asimismo los miembros más destacados de nuestras sociedades, por ejemplo la casta monárquica, se entregan, a la vista de todos, a nobles tareas de beneficencia, ampliamente difundidas por los medios de comunicación. Más aún, sangrientas y lucrativas guerras como las del Golfo son justificadas como tareas caritativas, volcadas en la noble defensa de los derechos humanos. Por otra parte, si nos referimos a la política doméstica, cuando se acercan las elecciones, es fácil ver a algunos de nuestros políticos rodeados de niños con deficiencias físicas o psíquicas o visitando hospitales; sería oportuno recordar a este respecto que ya Hitler gustaba de rodearse de la tierna infancia.

En el caso de nuestro país, es digno de mencionar, por lo evidente, el tradicional uso propagandista de los asesinatos de ETA que hacía el PP. Por último no podemos dejar de hacer referencia a los trágicos sucesos del 11-M en Madrid, pues, pese a lo doloroso, resultan muy clarificadores con respecto al

uso político de la ideología moralista. En un principio el gobierno español acusó directamente a ETA, con el fin de obtener la tajada partidista habitual. Al derrumbarse la hipótesis, apeló por el contrario al argumento puramente moral; fue el famoso “no importa quiénes han sido, sólo importa el dolor”. Sin embargo mucha gente, pese a la fuerte presión, logró superar el moralismo puro y empezó a analizar, por superficialmente que ello fuera, causas políticas, económicas, etc., del suceso, siendo el resultado de ello la derrota electoral del partido gobernante.

El moralismo de “derechas” está ganando terreno en nuestras sociedades, contrapeso lógico y necesario a las contradicciones del capitalismo globalizado. En España son frecuentes las manifestaciones de asociaciones católicas o las recepciones calurosas de Papas reaccionarios por parte de las autoridades y por parte de una amplia masa de la población. Ello debemos ponerlo en relación asimismo con el poder político ascendente de la Iglesia católica en nuestro país. Tampoco es insignificante, por otra parte, el poder directamente económico que sustenta dicha iglesia, el cual le permite por ejemplo poseer toda una cadena de radio. Este moralismo reaccionario en ascenso- no sin dificultades y oposiciones, propias de una sociedad altamente secularizada- es todavía más visible en el mundo anglosajón. Tanto en Gran Bretaña como en USA son innumerables los *lobbys* de contenidos moralistas reaccionarios, furibundos defensores de la familia tradicional, y contrarios a progresos éticos reales como la eutanasia, el aborto, etc.; así, a manera de ejemplo, no hace muchos años el presidente Bush Junior en EEUU anunciaba la introducción de una enmienda constitucional para prohibir matrimonios homosexuales. La clase media más reaccionaria es la que está alimentando este moralismo rancio y peligroso. Sus referentes partidistas son el PP, en nuestro país, así como todos los partidos conservadores europeos. Pero sobre todo hay que tener en cuenta que a este moralismo de “derechas” es a donde han ido a desembocar, mostrando su confesionalismo de forma más o menos abierta, todas las religiones tradicionales, tanto el

catolicismo como las innumerables sectas protestantes. Pero no es insignificante tampoco el moralismo de “izquierdas”. A él han ido a parar la clase media más “progresista”, obreros de cuello blanco bien situados, que todavía no han sufrido las durezas del capitalismo globalizado, y muchos socialdemócratas que, hundido el modelo reformista, ya han abandonado análisis y perspectivas económicas y políticas y han encontrado un refugio cómodo en la mera queja moral.

El moralismo individualista tiene, de forma lógica, una fuerte presencia entre intelectuales, sobre todo filósofos. Así un análisis profundamente moralista de uno de los acontecimientos políticos más simbólicos en la historia reciente, el atentado contra las Torres Gemelas, es explicado de forma moralista por el filósofo Glucksmann, quien sostiene que el acontecimiento debería ser leído, siguiendo a H. Arendt, como el fruto de la banalidad del mal o, siguiendo a Dostoievski, del nihilismo consumado, del todo está permitido tras la muerte de Dios. En España tenemos una fuerte tradición de intelectuales moralistas que se remonta a Aranguren, y que ha dejado, como es sabido, una larga escuela. Entre los de “derechas” podemos mencionar a J. A. Marina, mientras entre los de “izquierdas” situaríamos, de manera sin duda destacada, a Fernando Savater, Victoria Camps o a Amelia Valcárcel -la división de “derechas/ izquierdas” no es con todo clara en ninguno de estos autores-.

Ahora bien, tal vez el auténtico paradigma dentro de esta última corriente podría ser Adela Cortina, y sus “éticas aplicadas”, a través de las cuales pretende solventar contradicciones morales del sistema, de origen socioeconómico- por eso la incluimos en la categoría de “izquierdas”- tratando de inocular a empresarios y consumidores la *fronesis* aristotélica, persuadiendo así a los primeros para que sean honrados y, amén de hacer dinero, traten bien a sus empleados, y a los segundos para que sean razonables, sin pasarse ni en el frenetismo de las compras ni en la excesiva austeridad, pues ambos extremos serían perjudiciales para el sistema. Hay que mencionar, a este respec-

to, que la división abstracta entre bueno y malo, buen empresario, mal empresario, buen político, mal político, es muy del gusto, por motivos obvios, del discurso moralista. Para éste el problema no reside en el ser objetivo empresario, es decir, en que dicha figura sea una pieza del sistema capitalista, sino en que tenga o no buen corazón; el mundo de Hollywood, al menos del inolvidable moralista Frank Capra, resuena aquí muy de cerca.

Por último es conveniente no confundir el moralismo de “izquierdas” con el marxismo reformista, que hoy en día está encarnado en los antiguos partidos comunistas, intelectuales marxistas, y grupos críticos con el sistema, como ATTAC y gran parte del movimiento antiglobalización, o movimientos protestatarios como “Los Indignados”, “Ocupa Wall Street”, etc. Estos grupos critican el capitalismo, sus injusticia, desde una perspectiva no solo ética, sino también económica y política. Se analiza, en definitiva, cómo las maldades del sistema surgen de sus propias normas de funcionamiento objetivo. El déficit de estos grupos e intelectuales, a nuestro juicio, como hemos expuesto arriba, estriba no en el moralismo sino en el reformismo, esto es, en la creencia de que cambios parciales en el capitalismo, sin necesidad de atacar la esencia del sistema pueden hacerlo más humano o menos injusto; son en definitiva herederos de la tradición proudhoniana según la cual habría que conservar lo bueno del capitalismo, el sistema productivo, suprimiendo lo malo, la distribución. Sin embargo, como también hemos visto arriba, con un ejemplo de Alberto Garzón Espinosa, la falta de una crítica general al capitalismo, y la ausencia de una alternativa total y revolucionaria al mismo, desemboca con frecuencia en un discurso puramente moralista y termina confundándose con un moralismo de “izquierdas”.

B. El moralismo comunitarista

B.1. Los contenidos ideológicos

Hay un segundo discurso moralista, que se lamenta igualmente de la debilidad moral de las sociedades modernas. Su tradición ya no es sin embargo la Ilustración, pues rechaza tanto la primacía del individuo, teórica y práctica, como el universalismo, y postula, como realidades y valores máximos, la vida comunitaria o tribal: la *Gemeinschaft*; por ello lo denominamos moralismo “comunitarista” Su fuente de inspiración intelectual ya no es Kant, sino autores *depassés* como Tomás de Aquino, en el caso de A. Macyntire, o Hegel e incluso Herder en el de C. Taylor. Este moralismo gusta sí, como sus antepasados tradicionalistas y románticos, de llamar la atención, dando la imagen de extravagancia y autenticidad a un tiempo.

El “comunitarismo” considera que hay que recuperar las formas tradicionales de vida, donde el espíritu de comunidad se antepone al individualismo y donde lo colectivo domina frente a lo individual. Por otra parte insiste en lo específico y peculiar de cada comunidad o cultura frente a las restantes, peculiaridades que han de ser conservadas por encima de todo. En otros términos, lo axiológico no sería para esta ideología lo ético sino lo puramente moral, las *mores*. Todo ello se traduce por lo además, en el terreno de los hechos, en la asunción de los valores más reaccionarios: defensa a ultranza de la familia tradicional, prohibición o animadversión ante libertades básicas como divorcio, aborto, relaciones sexuales libres, reivindicación del principio de autoridad en las relaciones sociales, apología de la religión, quejas sobre el hedonismo, etc. Es decir, las coincidencias entre moralismo individualista “de derechas” y moralismo comunitarista, extensivamente, si bien no estructural o formalmente, serían casi totales. Eso sí, este último aportaría un valor nuevo, regresivo y éticamente muy peligroso: el racismo. Se trata de un racismo ya no sostenido sobre supuestos biológicos, como en el XIX, sino culturales: hay culturas esencialmen-

te distintas, contrapuestas, siendo imposible, amén de indeseable, la hibridación de unas y otras.

El comunitarismo se presenta como un discurso altamente crítico con las sociedades actuales. Reclama incluso ser el gran discurso antimodernidad, opuesto supuestamente al discurso afirmativo del liberalismo. Tal es el esquema, por lo demás, a través del cual se nos ha vendido toda la filosofía política-ética americana de las últimas décadas, como un *Modernity's boosters versus Modernity's Knockers*, en terminología de C. Taylor. Ahora bien, las supuestas contradicciones señaladas por el comunitarismo no son más que vacías quejas que tratan de rescatar valores en parte sacudidos por el capitalismo y su proceso de secularización, pero que vuelven a reaparecer en los momentos de crisis del mismo, sin que por el contrario concedan importancia, como hacen, *grosso modo*, los moralistas individualistas, a las contradicciones reales que aquél genera. En otros términos, los comunitaristas, como auténticos reaccionarios, conjugan lo peor del capitalismo con lo peor de las sociedades precapitalistas. Estamos en definitiva ante un resurgir de las ideologías tradicionalistas y románticas del XIX, aparentemente anticapitalistas, pero realmente antisocialistas y antidemócratas, cuando democracia significaba entonces la posibilidad de un gobierno popular, y las consiguientes transformaciones socioeconómicas.

No queremos negar con ello que, teóricamente, sea posible un comunitarismo de izquierdas, el cual entienda por valores comunitarios una igualdad real, socioeconómica, y que asocie la *community* y sus valores tradicionales con valores ilustrado-marxistas de la libertad individual y la igualdad real, socioeconómica, es decir, un comunitarismo que perciba la verdadera realización del sujeto y de la justicia social en la recuperación de las comunidades primitivas. Resulta incluso fácil percibir, detrás de algunos movimientos ecologistas actuales, o detrás de nacionalismos de izquierdas radicales, un cierto comunitarismo de este tipo. Tendría incluso sus antecedentes teóricos, como el

marxismo romántico de Frankfurt, y más concretamente la obra *Dialéctica de la Ilustración*. Sin embargo es discutible que este comunitarismo de “izquierdas” tenga hoy día verdadera presencia social y política, teórica y práctica, en las sociedades occidentales. Antes bien hoy todo el mundo, cuando se habla de comunitarismo, entiende por ello uno solo: el reaccionario.

El comunitarismo culpa básicamente de la actual “degradación moral” a la política, coincidiendo en un rechazo a lo político, de forma nada casual, con el liberalismo clásico. Véase a manera de ejemplo estas palabras del comunitarista Nisbet: “La alegada desorganización de la familia moderna es de hecho simplemente una erosión de su autoridad natural, la consecuencia, en gran parte, de la absorción de sus funciones por el Estado.”²¹¹

Este recelo ante lo político tiene a nuestro juicio un origen múltiple. Por un lado es un recuerdo del antidemocratismo y antipoliticismo que ya impregnaba el tradicionalismo y romanticismo del XIX. Por otro lado los sistemas democráticos imperantes, pese a constituir en realidad auténticas oligocracias perfectamente controladas por la clase dominante, siempre pueden presentar, dados sus mecanismos de consulta popular, un mínimo riesgo de afirmación popular, al menos en países poco “civilizados”. En tercer lugar hay una especificidad en el caso de los EEUU, donde no en vano el comunitarismo presenta su mayor esplendor. Allí esta ideología ha servido de herramienta ideológica por parte de los Estados más reaccionarios para oponerse a medidas “moralistas” de un gobierno federal tachado de “izquierdoso”; paradigmática fue así la oposición agresiva de los Estados sureños a la política federal en defensa de los derechos civiles, oposición que se presentaba como una defensa de la tradición, de la *Gemeinschaft*, de lo apolítico, frente a las perversas posiciones de Washington, esto es, de lo político.

²¹¹ (Nisbet, *Conservative sociologist: how the state destroys community*, [http://www.nrbookservice.com/bookpage.asp?prod-cd\)=C5677](http://www.nrbookservice.com/bookpage.asp?prod-cd)=C5677))”.

Ahora bien, como ya ocurre en el liberalismo, los ataques a la política se compadecen, en la mayoría de los casos, con la aceptación de unas formas políticas, por cuanto las saben necesarias para mantener el *statu quo*, objetivo máximo del comunitarismo. En el caso de los comunitaristas más “progresistas” se asume la democracia burguesa realmente existente. Así Robert N. Bellah defiende lo que él denomina un “comunitarismo democrático”: “El comunitarismo democrático no se esfuerza por presentarse como una tercera vía entre las dos ideologías reinantes. Acepta el valor y el carácter de inevitables tanto del mercado como del Estado, pero insiste en que la función del mercado y del Estado es la de servirnos, no la de dominarnos”.²¹² En sus peores formas el comunitarismo, como se ha visto históricamente en la primera mitad del siglo XX, no duda en asumir formas políticas autoritarias e incluso fascistas.

La economía, y con ello el sistema capitalista, queda a salvo de las diatribas comunitaristas. Sin duda a veces se escuchan quejas, como ya ocurriera en el comunitarismo tradicionalista del XIX, contra el sistema de libre mercado. Pero son apreciaciones retóricas y superficiales, que lejos de apuntar al núcleo del sistema, la injusticia socioeconómica, se limitan a poner el grito en los cielos por los terribles egoísmo, insolidaridad y sobre todo hedonismo que el mismo genera; rugieron los montes y parieron un ratón, como reza el dicho clásico. En este sentido MacIntyre postula una vuelta a lo moral frente al hedonismo de los placeres y los sentidos, compartido supuestamente por igual por utilitaristas y marxistas: “Una vez que nos hemos apartado de la ilusión benthamiana de que la felicidad o el placer consiste en tener ciertas sensaciones, entonces está claro que tenemos que distinguir entre aquellas actividades que son llevadas a cabo sólo como medios para otra cosa y aquellas que son valiosas en sí mismas”.²¹³ En consecuencia esta crítica retó-

²¹² (Bellah, R. N., *Community properly understood: a defense of “democratic communitarism”*, <http://www.gwu.edu/~icps/bellah.html>)”.

²¹³ (Oakes E. T., *The achievement of Alaisdir MacIntyre*,

rica, como ya ocurriera con el comunitarismo de principios del XX, lejos de poner en entredicho el sistema, lo sostiene, reduciendo las posibles quejas auténticas sobre las injusticias reales del capitalismo hacia una mera indignación moralista.

B.2. Campo de dispersión

Como todo moralismo, el comunitarismo es esencialmente una ideología de las clases medias, especialmente en épocas de crisis, que no sufren, como las populares, toda la agresividad del sistema, pero que al tiempo se sienten atemorizadas y parcialmente amenazadas por el mismo. Ahora bien, el comunitarista adopta la peor de las variantes ideológicas posibles, la más reaccionaria. Como otrora al pequeño burgués de la Alemania de entreguerras, el miedo a la proletarización, que por otra parte ve cada vez más cernirse sobre ella, le lleva a los peores discursos y, en su caso, a las peores formas políticas. No en vano el comunitarismo hoy en día constituye el trasfondo ideológico de muchos discursos neofascistas, en Europa y Estados Unidos.

Estamos, dicho en términos coloquiales, ante el tendero que ve erguirse, amenazante, la sombra del gran centro comercial, y que lejos de culpar de ello a los capitalistas que le hacen competencia, ataca a los inmigrantes y parados que supuestamente se llevan el sudor de su trabajo, así como a los políticos, supuestamente siempre escorados a la izquierda y amigos de los desarrapados. De esta manera ni siquiera la “humanitaria” y cristiana compasión que caracteriza al moralista individualista encuentra acogida en el comunitarista, quien ve en la víctima del sistema, sobre todo si es emigrante, o de una raza o nacionalidad diferente, a un aprovechado que pretende vivir de sus impuestos. Por lo demás no hay el más ligero atisbo de un análisis que hable del capitalismo y sus consecuencias indeseadas, del inmigrante como víctima, del capitalista como gran benefi-

<http://print.firstthings.com/ftissues/ft9608/oakes.html>).

ciado y del propio pequeño burgués como copartícipe, en menor escala, del mismo. El pequeño burgués, en otros términos, desea seguir disfrutando de las ventajas que le ofrece en sistema, pero sin sufrir sus inconvenientes- inconvenientes de los que desde luego el gran capitalista está, gracias a su dinero, completamente a salvo- sin darse cuenta de que ambos aspectos van dialécticamente entrelazados.

El discurso comunitarista es muy útil para la clase dominante. Con él se puede desplazar por un lado todo conflicto hacia las culturas extranjeras, hacia el exterior, transformando las contraposiciones de clase indudables en el capitalismo en contraposiciones de pueblos. Por otra parte se describen las sociedades existentes como todos uniformes y solidarios, y por ende se conmina al obrero, y a las clases populares en general, a abandonar toda perspectiva de lucha de clases y antes bien a colaborar alegremente con su hermano el empresario; en otros términos las clases sociales, obreros y burgueses, no existen, solo hay norteamericanos, españoles, alemanes, etc.

Asimismo la crítica al sistema económico, al capitalismo, es puramente superficial y retórica, y asume por lo común unas formas racistas: son algunos empresarios -o sobre todo banqueros-, por lo general de nacionalidad extranjera, los que pueden provocar la crisis, pero no el propio sistema y la mayoría de los capitalistas, que forman parte del todo comunitario. Por último, y de una manera más concreta, el comunitarismo se utiliza como coartada para justificar el deterioro del Estado de bienestar, haciendo recaer sobre la familia responsabilidades como el cuidado de niños, ancianos, enfermos, parados, etc., antes asumidas por el Estado.

Este discurso ideológico ya estuvo muy en boga durante el período de entreguerras, especialmente en Alemania, la patria de la *Gemeinschaft*, y, con la denominación de “corporativismo”, encontró acogida bajo los regímenes fascistas, quienes consiguieron con ello los objetivos arriba referidos: descargar la ira popular, fruto de la crisis del capitalismo, hacia un

enemigo exterior, generar una falsa conciencia de unión de todos los alemanes o italianos, independientemente de su origen de clase, que facilitó las altas cotas de explotación de la clase obrera por los fascismos, y no poner en entredicho la esencia del capitalismo. Los fascismos se sirvieron además de dos componentes ideológicos básicos de este discurso: el antipoliticismismo, presentándose como movimiento popular al margen y en contra de los partidos políticos, y el anticapitalismo retórico, moralista y racista, que les permitía presentarse como partido del pueblo enemigo de sus explotadores, que no serían los capitalistas en su conjunto, sino un puñado de capitalistas extranjeros, ajenos a la comunidad.

Hoy en día el comunitarismo tiene su mayor difusión académica y popular en el mundo anglosajón. Es en los EEUU donde ha aparecido todo un elenco de comunitaristas, desde los más reaccionarios y aparentemente, sólo aparentemente, antisistema, como Nisbet, hasta los más moderados o liberales, en terminología norteamericana, y satisfechos con el *statu quo*, como Bellah. También, es en USA y Gran Bretaña donde la palabra “*community*” constituye un término habitual, tanto entre intelectuales como en el mundo de la vida habermasiano. Así en el Reino Unido no es difícil escuchar en la televisión, en los programas populistas, quejas sobre el perdido reino dorado de la *community*, que disfrutaban los británicos veinte o treinta años ha, donde el barrio era como una gran familia, donde se podían dejar las puertas abiertas, y nadie te robaba, y cuando la leche y la prensa, dejados en el umbral en cada casa por el lechero y el repartidor de periódicos respectivamente, no corrían riesgo alguno de desaparecer.

Políticamente, el discurso comunitarista vuelve a coger fuerza hoy en día, en época de crisis. La burguesía dominante se siente atraída por él. Veamos este discurso, de hace unos pocos años, del ex-Primer Ministro británico Tony Blair, que podría haber sido pronunciado décadas atrás por el propio Mussolini:

“Las empresas con éxito invierten, tratan a sus empleados

correctamente, los valoran como una fuente ya no de producción sino de innovación creativa. No podemos garantizar por legislación que una empresa se vaya a comportar de una manera que conduzca a una confianza y un compromiso a largo plazo. Pero seguramente es tiempo de poner el énfasis en un *ethos* corporativo, desde una empresa como mero vehículo para el mercado del capital, que comercia, vende y compra, con mercancías, hacia una visión de la empresa como *community* o corporación en la cual cada empleado tiene una participación y donde las responsabilidades de la empresa están más claramente delineadas... Necesitamos construir una relación de confianza no solo dentro de la empresa, sino también dentro de la sociedad. Por confianza entiendo el reconocimiento de un fin común para el cual trabajamos en común y del cual todos nos beneficiamos. ²¹⁴

Pero sobre todo vuelve a reaparecer con fuerza, y en sus versiones más peligrosas, en los nuevos movimientos de extrema derecha que pululan por EEUU y Europa, como el *Frente Nacional Francés* u otros, extendidos entre las clases medias y también populares.

6.

LA NEGACIÓN DE LO AXIOLÓGICO: EL IRRACIONALISMO

6.1. Contenidos ideológicos y privilegio de la esfera política

Todas las grandes ideologías actuales presentan un núcleo axiológico, según hemos afirmado arriba. Esto parece contradecirse con el resurgir de una filosofía que pretende situarse más allá de todo juicio ético-moral. Ahora bien, nadie hay más mo-

²¹⁴ (Discurso de Tony Blair a la comunidad de negocios de Singapur, año 1997)”

ralista, en el sentido ontológico, que el inmoralista o amoralista; buen ejemplo de ello habría sido el propio Nietzsche. Este nuevo inmoralismo, que vamos a denominar de forma amplia “irracionalismo”, se caracteriza, como sus antecedentes tardorrománticos- Schopenhauer y Nietzsche, por sólo referirnos a los más destacados- por la negación de toda relación entre política, tanto exterior como interior, y ética, asumiendo con ello un nuevo “maquiavelismo” o cinismo, a la manera de Carl Schmitt. Dicho postulado descansa a su vez sobre una antropología “realista”, hobbesiana -y aquí vemos un claro punto de unión doctrinal entre el irracionalismo y el liberalismo clásico- aplicada tanto a las relaciones sociales interiores, entre ciudadanos, como exteriores, entre naciones; la política surge en definitiva sobre el substrato de una guerra de todos contra todos.

De esta manera para el irracionalismo la esfera humana privilegiada, no en términos éticos, sino ontológicos, es la política, coincidiendo con ello, sólo tangencialmente, con el liberalismo-ilustrado. Asimismo dentro de esta esfera el irracionalista va a poner énfasis en el aspecto a su juicio más real, a saber, lo militar, pues asume que la política es fundamentalmente violencia, siendo la guerra su mayor y mejor manifestación. Las otras esferas- lo económico y lo axiológico- quedan reducidas al papel de herramientas de lo político, con lo que este discurso evita por completo cualquier contradicción entre las mismas.

Este pensamiento, que se presenta a sí mismo como realista, incluso como científico, como encarnación de la pura *Realpolitik*, y que comporta sin duda ciertos contenidos de verdad, como cualquier ideología que aspire a serlo, merece sin embargo el nombre de “irracionalismo”. Ello se debe no sólo a la defenestración que lleva a cabo, en filosofía práctica, del hecho ético -más allá de su utilización instrumental- sino también a las graves deficiencias de sus análisis teóricos. El aparente radicalismo de la verdad, humana y social, esconde por el contrario una visión superficial de lo político, que desconoce- con una clara intencionalidad antimarxista- la importancia esencial de

los factores económicos, tanto subjetivos como objetivos, en los procesos políticos, nacionales e internacionales. El “irracionalista” olvida que no hay poder *per se*, sino poder al servicio de una dominación económica, de la misma manera que no hay formas de gobierno que no descansen sobre realidades económicas previas. De esta manera el discurso irracionalista llega a análisis tan simplistas como explicar el fenómeno del fundamentalismo musulmán o del “terrorismo internacional” como consecuencias directas de las doctrinas del Corán, o de la maldad intrínseca de los musulmanes, al tiempo que pasa por alto otros hechos como la sangría de palestinos o el colonialismo ininterrumpido del mundo árabe.

Este desprecio por lo estructural, y básicamente por lo económico, responde a una psicología peculiar del homo irracional: su grandeza de espíritu- rasgo que comparte, en calidad de intelectual, aunque con otros matices, con el liberal-ilustrado- que no le permite verse mezclado con la mezquindad del dinero. Otro de sus rasgos es su tono altivo, arrogante, así como la desfachatez que se regodea en la inmoralidad, que se complace en el mal, única realidad en última instancia existente, y que dirige su cinismo contra cualquier pensamiento con pretensiones axiológicas, cualquier filosofía o pensamiento político que aspire a la transformación ética de la sociedad. Un último rasgo es el odio que dirige hacia todo. El irracionalista destila rencor hacia los más débiles, hacia las víctimas del sistema, pues los considera manipuladores el discurso moral, para despertar la compasión de la sociedad en su propio beneficio, y hacia las ideologías y pensadores que defiendan a los débiles -en este desprecio y rechazo de las víctimas sociales coincide por lo demás, aunque con fundamento ideológico diferente, con el liberalismo clásico-.

No en vano el irracionalismo dice tener un solo y gran enemigo: el moralismo. Ahora bien, por ello no entiende sólo lo que nosotros hemos denominado en este artículo ideología moralista, sino la ética-política realista, ilustrada-marxista, en de-

finitiva socialista. En última instancia el socialismo y el marxismo son los grandes enemigos del irracionalista, como ya fuera el caso de sus antecedentes románticos del XIX y principios del XX, descritos de manera certera por G. Lukács, en su *Asalto a la razón*, como ideologías, *a negativo*, del capitalismo, sin que tal condición negativa les haga perder empero nada de su potencialidad ideológica.

El irracionalismo actual, como ya fuera el caso del irracionalismo romántico, no se puede conformar como discurso solo con una *pars destruens* -a la manera de Schopenhauer- sino que requiere asimismo una *pars construens* -a la manera de Schmitt, Jünger, Spengler, el primer Th. Mann, y muchos otros más-. Para ello echa mano de un mito, irracional, romántico, un gran ideal espiritual que contraponen al mundo realmente existente, con el cual complementar, al tiempo que encubrir, el irracionalismo meramente destructivo. Éste no es otro que “la cultura”, entendida una vez más en el sentido de *Kultur* o *mores* nacionales. De esta manera el irracionalismo se confunde, doctrinalmente, con el moralismo comunitarista. Dicho en otros términos, la doctrina comunitarista, aparentemente inocente o neutral, deja ver su auténtico rostro cuando se hace política con el irracionalismo: racismo y odio hacia el otro.

Esta apelación al mito de la cultura- más allá de los contenidos sociológicos reales que pueda tener dicho concepto- permite al irracionalismo presentar en términos etnográficos la realidad social y política, nacional e internacional. Es decir, la política queda reducida a la ecuación etnocéntrica, siniestra y falsa, de “nosotros *versus* ellos”. Tal salto ontológico al mito permite presentar la lucha entre culturas o “choque de civilizaciones”, término acuñado con la más malévola de las intenciones, como realidad suma de la política, y como consecuencia de ello el fenómeno de la guerra se yergue en hecho ontológicamente necesario- tal lucha de culturas solapa, dicho sea de paso, toda lucha real de clases-. El paso siguiente, en el terreno de los hechos, se impone, no pudiendo ser éste otro que la defensa siem-

pre y en todo momento de los nuestros, de nosotros frente a ellos. Así el irracionalista dirige especialmente su odio, ese odio que le es consustancial, hacia las culturas vecinas pero diferentes: en el pasado los judíos, los musulmanes hoy de forma prioritaria, aunque también los chinos.

El irracionalismo se yergue en una buena ideología general del capitalismo, pues legitima la sobreexplotación de mano de obra proveniente de otras culturas, especialmente la musulmana, y sobre todo permite, en época de crisis, buscar un enemigo o chivo expiatorio sobre el que volcar el odio. Pero asimismo se “especializa” en discurso legitimador del neoimperialismo económico y geoestratégico encabezado por EEUU; se legitiman las conquistas de territorio musulmán en Oriente Medio, África, etc., o las agresiones de Israel a los Palestinos, o los posibles conflictos en el futuro con China. Por ello no solo Bush, sino gran parte de los gobiernos occidentales y de sus intelectuales mediáticos, explicaran los siniestros atentados de Al-Quaeda, con un simplismo que toma a los ciudadanos por estúpidos, con ese irracional grito de “nos atacan porque quieren destruir nuestros valores, nos atacan porque nos odian”. Por lo demás este etnologismo ontologizado es utilizado de manera conjunta con el discurso moralista individualista -de nuevo otra aparente contradicción que no es tal- por parte de la clase dominante de Occidente. De esta manera para gente como Bush Junior “ellos”, amén de ser “ellos”, son también los *bad guys*, y “nosotros” no sólo somos “nosotros”, sino además los *good boys*. Así los rumanos, musulmanes, chinos, etc., no solo son los otros, sino también los malvados, y el círculo racista se cierra.

Hay una versión estrafalaria de este irracionalismo, que consiste en postular la guerra de nosotros contra ellos, el mito del choque de culturas, pero deseando el triunfo de éstos últimos, gritando “que ganen ellos”. Es la posición de J. Gray, quien además se envuelve de un aura de pseudo-izquierdas, al criticar el capitalismo occidental como injusto, explotador, y postular como alternativa el capitalismo de los otros, supuestamente más humano, el asiático:

“Las profundas diferencias entre el capitalismo asiático y el de los países occidentales no disminuirán con el tiempo...El mayor sociólogo del capitalismo, Max Weber, tenía razón cuando vinculaba el desarrollo del capitalismo en Europa noroccidental con el protestantismo...El nuevo capitalismo del Asia oriental está libre de la pesada carga occidental de disputas ideológicas sobre los méritos de los sistemas rivales... Hemos entrado en la era del *ocaso de Occidente* -subrayado nuestro-. No es una era en la que todos los países asiáticos vayan a prosperar y todos los países occidentales vayan a sufrir un declive. Es un periodo en el que la identificación de “Occidente” con la modernidad está terminada. Puede ser que la propia idea de “Occidente” se haya vuelto arcaica.²¹⁵

6.2. Campo de dispersión del irracionalismo

El irracionalismo es en un pensamiento presente en numerosos intelectuales, tanto filósofos espirituales de alto estándar, como intelectuales de segunda fila, acogidos por los medios de comunicación, perros de presa del capitalismo, unos y otros autosublimados en su profundo cinismo, gracias al cual creen ser los únicos hombres libres, los únicos que realmente saben: “Y qué agradable es, considerarse a sí mismo como uno de los representantes autorizados de la calidad, la belleza, el pensamiento y cosas tales. ¡No hay apenas una señora en el mundo de la moda que no se imagine que está representando la función de preservar calidad y la belleza sobre la tierra! (Gramsci, A., “The study of philosophy”, en *Selection from the Prison Notebooks*, ibídem, p. 364)”. Su origen histórico, como hemos dicho, es el irracionalismo romántico y tardorromántico del XIX y principios del XX, con especial fuerza en Alemania, pero con presencia en toda Europa, llegando hasta nuestro Ortega y Gasset. Esta tradición ha vuelto a coger fuerza con el postmoder-

²¹⁵ (Gray, J., *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*, Paidós, Barcelona, 2000, pp. 244-46)”.

nismo de finales del XX, de inspiración nietzscheana, todavía hoy vigente, que se proclama abiertamente inmoral. Podemos mencionar el caso de Braudillard, intelectual típico de la primera fase del irracionalismo, es decir, de aquella que se limita a negar el hecho ético-político y a afirmar la lúgubre condición humana; todos llevamos un terrorista dentro- dice este autor utilizando referentes muy modernos, muy ideológicos-, de modo que las guerras imperialistas y los atentados terroristas son las dos caras de un mismo hecho, no económico-político, sino pura y profundamente político, en definitiva, pura y profundamente antropológico.

Hay otra serie de intelectuales que dan un paso más allá y toman partido abierto por los nuestros. En la barbarie y locura de la guerra abierta tenemos que recurrir a todos los medios al alcance para obtener la victoria, para defender nuestro mundo, que además de ser el “nuestro” resulta, como no podía ser menos, el mejor. Es esta la posición de muchos reaccionarios americanos, intelectuales de segunda fila pero altamente influyentes, como el ilustre Huntington, o Robert Kagan, fundador del *think-tank Project for a new american century*, o el periodista Robert Kaplan, quien afirma literalmente que “el empleo de la fuerza y la *realpolitik* es el único medio de supervivencia (el nuestro, el de Occidente).²¹⁶ También podemos incluir en este grupo a intelectuales europeos como Sartori, Robert Radeker - quien sostiene que el islam es la religión del odio, frente al cristianismo que es la del amor- y J. F. Revel; este último asocia su odio visceral al otro, al no occidental -antes era el comunista, pero ahora había que buscarse un nuevo enemigo- con el discurso liberal según el cual, al defender lo nuestro, defendemos lo mejor humano, la libertad, cuya máxima expresión concreta sería, como no podía ser menos, EEUU.

Un caso muy destacado, dada también su resonancia mediá-

²¹⁶ (Palacio de Oteyza, V., “La imagen imperial del Nuevo orden internacional: ¿es esto realismo político?”, en *Revista CIDOB d’Affers internacionals*, nº 64, p. 21)”.

tica y su especial virulencia racista contra los musulmanes, es el de la periodista Oriana Fallaci, cuyo libro *La fuerza de la razón* no tiene desperdicio. El propio título ya es revelador de las pretensiones de racionalismo por parte del irracionalismo, que en el caso de Fallaci no duda en presentarse, con un victimismo propio de todo irracionalismo, como sucesor de los mártires de la Ilustración: el Mastro Cecco, condenado por la Inquisición, Galileo y el propio Zola. Veamos alguna de sus joyas, tomadas de un extracto del diario *El Mundo*, del 18 de abril del 2004, y donde, entre otras cosas, es digno de destacar el juego burdo y descaradamente manipulador de las mayúsculas y minúsculas, recogidas aquí fielmente:

“Con indignación y en nombre de la Razón retomo, pues, lo que hace más de dos años cerré diciendo basta-stop-basta. Con indignación y en nombre de la Razón imito al Mastro Cecco, reinicio y publico esta segunda esfera armilar. Mientras arde Troya. Mientras Europa se convierte cada vez más en una provincia del islam, en una colonia del islam. E Italia en la vanguardia de esa provincia, de esa colonia”. Más adelante, como buena irracionalista, y con parecido juego de mayúsculas, hace suyo el más vacuo hobbesianismo sociobiológico: «La guerra no es una maldición inscrita en nuestra naturaleza. Es una adición inscrita en la Vida. No nos podemos sustraer a la guerra, porque la guerra forma parte de la Vida. Convengo en que esto es monstruoso. Tan monstruoso que mi ateísmo deriva precisamente de esto.

De mi negativa a aceptar la idea de un Dios que creó un mundo donde la Vida mata a la Vida y come Vida. Un mundo en el que para sobrevivir hay que matar y comer a otros seres vivos, ya sean pollos, almejas o manzanas»”.

También nuestro país conoce los frutos intelectuales del irracionalismo filosófico. Podemos mencionar a Gabriel Albiac y sus célebres columnas, hace unos años, en *El Mundo*, auténticos ejemplos del cinismo más reaccionario. Así concluía una de las mismas, tras haber atacado duramente al entonces alcalde de Leganés -por su supuesta pusilanimidad frente al enemigo mu-

sulmán en las manifestaciones que siguieron a la voladura de un edificio en dicha localidad por parte de terroristas musulmanes-, diciendo que la guerra es la guerra, y que o bien se puede aceptar sobriamente tal hecho, como hace el propio Albiac - sabiendo por lo demás, como sabe el irracional, que las víctimas son siempre los otros- o bien se puede esconder la cabeza cobarde e imprudentemente, como habría hecho el pobre alcalde de Leganés.

Pero sin duda el caso más destacado, dada su talla filosófica, es el de Gustavo Bueno; nos referimos más concretamente el “segundo” Bueno, cuyo origen podemos situar, por aportar algún dato aproximativo, a partir de la publicación de su *Mito de la cultura*. Voy a dejar a un lado el análisis del “primer” Bueno, una obra sin duda de valía y potencialidad filosófica, así como también los motivos, sociológicos y filosóficos, amén de personales o psicológicos, de su gran transformación, que le llevó de un materialismo marxista a un pensamiento profundamente irracional y reaccionario. Lo que ahora nos interesa para el tema que tratamos es el Bueno después de la metamorfosis. El núcleo de su pensamiento lo podemos resumir como un neohegelianismo que intenta por todos los medios dar por bueno el mundo existente. En otros términos, podemos decir que, partiendo de la ecuación hegeliana realidad-racionalidad, sólo percibe la misma en un sentido, de manera que todo lo real queda santificado bajo su pluma como racional, mientras que por el contrario no le exige a lo real ningún esfuerzo para aproximarse a lo racional- entendido ello en términos éticos- pues todo ente existente sería ya de por sí, y en cuanto existente, racional y por ende, ontológicamente necesario. Así la racionalidad queda en definitiva desprovista de todo contenido para convertirse en mera paráfrasis de la realidad.

En un momento posterior, más axiológico, el “segundo” Bueno solo considera verdaderamente reales y por ende racionales los componentes más irracionales o inmorales de la realidad: guerras, explotación del hombre por el hombre, división de

clases, etc. Con esto su pensamiento se yergue en apologeta de las peores formas del mal actual: la destrucción del Estado de Bienestar del capitalismo globalizado -es célebre su defensa de lo privado, por ejemplo en enseñanza, bajo el falaz e irracional argumento de “qué más da, que en el fondo toda formación es imposible”- el capitalismo -al ser la forma económica más progresiva, en ciencia, tecnología y productividad, lo propio de alguien de izquierdas sería defender el capitalismo- el imperia- lismo americano -que poco más o menos viene a ser la nueva encarnación del espíritu absoluto, versión materialismo filosó- fico-, el militarismo-. Bueno exigía enviar los tanques a Euska- di como solución del problema vasco -el autoritarismo- prohibi- ría todos los partidos nacionalistas, -la crueldad política- de- fiende ya desde hace tiempos la bondad de la pena de muerte-, la animadversión ante varios de los avances en derechos bási- cos como el aborto -a su juicio un gasto de energía social inne- cesario que debería ser penado-, la defensa de las peores formas de alineación -si la gente ve *Gran Hermano* es porque en defi- nitiva le gusta-, así como un largo etcétera. Veamos una de sus perlas, aparecida en un artículo del diario *La Nueva España*, y que recoge, en forma de cápsula, algo de lo aquí dicho: “No hay por qué suponer que el ente público debe educar al pueblo, otra cosa que se dice mucho. ¿Por qué hay que educarlo? Si cuanto más lo eduques es peor. Si se gastan millones en las ikastolas es peor, o en defender la ley coránica, como hace la UNESCO, peor también. Por eso lo mejor es que no se eduque al pueblo”. Todo ello viene acompañado de un tono altamente retórico, cínico, sarcástico, descalificador de cualquier discurso con pretensiones ético-políticas, y por supuesto de su máximo actual enemigo: el marxismo.

Por último el propio filósofo, en abierta contradicción con su crítica al mito de la cultura, ha accedido a las cuitas de su cora- zón y se ha forjado una *Kultur* particular que venerar -que se yuxtapone, sin desalojarla, a la *Kultur* general representada por el Occidente cristiano *versus* el Oriente musulmán-. Este mito

no es otro que la entrañable historia de Pelayo invocando a la Santa Virgen en la gruta de Covadonga, iniciando la feliz expulsión de los moros e irguiéndose así en el fundador de una nueva y profunda idea: España como Imperio.

El irracionalismo no sería tan grave si quedara reducido a este ámbito pseudo-intelectual. Sin embargo, desgraciadamente, en épocas sobre todo de crisis económicas y de tensiones internacionales, como la actual, cuando el paro y la desesperación social acechan, es un pensamiento que prende fácilmente entre las clases medias, temerosas de la proletarización, y entre las clases obreras más desesperadas y deformadas ética e intelectualmente, por carecer entre otras cosas de una organización marxista revolucionaria que le sirva de referente. Es ese odio de los débiles hacia los más débiles, atizado a su vez por parte de la clase dirigente, o visto con indulgencia y complacencia por la misma, que se vivió de manera conspicua en el periodo de los fascismos pero que vuelve a latir en los barrios más marginales de nuestras grandes urbes, como hemos advertido arriba. Es ese irracionalismo popular que explica la nueva ola de racismo, muchas veces violento, que se extiende hoy día por Europa. Es ese racismo popular que se expresa en los tristes tópicos tales como: “¡qué se vayan!, ¡nos quitan el trabajo!, ¡nosotros antes!, ¡los españoles primero!, etc.”

Por otro lado en este irracionalismo encuentra siempre su lugar la chusma ética y política, lo que Marx denominara el lumpen proletariado. Y no nos referimos solo al lumpen tradicional, de algunos marginados sociales y delincuentes, sino a uno nuevo compuesto de hombres de negocios y trabajadores de cuello blanco, clase media, metidos de lleno en la vorágine capitalista, y que por lo tanto hacen suyo el profundo cinismo y odio que genera la carrera competitiva del sistema. Así el lumpen proletariado ensancha sus límites y acoge en su seno a un nuevo grupo de profesionales del maletín que “se las saben todas”.

El irracionalismo racista es por último asumido por las clases políticas dirigentes, especialmente de los partidos de derechas,

que ven en ella una buena herramienta de manipulación de las clases populares, para desviar su atención de las causas y culpables reales de la crisis capitalista. Hace unos años un diputado holandés Geert Wilders, sirviéndose de imágenes violentas, vinculaba directamente el Corán con los atentados terroristas y prevenía contra la “islamización de Holanda”. Por el mismo tiempo la liberal Angela Merkel, al tiempo que autoridad moral en la lucha contra el comunismo, en cuyas manos se están jugando hoy parte del destino del capitalismo, decía públicamente, sin tapujos: “Los minaretes no pueden construirse ostensiblemente más altos que las torres de las iglesias”. Una campaña propagandista de hace pocos años del Partido Popular Suizo, partido con amplia representación parlamentaria, contenía un videojuego titulado *Zottel salva Suiza*, donde la cabra Zottel, mascota de dicho partido, se encarga de impedir que las ovejas negras entren en el país. Más recientemente, en unas campañas electorales en Cataluña, las juventudes del PP no dudaron en presentar a su candidata subida sobre una escoba y matando “inmigrantes ilegales”. Al tiempo nuevos y poderosos partidos de ultraderecha pululan por Europa, entran a formar parte de sus gobiernos, o son aceptados incluso como organización políticas normales, verbigracia el *Frente Nacional* en Francia.

7. CONCLUSIÓN:

CONVIENE SOBRE TODO SABER DÓNDE ESTAMOS

A lo largo de estas páginas hemos intentado mostrar los cuatro grandes grupos o familias discursivas que ocupan el actual terreno ideológico del capitalismo actual, globalizado, y que conforman así la hegemonía de la clase dominante en Occidente; diferentes en parte serían sin duda las ideologías en Oriente, el mundo islámico, el África negra, e incluso en las zonas más pobres de la América Latina, si bien no es menos cierto que la

globalización las va acercando más cada vez. Los discursos, amén de una unidad esencial, presentan también, junto a diversas concomitancias, considerables diferencias. Estas se refieren tanto a las clases o grupos que las sustentan de una forma más natural como a los aspectos doctrinales, los cuales se traducen en una especie de especialización de cada familia ideológica; es como si cada ideología se encargara de poner el énfasis legitimador en un aspecto concreto del *statu quo*.

Ahora bien, ello no impide que por otra parte el conjunto de las ideologías constituya una auténtica unidad sistemática, donde las familias ideológicas se refuerzan mutuamente hasta constituir un todo atributivo. Esta unidad gira así lo hemos postulado desde un principio-, en torno a lo axiológico como núcleo central. Incluso la ideología antimoralista, el irracionalismo, vemos que asume inmediatamente contenidos axiológicos: nuestra cultura, la occidental, diferente y superior a las restantes. Ello, en un segundo momento, nos obliga a considerar, como la gran ideología del capitalismo globalizado, de los grandes capitalistas y Estados dominantes, al “moralismo individualista”, el cual le permite a aquél ser no sólo dominación sino también hegemonía. Pues el “moralismo individualista” presenta la gran virtualidad tanto de legitimar determinados aspectos del sistema como de legitimar al sistema en su conjunto, al dotarlo, frente al mero economicismo o politicismo de los liberalismos, o frente al cinismo irracional, de un aura de espiritualidad, que es además, frente a los límites nacionales del moralismo comunitarista, universal.

En términos concretos, el moralismo individualista logra convencernos de que, pese a las apariencias, no todo en las sociedades capitalistas es dominio e intereses de poder político-económico, sino que antes bien lo que verdaderamente cuenta en ellas es el corazón, y que incluso aquellos individuos, capitalistas o estadistas, aparentemente más duros y perversos pueden ser seducidos hacia el bien. Nos hace creer que sin duda los países occidentales se pueden equivocar en determinados mo-

mentos, e incluso cometer deslices e injusticias, que hay que denunciar, pero que en el fondo son ellos y no otros los portadores del imperativo categórico, los que mejor encarnan la justicia en el mundo. Así un moralista de izquierdas puede considerar un grave error la última guerra de Irak, e incluso movilizarse contra la misma, pero se negará a poner en la misma balanza la política norteamericana y europea, por un lado, y la de Irak por otro; pues los primeros cometerían errores, por parte de determinados gobiernos, pero en el fondo aspiran al bien del mundo, mientras los segundos son esencialmente perversos. Nos conmina igualmente a creer que la felicidad es posible, que solo depende de nosotros, que basta con replegarse, en última instancia, sobre la esfera de la privacidad, independientemente del marco socioeconómico y político. Y todo ello se produce, digamos, de forma paradójica, al ser precisamente el moralismo la única ideología que pretende criticar el estado de cosas existentes, incluso, en el caso del moralismo de “izquierdas”, de la estructura socioeconómica. Sin embargo no hay tal paradoja si entendemos que las críticas superficiales, lejos de poner en entredicho lo criticado, contribuyen a sublimarlo.

El poder ideológico del moralismo individualista nos permite por otro lado extraer dos consecuencias teóricas. Una primera es que toda legitimación ideológica y toda hegemonía de la clase dominante precisan en última instancia encubrirse con formas transcendentales. Ya lo reconocía así, muy acertadamente, refiriéndose a la religión, pero en términos válidos para todo moralismo, el liberal Constant, quien frente a los que veían en lo religioso-moral una simple herramienta de contención de los malos instintos, le atribuía sin embargo las más altas funciones, aquellas que en nuestro lenguaje podemos calificar como las de una “ideología global”: “Yo coloco la religión en un lugar más elevado. No creo que sea un complemento de la horca y de la rueda... La religión me parece deseable para crear una moral más elevada. Yo la invoco no para reprimir los crímenes vulga-

res, sino para ennoblecer todas las virtudes.²¹⁷

Una segunda conclusión sería, con Gramsci, que sólo un pensamiento verdaderamente inmanente, verdaderamente afe-rrado a lo concreto, sin que ello suponga nominalismo o empi-rismo, escapa a la falsa sublimación de la realidad. De hecho el marxismo asumió contenidos ideológicos en el bloque del Este cuando se hizo abstracto y trascendente, por ende casi una nue-va religión.

Para concluir queremos advertir que en este texto sobre las “ideologías” de la globalización no estamos postulando ningún espiritualismo teleológico o materialismo determinista según los cuales la realidad discursiva hubiera de cuajar necesaria-mente como lo ha hecho en la realidad, constituyendo un todo plural. Tan solo defendemos, desde el materialismo marxista, que tradiciones ideológicas de orígenes dispares han confluído en un todo hegemónico, casualmente en parte, dada la diversi-dad de orígenes, en parte de forma necesaria, en cuanto que dicha unidad no es más que consecuencia de la unidad del do-minio de la clase capitalista a escala mundial. Por otra parte M. Weber llevaba razón cuando sostenía que las realidades lógicas nunca se dan prácticamente de forma pura, de manera que muy difícilmente vamos a encontrar en un individuo o en una clase o casta un discurso ideológico impoluto; en la mayoría de los casos tan sólo encontramos discursos dominantes, como se ha podido comprobar a lo largo del ensayo.

Si nos centramos en los intelectuales, hay liberales- ilustra-dos moralistas y moralistas liberales-ilustrados. Hay irraciona-listas que son a un tiempo liberales-clásicos y otros que no. Si tomamos por otra parte el punto de vista de los hechos, pode-mos ver igualmente cómo, a manera de ejemplo, la última gue-rra de Irak fue legitimada desde varios discursos que se com-plementan: el liberal- ilustrado, cuando se la presentaba como un camino para la democratización mundial, el moralista, cuan-

²¹⁷ (Constant, B., “Principios de política”, *ibidem*, p. 172)”.

do se la interpretaba como una intervención humanitaria a favor de los derechos humanos y en contra del terrorismo, y el irracionalista, cuando se la veía como la respuesta necesaria, e inevitable, para evitar la caída de Occidente. Pongamos otro ejemplo, más humilde: la liberalización de tasas universitarias. Cuando se aplicó hace unos años en el Reino Unido, en los medios se escucharon los siguientes argumentos a favor: que debe reducirse en general el gasto público y evitar el intervencionismo estatal en las universidades- posición del liberalismo clásico-, que debe permitirse que cada alumno, en definitiva cada ciudadano, calcule sus aspiraciones y sus posibilidades, y sea responsable de sus decisiones- posición del liberalismo ilustrado- así como incluso que el Estado no tiene por qué pagar, con impuestos de la clase obrera, los estudios universitarios de la clase media acomodada, posición, aunque deformada, del moralismo de “izquierdas”, defendida de forma vergonzante por Tony Blair en persona. Muchas veces incluso la confusión y complementariedad entre las diversas familias ideológicas es tal que las diferentes opiniones se dan en los mismos sujetos y a veces al unísono.

Pongamos un último ejemplo, especialmente relevante hoy en día: la islamofobia. Es una ideología muy extendida en la sociedad, es el centro del discurso de los nuevos movimientos de extrema derecha, y es cada vez más asumida, en la teoría y en la práctica, por los partidos democráticos oficiales en Europa, sobre todo de la derecha. Es por otro lado un discurso especialmente útil para el actual capitalismo globalizado, por cuanto, como hemos dicho arriba, permite legitimar la explotación de los trabajadores inmigrantes en Europa- muchos de origen musulmana-, permite generar un chivo expiatorio para los momentos de crisis y, *last but not least*, legitima el neoimperialismo, básicamente norteamericano, pero también europeo, en Oriente Medio, África, etc. Pues bien, este discurso profundamente ideológico y perverso se alimenta prácticamente de todas las grandes familias ideológicas que a nuestro juicio circulan en

la actualidad y a las que hemos dedicado este artículo.

Desde el liberalismo ilustrado, se considera que los musulmanes desconocen la democracia, la idea del bien común, la vida política en el ágora- sobrentendiendo que la democracia es una realidad en Occidente-. Desde el moralismo individualista, se los considera contrarios a los derechos humanos- dando por sentado al tiempo que éstos sí se cumplen en Occidente-; los moralistas de izquierdas consideran que no respetan las libertades individuales, y de manera especial la igualdad de hombre y mujer- como si ésta fuera algo connatural a la cultura occidental- mientras los moralistas de derechas señalan su intolerancia hacia otras religiones, especialmente la cristiana- olvidando que la historia de la religión cristiana es una historia de odio y persecución-. Desde el moralismo comunitarista se considera que la “cultura” musulmana es especialmente contraria a la nuestra, incluso la adversa- sin tener en cuenta los continuos encuentros de ambas, su hibridación, a lo largo de la historia-. Desde el liberalismo clásico se considera que son pueblos e individuos carentes de espíritu, auténticos perdedores- frente a los emprendedores y exitosos occidentales-. Desde el irracionalismo por último se ve en ellos a los auténticos “otros”, al enemigo por tanto a batir en esta guerra consustancial a la naturaleza humana, no solo porque, como sostiene el comunitarismo, son nuestras antípodas culturales, sino porque además se envolverían en un ropaje de moralismo y victimismo- no en vano los irracionalistas acusan de “islamófilos” a los individuos y grupos políticos de izquierdas que advierten contra la actual islamofobia galopante- que los haría especialmente repugnantes. Se da también el caso de que hechos contrarios en el plano de la realidad sean legitimados sin embargo por argumentos similares. Así, por mencionar otro ejemplo británico del pasado reciente, la visita de Tony Blair a uno de los grandes “ogros” de Occidente, el dictador Gadafi hoy ya afortunadamente historia, fue justificada con argumentos morales, a saber, la necesidad de dialogar y llegar a acuerdos para evitar la proliferación de ar-

mas biológicas, químicas y nucleares, y la extensión del terrorismo. Es decir, mientras en unos casos, Irak, la moral se obtenía lanzando bombas, en otros esa misma moral era fruto del diálogo, siendo el trasfondo real en uno y otro caso, como es evidente, los intereses político- económicos de Occidente y de sus multinacionales, y las diferentes maneras de defenderlos. Este ejemplo nos sirve por lo demás para constatar el hecho de que las causas reales de los hechos, aunque por lo general se ocultan, algunas veces sin embargo son reconocidas, si bien ello de manera velada. Así, si con Irak se negaba con uñas y dientes toda finalidad lucrativa, en el caso mencionado de Libia se podía leer en la prensa, sumergiéndose un poco en ella, lo interesada que estaba *Shell* en que el diálogo Blair-Gadafi llegara a buen puerto. Este reconocimiento, que en otros casos resultaría imposible, se debía a que aquí hecho real y legitimación- por parte al menos del liberalismo clásico, el cual sostiene que el beneficio de Shell se traducirá en definitiva en el beneficio de todos los ciudadanos europeos e ingleses- convergen prácticamente, lo cual a su vez se explica por lo dicho arriba: la gran transparencia ideológica del liberalismo clásico.

Para concluir queremos decir que una finalidad de este ensayo es eminentemente teórica, la de clarificar los diversos entresijos de la hegemonía dominante. Pero dicha teoría sólo la entendemos como un paso necesario e imprescindible para la praxis. El destinatario no es otro que las clases populares y los intelectuales verdaderamente de izquierdas. El objetivo es el de contribuir a la clarificación de las ideologías dominantes, lo cual puede servir no sólo para conocer mejor al contrincante de clase, sino para evitar errores teóricos y, por ende, prácticos. Se trata en definitiva, y sobre todo, de ayudar a despejar, en el seno del pensamiento ilustrado-marxista, la confusión generada por la vorágine discursiva y paralizante que nos envuelve y nos impide, como clase obrera, asumir una clara conciencia de la naturaleza explotadora de la sociedad en la que vivimos, de las causas socioeconómicas y políticas de la misma, y de la única

alternativa posible: el socialismo. Pues como sostiene bellamente Gramsci, “cuando un ‘pensador’ se contenta con su propio pensamiento, cuando es libre ‘subjetivamente’, o lo que es lo mismo, ‘abstractamente’, entonces es cuando hoy en día se convierte en un chiste.”²¹⁸

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2015
Ω

²¹⁸ (Gramsci, A., “The study of philosophy”, en *Selection from the Prison Notebooks*, ibidem., p. 350)”.
